

NUESTRO TIEMPO

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES POLÍTICA Y HACIENDA

DIRECTOR

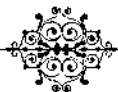
SALVADOR CANALS

TOMO II

1901

2

DE JULIO A DICIEMBRE



MADRID

OFICINAS: FUENCARRAL, 114

Imprenta: Romero.—Libertad, 31.

© *Biblioteca Nacional de España*

NUESTRO TIEMPO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

CIENCIAS Y ARTES *etc.* POLÍTICA Y HACIENDA

Año I

MADRID.—Julio, 1901

Núm. 7

El mes pasado

Madrid, 5 de Julio de 1901.

MENUDENCIAS INTERIORES

Flaco servicio hizo el *Heraldo* al régimen imperante al exhumar los párrafos principales de todos los Mensajes á las Cortes, como tributo á la actualidad del que el día 11 leyó ante ambas Cámaras, reunidas en el Senado, S. M. la Reina. Todos los Mensajes comienzan con la misma felicitación del jefe del Estado por hallarse en el seno de la representación nacional; todos acaban con la misma invocación al patriotismo para producir obras insignes, y todos están repletos de las mismas vagas promesas, de los mismos equívocos insustanciales. Diríase que la historia de España, durante el accidentado período á que los Mensajes resuscitados por el *Heraldo* se refieren—1850 á 1901,—no ha ofrecido á los ojos del jefe del Estado, cuando Rey absoluto, cuando Rey constitucional, cuando Rey democrático, cuando Presidente de República, mas que una llanura apacible, sin problemas sinuosos ni preocupaciones arriscadas, ni siquiera modificaciones profundas ni sucesos distintos de un año para otro.

Y es que en un régimen pseudo-constitucional, de representación nacional amañada, todo ha de venir tocado de los mismos amaños y de la misma falsedad. Este caso, nada raro en la historia parlamentaria del extranjero, que ahora mismo acaba de darse en Holanda, la derrota de un Gobierno en las elecciones, es inverosímil en nuestro país. Las Cortes no son más que un instrumento que se necesita para hacer leyes con apa-

riencias constitucionales. Como se ha de tener recaudadores de Hacienda y Guardia civil, se necesita diputados y senadores que, bien sean de la mayoría, bien de oposiciones contratadas, salvo en lo de percibir salario y manejar minutas y expedientes, no son más que funcionarios del Gobierno, que ni siquiera se les puede considerar del Estado, pues cambian al compás del que los arrancó, como fruto de estupro, de las supuestas entrañas de una supuesta opinión.

Si esto son nuestras Cortes, ¿qué ha de ser los Mensajes que los Gobierno ponen en labios de la Corona? Un partido que no necesita de programa para que la Corona le otorgue su confianza, ni incurre en la candidez de formularlo antes de las elecciones para conquistar la del país, ¿qué necesidad ha de tener de exponerlo cuando á los supuestos representantes de éste ha de dirigirse la supuesta voz de aquélla? Representación, confianza, poder, todo es convencional, mentira pura, farsa y trampa adelante, y pura niñez cuanto sea discutir sobre ello como si fuese cosa distinta de lo que es, de lo que todos vemos y tocamos, de lo que nadie niega á poco que el enojo escarbe en el interés contrariado ó desvanecido.

No digo que semejante sistema sea un bien ni un mal; digo sencillamente que es eso, y que siendo eso, no hay por qué ocuparse en nada de lo que con él se relaciona, ni tomar en serio ninguno de sus detalles, ni siquiera ese augusto de los Mensajes de la Corona.

Y por de contado que tampoco es lícito tomar en serio cuanto concierne á la discusión de actas, de compatibilidades y de capacidades, que ha constituido nuestra materia política durante la mayor parte del pasado Junio. Si se aceptase la comedia, aunque no fuese más que como debe aceptarla el espectador, sería de justicia reconocer que la Comisión de actas del Congreso ha hilado este año más delgado que en otras Cortes; que se ha reparado en ella verdaderas injusticias y cerrado el paso á algunas iniquidades; pero esto no sería más que declarar á estos cómicos mejores que aquellos, no levantar á los unos ni á los otros el mote de tal oficio.

Mirando las cosas en absoluto, ó todas las actas deberían ser rechazadas, porque ninguna responde á una verdadera elección, ó todas deberían ser aprobadas, porque, admitido el pecado original y rehusado el bautismo que de él purgase á todos, ¿qué más da atropello de más ó de menos, ó en una ú otra forma? Poniéndonos en el punto de vista de lo relativo, si es grave el acta de Arenas de San Pedro, por ejemplo, ¿por qué no ha de serlo la de Illescas, si no hay defecto en la una que no se dé por lo menos con la misma intensidad en la otra? Además, ¿cómo ha de entrarnos en la cabeza á los simples mortales que haya obra de justicia, ni siquiera de seriedad, en eso de declarar «oy grave un acta para que á las cuarenta y ocho horas sea proclamado di-

putado quien la trajo, sin debate apenas sobre su elección?

Algo análogo me ocurre en lo concerniente á las incompatibilidades. Si éstas se fundasen en algo racional, claro es que la base debía ser tanto el hecho de que no es posible atender bien y á un tiempo á un empleo y á la representación en Cortes, cuanto el principio de que no puede ser ni parecer leal á los intereses del país quien en contra de ellos tiene los propios de funcionario público. Si de esta base se partiera para establecer las incompatibilidades, claro es que habría tantas cuantos fuesen los funcionarios electos que no renunciaran definitivamente el empleo. ¿Por qué, si no es así, se ha de perder el tiempo en el espurgo del que, al fin y al cabo, saldrá compatible el que tenga padrino é incompatible el huérfano de todo valedor?

¿Y qué me dice usted, lector, de ese otro pleito de las «capacidades», que tanto ha dado que hacer en el Senado antes de su constitución? La del Estado señala explícitamente qué condiciones ha de reunir el senador electo para ser proclamado. ¿Quién no sabe que hay dentro de la Cámara mucha gente que, si reunió un día esas condiciones, las ha perdido? Y si se hace «la vista gorda» sobre el cómo de la elección, ¿á qué esos escrúpulos luego, en el esclarecimiento del cuánto respecto de la capacidad? Conocidísima es la anécdota de aquel exministro republicano que tan derrotado andaba, que al ofrecerle un puesto en las Cámaras lo pidió en el Senado, porque allí siquiera es gratis el buffet, y algo se saca. Pues aquel exministro fué Senador y murió en posesión de la alta investidura y en el goce de la taza de caldo y de la copa de Jerez...

¿Y pensar que un millar de hombres maduros y barbados, de gran talento unos, de enormes fortunas otros, y de muchas necesidades no pocos, se han pasado veintitantos días discutiendo y tratando seriamente de eso, como si no hubiese tantos buenos libros que leer, tantos placeres de que gozar, tantas minas sin inteligencias ni brazos que laboren en ellas, y tanta y tan apremiante urgencia en atender un poco á la situación del país!

Digno coronamiento de tanta pequeñez ha sido el suceso creado por el marqués de la Vega de Armijo al dimitir la Presidencia del Congreso. Ni el acto en sí, ni el móvil que lo originara, ni el hombre que lo ha realizado, merecían tanto.

FRANCO-RUSA



El idilio continúa. (Del Journal, Minneapolis.)

No hay en el *Diario de Sesiones del Congreso*, ni en las colecciones de la *Gaceta*, una página que diga del marqués de la Vega de Armijo: fué un hombre de Estado, ni siquiera un buen gobernante. No hay memoria de que se le haya sorprendido jamás en flagrante delito de discurrir. No acaudilla masas, ni siquiera grupos, pues nadie se acerca á él sin billete de ida y vuelta alrededor de alguna posición oficial. Ni siquiera es un prestigio social, ni una fortuna respetable. Y, sin embargo, desde 1854 para acá se lo encuentra uno en todos los censos de la muchedumbre política, y tanto ha rodado por los oídos, de generación en generación, su nombre, que acabamos por imaginar que detrás de ese nombre tan sonado había algo, un grande hombre, una fuerza, una institución.

Mientras su partido está en la oposición, el marqués obtiene un acta de diputado por un amigo poderoso en la provincia de Pontevedra. No hace un discurso, ni organiza una campaña. Sólo se sabe de él cuando crea alguna dificultad al jefe peleándose en público con algún correligionario. Llegan al poder, y el marqués no da una idea para el Gobierno; pero se atribuye la representación en Cortes de tres ó cuatro distritos, coloca en sendas posiciones á deudos y amigos, y recibe para sí un alto cargo, cartera antes, ahora la Presidencia de las Cortes. Aquí comienzan y acaban las iniciativas del señor marqués de la Vega de Armijo.

Ahora pretendía algo más: que no fuese diputado por un distrito de Córdoba D. José Sánchez Guerra, no por razones de indignidad ni incapacidad, sino por ser enemigo suyo; menos aún, por no haberlo nunca reverenciado y acatado. Creíase que esta enemistad había acabado, pues la intervención del señor Sánchez Guerra, hace dos ó tres años, en un incidente provocado por el marqués de Cabriñana, fué grande y verdadero servicio al de la Vega de Armijo; pero por lo visto no era así, y el expresidente del Congreso hizo, primero, que se emplease contra el Sr. Sánchez Guerra todas las artes que contra un candidato puede emplear un Gobierno; y después, como á pesar de todo ello trajo el acta, se empeñó en que la Comisión se la quitase. Defraudado el marqués en su empeño, se retiró airadamente del Congreso. Logróse que no dimitiera, si en la elección definitiva obtenía lucida votación. Fué ésta más ó menos lucida; pe-

ro el marqués la aceptó. La mayoría, sin embargo, hallábase molesta de él, y como los aspirantes á heredarlo en la Presidencia de la Cámara no se resignaban á perder la ocasión, derrotó á los candidatos suyos para la Comisión de gobierno interior, y el marqués volvió á dimitir, ya definitivamente.

ESPAÑA É INGLATERRA

Mientras esto ha sido toda y la única política interior de España durante el pasado Junio, nuestro nombre y nuestros intereses han rodado de periódico en periódico por todos los de Europa, asociados á los de Inglaterra en su problema de Gibraltar, del que hasta ahora no parecía haberse enterado la mayoría de nuestros órganos de opinión. Los lectores de NUESTRO TIEMPO, que desde el mes de Marzo conocen en amplio extracto el folleto de Mr. Gibson Bowles, inicial de esta campaña entre la opinión inglesa, se habrán asombrado del espanto con que muchos periódicos españoles han descubierto ahora, en Junio, esa cuestión, y ni siquiera podemos consolarlos del retraso en abordarla con la claridad y precisión de los conceptos formulados al discutirla, pues casi nadie ha salido de aquellas vaguedades patrióticas de que para el caso disponemos, bien que algo amortiguadas,

FRANCO-RUSA



Mariana (Francia), al ver que Rusia y Alemania se besan, según un discurso del Emperador Guillermo en Metz.—Nicolás, ¿qué haces? (Hecho por Rusia su empréstito á Francia, sigue el flirt con Alemania.)

(Del Grelot, París.)

afortunadamente, por los recuerdos del desastre.

Si nos manejásemos bien dentro de casa, si la paz moral estuviese asegurada entre nosotros y nos halláramos de lleno en una obra de reorganización nacional, no sería urgente que determinásemos una orientación y una conducta en el problema exterior. Tendríamos medios materiales, y, sobre todo, fuerza moral para esperar tranquilos lo porvenir. Pero como no ocurre eso, por desgracia, como la paz interior está seria y constantemente amenazada por tres vivísimos focos de perturbación, en lo religioso, en lo regional y en lo social, creo que, hasta para poder pensar en aquella labor de restauración interna, es indispensable tener muy despejada nuestra situación respecto de las demás naciones.

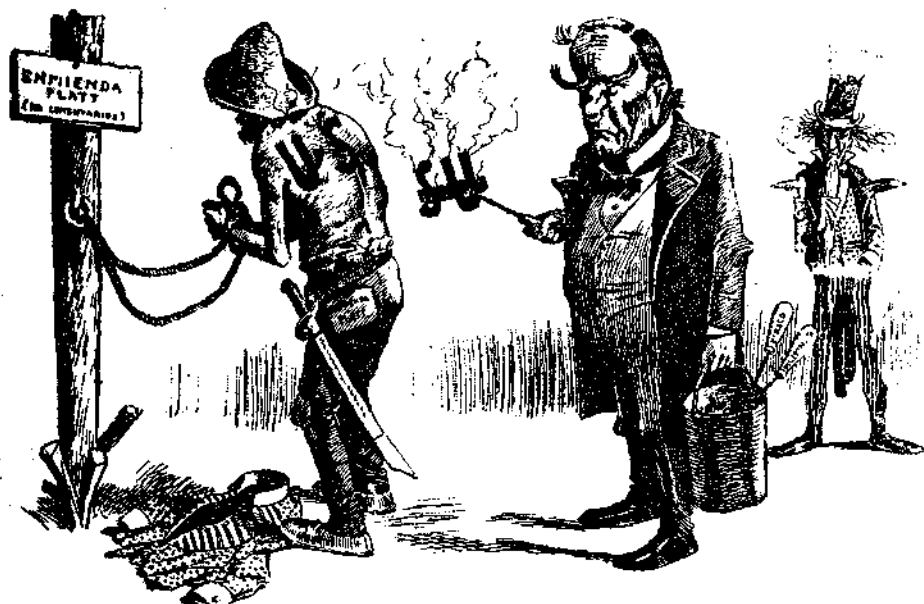
Son un hecho notorio las ambiciones de aquellas en cuyo camino estamos, y la más vulgar previsión nos obliga á considerar inevitable, en plazo más ó menos largo, pero siempre más corto que

el que necesitamos para restablecernos, el choque entre aquellas ambiciones en pugna. Fortalecidos nosotros, repito, no tanto en Hacienda, en Guerra y en Marina, cuanto en energías patrióticas y en solidaridad nacional, lo mejor sería no meternos á descontar aquel acontecimiento. Tal como nos hallamos, con una paz interior mantenida artificiosa y circunstancialmente, el peligro de una intervención que sirva de pretexto para una expropiación forzosa ó para una forzosa servidumbre, es lo primero que debe entrar en las previsiones de España.

Entra, por lo menos, en las de otros países, y el recelo de ello es precisamente lo que ha producido el estado de alarma de la opinión imperialista inglesa á propósito de Gibraltar. Mr. Gibson Bowles protesta de su afecto á España. Su sinceridad es perfectamente admisible, porque de nosotros solos nada tiene que temer Inglaterra. Sabe que no sentimos veleidades de recuperar el Peñón, ni tenemos medios de pensar tal cosa. Pero

EL HIERRO DE LA CASA

(TRADE MARKE)



El soberano.—Ya que mi amigo Platt nos proporciona una cosa «buena, bonita y barata», pongámosla el hierro de la casa para que todos sepan á quién pertenece.

(De Patria, diario de la Habana.)

teme que de grado ó por fuerza, por una alianza ó por una intervención, pueda Francia utilizar contra Inglaterra el territorio de España. La lectura de la prensa inglesa, de dos años para acá, es convincente; evidente en ella el temor de una intimidación de relaciones entre España y la alianza franco-rusa. La permanencia en la embajada de París de un exministro como el Sr. León y Castillo, hecho insólito en nuestras costumbres diplomáticas; el apresuramiento de Francia, después del desastre, en arreglar su pleito africano con España, cuando sabía, como sabe todo el mundo, que no hemos de aprovechar para nada esos territorios que se nos adjudica; nuestra manera indirecta de secundar, mediante declaraciones oficiosas, la política de Francia en Marruecos, negando fundamento á las informaciones alarmistas, uno y otro día acogidas por los periódicos de Londres; los halagos de los de Francia y Rusia á España y sus solicitudes en contra de Inglaterra; la presencia y los actos de nuestra marina en la entrevista de Tolón; las negociaciones todavía pendientes para facilitar á Francia comunicación telegráfica propia con la costa Norte de Africa; cien hechos de mayor ó menor trascendencia, significativos todos, con razón ó sin ella, de esa intención política, mas la hostilidad evidente de la mayoría de nuestros periódicos hacia la Gran Bretaña, á propósito del Transvaal y á propósito de todo, y junto con todo esto, acaso, el remordimiento de la propia Inglaterra por su ayuda á los Estados Unidos en nuestro daño, justifican aquellos recelos á que han respondido Mr. Gibson Bowles y los elementos de la opinión imperialista que lo secundan.

Bien se han percatado de esto aquellos que entre nosotros han pedido que no se dé motivo para tales recelos; pero, ¿basta á nuestras necesidades en el asunto esa abstención de todo lo que puede ser indicio de preferencias ó inclinaciones? Para desvanecer un peligro de momento, acaso bastaría; á la larga, no, y para hoy y para mañana debemos tomar actitud, precisamente por razón de aquella nuestra deplorable situación interna que no nos permitiría adoptarla en el trance mismo del conflicto, y por la necesidad en que estamos, para ocuparnos en su remedio, de tener la posible tranquilidad respecto de esos riesgos exteriores.

Mal que pese á nuestra soberbia que nos hace pensar y hablar desdeñosa-

mente de Portugal, en su ejemplo debemos mirarnos. Nuestra vecina en la Península ibérica puede contemplar con relativo sosiego su porvenir en lo que se refiere á factores exteriores, porque tiene, respecto de ellos, una actitud definida. Aprovecharán ó no sus gobernantes esa tranquilidad respecto de tal problema para la resolución de los de la política interior; pero lo cierto es que pueden reconcentrar en éstos su atención y cuidados, sin alarmarse un día por la amenaza de sus acreedores franceses, ni preocuparse al día siguiente por conminaciones de Alemania.

Pero claro es que, si al determinar esa nuestra actitud, hubiéramos de hacerlo por consideraciones sentimentales y románticas, estaríamos perdidos y sería el remedio peor que la enfermedad. Problema eminentemente realista, sólo en la realidad y considerándola cual es, puede resolverse. No por simpatías ni por aspiraciones ideales, sino por hechos concretos hay que juzgar.

El primer hecho que debemos considerar es el de cuáles pueden ser nues-

EL PROBLEMA SOCIAL.



La pirámide europea. (El trabajo, abatido por banqueros, capitalistas, militares, bufones, etc.)

(De Nebelspatter, Zurich.)

traz aspiraciones en la vida internacional. Antes de 1898 esto era más difícil: éramos potencia americana, y todos los problemas de América lo eran también para nosotros; éramos potencia asiática, y las cuestiones del Extremo Oriente tenían, ó debían tener, para nosotros un interés inmediato y nacional. Hoy, nuestras aspiraciones lícitas se reducen á que se respete nuestro territorio y se nos deje cultivar nuestra viña, dejándonos en sosiego dentro de casa y expeditos fuera de ésta los caminos de los mercados presentes y de los mercados inmediatamente posibles para nuestra producción.

Y viene en seguida el segundo hecho: ¿Qué podemos aportar nosotros al trato internacional? No podemos llevar ejércitos ni escuadras. Ni los tenemos hoy ni tenemos por ahora medios morales ni materiales de adquirirlos. Sólo podemos ofrecer las ventajas de nuestro territorio, de nuestra posición en el mapa de los problemas que á las grandes naciones preocupan. Por haberse equivocado Italia al establecer estos dos hechos, el de sus aspiraciones lícitas y el de su dote posible, la triple alianza ha sido para ella una solución ruinosa.

¿Qué nación puede hoy por hoy garantizar mejor aquellas aspiraciones? ¿A cuál es hoy por hoy más interesante, no la neutralidad, porque no podemos mantenerla, sino la prestación de



La cocinera (Potencias cristianas) invita al pato (Ch'na) á que acuda al cuchillo que ha de degollarlo.

(De Westminster Gazette, de Londres.)

nuestro territorio en caso necesario? Si un cuidadoso estudio de las cosas da una misma respuesta á ambas preguntas, ¿no se habrá facilitado considerablemente la solución?

Y reducida la cuestión á saber si hemos de estar con Inglaterra ó contra Inglaterra, habría que ver qué iríamos ganando y perdiendo en cada uno de ambos términos. ¿Qué dice la estadística del comercio exterior? ¿Qué obligaciones militares nos impondría cada uno de los extremos del dilema? ¿Quién nos ofrece en su vida interior y en sus relaciones internacionales mejores garantías, Inglaterra ó aquellos enemigos suyos con que pudiéramos aliarnos? Por la índole de nuestra producción material y por nuestras condiciones espirituales, ¿con cuáles son más compatibles nuestros intereses en el mundo, con los de Inglaterra ó con los de sus rivales? Nuestros ideales supremos de raza en Europa y en América, ¿en qué orientación internacional hallarían medio más propicio?

He ahí un índice de las cuestiones que es menester esclarecer para determinar nuestra actitud en la política exterior, cuya urgencia he encarecido. Antes de 1898, antes del fracaso de nuestras armas y del harto más grave y doloroso de nuestro patriotismo, la política del aislamiento amistoso sostenida por Cánovas y seguida por todos, aun en medio de las veleidades de algunos Gabinetes del Sr. Sagasta, era posible y pudo ser saludable si la hubiésemos aprovechado para reconstituirmos prácticamente. Nadie se hubiera metido con nosotros, porque no se había tocado la pobreza de nuestros medios militares, ni se había ensayado en la piedra de toque de una

LA PAZ ANGLO BOER



Kitchener y Botha arman el castillo, y De Wet lo desbarata.

(De Owl, de la Ciudad del Cabo.)

FRANCO RUSA



El empréstito ruso.

(Del *Cri de Paris*)

guerra internacional el decaimiento espantoso de nuestro sentimiento de patria. Buena prueba de ello es la inquietud con que la opinión norteamericana entró en la guerra con España y los preparativos formidables é innecesarios que su Gobierno hizo para ella. Después, hay que resignarse á confesarlo, pues ese es el único modo de que lleguemos á remediarlo, no se nos teme, ni siquiera se nos respeta por nosotros mismos, ni por aquellos que explícitamente lo declaran, ni por los que hipócritamente dicen lo contrario. Por esto es ya imposible la política del aislamiento; por esto es indispensable una amistad que, como aquél antes, nos permita entregarnos tranquilamente á la obra de nuestra regeneración; pero sobre la base de que si no acometemos y realizamos ésta, ni con aislamiento ni sin él, ni con alianzas ni sin ellas, tenemos salvación.

LA RAZA EN CUBA

La Asamblea cubana se ha conformado, por mayoría de votos, con el régimen que le proponían ó le imponían los Estados Unidos. La enmienda Platt, por virtud de la cual la isla de Cuba será República independiente... bajo la alta protección de los Estados Unidos, es ya el régimen vigente en la Gran Antilla. Dentro de esos límites han de moverse los cubanos para su organización interior. Del efecto que esto ha producido en el pueblo cubano, en las masas sublevadas ayer contra España, da idea la caricatura que publica NUESTRO TIEMPO, reproduciéndola del periódico *Patria*,

que en la Habana aparece bajo la dirección de Juan Gualberto Gómez. El presidente Mackinley, pone al pueblo cubano el hierro de su dominación. Otra caricatura del mismo periódico representa lo que será la Presidencia de la República cubana: en una silla baja, una figurilla desmedrada, con librea lacayuna, es el presidente nominal, y Mackinley en un gran sillón, el presidente efectivo.

En la mayoría de los españoles causan estas realidades penosas en que han parado las ilusiones cubanas, una impresión de burlona alegría. Ello es una demostración más de cómo una detestable educación ha matado en nosotros el instinto de raza y hasta el concepto de la responsabilidad. Sin lo primero, ¿cómo no ver que cuanto los cubanos pierdan de su personalidad como pueblo, lo perdemos nosotros como raza? Sin lo segundo, ¿cómo no percibir en esas malandanzas de los cubanos la culpa de nosotros, que no los preparamos para la vida independiente, ni se la dimos cuando hubieran estado en sazón de conducirla por sí mismos? Pero ¿qué mucho que aquellas nuestras hechuras americanas caigan bajo los dolores de la intervención, si para nosotros mismos debe ésta figurar entre las magnas preocupaciones de nuestro porvenir, no para abatirnos con su temor, sino para movernos y esforzarnos á conjurarla?

COSAS DE FRANCIA

Al fin ha salido la Francia republicana de la crisis en que la ha tenido la ley de Asociaciones. El programa de Tolosa está cumplido. Las modificaciones introducidas por el Senado en el proyecto vo-

RUSIA EN CHINA



La nueva muralla.

(Del *Puck*, Nueva York)



El ogro americano se lleva una línea de ferrocarriles de Londres y una línea inglesa de vapores.

Del Daily Express, Londres.

(Véase la página 103.)

tado por la Cámara, y que ésta ha aceptado para acelerar la solución, no alteran lo sustancial del propósito. El Concordato queda vigorizado al poderlo de todas las ramas que abusos y corruptelas habían hecho brotar de él. Los Gobiernos franceses tienen en su mano la podadora, y de ellos sólo depende el que la empleen con mayor ó menor radicalismo. Todos los republicanos, aun los que combatieron el proyecto, acatan la ley. La diferenciación estará en el modo de aplicarla.

Los debates del Senado no han descubierto puntos de vista distintos de los que en la Cámara se manifestaron, desde el matiz revolucionario hasta el reaccionario, pasando por los republicanos conservadores y por los republicanos radicales, que al fin son los triunfantes. Al mismo argumento de la derecha, «al herir á las Congregaciones herís á la Iglesia», ha respondido el mismo argumento de la izquierda, que, con palabras de Víctor Hugo, contesta: «No llaméis vuestra madre á la Iglesia para convertirla en sierva de vuestros intereses.»

Pero si en las clases republicanas ha

terminado la crisis por el acatamiento de todos á la legalidad común, no ha terminado en el país, en cuyas discordias ha soplado como viento de muerte la discusión de esta ley. Las masas obreras no se contentan con la victoria obtenida sobre las Asociaciones religiosas, y, como pintaba Forain en caricatura reproducida por nosotros, entretendrán en frailes y curas el apetito mientras llega la hora de saciarlo en los burgueses y en los magistrados del poder público. Las derechas antirrepublicanas no se resignan á la persecución. Una fiesta de caridad y de arte, la reproducción al natural de una de las históricas jornadas de regocijo en Trianon, ha servido de expresión á esas dos tendencias extremas de la sociedad francesa. Los socialistas insultan á los que han tenido la osadía de resucitar aquellas fiestas de la Monarquía. Los monárquicos abominan de los que han profanado la residencia de María Antonieta. Los primeros dicen que Marat, en la sombra, toma nota de los nuevos contortulios de Trianon. Los segundos protestan de que se haya bailado sobre una tumba...

LOS «RECONCENTRADOS» DE INGLATERRA

La lectura de la prensa inglesa nos transporta á la época de la guerra de Cuba bajo la dirección del general Weyler. Las palabras *concentración* y *reconcentrados* han tomado carta de naturaleza en la lengua inglesa. Los periódicos anti-imperialistas publican quejas y denuncias espantables sobre la situación de los reconcentrados. En los «ilustrados» reaparecen los retratos de esquele-

FRANCO-RUSA



EL CORACO, EL ESTUDIANTE Y MARIANA
Mariana.—El grande es mi amigo y aliado.
(De L'assiette au beurre, París.)

tos enfundados en piel, que tanto cultivaron contra el general Weyler las ilustraciones extranjeras. La única diferencia está en que á los reconcentrados boers no les han salido aún yankees caritativos que organicen en su obsequio expediciones de socorro.

Cuando el general Weyler era más recientemente combatido, al fallo del tiempo se remitía. Ese tiempo justiciero ha llegado. Dentro de España, sus detractores tuvieron que ponerlo por fiador de su Gobierno. Fuera de España, sus detractores de Inglaterra lo imitan en el Sur de Africa, y los norteamericanos han hecho buenos en Filipinas sus procedimientos de Cuba. ¿Que dirán ahora los que en esos periódicos extranjeros tomaron las armas con que en los de España combatieron al actual ministro de la Guerra?

¿Darán esos procedimientos en el Africa del Sur los resultados á que aspiran los ingleses? Tan contradictorios son los informes, que nada se puede asegurar, pues mientras unos periódicos afirman que las mujeres que padecen la reconcentración invitan á sus maridos á deponer las armas, otros dicen que, por el contrario, los estimulan á perseverar

en la obra de venganza. Duélense los imperialistas ingleses de que haya en la Gran Bretaña un partido de la paz, cuyas campañas fortalecen la fe de los boers en el porvenir, exactamente como aquí produjo grave quebranto al sistema de guerra del general Weyler la fórmula del Sr. Sagasta «la autonomía es la paz»; pero, realmente, á los ingleses no les ha salido todavía—repito—el factor que á nosotros nos llevó á la derrota. Los boers no han dado con el tío Sam que los proteja.

Se habló el mes pasado de un nuevo cambio de actitud en el Gobierno alemán respecto de ellos. Se dijo que el Emperador Guillermo se arrepentía de sus desaires á Kruger, y pensaba restituirse al estado de alma revelado en su telegrama histórico. No se ha confirmado, y el órgano socialista alemán, al comentar eso, decía: «Todo indica—traducimos de *Forverts*—que Inglaterra necesita la paz, y si una potencia ofrece hoy su mediación, puede contar con la gratitud británica. Por esto no habría mérito en intervenir ahora, pues con la intervención se ayudaría más á los ingleses que á los boers.»

SALVADOR CANALS.





“Resurrección,”

CAPÍTULOS INEDITOS

La *Revue et Revue des Revues* publica, en su número del 15 de Junio, los dos siguientes capítulos que no figuran en el texto definitivo de la notable obra de Tolstoi, y cuyo interés literario nos ha que los reproduzcamos aquí, contando con la amabilidad de la revista francesa.

I

EL CASTIGO

...Los calabozos comprendían una serie de celdas negras, cerradas por afueras con sólidos cerrojos. En esos calabozos fríos y oscuros no había ni cama, ni silla; de manera que los prisioneros tenían que sentarse ó tenderse á lo largo en el suelo sucio. En derredor, y por encima de ellos, corrían regiones de ratas tan atrevidas, que no se podía ni conservar un pedazo de pan, pues lo cogían hasta en las propias manos de los prisioneros, y hasta se arrojaban sobre éstos en cuanto estaban inmóviles.

Vassiliev rehusaba ir al calabozo, diciendo que él no era culpable. Se le condujo á la fuerza. El se resistió, y dos prisioneros le ayudaron á escapar de los guardianes. Entonces estos se reunieron. Petroff, famoso por su fuerza, se juntó á ellos. Los prisioneros fueron atrapados y metidos en los calabozos. En seguida se participó al gobernador que acababa de producirse una especie de revuelta, y ese mismo gobernador, que apretando su mano blanca adornada con una esmeralda, decía que era necesario un poder firme, envió un pliego, con una bonita firma, en el que ordenaba castigar con treinta vergazos á los dos principales culpables: á Vassiliev y al

merodeador Niepomniatchi. Algunos instantes después del té, estos dos prisioneros fueron traídos al locutorio de mujeres, libre en aquel momento, dispuestos á recibir la azotaina.

Desde la víspera por la tarde, todos los detenidos sabían lo que iba á pasar, y en todos los cuartos la conversación versaba sobre el futuro castigo.

—¿Por qué estás de pie?—acuéstate.

El merodeador desabotonó su pantalón, que se deslizó y, habiéndoselo quitado completamente, se acercó al banco.

Los carceleros lo cogieron por debajo de los brazos y lo extendieron sobre el banco; como las piernas del prisionero caían de uno y otro lado, uno de los guardianes las levantó, las volvió á colocar sobre las tablas y se sentó encima. Otros dos cogieron los brazos del prisionero y los mantuvieron apoyados sobre el banco. El cuarto carcelero levantó la camisa hasta los lomos, poniendo al descubierto las costillas, la espina dorsal, las nalgas y la musculatura espesa de los muslos. Petroff, ancho de pecho y de hombros, de buenos músculos, hizo la elección de uno de los haces de vergas preparados; escupió en sus manos á fin de sujetar más fuertemente las vergas que hendieron el aire silbando, y vinieron á abatirse sobre el desnudo cuerpo del paciente. A cada golpe, el merodeador aullaba y saltaba todo lo que se lo permitían los carceleros sentados sobre él.

Vassiliev, pálido, estaba de pie; dirigía de vez en cuando una mirada sobre el espectáculo, y bajaba enseguida los ojos.

Sobre las nalgas amarillas del merodeador, se dibujaban ya líneas sangrientas, y sus gritos se transformaban

en gemidos. Pero Petroff, que había recibido un golpe en los ojos cuando conducía á Vassiliev al calabozo, se vengaba de este ultraje, golpeando tan vigorosamente, que las puntas de las vergas saltaban en derredor; y sobre las nalgas amarillas, y sobre las costillas del merodeador, corría sangre bermeja.

Cuando se hubo terminado con el merodeador, cuya mandíbula inferior temblaba, él mismo secó con la camisa la sangre que manaba y se volvió á poner el pantalón.

El jefe de los carceleros cogió á Vassiliev por la túnica: «Quitate eso», le dijo.

Vassiliev, como sonriendo, dejó ver sus dientes blancos, en medio de su barba negra, y después, todo su rostro inteligente y enérgico se contrajo. En seguida, arrancando los botones de su túnica, la tiró á lo lejos y se tendió, poniendo al descubierto sus piernas hermosas, finas y dotadas de buena musculatura.

—Ustedes no tienen...—murmuró, comenzando una frase cualquiera; pero se interrumpió, apretó los dientes y se preparó á recibir los azotes.

Petroff tiró las varas ya desgarradas, cogió otro mazo sobre la ventana y dió principio á una nueva ejecución.

A los primeros golpes, Vassiliev dejaba escapar algunos gritos: ¡oh! ¡ah! Se resistía tan violentamente que, los carceleros, inclinados sobre sus hombros, hacían los mayores esfuerzos por sujetarle.

—Treinta,—pronunció el director de la prisión, cuando no iban más que veintiséis golpes.

—No, señor director, veintiséis.

—Treinta, treinta,—replicó el director tirándose de la perilla.

Cuando hubieron terminado, Vassiliev no se levantó.

—¡Vamos! ¡Arriba!—le dijo uno de los carceleros, levantándole.

Vassiliev se levantó, pero vaciló, y se hubiera caído, si no lo hubiesen sostenido. Su respiración era penosa y breve, sus labios pálidos se agitaban dejando oír un sonido extraño semejante al que se emplea para divertir á los niños tocando con los labios; sus rodillas temblaban y chocaban una contra otra.

—¡Pegarás otra vez á los carceleros en la cara!—decía Petroff arrojando las varas, tratando de encontrar de ese modo una razón que justificase su cruel-

dad. Pero su alma estaba disgustada, y bajando sobre sus vellosas manos las mangas arremangadas de su uniforme, enjugó con un pañuelo sucio el sudor que cubría su frente, y salió del locutorio.

—Al hospital, decía el director.

Y tosió, hizo un gesto como si hubiera tragado alguna cosa amarga y venenosa, luego se sentó en el borde de la ventana y fumó un cigarrillo. ¡Ir á casa! pensaba, pero se acordó de los pasajes rápidos, de las danzas húngaras compuestas por Listz, que escuchaba desde hacía tres días y toda aquella mañana, y su alma estaba aún más sombría.

En este momento le anunciaron á Nekludov. «¡Para qué me querrá?» pensó el director, y suspirando trabajosamente, salió á la antecámara.

II

EN LA CASAMATA

En este momento, dentro de una de las casamatas, una mujer, vestida con una bata desgarrada por el pecho, con los cabellos en desorden y con los ojos espantados, gritaba en voz desesperada golpeándose la cabeza, tan pronto contra el muro como contra la puerta. El guardián echaba un vistazo por la mirilla, se alejaba y continuaba su paseo, y tan pronto como se acercaba, los gritos aumentaban.

—No mires, mátame mejor, dame el cuchillo, el veneno, yo no puedo, no puedo más.

Se oyeron unos pasos, la puerta del corredor se abrió, y dió paso á un hombre vestido de uniforme de oficial, acompañado por dos carceleros. En uno de los cuartos vecinos pudieron verse algunos ojos en la mirilla, pero el oficial al pasar la cerró. «¡Bandidos! ¡Verdugos!» se oía en uno de los cuartos. En otro golpeaban la puerta á puñetazos.

El oficial estaba pálido; aun cuando estas escenas se repitiesen á menudo, era siempre molesto y enojoso el verlas. En cuanto se abrió la puerta de la histórica, esta mujer se precipitó hacia la misma y quiso salir.

—Dejadme, dejadme, gritaba, cruzando con una mano sobre su pecho la desgarrada bata, mientras que con la otra echaba hacia atrás de la oreja un mechón de cabellos, en el que se distinguían algunos hilos plateados.

—Bien sabe usted que eso es imposible; no diga usted tonterías, replicaba

el oficial, quedándose en el marco de la puerta.

—Dejadme ó matadme, gritaba ella, tratando de rechazarlo.

—¡Basta!—decía el oficial.

Pero ella no obedecía.

El oficial hizo una seña á los carceleros; la sujetaron; ella gritaba todavía más fuerte.

—Estése tranquila, si no, será peor.

Continuaba gritando.

—¡Cállese usted!

—¡No me callaré! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Pero espontáneamente su grito se convirtió en un mugido; después de todo cesó.

Uno de los guardianes le cogió las manos y se las ató; el otro le introdujo en la boca un pedazo de tela, y se lo ató detrás de la nuca para que no pudiese desgarrarlo.

Ella miraba al oficial y á sus carceleros; sus ojos salían casi de las órbitas;

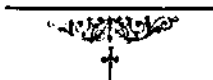
todo su rostro se contraía, y de las ventanas de su nariz se escapaban suspiros ruidosos; sus hombros se alzaban hasta la altura de las orejas, y volvían á caer.

—No se puede armar semejante escándalo, ya usted lo sabía. Ella solamente tiene la culpa, dijo el oficial, y salió.

Con una voz aguda, al repicar de las campanas, cantaba: «Dios sea bendecido en Sión»; los ordenanzas se reemplazaban; en la catedral, cerca de las tumbas de los Emperadores, ardían los cirios; y la guardia velaba.

*
* *

Tales son los dos capítulos que, á pesar de figurar en el manuscrito original de la novela de Tolstoi, de donde los traduce J. W. B., para la *Revue et Revue des Revues*, no han sido incluidos en la impresión definitiva.





PÁGINA INÉDITA

Fernando Cotoner

EXCMO. SR. CONDE DE SALLENT

¡Otro amigo del alma menos!

He recibido su carta, en la que me participa la muerte de su ilustre padre, el Excmo. Sr. Marqués de la Cenia, Grande de España de primera clase, y á quien sus amigos y todos los que sabían la historia de las heroicidades del tiempo de doña Isabel II, le llamábamos, con cordial sencillez, «Fernando Cotoner».

¡Qué hombre tan bravo, tan instruído y tan bueno! Cuando no estaba entre los soldados, vivía entre los literatos; y recuerdo que en poesía no admitía más versos que los que celebraban el amor y la guerra. Herido en más de seis acciones, su piel era una criba gloriosa, como la de un héroe de Ariosto; y nos contaba sus triunfos y sus derrotas con la inagotable variedad y la gracia del mismísimo autor de Orlando.

Tierno como Macías, en una ocasión, después de una acción en que salió mal herido, se hizo pasar, en la camilla en que iba postrado, por delante de la casa de una dama, para que ésta viese cómo conserva un valiente la sonrisa en los labios en el momento en que se cruza con otra esa última mirada que dice «todo acabó».

Tipo perfecto de esos buenos compañeros del viaje de la vida que toman parte voluntariamente en todo aquello que puede afligir el alma de un amigo, una vez que el General Córdova le contaba la manera con que él y Espronceda impidieron la entrada en el café del Príncipe á unos sargentos de la Princesa que decían que querían entrar á matarme porque había escrito una oda en elogio de la Reina Cristina, me dijo abrazándome: «Si yo hubiera estado allí, les hubiera hecho fuego hasta con los palos de las sillas.»

JULIO, 1901.

¡Cuántas atenciones le he debido en este mundo!

Admirador de todas las temeridades, aunque fuesen indiscretas, en una ocasión en que un pariente mío hizo frente á unos guardias civiles por una disputa en un café, escribí al General implorando su clemencia, y me contestó: «Sáquelo usted pronto de Barcelona, pues sentiré tener que fusilar á un joven que se conoce que es todo un valiente.»

Entre él y yo no mediaron nunca más que motivos de simpatía.

En el último tercio de su vida se había dedicado á las faenas del campo con una pasión tan grande, que, en sus disputas conmigo, creía obscurecer mis indubitables conocimientos agrícolas, y tenía tal fe en la prodigiosa fecundidad de la madre Naturaleza, que acompañaba al señor Cánovas del Castillo en la imposible esperanza de que con el tiempo se llegase á descubrir «la rosa azul».

En fin, Conde mío, sería muy largo si fuese á referir todos los recuerdos personales que tengo de su padre, y por eso concluyo rogándole que diga á la Condesa que la visito muy á menudo con el pensamiento, y, acompañando á los dos en su justa pena, le repito que, hasta por la memoria de Cotoner le quiero á usted más, porque veo brillar en el carácter de usted muchas de las exquisitas cualidades de aquel hombre tan singular y tan amado por su buen amigo

CAMPOAMOR.

1888.





España en América

Cuando á iniciativa del Centro Ibero-Americano de Madrid iba á reunirse en la villa del oso y del madroño el Congreso Económico y Social de Madre é Hijas, los periódicos de Londres se decían unos á otros:—«Perfectamente; pero ¿en dónde está el hombre, cuál es el hombre?». Y tenían razón. Todo movimiento requiere un impulso, y en empresas de la magnitud de la que se acometía, las fuerzas sobran, pero no parecía por lado alguno el que había de encauzar y recoger en un solo haz las dispersas unidades de la futura confederación hispano-americana.

Hombres sobran, es verdad, en nuestra raza, pero hombres incompletos, que si tienen unos energía, han de buscar en otros el consejo; y si de inteligencia de gobierno andan bien, carecen de influencia ó de confianza en sí mismos. Y pensar nosotros los hispanos ó descendientes de hispanos en reunir siquiera á tres para confiarles la realización de cualquier empresa, es darle muerte entre pañales, pues que cuando apenas somos dos, el uno discurre y el otro escucha, si es que no se enredan ambos en estériles controversias, que ni los dejan bien parados como razonadores, ni conducen á otra cosa que á perder lastimosamente el tiempo en estériles charlatanerías.

Es el genio de la raza; no podemos remediarlo. Amén de esto, la inconsistencia de los hombres y de las ideas. Entre nosotros sí que cae bien la palabra de Kempen: «Hoy es el hombre, y mañana no parece, y en quitándolo de la vista, más presto se va de la memoria.»

¡Sí que nos cuadra! Y como los hombres son inestables entre nosotros, y nosotros perseguimos las ideas al través de las personas, resulta que cuando éstas desaparecen ó cambian de postura, aquéllas languidecen en muerte abortiva.

No hay terreno mejor abonado para una gran siembra de afectos comunes, que el mundo comprado por Colón con los aderezos de la Católica Isabel; más aún: no hay fruto en mejor sazón que el que allí espera la siega de manos cuidadas y delicadas. Pero ¿en dónde está ese granjero ideal, en dónde esa hoz que no haga sangre, en dónde ese pulso femenino que espigue sin causar dolor, y esa voluntad masculina que reuna sin apretar demasiado, ni sobreponer visiblemente, ni ensalzar á éste con merma del vecino?

Tenemos como raza muchos defectos los hispanos, y entre los más salientes, un orgullo endemoniado que no nos deja hacer nada de provecho. Y pisándole los talones al orgullo, viene la insubordinación, hija legítima de aquél. Con estos dos factores por capital para toda empresa, somos inevitablemente víctimas—no señores—de las nuestras, y pasto de promisión del que llega forastero en el momento psicológico. Así vemos cómo por sobra de susceptibilidad y de contrarios pareceres van muriendo en flor las mejor calculadas industrias de vida, y cómo miramos satisfechos la ruina propia cuando quiera que queda á salvo ese honor mal entendido. Una prolongación de la India por el infanticidio de los negocios convertido en industria nacio-

nal, y una prolongación de Pavia con sus desastres y la actitud épica del señor «honorablemente» derrotado.

Somos, sin echar de verlo. una raza de comediantes: lo épico nos subyuga. El general Blanco, saliendo de Cuba «con la frente alta y las manos de doscientos mil tenientes en la empuñadura de espadas más ó menos vírgenes», nos gana y nos deslumbra como el resplandor de un último acto de melodrama; y, á favor de esa actitud heroica, se olvida lo demás; y ante esa luz palidece más aún el rostro cadavérico del soldado que cayó bajo enemiga espada, pero en postura menos teatral.

Es la hora de las verdades, y debemos echárnoslas á la cara. Por fortuna, veo que NUESTRO TIEMPO quiere andar con el día, y eso me anima. De raza sentimental debemos tornarnos en raza positivista: materializarnos un poco en lo que dice á la materia, y descolgarnos del pedestal de lo trágico para confundirnos en el bullicio del mundo. Hay que dejar el coturno, volver la espalda al Romance, y mirar adelante, como dijo Lot en buen hora á su desobediente costilla. Vivir en el pasado, del pasado y para el pasado, es andar en lo obscuro y con la linterna detrás de nosotros — nuestra propia sombra borra el camino; — vestir de goliilla cuando la blusa es el traje de etiqueta, es emporcar el traje y hacerse uno daño; enristrar la tizona enfrente de la locomotora y del cañón rápido, exponernos es á que nos atropellen y á que rompan en nuestras costillas la tizona.

Hay que vivir con el día. Que la Leyenda no sea más que espuela y acicate, pero no vehículo. A los Estados Unidos no se les ocurrió tirar en Manila con los cañones perreros de la guerra de secesión, ni á Inglaterra se le ocurre artillar Gibraltar con las piezas venerables de Trafalgar y Waterlloo: todo eso queda en los Museos, y allí á nadie mete miedos, pero á todos alecciona. Sin embargo, á nosotros no aprovecha, y andamos como aquel que, de puro admirar á

Cervantes, trocó los frenos y paró en Quijote. Sólo que Don Quijote, después de cada paliza que le arrimaban, solía ser un señor muy puesto en razón, que discurría con más aplomo que el mismísimo marrullero su espolique.

Desentendidos nosotros del romance, y un poco olvidados del orgullo, y otro tanto de la insubordinación, acabaremos por estar en el siglo XX—si apuramos,— que en estos días de vapor y de fuerza eléctrica no hay que usar leña verde en los hogares. Algo de esas fuerzas nuevas echo de ver en NUESTRO TIEMPO, y mucho de corrientes nuevas advierto allí y en otros periódicos españoles. Sobre todo me complace la actitud despreocupada respecto de Inglaterra, porque á más de que el cultivo del Odio no conduce á nada, cultivarlo por mero diletantismo es el summum de la tontería, y particularmente si es contra pueblos ó razas que pueden enseñarnos y están enseñándonos mucho. No olvidar á Don Quijote maltrecho y aporreado, y no perder de vista á Sancho. Olvidar á aquél cuando sale á la defensa de damiselas desagradecidas, y recordar á éste cuando trasiega filosóficamente las provisiones de avíos propios ó ajenos en lo más crudo de los más graves discursos y contiendas.

Ahora llego, sin quererlo, pero por pasos contados, á un punto difícilillo, si los hay. Pero ya que llegué «aquí estoy», como decía el famoso caballero Lagardere. Y es el tal punto el de la sedicente hermandad latina. Eso nos ha hecho mucho daño. ¿Qué pitos ni qué flautas tenemos los hispanos que tocar con razas ó con pueblos tan distintos de los nuestros, como lo son el portugués—con todas sus fanfarronadas—y el francés ó el italiano, con todas sus incongruencias y veleidades? ¿Nos consultan acaso cuando hacen sus alianzas, ó se ponen *práctica y eficazmente* de nuestro lado cuando nos pisan nuestros adoloridos callos de nación? ¿Pasa de ser comercio de los labios la socorrida vez de

fraternidad, ó se convierte acaso en algo tangible, pero que yo no echo de ver? Y sin embargo, del ronزال nos llevan, y como reata de mulas les seguimos, no al abrevadero, sino á la faena, y por caminos escabrosos. Las influencias políticas, industriales y literarias, de Francia las habemos; habemos de allí usos, vicios y costumbres; las convulsiones suyas las copiamos servilmente, y caninamente copiamos sus posturas, andares y malandanzas. Y no reparamos en que nosotros poseemos fisonomía propia de nación que somos mayores de edad, y que tenemos derecho y deber de ser modelos, y no maniqués; figuras, y no sombras; voces, y no ecos; palabras, y no muecas.

Me dice D. Juan Valera en una de sus cartas: « Dos ó tres días ha leí en cierto periódico la estadística de seres humanos hispano-parlantes que hay en el mundo. El curioso que los ha contado afirma que somos sesenta y cinco millones. Por desgracia, entre tanta gente hay poca que sepa leer, y los pocos que saben, se desprecian unos á otros de la más lastimosa manera. En América se avergüenzan de ser españoles de origen; han dado en el chiste de apellidarse latinos; muchos tienen ahora el propósito de desechar el castellano, de *independizarse* también en este punto y de salir hablando nuevas lenguas. Como cada cual cree—así en esta península como en América, desde California hasta el Estrecho de Magallanes—que, exceptuándose él, todos los demás españoles, ú oriundos de españoles, son tontos de capirote, no leen libro alguno de autor español y, ó no leen nada, ó leen libros franceses é ingleses, admirándolo todo en ellos, hasta las más insignes majaderías y extravagancias. Conviene, pues, que las pocas personas españolas de nación ó de origen que no carecen de sentido común y que todavía no han perdido el juicio, no se retraigan, no se salgan de la palestra y no abandonen el campo á los insensatos, arrendajos ser-

viles de los más disparatados extranjeros, que los imitan—y tal vez los parodian—llamándose modernisas, decadentes y no sé qué otros raros epítetos; prediciendo la desaparición de la pobre y estrecha lergua castellana, en la que no caben las peregrinas y enormes ideas que ellos tienen, y preparándose ya á expresarse en flamantes y más latos idiomas. Así tal vez quepan en ellos las maravillas y las revelaciones que sin duda nos quieren comunicar. »

¡ Parece que no es verdad tanta belleza! Pero es lo cierto, y la culpa la tienen los españoles de la península, principalmente. Todo es despreciarse unos á otros y preferir lo extranjero en modas, libros y géneros. Teniendo en casa el tipo del caballero sin miedo y sin tacha, se van á buscarlo al otro lado del Pirineo; teniendo la música y la danza nacional más hermosas, pagan la extranjera, de Italia, ó Francia ó Alemania; poseyendo la pintura y el grabado y la imprenta en sus más acordadas y espontáneas manifestaciones, de fuera han de buscarlos; el libro han de importarlo, y también el criterio, y el pensamiento, y todo. Leroy-Beaulieu sabe más que Fernández Villaverde; Wolf más que Menéndez; Taine más que Clarín; Rodyn más que Benlliure, y Messonnier más que Fortuny, y cualquier extranjero más que el nativo en asuntos nacionales. Pero miren lo que pasa con el hierro: ¡ de España lo sacan los ingleses, y España es su mejor mercado después! Y con las telas de Barcelona, y los vinos, y todo lo que viene á Francia para ser doblemente bautizado, ¡ con el bautizo del agua y el de la etiqueta de Burdeos! Y para colmo de todo, ese olvido de los naturales mercados que tienen en América; ese desprecio ó indiferencia con que se han dejado arrebatar, poco á poco, el afecto y el comercio de los hijos de su raza, por razas y pueblos extraños; y esa despreocupación criminal con que miran apagarse lentamente los fuegos de amor prendi-

dos allí por Las Casas y Claver. Pero no es eso todo: hasta se nos niega el que hablemos ó escribamos castellano, y dejan caer sobre las espaldas indefensas de los indígenas que atentan expresarse en vil prosa ó noble verso castellano, el látigo de una crítica emponzoñada y displicente; ó le hacen oír la risa del bufón sobre las costillas rotas del maromero que pierde el equilibrio y cae en sus primeros volatines. Y si salen á la defensa de ustedes, nadie para miente en ello; y si se queman ante ustedes como un cirio—en silenciosa adoración,—tampoco les hacen caso. ¡Cómo se conoce que son ustedes los mismísimos de siempre, señores españoles de la Península española! Divagando por Francia y aprendiendo francés para morir honorablemente de hambre, mientras que aquella nación, y Alemania, é Inglaterra, y los Estados Unidos les arrebatan los mercados de la América aprendiendo español para vencerlos á ustedes en su propia lengua y en sus naturales fortalezas!

Don Juan Valera se queda corto en su decir: ninguna lengua se habla en mayor extensión territorial que la española; no hay idioma en la tierra que se oiga—como se oye el español—de extremo á extremo de un mundo entero. Por eso empecé diciendo que la cosecha está lista, y que sólo hace falta un cosechero. Y, si me permiten, añadiré que, aparte de la lengua, el vínculo tal vez más precioso que nosotros tenemos con ustedes, es el de la comunidad de religión. Por eso es criminal y suicida ese movimiento que advierto en España (siempre por copiar á Francia, Austria é Italia), en que se atribuye todo lo malo á la Iglesia nacional, como si no fuese obra de todos los españoles y franceses, italianos y austriacos, la desgracia que les aflija, y como si hubiésemos de remedar á los chinos, que, para salir de los pecados de la familia, cogen un animal doméstico, lo soban y luego lo echan á la calle—víctima propiciatoria,—con-

vencidos de que él se lleva los vicios hereditarios de la entera estirpe china. Esto me hace recordar también á ciertos cotudos de mi tierra que, cuando topan crecidos los ríos, dicen con mucha convicción: «maldito sea el Gobierno», lo mismo que cuando el verano es muy fuerte, ó cuando llueve demasiado.

Lord Salisbury dijo, en reciente reunión de la Sociedad de Propagación del Evangelio (P. G. S.), que en su larga vida él había tenido ocasión de corroborar la fuerza del viejo decir inglés: «Primero el misionero, después el general, y después el Cónsul»; y se extendió luego en largos comentarios respecto de la obra propagandista de los señores de sotana, como más persuasiva y más eficaz. Por mi parte sé decirles á los panegiristas de *Electra*: en nuestra tierra, el que es católico quiere á España, y el que nó, la odia sinceramente. Y volviéndonos á Francia, les preguntaré á los frailófobos: ¿quién ha hecho más por su expansión, Marchand ó Lavigerie y Jacquart? ¿Quién ha sido más eficaz en sus conquistas, el Padre Blanco del Sahara ó el romántico ocupador de Fashoda?

No hay que romper, pues, ese vínculo de amor que tiene España con América; si algo nos ha hecho olvidar á Morillo, á Sámano y á Weyler, es la dulce y pensativa figura de Las Casas sobre nuestros arenales, desviando el látigo despiadado del sargento, de las espaldas desnudas del indígena; es la palabra de amor, que oscurecía y hacía perdonar la voz ronca del soldadote español; y es la Cruz del Mensajero de Paz, la que acallaba, y refrena ahora mismo, la maldición postrera de las víctimas de España. Pero allá entienden ustedes las cosas tan al revés, que mientras en las Américas y en el mundo entero se memora con horror la Reconcentración Cubana, y se habla de su autor cuando de pante-ras quiere hablarse, yo he leído, con estos ojos que se ha de tragar la tie-

rra, que en las Cortes españolas se le hicieron cargos de tolerancia y de indulgencia. ¡Al autor de la Reconcentración!

Para aprovechar, pues, esas unidades dispersas en el Continente americano, es preciso no olvidar los elementos esenciales: lengua, costumbres y religión. Todo eso es solidario con ustedes y constituye una fuerza. *El Espectador*, de Londres, preguntaba burlonamente no hace mucho: «¿A new force has arisen in the World?» Y yo le contestaba: «Sí, la de nuestra debilidad y nuestra unión.» Unámonos, y de todas nuestras desgracias de naciones hispanas hagamos un solo poder. Mándense á nuestros pueblos Exposiciones flotantes españolas—como intentó hacerlo un comerciante catalán á raíz de la de Barcelona;—mándense agentes viajeros, libros ESPAÑOLES, catálogos EN ESPAÑOL y artículos ESPAÑOLES, no re-bautizados. El camino está franco: ándenlo ustedes. Cojan energías nuevas, inserten sangre nueva de jóvenes en el carcomido organismo del árbol español; dejen á las anti-guallas sólo el papel de moderar los arrebatos de la juventud desenfrenada, y alcen ustedes el vuelo y pongan las miradas lejos: ustedes, jóvenes de España, á quienes toca abrir nuevos horizontes y encauzar por nuevos rumbos la aletargada actividad peninsular! Y sobre todo, traten de que nos envíen á cada país de América un representante que cuadre á la índole nacional: á la Argentina, un señor de muchos números; á Chile, un doctor de muchos derechos; al Perú, un trovador consumado; á Colombia, un improvisador, y así por el estilo. Cólogan, su Ministro ahora en China, con literaturas hizo más por España en una de esas Repúblicas, que lo que doscientos diplomáticos de mil entendederas hubieran hecho con dilatadas tramitaciones. Y más harían Fernández Villaverde en Buenos Aires, Vital Aza en Bogotá, Salvador Rueda en Lima y otro por el estilo en Santia-

go, que todas esas reliquias—muy apreciáveis si se quiere—que suele mandar España por esos mundos á curar sus reumatismos hereditarios.

Hay en Colombia un pueblo aparte, que es á nosotros lo que á ustedes es el catalán. Hablo de los Antioqueños. Son altos como robles, prolíficos más que otro alguno en el trópico lujurioso; bermejós y musculados como resurrecciones alemanas, y decidores, é imaginativos, y perseverantes, y sobrios. Todo lo conciben grande, pues—al contrario del Bogotano cuyos chistes ruedan en antítesis empequeñecedoras (1),—el Antioqueño habla en hipérboles, y es hiperbólicamente fecundo en familia, en ingenio y en la fábrica del dinero. Nosotros, los del resto del país, los dejábamos cebar un ciclo para luego hacer una merienda de ellos en una revolución local. Ahora se han trocado los papeles. En esta última guerra, el Antioqueño fué á debelar: á todas partes, mandó dinero como otro cualquiera á los demás departamentos, pero no dejó entrar á sus montañas la sierpe de mil cabezas. Y mientras sus compatriotas se entretenían, enconados, en el sport de la guerra—que es nuestra diversión nacional,—los Antioqueños financiaban su propio terruño y el del vecino, de tan grave y consumada guisa, que hoy ellos son los Señores, y los otros, sus tributarios.

Traigo esto á cuento, no porque quiera hacer alusión á Cataluña con respecto á España, sino porque voy á rematar esta carta con una anécdota que les dirá del espíritu práctico del Antioqueño, y que resume mis peroratas respecto de los sedicentes hermanos latinos.

Estaba en lo fino una función de maroma allá en mi pueblo de Santander, y toda la gente veía boqui-abierta las

(1) Cuando el Antioqueño dice, para ponderar la incontinencia del discípulo de Baco, «ese bebe más que un puente», el Bogotano dice: «Bebe más que una guspucha». Y la guspucha es tal vez el pescadillo más insignificante en tamaño; algo así como el whitebait inglés en gusto y en dimensiones.—Esta es, por tanto, la mejor ilustración de mi teoría.

arriesgadas suertes, pases y evoluciones del bailarín de alambre encima de la multitud. Cierta Antioqueño que por mi vera estaba (los encuentra usted en Marte, si allá va usted), me dijo cuando los espectadores especulaban acerca de la caída y muerte probable del danzador: «El peligro no está allá arriba;

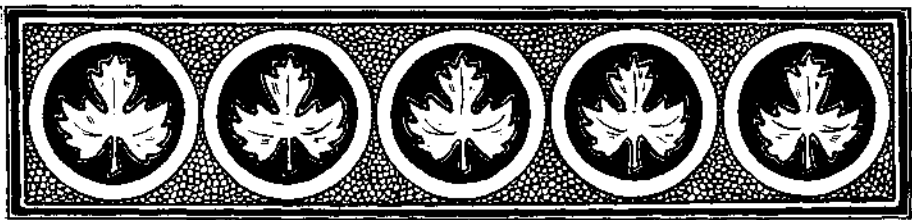
está aquí abajo.» Y se hizo á un lado.

Yo me atrevo á decirles á los españoles: No está el negocio en Francia, ni el peligro en Gibraltar; peligro y negocio están en América para ustedes.

G. R. CALDERÓN, M. S. A.

Londres 1 de Mayo de 1901.





Congreso marítimo nacional

Discurso pronunciado en la sesión de clausura por el Sr. D. Antonio Maura.
Presidente de la Liga Marítima Española.

Señores:

Si tuviese aquí tan sólo el carácter de Presidente del Congreso Marítimo, ya no podría dirigiros la palabra, porque el Congreso Marítimo ha terminado, ó terminará cuando el señor ministro de Marina, que nos honra con su presencia, así lo declare. Pero inmerecidamente tengo el honor de presidir también la Liga Marítima Española, y con este carácter creo necesario molestaros con algunas consideraciones acerca del resultado final de este Congreso y de su desenvolvimiento en lo porvenir.

EXPLICACIONES NECESARIAS

Con mucha razón, si no se considera la singularidad del caso, se ha tachado al cuestionario de enciclopédico y ambicioso. En cualquiera otra nación, y aun en España de ahora en adelante, no tendría disculpa haber abarcado tantas materias para una sola deliberación. Pero, señores, en España, jamás, que yo sepa—y me atrevo á decir que tampoco lo sabe ninguno de los presentes,—jamás se ha procurado deliberar á la vez sobre la totalidad orgánica y el conjunto de los intereses marítimos nacionales. La Liga convocó este Congreso precisamente para recibir sobre todos ellos, y sobre el engrane y la conexión entre unos y otros, las inspiraciones de la opinión. Era indispensable abarcarlos de una vez y convidar á todo el mundo, sin excluir ninguna opinión, ningún interés, ninguna clase.

A partir de las deliberaciones que empezaron en Febrero—porque la menor parte ha sido aquello que la discu-

sión oral y pública ha entresacado, según la predilección y preocupación de cada cual,—desde Febrero, digo, se ha venido escribiendo, estudiando, informando, deliberando y forjando estas conclusiones que ahora se acaban de leer. En ellas, una parte de las cuestiones queda todavía sin resolver, y se convida á la Liga Marítima á seguir trabajando, investigando y estudiando más sin olvidar este núcleo de opinión. Otros asuntos alcanzan la madurez de verdaderas conclusiones afirmativas, porque ya son como el enunciado de propósitos, deseos y aspiraciones comunes, preponderantes con gran mayoría dentro del Congreso, y no digo que incontestadas, porque, después de todo, en materias tan complejas, la absoluta unanimidad es imposible.

La poca propensión que tenemos todos á la perseverancia, consentiría escasas esperanzas de recoger fruto cierto del trabajo pasado, si al separarnos hoy hubiera todo concluido. Creo yo, al menos así lo espero fundadísimamente, que la existencia de la Liga Marítima es una garantía de que en aquella parte que sea posible, y con la mayor rapidez de ejecución que pueda lograrse, las conclusiones de este Congreso tendrán un ejecutor incansable y vigilante, para que pasen á la esfera de las leyes y de las determinaciones del Poder público en cuanto toca al Estado, y, en lo que corresponde á las iniciativas sociales, para promoverlas y alentarlas, cuando no pueda la Liga realizarlas por sí misma.

Ayer se cumplió el aniversario de la primera reunión que en el Ateneo se celebró, convocada por el Sr. Navarre-

te para provocar su formación, y en un año, la Liga Marítima se ha formado y ha logrado que se hable, se escriba y se piense en cosas de mar, más que en veinte años de cualquiera parte de nuestra historia. (*Applausos.*) Cuando no hubiera hecho más que eso, podría dar por bien empleadas las fatigas, aun sin contar las muchas esperanzas que en esas conclusiones podemos poner. Lo pasado, en su difícilísima y primera formación, creo que es prenda de que no resulten vanas las alegrías con que miro yo el porvenir para los intereses de la Patria española en el mar.

LA MARINA MERCANTE

Habéis oído que comienzan estas conclusiones por un sistema de franquicias y protecciones para la Marina mercante, para nuestras navegaciones y para la construcción naval. Ese es el resultado de muchas experiencias en países extranjeros, de muchas lecciones de la historia, de la mayor suma de competencias profesionales que dentro del Congreso y de la Liga se han podido allegar. No es ocasión, ni yo tengo autoridad, para analizar y desentrañar ese conjunto complicado de peticiones y propuestas, el cual requiere maduro estudio; todas se compendian en un sistema de procedimientos y medidas para alentar la navegación nacional y la construcción naval nacional. Mirando su conjunto, para las observaciones de carácter necesariamente sintético que yo pueda dirigiros, pienso que no faltarán muchos que honradamente tengan la convicción de que el progreso económico de las naciones y el bienestar y el fomento de la riqueza pública se logran mejor por otros métodos; aludo á quienes no tienen confianza en medidas protectoras. Yo respeto profundamente sus convicciones; pero todavía me permito rogarles que consideren lo siguiente: la mayor parte del tráfico marítimo es internacional y las demás naciones no nos han dejado disyuntiva entre el régimen de libertad económica y la protección. Habían de tener los que así piensan toda la razón que quieran, y su confianza en las leyes naturales, en el progreso y la armonía naturales de los intereses, debería subordinarse á la positiva realidad, porque nosotros, aunque somos una nación que tiene naturalmente aptitudes bien probadas, probadísimas, para el desenvolvimiento de la vida marítima, estamos rodeados, bloquea-

dos, envueltos por primas y toda clase de fomentos y de artificios, que dan á las Marinas extranjeras protección y ventajas sobre la nuestra. (*Muy bien. Aplausos.*) ¿A qué leyes naturales nos podríamos acoger?

Una reforma arancelaria, de la cual no hay en el horizonte indicios por ahora, que franquease puertos y fronteras para el tráfico internacional, fomentaría el comercio; pero en bandera extranjera, porque se han aventajado artificialmente todas las Marinas, postergando á la nuestra.

Y todavía estimo de mayor eficacia la reflexión de aquellos á quienes me dirijo, cuando piensen que, aunque los transportes marítimos son sin duda una industria, son también mucho más que una de nuestras industrias.

Tengo en esto una convicción que podrá ser errada, pero que es muy añeja, porque hace ya veintidós años que en la información naviera la sostuve, y, en lo que he vivido después, no he visto sino confirmaciones de aquel convencimiento.

Para mí la Marina mercante es, además de un instrumento de transporte y de cambio, una inmensa fuerza política, el principal instrumento de influencia, de prestigio, de expansión y de prosperidad para una nación que tiene dilatadas costas. De ello en todas partes hallaréis ejemplos, en todas las edades y en todos los continentes. No hablaré de pueblos que, sin territorio y sin población, porque descollaron como navegantes, han dejado en la Historia nombre imperecedero: recordad á Fenicia, Grecia, Venecia y las Ciudades hanseáticas; mirad el territorio metropolitano inglés y extended la mirada por sus dominios. Ello tiene explicación muy sencilla; porque el buque no es solamente un instrumento de comercio, sino de contacto social entre pueblos, razas y civilizaciones; de importación y exportación de cultura; la radiación del genio propio, y la inducción con que el progreso ajeno estimula y aviva el propio: mirad, dentro de nuestra misma Patria, la diferencia del nivel social entre las comarcas interiores y las zonas litorales. (*Muy bien.*)

Para ingerir en el problema miramientos políticos y morales, bastaría esto, aun cuando no fuera la Marina mercante el nervio, la base y la condición inexcusable del poder naval; de manera que no se puede mirar el aliento, la protección, el fomento de la Marina, las navegaciones y las industrias marítimas, tan

solamente como un problema económico; es un grandioso asunto político, un problema social de primera magnitud.

Cuando las naciones europeas, poseídas de la fiebre de expansión que ha llenado la segunda mitad del pasado siglo y que no se mitiga, ó no tuvieron colonias ó las perdieron, todavía han de ver en la Marina otra excepcional importancia. El mar es el ámbito que las queda; el mar su única compensación; para España, el único bálsamo capaz de cicatrizar nuestras heridas, el único resquicio para nuestras esperanzas.

Ejemplo tenéis para no hablar de nuestros dolores, ejemplo tenéis de ello fuera de casa. Alemania se sintió poderosa, constituida y pujante, cuando estaba ya repartido, ó por lo menos estaba obstruido el paso para acudir al reparto de los continentes que no puebla nuestra raza; y Alemania, que no ha podido tener colonias, ha satisfecho la excepcional ambición de su Imperio y el genio expansivo de su raza, desplegando su grandeza reciente por medio de la Marina; no sólo por medio de la Marina de guerra, sino impulsando con prodigioso florecimiento todas las manifestaciones de su energía en los mares, desde el *yate* para regatas hasta el formidable acorazado.

El problema para mí consiste, respecto de este primer conjunto de conclusiones que acabo de mencionar, en si se acierta ó no, en si están bien ó mal tomadas las medidas, en si hay algo todavía más eficaz que esto; pero no vacilo en afirmar que todo cuanto se pueda, todo lo que se considere más eficaz, es preciso hacerlo á toda costa; urge fomentar y desarrollar, cuanto antes, la navegación española, la Marina española y la construcción naval española. (*Muy bien.*)

LA ANARQUÍA EN LA MARINA

Acontece, y pongo ahora mi atención en otra multitud de conclusiones que agrupo bajo las consideraciones que voy á presentar ante vosotros, acontece que nada es de suyo más orgánico, y sin embargo, nada está más disperso que los elementos marítimos de la nación española. No hay vínculo ninguno, no ha habido nunca conexión ni comunicación entre las diversas piezas de esta complicada máquina, en la cual tienen funciones vitales el pescador y el grumete, el naviero, el consignatario, y el marino

de guerra, y el frágil esquife, y el acorazado, y la humilde industria salazonera, y las colosales factorías de construcción naval, y los puertos, y los faros, y el régimen sanitario, y todo cuanto integra la vida marítima.

Por añadidura, y para los asuntos de mar, aquella comunicación de los diversos elementos de una nación con el Estado, que es como el nudo por el que la personalidad nacional se afirma y se presenta definida y clara, también estuvo siempre y está entre lo más relajado y débil de nuestra constitución; porque el marinero, el pescador, el navegante, mirando hacia el mar, poco suelen pensar en las Cortes, ni en las oficinas, ni en los periódicos; ¡están de espaldas! (*Muy bien.*)

En cada distrito es lo de menos el litoral; en cada grupo de electores, son los menos los del mar, y aun esos bregan con las olas, mientras las actas están... en las manos de quiénes las fabrican. (*Aplausos.*)

De manera que han permanecido ausentes de la vida pública, ausentes de la vida oficial, olvidados de los organismos directores de la vida de la nación, y por esto es tan importante, tan necesario, recoger estos elementos y traerlos á la unidad orgánica que por naturaleza piden y en que ellos están desde su nacimiento. (*Muy bien, muy bien.*)

La administración española, la organización de servicios en la esfera oficial, en vez de remediar, ha venido considerabilísimamente agravando (sin culpa individual de nadie: ni siquiera aludo á ninguna época) el estado de disgregación y la artificial heterogeneidad de lo que debía formar conjunto armónico, con engranaje perfecto y trabazón robusta.

Unos asuntos competen á Marina, otros á Fomento, otros á Hacienda, otros á Estado; ninguno tiene, en ninguna parte, proporcionado asiento; así desmembrada, la España marítima es la Cenicienta en todas partes, natural consecuencia de no estar presente en ninguna la enormidad de los intereses, ni la muchedumbre de los interesados. (*Aplausos.*)

Porque, pensadlo bien, si elimináis á los agricultores, si dejáis á un lado á la agricultura, y contáis, no ya el valor social y moral, sino tan sólo los millones que representa la navegación, los millones que representa el cupón de la pesca, cuyo capital se guarda en el fondo de los mares, y contáis luego los miles y miles

de familias que viven exclusivamente del mar, creo que afirmareis conmigo que no hay ni un solo interés nacional, después de la agricultura, que por la entidad pecuniaria y por el número de personas nacidas en el suelo español que de la mar viven, tenga tanta importancia como tiene la Marina. Y ¿qué organismo del Poder público y de la Administración ha tenido encargo de atenderlo y servirlo?

Ha estado en dispersión, en abandono, en orfandad, precisamente á la hora misma en que la fiebre arancelaria, restringiendo los cambios y el comercio, inevitablemente dificultaba y perjudicaba nuestras navegaciones; en el instante mismo en que los enormes presupuestos de los Estados europeos obligaban á forzar la tributación, agobiando las fuentes de riqueza y escudriñando y sangrando toda evolución de la actividad; en el instante mismo en que todas las naciones extrañas estaban artificialmente levantando y fomentando su Marina, es decir, durante la época en que necesitaba más tutela, más eficaz amparo, más discreta y concertada dirección. ¿Cómo no ha de necesitar á la hora presente lo que aquí se pide, lo que casi con unanimidad se ha reclamado, lo que ha obtenido en las peticiones escritas información más nutrida; á saber: que de una vez se afirme la personalidad de la Marina mercante, y de una vez se dé ordenación sistemática á esa dispersión de elementos, que es signo de muerte?

Por esto se afirma y propone la constitución de una Dirección de las industrias marítimas, á la cual vengan á parar todas las materias que la integran y todas aquellas que por su íntima conexión forman como parte de su propia sustancia.

Claro es que algo, y aun mucho, ha de quedar siempre para la relación con otros organismos, porque la nación entera es un solo organismo; relaciones ha de haber con Hacienda y con Fomento; pero materias que es tradición considerar extrañas á la Marina, si ha de lograrse el fin que se busca con la Dirección, deben traerse bajo una sola mano, de manera que todo obedezca á una sola propulsión, y se enlacen unos con otros todos los acuerdos del Gobierno, todos los afanes de la Administración, todos los desvelos de los administrados que á ella acuden y la estimulan. La gestión necesita el mismo carácter sistemático que la naturaleza dió al desenvolvimiento de la vida marítima de un pueblo.

Para ello, es menester, sin duda alguna, que asistan á esa gestión delegados auténticos, funcionarios electivos, que procedan de todas las gentes de mar, de todas las profesiones y de todas las industrias marítimas. Por la complejidad, por la especialidad, por la incomunicación con el resto del pueblo y de la vida social, es tan técnico, tan peculiar, cuanto atañe á la vida marítima, que necesariamente resultará incompetente la Administración pública si persevera en el ambicioso afán de, por sí misma, hacer la felicidad de las gentes de mar. No abogados, no ingenieros, no literatos, no las gentes alistadas para la reclusa burocrática que conocemos; no; han de ser las mismas gentes que sienten la necesidad; las mismas gentes que saben los misteriosos engranajes por los cuales unas cosas repercuten en otras; las únicas idóneas para prevenir ó remediar funestas incoherencias; las que experimentan el daño causado por la torpeza del último tornillo de la máquina. Sólo así se logrará que esté presente la España marítima ante el órgano central de su dirección, y ante cada uno de los organismos locales que deben asumir los servicios, los cuidados, las iniciativas y también las rivalidades y las competencias, acicate de prosperidad entre unos y otros trozos del litoral.

Ello no significa que no deba quedar enteramente á salvo la integridad y la unidad del Gobierno; porque es claro que tiene el Estado deberes de justicia que administrar entre los diversos y no siempre bien avenidos intereses que figuran dentro del cuadro total de la marina mercante; claro es que tiene el Estado deberes y cuidados de policía y de jurisdicción en todo el litoral, señaladamente en los puertos y también á bordo; es evidente que el Estado, cualquiera que sea el sistema para reclutar sus tripulaciones, por voluntariado, por inscripción ó por matrícula, tiene que seguir y conocer las vicisitudes de la gente de mar para asegurar la aptitud de cada uno de los individuos que embarque, formando el nervio de sus escuadras, la masa de sus reservas y la base de cualquiera fuerza naval que sostenga. El personal de las industrias á flote ha de estar bajo la mano de los organismos locales de que os hablo; todo esto se deja á salvo, porque al lado, ó más bien, en el centro de la reunión de delegados de las industrias y de las gentes de mar, debe existir el delegado del Gobierno, la autoridad ejecutiva, al-

quien que represente el interés supremo de la nación y la neutralidad de la ley, en medio de la contradicción de intereses y de estímulos que los elegidos traigan á la vida administrativa y á la gestión gubernativa de la Marina.

Ayer, los que asististeis á la sesión, pudisteis convenceros de que muchas veces, sin culpa individual, inadvertidamente, resultan sacrificados muchos intereses á nombre de la causa pública, que también queda abandonada y deservida. Ayer hemos oído, y no fué novedad, pero al texto de ayer me remito por estar tan fresco, que á pesar de que se queja la marina mercante y se queja la industria pesquera de limitaciones, trabas, reglamentos y vejámenes que la perjudican, embarazan y enervan, no resulta atendido el interés del reclutamiento de la marinería militar. Todavía estamos peor en cuanto á reservas navales.

Atiéndase bien á las necesidades del Estado; mejórese mucho el servicio nacional; pero en todo lo demás, en todo lo que no sea necesario, evitense perturbaciones de la vida civil, déjese que la vida económica de todas las industrias de mar se desenvuelva de manera que no se sientan agravadas y entorpecidas, y den la savia fecundísima de sus esfuerzos y de sus frutos á la riqueza pública y á la prosperidad de la nación. (*Muy bien.*)

Se ha cuestionado, se cuestiona sobre el lugar donde se habría de asentar el organismo director de las industrias marítimas de la nación española.

Comprendo bien el ardor con que se ha discutido el tema, sobre todo por escrito, aunque lo atribuyo á causas accidentales que llamaremos históricas. Comprendo que tendría siempre gran importancia el punto, si se tratase de encomendar estos servicios á una ú otra de las manos de la Administración central; yo entonces... entonces tendría el pesar de decirles á los que están entusiasmados con la mudanza, que, antes de descargar su carro, conocerían el desengaño. No. El remedio no está en un trasiego; el remedio está en la autonomía más absoluta posible, tanta cuanto quepa, dejando salvos los resortes de justicia, el servicio militar, las funciones de policía y jurisdicción, aquello de que el Gobierno no puede desprenderse; es decir, la autonomía, que es muy grande, que pueden tener esos organismos, en gran parte electivos, delegados de las industrias y la gente de mar. Con-

seguido esto, importa poco, importará mucho menos, saber dónde se pone el enlace con la Administración central. (*Aplausos.*)

Nadie puede negar que en lo que ha de salvarse siempre como incumbencia de Gobierno, en lo que no se puede encomendar á los elegidos, es el ministerio de Marina, quien representa la mayor y principal parte, porque suyo es todo cuanto atañe al interés militar, á la jurisdicción, á la pericia técnica y á la ejecución por medios coercitivos.

La mayor parte de la función del Estado en los organismos autónomos corresponde al ramo de Marina; y como además el ramo de Marina es quien ahora posee, para mí ha sido una manifestación de la ley de la gravedad, la conclusión de dejar la dirección de industrias marítimas enlazada con el ministerio de Marina. (*Muy bien.*)

EDUCACIÓN MARÍTIMA

La enseñanza y preparación de aptitud en todos los grados y profesiones, es quizá aquello en que el debate oral ha arrojado mayor luz sobre el conjunto de temas que por escrito se habían dilucidado con anterioridad. Yo no diré sino una cosa, para mí ha sido una manifestación de la ley de la gravedad, la conclusión de dejar la dirección de industrias marítimas enlazada con el ministerio de Marina. (*Muy bien.*)

Hay profesiones que, emprendidas en la juventud, causan estado; imprimen carácter tan exclusivo, que quien abraza una carrera en la adolescencia, si en la edad adulta, por azares de la vida, tiene que abandonarla, suele servir para poco en la vida civil, y queda como miembro descabalado en la sociedad.

No ocurre esto con los que han pasado la juventud embaucados, porque se habitúan á tal disciplina y arraiga tanto en ellos el concepto del deber, que son siempre clase selecta por su probidad, por su laboriosidad y por su seriedad en cualesquiera cargos de confianza en las empresas de la vida civil. (*Muy bien.*)

No importaría, pues, alentar vivamente la juventud, inclinándola hacia

ese lado; que si el reflujo sobrevenia y sobraba gente, vendria muy bien preparada para introducir glóbulos rojos en sangre que tal vez da muestras de anemia lamentable. (*Aplausos.*)

LA PESCA

La pesca. Habéis oído ayer mismo las conexiones del poder naval con la industria pesquera, aun colocando aparte la muchedumbre de gentes que de ella viven y la enormidad del capital que representa su rendimiento annuo; sabéis de qué manera es la industria de la pesca escuela única de donde pueden sacar sus tripulaciones las naves mercantes y las naves de guerra. Por eso ha sido para la Liga Marítima desde el primer día una de las principales preocupaciones todo cuanto se refiere á la gente pescadora y á las industrias derivadas de la pesca, y en lo sucesivo, seguirá prestándolas la mayor predilección. La merece su importancia social, económica, política; pero todavía es mayor el merecimiento que por si mismas corresponde á las clases que viven de la pesca; para ellas es ejercicio cotidiano el heroísmo, como si la sublimidad del mar allanase la de la virtud; heroísmo con el cual nadie tiene cuenta, sino que van y vuelven, estuvieron á dos dedos de la muerte, y todos lo ignoran, sus familias, ellos mismos! (*Aplausos.*) Ellos están más expuestos que nadie al infortunio, sus familias á la viudez, la orfandad y la miseria, y son, cabalmente, los más desvalidos; flotan en la sociedad casi sin tocarla; el obrero de los oficios terrestres rara vez ha dejado de servir á alguien que acaso tenga corazón; sus adversidades tienen testigos de quienes esperar auxilio; pero el pescador es forastero de su pueblo. apenas tiene contacto social, no siempre tiene familia, no tiene comunicación con sus propios convencidos, hermanos en pobreza y en fatiga; muchas veces no tiene hogar. (*Aplausos.*)

Necesita muchísimo más el auxilio social de las organizaciones é institutos de protección, y también el auxilio del capital, á cuya humanidad acudiremos para que nos ayude á fundar instituciones benéficas, de las cuales está tan desamparado. (*Aplausos.*)

La máquina que siempre ha traído, en el desenvolvimiento económico, sacudidas y problemas, los ha suscitado también en la pesca. Ya nos hemos ocupado alguna vez de ellos, y habremos

de atenderlos muchas veces más. El Congreso ha deliberado sobre alguna de las complicaciones ocasionadas por el empleo de vapores y artes de pesca intensivos; en esta síntesis no puedo sino advertir á todos de que en ese problema que las máquinas plantean frente á multitudes que por antiguos procedimientos viven de la pesca, se atraviesa un factor extraño, el cual no interviene de ordinario en los conflictos entre la máquina y el obrero, que llenaron la historia industrial del pasado siglo, es á saber: que el principal capitalista en la industria pesquera es la Divina Providencia; cualquiera capital amonedado que se dedique á la industria de pesca, será muy inferior al capital que aporta el mar; y el mar es del dominio público, y en primer término pertenecen sus ahorros á quienes con riesgo de sus vidas van á arrancárselos! (*Aplausos.*)

DEPORTES NAVALES

Se ha dado en las conclusiones á la navegación de recreo la importancia que todos hemos visto que tiene. Para algunos, y á queréis que lo diga con franqueza?, para mí, ello ha tenido algo de revelación; no sería sincero si no os dijese que en mi vida había ahondado lo bastante en la consideración de estas cosas para comprender, como he comprendido en las últimas sesiones, hasta qué punto la Marina de recreo, las aficiones marítimas, las emulaciones, el espectáculo de las regatas, tienen importancia para el desenvolvimiento de los intereses nacionales en el mar y la prosperidad naval de un pueblo. Comprendo ahora muy bien por qué tanto afán puso el Emperador de Alemania en lo uno como en lo otro. En efecto, desde el remero que boga en la regata, hasta el almirante que da órdenes en la torre de un acorazado, no hay interrupción: es una gama en la cual todo está enlazado y compenetrado.

Y es importante esto, entre otras razones, porque todo cuanto favorezca la propaganda y enseñanza de las cosas del mar, todo lo que tienda á hacer penetrar el ambiente del mar en la sociedad civil, vigoriza militarmente al Estado; cuando llegue la hora del combate, la nación entera asistirá con su aliento, y el aliento de los pueblos es el nervio de sus combatientes. (*Aplausos.*)

Esto me lleva á tratar del problema que ha sido nuestra mayor preocupa-

ción, y dejaré de molestaros (*No, no*): aludo al poder naval de España; problema del que he de hablaros con absoluta sinceridad, que de otro modo no sería digno de que me honráseis escuchándome.

LA MARINA DE GUERRA

No sé si hablo el lenguaje de todas las convicciones; pero á los que no compartan las mías, les pido el respeto que se debe á la honra patriótica de mis propósitos.

Yo entiendo que ese problema se suele plantear mal; creo que una de las peores cosas que le pueden suceder, es tomarlo al revés; y cuando hay que dialogar con las muchedumbres, muchísimo más, porque ellas son menos aptas para volverlo á su asiento propio.

Se habla de si España necesita ó no poder naval. Si no se hubiera inventado la evidencia, aquí tendríamos evidencia. ¡Cómo he de negar que necesita España poder naval! Toda mi vida he sostenido que España jamás podrá sustentar tanto poder naval como necesita. ¡Para qué os de hablar de esto, si todos habéis dicho lo mismo? Bajo todos conceptos, como quiera que se mire, España necesitaría en los mares más fuerza de la que puede tener.

Y ¡cómo, siendo esto tan evidente, si ahora consultásemos con un plebiscito á la nación española, tendría inmensa mayoría la negativa á gastar un real en Marina? ¡Por qué tal contradicción? ¡Por injusticias? ¡Ah! Injusticias hay; pero ellas no bastan. ¡Por falta de patriotismo? Esto no se puede decir, no se puede pensar. ¡Por qué, entonces, es tan hostil la opinión?

Creo que hay error en el planteamiento; los votos negativos no significan que España no necesita poder naval; no significan siquiera voluntad de no tenerlo: lo que ellos afirman es que se cree que no se tendrá poder naval; significan desconfianza de alcanzarlo; pronostican esterilidad del esfuerzo, y no la convicción de que no hace falta. (*Muy bien. Aplausos.*)

Por lo tanto, perderemos el tiempo si pugnamos por convencer á las gentes de que sería muy bueno tener fuerzas navales; y todavía lo perderemos más si miramos al pasado, ora para recriminaciones, ora para panegíricos. Atrás debemos mirar para recoger la enseñanza del escarmiento; pero con el corazón alentado, mirando al porvenir y

á la prosperidad de nuestra Patria. (*Muy bien.*)

Lo que hay que demostrar y ver, es cómo lograremos de veras el poder naval, y una vez esclarecido esto, creo que cambiará el estado de la opinión; de otro modo, entiendo que no cambiará nunca.

Yo, por lo pronto, estimo que España, sin género de duda, tiene vitalidad suficiente para sostener una fuerza naval modesta, como ella es entre las naciones de Europa; una fuerza proporcionada á sus más estrictas necesidades en los mares.

España tiene vitalidad para todo, porque lo que ha enfermado en España es el Estado, la España enferma es la España oficial, y no hablo de la España oficial de un día, hablo de períodos larguísimo de nuestra historia. En cuanto á la vida marítima, España, á pesar de todo, afligida por aquel desconcierto de que antes os hablé, asediada por el estímulo artificial y violento con que han sido protegidas y alimentadas las Marinas extrañas, todavía ha prosperado. ¡Cuál no sería su natural pujanza!

Lo que hay es un error histórico, secular, funestísimo, el error de pensar que «poder naval» significa «buques».

Ya supondréis que no pretendo que el poder naval se obtenga sin buques; lo que niego es que los buques den poder naval, ellos solos. Las tripulaciones, sí. ¡Cómo ha de haber poder naval sin tripulaciones? Tripulaciones aptas, todas ellas homogéneas y útiles para manejar aquellos instrumentos que se les entregan, y, además de buques y tripulaciones, dinero, mucho dinero; porque no puede ser barata la Marina, porque nosotros jamás hemos tenido sino fragmentos de Marina, piezas descabaladas de Marina, y lo que nos faltaba, aun en los mejores días, costará mucho dinero; de manera que con programa todavía más modesto, se necesita aún más dinero. (*Muy bien.*)

Pues ni con buques, ni con tripulaciones, ni con dinero, se alcanza todavía el poder naval; falta otro ingrediente.... el ingrediente que faltaría cuando todos los elementos químicos de que se compone mi cuerpo estuviesen en las correspondientes retortas, no estando yo en parte alguna: faltaría la vida; la vida, que es la organización; y en España estamos mucho más faltos de organización que de dinero, de personal y de buques. (*Aplausos.*)

Si todo es orgánico y complejo en los servicios públicos y en cualesquiera fe-

nómenos sociales, no hay nada tan perfectamente orgánico como la Marina de guerra. Se puede tener una agricultura atrasada y viciosa: se cosecharán tres fanegas menos por hectárea, pero algo se cosecha; se puede tener una enseñanza atrasada y defectuosa y no saldrá la juventud instruida tal cual debiera, pero aprenderá; en el Ejército mismo, que ya se acerca á la categoría de los organismos perfectos, donde es menester que todo se corresponda y se aune mirando al fin, todavía, aunque no se pueda oponer igual número á igual número de combatientes, sin tener igual preparación y los mismos medios materiales, se puede conseguir algo; ahí están, en la historia y en ejemplos que presenciamos hoy mismo, las guerras defensivas, las guerras civiles, las guerras de independencia, sostenidas por gentes desarrapadas que se las han con ejércitos regulares, atestiguan-do que al fin y al cabo representan una fuerza; pero en la Marina, en la Marina, señores, desde que falta algo, se convierte la fuerza en debilidad, la gloria en vilipendio; ó todo ó nada; como en otra cosa alguna se puede decir esto. (*Aplausos.*)

De las conclusiones que se han leído, para mí se destaca con luz singular aquella que dice que la organización, la reconstitución de todos los servicios militares del Estado es la necesidad primordial, y que sin ella, ni se tendrá nunca poder naval, ni valdrán para nada los sacrificios que se hagan. Y sigue á esta conclusión otra, que (así como los escultores, antes de modelar las formas de la estatua, la sacan de puntos, señalando los ángulos culminantes de la figura que ha de nacer) «saca de puntos» una organización completa, con las afirmaciones bastantes, á fin de que baste desenvolver esas ideas para explicar el concepto total. Afírmase que es menester librar la organización de los servicios militares del Estado del peso que sobre ellos viene ejerciendo la tradición, formada en épocas en que ni existían los medios de comunicación que hay ahora, ni las escuadras eran como son ahora, ni los armamentos navales eran lo fulminantes que ahora son, ni los combates tan instantáneos como ahora serán, para decidir de la suerte de los pueblos. Se afirma la pre-ocupación de asegurar la unidad, asegurar la sencillez, asegurar la eficacia y preservarse de la versatilidad.

Mientras esto no se haga, lo he di-

cho, yo creo que la nación española no hará ningún sacrificio por la Marina, y estoy seguro de que si le hiciera, se frustraría. Pero al decir *mientras*, no entiendo usar un adverbio de tiempo, en el sentido de aplazar nada; he deplorado en público hace ya muchos meses, que se haya perdido el tiempo, no hablando ya del tiempo pasado, sino del tiempo que ha corrido desde nuestras desventuras, porque creo que era y es urgentísimo emprender toda la obra; pero sin que á título de urgencia resulte que, en vez de acometer la reconstitución de nueva planta, perseveremos en los tradicionales errores y lo cifremos todo en la compra ó encargo de barcos, dejando las causas del desastre en pie y todas agravadas. (*Aplausos.*)

De la proporción que ha de guardar, de la íntima y vital conexión que ha de tener la Marina de guerra con la Marina mercante, con la pesca, con las construcciones navales, con todas las industrias marítimas, he hablado ya tantas veces, que es ahora ocioso repetirlo. Es la Marina de guerra, ó una ilusión peligrosa, una fascinación que conduce á los pueblos á temeridades suicidas, ó es coronamiento y clave de todo un sistema de energías sociales, de medios económicos, de organizaciones públicas: máquinas y gentes dispuestas para que en la herramienta militar actúe el empuje de una nación entera. (*Muy bien.*)

CONSTRUCCIONES NAVALES

Las construcciones. Sobre eso de las construcciones navales para la Marina de guerra habéis de notar, yo al menos lo pienso, que á diferencia de lo que suele acontecer en los demás análogos asuntos, lo de menos es la baratura; importan más la perfección y la prontitud.

La industria nacional, la construcción del material de guerra en territorio nacional, muchas veces leo, muchas veces oigo, que principalmente es de sumo interés para que los buques lastimados, averiados, tengan en territorio nacional donde carenarse y reponerse. Yo no logro que esto me cause gran impresión, porque no creo en la vuelta de los heridos al combate; porque creo que los combates navales modernos no pueden durar; pero hace grandísima mella en mi ánimo pensar que el presupuesto de la Marina de guerra es la savia más copiosa para el desenvolvimiento de las industrias de construcción naval, que la

Marina mercante, y, por consiguiente, todo el régimen del organismo de la Marina española, necesitan. De modo que yo quiero la construcción naval española favorecida con el presupuesto de Marina militar, en tanto cuanto no sea con daño de la perfección y de la prontitud de los resultados, porque si se sacrifican la perfección ó la prontitud, entonces habrá alegrías y botellas de Champagne rotas contra las quillas; habrá hijos adoptivos, pero luego vendrán vergüenzas y desengaños. (*Aplausos.*)

Débase pedir al presupuesto de Marina la construcción naval española, en toda cuanta medida sea posible, para que con ella no retarde una sola hora su crecimiento, para empujarla con toda la actividad posible; pero sin demandarla nunca lo que ella no pueda dar sin engañarnos con optimismos falaces; sin ir al fracaso que para ella y para la nación resulta funesto.

Y como á la hora presente la construcción naval, en vías de prosperidad, con muestras muy estimables de su adolescencia, no está en situación de satisfacer todas las necesidades que dentro de la nación española se han de satisfacer, con mucho gusto he visto que el Congreso no suprime radical y enteramente la construcción oficial, y por de pronto habla de un solo establecimiento de construcción oficial, enlazado y armonizado con lo que dé de sí la industria privada, que cada día será más. Pero yo digo, porque me preocupa sobre todo, que no olvidemos el pasado y que no olvidemos lecciones que ya la razón había anunciado, anteponiendo el aviso al escarmiento. No volvamos á caer en la insensatez de sembrar las quillas de barcos nuevos por todo el litoral, dividiendo el esfuerzo, la pericia y el dinero, y multiplicando los dispendios auxiliares de la construcción, cuando apenas, reuniéndolo todo y procurando enfocar todo lo posible el esfuerzo para facilitar el resultado, podíamos prometernos que la industria oficial, con todo el

auxilio que pueda darle, dentro ó fuera, que en eso no me meto ahora ni es de nuestra incumbencia, la industria privada, remediase aquellos dos peligros, suprema preocupación que deben tener los Gobiernos, á saber: la lentitud y la imperfección.

Yo creo que os he hablado ya demasiado de estas cosas... (*No, no.*)

FANTASMAS DEVANECIDOS

Era el problema del poder naval, con todas sus derivaciones y aspectos, del cual una parte tan sólo, siquiera esencial, he tocado sintéticamente; era, uno de los fantasmas que velaban la cuna de este Congreso, y después ha pasado lo que con todos los fantasmas: que encendida la luz, ya no están. (*Muy bien.*) Aquí han deliberado la Marina mercante y la de guerra, representadas en sus más vivas y más caracterizadas personificaciones, y se ha discutido con una fraternidad apenas interrumpida por los effluvios de la sangre española, aunque entre gentes no acostumbradas á la contradicción, pronto salta la chispa. Yo no la he visto. Habrá dentro de la Marina mercante antagonismos, intereses irreductibles. Ahí está la concordia, en esas conclusiones, aprobadas por los que parecían más enfrente, unos de otros, la víspera del Congreso.

Permitidme, pues, que yo me felicite de todo corazón; que á todos os felicite también por el resultado de este primer ensayo de integración de los asuntos marítimos de la nación española, de esta primera confrontación de sus dispersos elementos, de este primer conato de reorganización y engranaje, para que todos juntos, con un solo espíritu, procuremos levantar de su abatimiento á esta triste nación. (*Muy bien.*) Hemos de defendernos tanto de aquellas alucinaciones que son vísperas de desencantos, como de ahogar la esperanza en el desaliento que nos resignaría á consolidar el vilipendio. (*Grandes aplausos.*)





D. Miguel Colmeiro

Grato es siempre el cumplimiento de un deber de justicia; pero ninguno lo es tanto como el de reconocer á cada cual sus méritos y ensalzar la memoria de los que en vida obtuvieron el aplauso y la consideración de sus contemporáneos. Y de todas las esferas en que la actividad humana se desenvuelve, en ninguna estos respetos deben imponerse con mayor fuerza que en la que se refiere á la labor científica y á la noble misión de la enseñanza.

Circunstancias particularísimas y personales me designan con imperiosa exigencia para cumplir este deber con la ilustre personalidad del Excmo. Sr. Don Miguel Colmeiro y Penido, cuya reciente pérdida lamentan todos los elementos intelectuales del país. Tanto por haber sido su discípulo predilecto, como por los muchos años que, á sus órdenes y bajo su dirección, hube de prestar la cooperación de mis modestos servicios en el Jardín Botánico de Madrid, créome indicado para tal objeto.

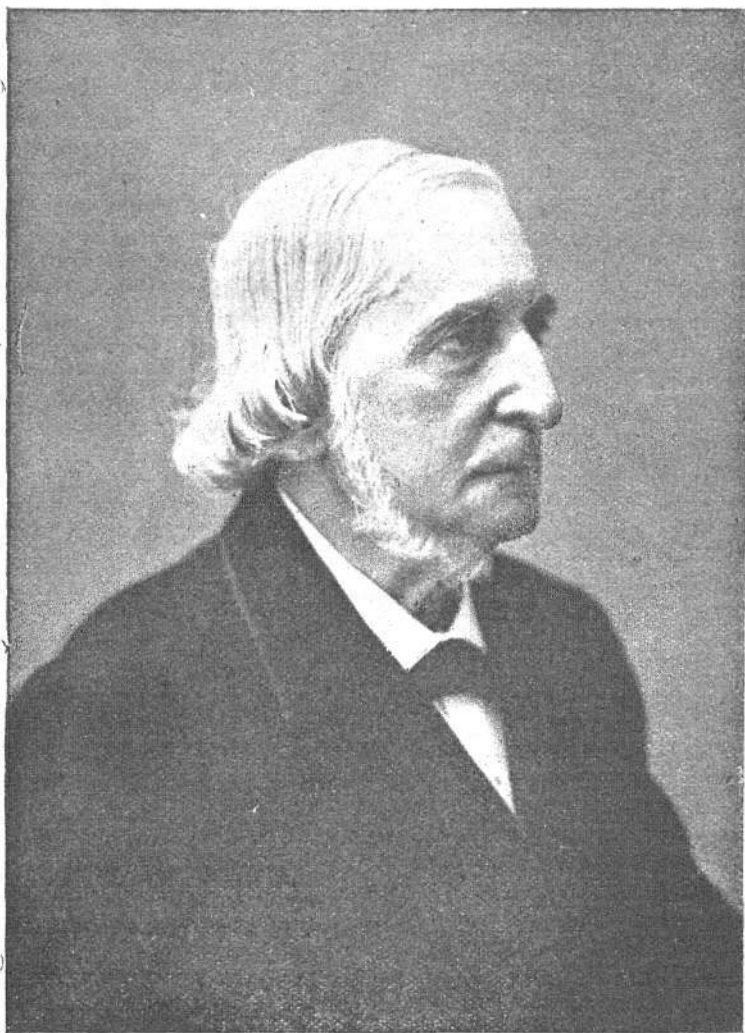
El justificado renombre que el insigne maestro logró ha trascendido ciertamente al público, aunque el ambiente de nuestro país no sea el más favorable para tales difusiones; pero fuera del personal científico, acaso no se tiene una noción bastante clara de lo que su personalidad vale y significa, ni su figura

se destaca con el merecido relieve. Esta consideración bastará para justificar la oportunidad de las breves indicaciones con que pretendemos rendir tributo á su memoria. Son ocasiones estas que no debemos desaprovechar nunca en España, ya que nuestras glorias científicas no sean tan numerosas que podamos dispensarnos de llamar la atención acerca de ellas.

* * *

Muy contados serán los que habiéndose dedicado á profesiones científicas en los últimos cuarenta años, ó viviendo entre los elementos intelectuales de nuestra capital, no hayan conocido personalmente al Sr. Colmeiro. Su figura de rasgos bien acentuados, su expresión de personalidad inteligente y bien equilibrada, su venerable cabeza, ornada de rasgos tan característicos, no le permitían pasar inadvertido, y traían á la memoria figuras intelectuales y gloriosas de los tiempos pasados.

Modesto en su aspecto como en su conducta, invariable en su porte, conservó inalterables, casi hasta sus últimos años, los rasgos distintivos de su persona, tales como debieron ser en los primeros tiempos de su edad viril. Naturaleza creada para la labor intelectual hizo de



D. Miguel Colmeiro.

ella el fin único de su vida, y con tal exclusivismo, que hubiera carecido de una familia á no haber vivido con la de su distinguido hermano D. Manuel, el eximio jurisconsulto y profesor, muerto hace años.

Ambiente propio de tal personalidad era su gabinete, modestamente ornado

y literalmente lleno de libros y de plantas, con la mesa de trabajo atestada siempre de memorias y folletos, verdadero cuarto de estudiante en el más amplio sentido de la palabra. Allí pasaba muchas horas al día y en los últimos años el día entero, estudiando los materiales reunidos y trabajando casi con

igual intensidad que la que empleó en su mejor edad.

Su trato llano y afectuoso, sin ser expansivo en exceso, asequible siempre á sus discípulos, su carácter activo, como correspondía á su temperamento nervioso, y como desde luego lo haría suponer la extensión que alcanzó su labor, pero igual, reposado y tranquilo en general, con raras y fugacísimas alteraciones; sus ideas científicas más conservadoras que revolucionarias, pero nunca enconadas ni hostiles para los nuevos rumbos que durante su larga vida cambiaron el horizonte de las ciencias naturales; sus creencias católicas sinceras, desprovistas de todo rasgo de sectarismo intolerante, su rectitud jamás discutida, el amplio criterio con que hacía justicia á todos, aun á aquellos que no siempre le correspondieron de igual modo; tales fueron los rasgos más salientes de su carácter.

Como profesor, enseñó Historia Natural tan sólo los años que permaneció en Sevilla; en los que antecedieron á éstos, en Barcelona, y en los muchos que les siguieron en Madrid, desempeñó siempre Cátedras de Botánica, especialidad á la que se consagró desde los primeros años. Pertenecía, al menos en los tiempos en que me fué dado conocerle, á aquellos profesores que ejercen sus funciones con arreglo al patrón establecido por su experiencia más que á los que se pasan la vida entera ensayando nuevos programas y modificando sus procedimientos de enseñanza.

Como todos saben, existen en nuestras Universidades unas cátedras con reducidísimo número de alumnos al lado de otras que son verdaderos batallones de depósito del ejército escolar. La desempeñada en Madrid por el señor Colmeiro, como perteneciente á la licenciatura de Ciencias Naturales, carrera que no cuenta con muchos adeptos, se encontraba en el primero de estos casos, no obstante asistir todos los cursos algunos asiduos concurrentes que,

ajenos á los estudios de la Facultad, iban á su cátedra llevados por su afición á la ciencia de Flora. Esta limitación en el número de sus oyentes explica, en parte, que sean tan pocos sus herederos científicos; circunstancia de la cual se dolió el maestro no pocas veces, lamentándose de que, habiendo tenido durante su largo magisterio un número de discípulos relativamente grande, había visto formarse pocos botánicos.

De lo que ciertamente no podía lamentarse era de los resultados de su labor personal. No fué ésta escasa en cantidad ni endeble por su calidad. Sus publicaciones son numerosas y muy apreciadas dentro y fuera de España, habiendo merecido y obtenido por ellas una reputación europea.

La certeza y seguridad de los innumerables datos que en ellas consiguió reunir, el justo y recto sentido con que siempre apreció las cosas y las personas, el espíritu de orden metódico, que no le abandonó jamás, y que tan necesario es á los naturalistas para que su trabajo no resulte estéril, son condiciones que pocas veces viven juntas, y cuya convivencia nos explica la aureola de positiva autoridad que llegó á formarse en torno de su nombre.

*
* *

D. Miguel Colmeiro y Penido nació en Santiago de Compostela, el 22 de Octubre de 1816, y ha vivido, por tanto, cerca de ochenta y cinco años. Sus primeros estudios fueron los de Medicina, carrera que cursó íntegramente en Madrid, obteniendo la borla doctoral antes de cumplir los veintisiete años; pero, sintiendo gran vocación por las ciencias naturales, se dedicó preferentemente á éstas. Ya antes de doctorarse había obtenido, por oposición, la Cátedra de Botánica y Agricultura de Barcelona, enseñanza que entonces existía aneja al jardín público de aquella capital, y de la cual tomó posesión justamente al cum-

plir los veintiseis años (22 de Octubre de 1842). Desempeñó esta cátedra hasta el 18 de Septiembre de 1845, fecha en la cual fué declarado profesor de la Universidad barcelonesa.

Por este tiempo, habiéndose creado la Facultad de Ciencias, D. Miguel Colmeiro se graduó de doctor en esta Facultad (1846), y concurrió á las oposiciones á la cátedra de Organografía y Fisiología vegetal del Jardín Botánico de Madrid, obteniendo del tribunal correspondiente la declaración de aptitud para la enseñanza de esta asignatura.

Poco después, en 8 de Enero de 1847, desde Barcelona se trasladó á la cátedra de Historia Natural de la Universidad de Sevilla, al frente de cuya enseñanza permaneció poco más de diez años. Durante éstos, sus iniciativas y esfuerzos lograron que se estableciese en dicha capital un jardín botánico, el cual prestó desde entonces útiles servicios á la enseñanza y á la propagación de este género de conocimientos, y por su influjo se introdujeron nuevas especies en los cultivos de la comarca.

En virtud de un concurso, pasó, en 18 de Junio de 1857, á la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, encargándose de una de las cátedras que se daban en el Jardín Botánico. Desde esta fecha ya no cambió de cargo, desempeñando ya una ó ya, durante varios cursos, las dos enseñanzas existentes en dicho establecimiento, de cuya dirección se hizo cargo en Julio de 1868, conservándolo hasta su jubilación como catedrático en el verano de 1900.

Su función en el profesorado alcanzó una duración de muy cerca de cincuenta y ocho años, siendo una de las más prolongadas que se han conocido en el profesorado universitario del siglo pasado, si bien en los últimos años que antecedieron á su jubilación su mala salud le obligó á vivir recluso sin poder atender al desempeño de su cátedra.

Cuando sus energías comenzaron á de-

caer, gastadas por una larga y laboriosa vida, sus facultades intelectuales tardaron mucho en afectarse de esta decadencia que, en este punto, apenas resultaba apreciable para los que le habían tratado en tiempos mejores, y sólo algunos meses antes de su muerte se evidenció, por la debilidad de su memoria y la menor claridad de sus juicios.

En tan larga carrera no fueron pocos los honores que merecidamente obtuvo. Categoría de ascenso desde 1854 y de término desde 1877 en el escalafón de catedráticos de Universidad, Decano de la Facultad de Ciencias, Rector de la Universidad Central; las Reales Academias de Ciencias y Artes de Barcelona, la Sevillana de Buenas Letras, la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la de Medicina, y, finalmente, la Española, le contaron entre sus miembros, igualmente que algunas otras Academias del extranjero. Fué Consejero de Agricultura, Industria y Comercio, Director del Jardín Botánico de Madrid y del Museo de Ciencias Naturales, y al constituirse la Sociedad Española de Historia Natural, de la cual fué uno de los fundadores, éstos le designaron unánimemente para ser el primer Presidente de la naciente asociación. Obtuvo también condecoraciones nacionales y extranjeras muy estimadas.

Tal cúmulo de distinciones no recaerá sobre un hombre que, como saben cuantos le conocieron, no pretendió ni ambicionó nunca honor alguno, sino cuando sus condiciones y méritos se imponen por su propia evidencia.

* * *

No era el Sr. Colmeiro de los que olvidan lo que el tiempo presente exige á los hombres de ciencia, en punto á las relaciones con los demás países. Preparado para lo que la universalidad de las ciencias naturales demanda, había dedicado en su juventud al estudio de las lenguas, y, además del latín, podía hablar y escribir los principales idio-

mas europeos; circunstancia poco común en aquellos tiempos, que le permitió representar muy airoso a España en algún Congreso científico, y por la cual le fué posible estudiar personalmente los institutos botánicos de otros países, creándose relaciones con los fitógrafos más eminentes de la época. Tal orientación le fué después muy útil cuando llegó a verse al frente del Jardín Botánico de Madrid, puesto desde el que cuidó muy especialmente de aumentar las relaciones científicas con los demás establecimientos de índole análoga. Los botánicos más eminentes de Europa en el segundo tercio del siglo pasado, tales como Webb, Alfonso De Candolle, Willkomm, Lange, Cosson, Reuter, Gay, Boissier, Durieu y Müller, entre otros, mantuvieron con él activa correspondencia. Varios de estos autores, como algunos de los nacionales, le han dedicado algunas de las especies por ellos descritas, y Reuter, al desmembrar del género *Securinea* (de la familia de las Euforbiáceas) nuestra especie *buxifolia*, estableció un nuevo género, al que denominó *Colmeiroa*. Igual tributo de consideración le rindió F. Müller, al denominar de igual modo un nuevo género de saxifragáceas australianas.

Como escritor, distinguióse desde sus primeras obras el Sr. Colmeiro por la pureza de su lenguaje y la exactitud con que empleó las voces técnicas, dando forma nacional muy acertada a las varias que se vió en la precisión de introducir en nuestra lengua. Fué éste uno de los primeros asuntos que solicitaron su atención, como puede advertirse en las notas bibliográficas que abajo siguen, y de él no prescindió nunca quien, andando los tiempos, había de ser llevado a la Academia de la Lengua. Lástima es que esto sucediese con evidente retraso (1893), cuando su concurso no podía ya ser todo lo eficaz que, para la pureza de las voces técnicas españolas, hubiese sido de sobrevenir con alguna mayor oportunidad.

Como botánico práctico, como explorador de nuestras riquezas florales, hubo de distinguirse sin duda en sus buenos tiempos; no lo era ya en los que me cupo la honra de comenzar a ser su discípulo, que para tal labor requiérense todos los bríos de la juventud; pero en prueba de haberlo sido queda su colección, legada al Jardín Botánico de Madrid. Este herbario, que me es muy conocido, no es de volumen extraordinario, pero sí rico en ejemplares auténticos de la mayoría de las especies de nuestra flora. Con su incorporación aumentará considerablemente el valor del herbario español, que en tiempos de su dirección hizo constituir en el mencionado Jardín, y que, según parece, ha permanecido en lamentable estancamiento durante los últimos años.

Pero de todos los trabajos que el naturalista puede realizar fueron sin duda los de gabinete los que le atrajeron con más vivo interés, al menos en la segunda mitad de su vida, no porque desdafiase las faenas del campo y del laboratorio, sino porque tal género de labores armonizaban con sus facultades literarias, y porque su laboriosidad fué solicitada con vivísimo atractivo por el estudio de las obras antiguas y por las investigaciones bibliográficas.

Merced a sus meritorias investigaciones, no han permanecido en el olvido gran número de observaciones diseminadas en las obras de otros autores anteriores, en manuscritos antiguos de los archivos, en los que tantos trabajos persisten olvidados. Durante su estancia en Sevilla exploró con gran fruto los interesantes documentos en ella existentes, continuando después en Madrid este género de investigaciones en los archivos y herbarios antiguos del Botánico y en diferentes bibliotecas. Realizó con tal perfección este género de investigaciones, que quien hoy quisiese espigar en el terreno de la bibliografía botánica española acaso le encontrase agotado.

Mas no se ha de deducir de todo esto

que en el Sr. Colmeiro, el bibliógrafo, el historiador y el literato, predominasen sobre el naturalista, porque en primer término, en los notables trabajos de compilación que llevó á cabo abundan las observaciones propias, tomadas del natural, hasta el punto de que ellas solas habrían bastado para darle muy merecida notoriedad como botánico, y en segundo, porque no debemos desconocer que un hombre de letras, aun suponiéndole capaz de explorar tantas fuentes bibliográficas con la paciencia de un benedictino, no habría obtenido de tanta labor resultado alguno, á no ser al propio tiempo un gran botánico. La interpretación de los datos existentes en tantas obras prelinneas, y aun en algunas romanas y árabes muy interesantes, y la determinación de los nombres que hoy corresponden á las especies en ellas mencionadas, la traducción de obras carentes de nomenclatura al lenguaje que todos los naturalistas aceptaron desde Linneo, obras son que exigen un dominio absoluto de la fitografía.

Como director del Jardín Botánico de Madrid, implantó en él reformas beneficiosas. En su tiempo se construyeron las grandes estufas hoy existentes, aunque gravemente amenazadas por los trabajos de relleno que el municipio matritense ha realizado ó permitido realizar detrás de ellas; el cerramiento nuevo por la calle de Alfonso XII y por la parte que mira al Ministerio de Instrucción Pública; el pinar que hizo plantar donde hoy se halla dicho Ministerio, y que fué destrozado para construir éste y abrir la ancha vía que le separa del Jardín; la repoblación efectuada después del ciclón de 1886 y el considerable aumento de las relaciones de cambios y siembras que el mismo experimentó durante los años de su administración. Mejoras son estas que hablan en pro de su gestión.

Acaso hubiese introducido mayores y más innovadoras reformas, á no haber tenido que consagrarse continuamente á

una labor defensiva de dicho establecimiento. Sorpresa causará en el público leer que una institución de esa naturaleza necesite defenderse de ningún género de amenaza; pero los naturalistas españoles saben que éstas han sido repetidas y que en diferentes ocasiones, gracias al prestigio personal de su director, el Jardín Botánico de Madrid se salvó de la triste suerte sufrida por el Gabinete de Historia Natural, que por una ironía del destino, la única vez que en el Consejo de ministros se reunieron dos consejeros que eran académicos de ciencias (uno ministro de Fomento y otro de Hacienda, ambos cultísimos), para instalar con más amplitud algunas oficinas de Hacienda, el Gabinete de Historia Natural fué trasladado á una parte de los sótanos de la Biblioteca Nacional, donde quedó anulado y no ha podido ni podrá en muchos años tener un valor equivalente á lo que era cuando existía en la calle de Alcalá. Tal es el interés con que desde las esferas del Gobierno suelen mirarse instituciones tenidas poco menos que por sagradas en otros países de Europa (1).

*
* *

Expuestos de un modo sintético cuáles fueron los méritos del Sr. Colmeiro como publicista, para que se juzgue de la extensión de sus trabajos haremos una sucinta enumeración de ellos por el orden en que fueron publicados.

Ensayo histórico sobre los progresos de la Botánica, desde su origen hasta el día, considerados más especialmente con relación á España.—Barcelona, 1842.

Memoria sobre el estado actual de la Botánica y la Agricultura.—Barcelona, 1842.

Principi che devono regolare una flora,

(1) Escritas estas líneas, ya circulan por la prensa noticias de la traslación del Botánico, que, según se realice, será un gran bien para un establecimiento verdaderamente necesitado de renovación, ó una catástrofe semejante á la que representó la traslación del Gabinete de Historia Natural.

applicati particolarmente alla formazione de la spagnuola.—Lucca, 1843.

Existen algunos ejemplares traducidos al castellano. Este trabajo es el que el autor presentó en el Congreso científico internacional celebrado en Lucca en dicho año.

Catálogo metódico de plantas observadas en Cataluña, con sus nombres botánicos más usuales, los vulgares catalanes de muchas y la indicación de localidades y épocas en que florecen, seguido de la nomenclatura catalana de las plantas, interpretada en el idioma castellano y en el de la Botánica.—Madrid, 1846.

Es el primer cuadro de la vegetación catalana, bosquejado entonces conforme al estado de la ciencia.

Lettera del Dottore Michele Colmeiro intorno agli orti botanici in Ispagna.—Módena, 1844.

Universidad de Sevilla. Ampliación de la Botánica. Programa especificado ó resumen de las lecciones.—Sevilla, 1847.

Programa de nociones de Botánica (unido al de los demás ramos de Historia Natural por el respectivo profesor.—Sevilla, 1847.

Memoria sobre el modo de hacer las herborizaciones y los herbarios.—Madrid, 1847 y 1848.

Apuntes para la flora de las dos Castillas.—Madrid, 1849.

Este resumen de la flora castellana vió la luz pública doce años antes que la *Flora de Madrid*, del Sr. Cutanda, y es el primer ensayo de una flora regional castellana.

Recuerdos botánicos de Galicia.—Santiago, 1850.

Trabajo que, con adiciones y correcciones, se reimprimió dos veces: una en la *Revista de los Progresos de las Ciencias* (Madrid, 1850), y otra en el *Botanische Zeitung* (Julio 1853).

Investigaciones sobre la antiquísima maderera conocida en Sevilla con el nombre de alerce.—Sevilla, 1852.

Estudio científico ó histórico que aclara equivocados conceptos y se pu-

blicó en varios periódicos, así como el que sigue:

Nuevas investigaciones sobre los alerces, que por tradición se supone haber existido antiguamente en los alrededores de Sevilla y Córdoba.—Sevilla, 1852.

Adúcense nuevos datos de carácter histórico para ilustrar esta cuestión.

Curso de Botánica, ó elementos de Organografía, Fisiología, Metodología y Geografía de las plantas.—Madrid, 1854-1857. Tres tomos.

Segunda edición.—Madrid, 1871. Dos tomos.

Es un libro dedicado á los escolares; está hecho con gran cuidado y corrección y refleja bien el estado de los conocimientos elementales en su época.

Examen de las encinas y demás árboles de la Península que producen bellotas, con la designación de los que se llaman mestos. Sevilla, 1854.

Trabaja hecho en unión de D. Esteban Boutelou.

La Botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana. Estudios bibliográficos y biográficos.—Madrid, 1858.

Es una de las dos primeras obras premiadas por la Biblioteca Nacional, y en ella se patentiza cuánto debe la ciencia botánica á nuestra patria. Los datos en ella acumulados dan gran interés á esta obra, que será siempre consultada con verdadera utilidad por los eruditos, y por cuantos deseen esclarecer alguna cuestión referente á la historia y trabajos de los botánicos peninsulares.

Manual completo de Jardinería.—Madrid, 1859. Tres tomos.

Es de utilidad para los jardineros y aficionados al cultivo de las plantas de adorno.

Noticias acerca de un manuscrito perteneciente al licenciado Antonio Robles Cornejo, naturalista del siglo XVI, y conservado en el Jardín Botánico de Madrid.—Madrid, 1859.

Observaciones y reflexiones hechas sobre los movimientos de las hojas y flores de algu-

nas plantas con motivo del eclipse de sol del 18 de Julio de 1860.—Madrid, 1860.

Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias en la recepción pública de D. Miguel Colmeiro.—Madrid, 1860.

Versa sobre la especie y sus modificaciones, habiendo sido contestado por el Sr. Graells. Contestando Colmeiro á los discursos de los Sres. Pereda (1870), y Boutelou (1877), en sus respectivas recepciones escribió otros dos interesantes opúsculos.

Tentativa sobre la Liquenología geográfica de Andalucía, por D. Simón de Rojas Clemente; trabajo ordenado conforme á los manuscritos del autor, por D. Miguel Colmeiro.—Madrid, 1863.

Este interesante opúsculo es complemento de las Listas de plantas con que termina el *Ensayo sobre las variedades de la vid común* (Madrid, 1807), del insigne Clemente. Es de advertir que estas Listas no se han reproducido ni en la lujosa edición costeadá por el Gobierno, ni en una reimpression hecha en Barcelona. Además de la importancia agronómica, la tiene botánica, por tanto, la primera edición del *Ensayo*, y de ella existen algunos ejemplares encuadrados en tela con la *Tentativa sobre la Liquenología geográfica*. Un tomo en 4.º, con una lámina que representa los caracteres de la vid, y sin la vista de Sanlúcar de Barrameda que tienen otros ejemplares.

Plantas que viven espontáneamente en el término de Titaguas, pueblo de Valencia, enumeradas en forma de índice alfabético, por D. Simón de Rojas Clemente, natural del mismo Titaguas. Extracto ordenado metódicamente. — Madrid, 1864.

Enumeración de las criptógamas de España y Portugal.—Madrid, 1867-1868.

Esta obra constituye el primer cuadro de las plantas criptógamas observadas en la Península é Islas Baleares.

El Jardín Botánico de Madrid y el Gabinete de Historia Natural. (Su origen é importancia).—Madrid, 1868.

El catálogo de las semillas del Jardín Bo-

tánico de Madrid como lazo de sus relaciones.—Madrid, 1868.

Importancia científica del Jardín Botánico de Madrid.—Madrid, 1869.

Programas de las asignaturas de Botánica explicadas y demostradas por el Director del Jardín Botánico de Madrid.—Madrid, 1870.

Examen histórico-crítico de los trabajos concernientes á la Flora hispano-lusitana.—Fragmento que alcanza hasta fines del siglo xvi.—Madrid, 1870.

Comprende numerosos pormenores relativos al tiempo de los árabes, y estudios etimológicos sobre los nombres vulgares de muchas plantas conocidas y denominadas por ellos. Es realmente notable, por el acopio de datos que en ella se han reunido.

Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas usuales ó notables del Antiguo y Nuevo Mundo, con la correspondencia científica y la indicación abreviada de los usos é igualmente de la familia á que pertenece cada planta.—Madrid, 1871.

Constituye una colección muy rica de nombres vulgares españoles, especialmente de los castellanos; abundan los nombres vulgares de plantas americanas y de los que usaron para designarlas en sus obras los primeros autores españoles que de ellas trataron.

Fumariáceas de España y Portugal.—Madrid, 1872.

Genisteas y Antilideas de España y Portugal.—Madrid, 1872.

Discurso pronunciado en la Real Academia de Medicina para la recepción pública de D. Miguel Colmeiro.—Madrid, 1872.

Trata de la influencia de los progresos de la Física y Química en el estudio de la respiración. Fué contestado por el señor Pereda, manifestando el enlace de aquellas ciencias con la Medicina.

Rosáceas de España y Portugal.—Madrid, 1873.

Plantas crasas de España y Portugal.—Madrid, 1874.

Bosquejo histórico y estadístico del Jardín Botánico de Madrid.—Madrid, 1875.

Discurso leído ante el Congreso de americanistas el día 26 de Septiembre de 1881 en la catedral del Jardín Botánico de Madrid para celebrar el centenario de su instalación en el Prado.—Madrid, 1881.

Es histórico y alusivo á la época de su instalación é inmediatas, que fueron de prosperidad para la ciencia.

Discurso pronunciado en la inauguración de las sesiones de la Real Academia de Medicina en el año 1884-85.—Madrid, 1885.

Este discurso, publicado con el de la Secretaría, es relativo á la teoría de la concordancia de las virtudes de las plantas con sus caracteres botánicos.

Enumeración y revisión de las plantas de la Península hispano-lusitana é islas Baleares, con la distribución geográfica de las especies y sus nombres vulgares, tanto nacionales como provinciales.—Madrid, 1885-1889.

Esta es la obra más capital de su autor, por su extensión, importancia y número de datos. Después de un extenso informe histórico muy luminoso referente á la historia de los estudios realizados desde la antigüedad, para llegar al conocimiento de la flora peninsular y de las Baleares, expone todas las especies que hasta la terminación de la obra fueron conocidas en estos territorios, seriadas con arreglo á la clasificación de De Candolle. En cada especie menciona los sinónimos científicos que le corresponden, aun de los nombres prelinneanos, é indica las figuras que de la especie han publicado las diversas obras iconográficas, los nombres vulgares, las variedades después las localidades en que se ha mencionado, clasificadas por regiones geográficas, y los autores que han comprobado cada uno de estos datos. Es un verdadero monumento de erudición, arsenal utilísimo para cuantos se ocupen de la flora de nuestro país.

Resumen de los datos estadísticos concernientes á la vegetación espontánea de la Península hispano-lusitana é islas Baleares.—Madrid.

Está constituida esta estadística con los datos que figuran en la obra anteriormente mencionada.

Indicaciones sobre los nombres vulgares de las plantas.—Madrid, 1891.

Se trata en este trabajo del origen y formación de estos nombres, que aparecen clasificados por su carácter filológicos.

Noticia de los trabajos botánicos del abate Pourret en Francia y España.—Madrid, 1891.

Arboles y arbustos, particularmente los de origen americano, existentes al aire libre en el Jardín Botánico de Madrid.—Madrid, 1892.

Primeras noticias acerca de la vegetación americana, suministradas por el almirante Colón y los inmediatos continuadores de las investigaciones dirigidas al conocimiento de las plantas, con un resumen de las expediciones botánicas de los españoles.—Madrid, 1892.

Los títulos de las dos obras últimamente citadas indican los asuntos tratados en las dos conferencias dadas en el Ateneo de Madrid el 21 de Abril y el 11 de Mayo de 1892, en las que el autor dió gallarda muestra del estado de sus facultades, no obstante lo avanzado de su edad. Obra cuya preparación supone un trabajo digno de encomio y demuestra el dominio del autor para tratar este género de cuestiones.

Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Miguel Colmeiro.—Madrid, 1893.

La influencia de las ciencias en el lenguaje y en la literatura, es el tema desarrollado, al que contestó el Sr. Fabié.

Los jardines botánicos, su número, organización é importancia en las naciones más cultas é ilustradas.—Madrid, 1894.

* *

¿Qué significaba en el campo de las ciencias naturales el docto hombre que acabamos de perder? Después de la serie de botánicos de primera fila que en España florecieron al final del si-

glo XVIII y durante la primera mitad del XIX, épocas en las que florecieron Quer, Gómez Ortega, Asso, Mutis, el gran Cavanilles, Ruiz, Pavón, el laborioso y perseguido Lagasca y Rojas Clemente, todos los cuales dejaron en la historia de la botánica renombre imperecedero; tras de aquella época en que nuestros botánicos colaboraban tan activamente en los progresos de la ciencia, fueron pocos los nombres que descollaron en nuestro país. Graells, Colmeiro, Cutanda, Del Amo y Laguna, fueron los legítimos herederos de aquéllos y los que pueden reputarse como buenos fitógrafos. Colmeiro ha sido el cuarto de éstos que desaparece; no nos queda ya más que el último, como residuo glorioso de la pasada centuria. Con la muerte que hoy lamentamos, España ha perdido uno de los hombres de mayor cultura que en ella florecieron durante el siglo XIX.

Representante del buen sentido fitográfico, partidario decidido de la escuela candoliana clásica, Colmeiro fué, como Grenier, Godron, Tenore, Boissier, Amo y Mora y Laguna, de los que en sus obras siguieron sin vacilaciones ni alternativas la clasificación y los principios de la escuela creada por el gran De Candolle. De la doctrina desenvuelta por éste en su *Théorie élémentaire de la Botanique*, es un fiel trasunto el *Curso de Botánica*, de Colmeiro; la clasificación de aquél es la seguida en la parte descriptiva de ésta; con arreglo á ella quedó planteada la serie viva ó Escuela botánica del Jardín de Madrid; conforme á la misma se han compuesto los catálogos de semillas que éste publica anualmente, y por su orden están serbiendo las plantas comprendidas en el herbario general que en él existe.

Como todos los ilustres nombres que á su lado citamos, ha mantenido viva la protesta contra la fragmentación casi atómica de las especies que algunos pretenden realizar, y que, de prevalecer, nos llevaría en breve á un estado caóti-

co semejante al que existía antes de Linneo. No le impulsaba á esto el deseo de resistir las nuevas tendencias, pues ampliamente las aceptaba en todos los ramos de la Histloria Natural, sino el espíritu de conservación de la fitografía; por él se opuso siempre á los que, sintiendo el prurito de la notoriedad, deseo noble, pero no siempre justificado, conceden la categoría de especie á la más insignificante variación.

Colmeiro introdujo en España doctrinas que entonces eran nuevas, y bajo cuyo influjo se transformaba la fitografía en toda Europa; personificó las tendencias de su época, y por la acción de su largo magisterio y de su respetable autoridad, se constituyeron como un canon nuevo, que han aceptado todos los botánicos españoles de la segunda mitad del siglo anterior. Preciso es no olvidar que antes de él el método natural no se había aclimatado en nuestro país. Quer había sido tan recalcitrante, que ni siquiera había aceptado las reformas linneanas; los demás autores españoles que precedieron á Lagasca, siguieron el sistema de Linneo; uno de éstos, Cavanilles, de tan glorioso renombre, hasta pretendió crear un sistema nuevo, con evidente inoportunidad, pues hacía quince años que se había publicado la primera clasificación metódica. Lagasca, huido de España bajo la amenaza de una sentencia de muerte, viviendo en Inglaterra como emigrado hasta el fallecimiento de Fernando VII, volvió imbuido de todas las nuevas teorías de entonces, que tan bien se armonizaban con sus ideales progresivos, pero llegó viejo, maltrecho de cuerpo y espíritu. Cuando aquel ánimo valiente volvió á su patria, su acción no tuvo gran lugar de desenvolverse, y entregó su alma á los pocos años. Los mejores de su vida le fueron robados á España por las violencias políticas de su época, y lo tardío de su regreso impidió que se lograsen todos los frutos que eran de esperar de sus briosas iniciativas y de su experiencia.

Por tales causas, los progresos logrados en el exterior no habían cundido ni arraigado en el removido suelo de España por los años en que comenzó á distinguirse D. Miguel Colmeiro, y éste, al propagar entonces las nuevas ideas, prestó un servicio meritísimo á la cultura patria. La influencia candoliana ha sido beneficiosa á la fitografía en España, y aunque yo opine que hoy deben seguirse otros rumbos y avanzar por otros caminos, nunca desconoceré que su influjo ha sido, y aún es poderoso, y que en él está el fundamento de los progresos surgidos después.

En lo que á la botánica general se refiere, como los progresos de ésta han sido mucho más rápidos en nuestros tiempos y nunca fué esta rama de la botánica la predilecta del difunto maestro, no debemos asombrarnos de que su acción haya sido menos eficaz. Por otra

parte, obras que necesitan más de veinte años para agotar una edición, tienen que resultar al fin anticuadas. No desconocía esto el Sr. Colmeiro, á quien repetidas veces he oído que, de hacer una nueva edición de su libro de enseñanza, modificaría su plan de una manera radical. Esta sinceridad y las fechas de sus ediciones, contestan cumplidamente á los que en este concepto le dirigieron alguna crítica.

De toda su extensa labor quedará, sin duda, como obra que resista largamente los embates del tiempo, su monumental *Enumeración*. Sus trabajos bibliográficos, que se pueden poner al lado de los mejores de Alemania, y que algún autor de este país ha calificado de «verdaderamente egregios», harán inmortal la memoria del gran compilador é historiador de la Botánica patria.

BLAS LÁZARO É IBIZA.





El nacimiento de Caín

(FANTASÍA)

Noche del mes de Abril, tibia y silenciosa; aromatizada por los últimos perfumes con que las flores saludan al astro rey antes de plegar sus corolas; iluminada por las estrellas del hemisferio boreal, que en defecto de la luna nueva multiplican el brillo de sus rayos en contienda luminosa, que siempre aclama como vencedores á los luceros; arrullada por el murmullo de los ríos acrecentados con el tributo anual que les rinden las nieves, que el invierno acumula en los montes, y la primavera reparte por los valles; ¡noche del mes de Abril! qué hermosa pareces á los ojos del que te contempla recostado sobre el mullido césped, que aterciopela una llanura extendida entre el antiguo Cyrus, que desde el Cáucaso gigante corre veloz al proceloso Caspio y el Araxes cristalino, que riega fertilizador el valle que al pie del monte Ararat se extiende.

Allí, en el ángulo feraz, inscrito entre las dos corrientes de agua, que en el vértice del mismo juntan sus ondas para verterlas en el mar interior del Asia; entre lauríneas y cameliáceas, que yerguen ramas y ostentan flores, y gramíneas, que brindan sustento y esmaltan la tierra; camelias de hermosura inverosímil, alcanfor y cinamomo de sutil y embriagador perfume, que embalsama la atmósfera; andropogones aromáticos como el junco oloroso de la Arabia que perfuman el suelo; trigo y avena de su-

culentas espigas que nos brindan sano y gustoso alimento, y modestas larmillas que nos advierten enseñanzas con el nombre de lágrimas de Job, diciendo á los habitantes del valle fertilísimo que entre las modestas y útiles gramíneas hay una que nos recuerda perpetuamente lo precario de nuestra existencia en este valle de lágrimas.

¿Recuerdas, noche de Abril? Hace muchos años, muchos siglos, una tarde cuando el crepúsculo luchaba con el día para colocarte en tu trono, llegó á sentar su planta en aquel edén una pareja, tan distinta de las que triscaban en su suelo, anidaban en sus árboles, reptaban entre sus hierbas y zumbaban con giros incesantes entre los rayos del sol que del seno de la tierra sacaba vida con su fuego y la coloreaba con su luz, una pareja tan extraña á tus ojos, que si se admirara lo inmutable ¡oh hermosa noche! hubieras suspendido tu marcha solemne para rendir tributo á la admiración.

Eran un hombre y una mujer; él alto, robusto y arrogante; ella pequeña, débil y afligida; él erguido, ella humillada; él trigüeño, con barba y pelo castaños; ella blanca como los pétalos de la margarita, y rubia como si un artífice de celestial inspiración hubiese hilado el cabello que ostentaba la bella con hebras de oro mezcladas con rayos de sol; él con su actitud parecía de-

safiar á un enemigo omnipotente; ella se inclinaba llorosa ante una inexorable pena.

Había en la actitud de la mujer ese algo indefinible que marca á los castigados con una gran catástrofe, y el inmutable propósito de sufrir las consecuencias del hecho con heroica resignación; mostraba el hombre en su semblante la protesta contra un castigo injusto y la seguridad de no rendirse á las contrariedades de la vida con debilidades impropias de su varonil entereza.

Cayó ella desfallecida al pie de un arrayán, ahogando un gemido, y él, crispando los puños, alzó los ojos al cielo.

Al Norte brillaba, con fulgor soberano, la hermosa Vega de la Lira, entonces estrella polar, y compitiendo con ella en luz resplandeciente los magníficos soles Aldebarán, Capella, Arturo, Régulo, Espiga y Antares; al Oeste se ocultaba Venus bañándose en torrentes de blanca luz, y Marte con fulgores rojizos y Júpiter con destellos gualdos lucían próximos, en apariencia. Y donde el hombre buscaba consuelos para el dolor de su infeliz compañera ó enemigos en quienes satisfacer la ira propia, sólo halló la inmutable serenidad del Firmamento como testigo indiferente de un suceso insignificante.

Acudió el sueño á los ojos de la mujer, más cuidadoso que compasivo, para darle fuerzas con que sufrir y no para aliviar sus dolores, y agradeciendo el hombre como dádiva lo que era dilación, por virtud de la única felicidad positiva que disfrutamos en este mundo, que es la ignorancia de lo porvenir, rindió también su cuerpo al descanso.

¡Qué poco disfrutaron las dulzuras del sueño! ¡Recuerdas, ¡oh hermosa noche!, el grito de dolor inenarrable que rasgó tu seno?

¡Pobre Eva! ¡Infeliz Adán! Ella sintiendo que se retorcián sus entrañas, que se desgarraban sus carnes, que la vida le era intolerable y que la muerte no acu-

día. El, sensible al dolor de la que era sangre de su sangre, se juzgaba impotente para el alivio, inútil para el remedio, temeroso del porvenir, atormentado por el presente y arrepentido del pasado.

Multiplicábanse los dolores de Eva y crecían las angustias de Adán; pero en los momentos en que la violencia de su padecer amenguaba, sentía Eva una dulzura inefable, presentimiento de felicidad inesperada, y todos los incidentes de su corta vida venían á su memoria y pasaban ante sus ojos.

Recordaba el momento en que, ruborosa y palpitante, sintió abrazarse su boca con el primer beso de Adán; aquellas noches espléndidas del pasado otoño consagradas al vivísimo amor que embargaba sus sentidos, y los cuidados y las tiernas palabras y fogosas caricias de su compañero formando un tesoro de cariño, aún insuficiente para apagar la sed hidrópica de amor que puso Natura en el corazón del hombre, y que agigantaba en la mujer el más hermoso y apasionado de los amores, como sublime quilate del más avasallador de los instintos: el instinto de la maternidad. Y en medio de sus congojas, Eva esperaba al amor hecho carne, al hijo, al redentor de las pasadas culpas.

Horrible fué la triste noche. En lucha ciclópea, el dolor, la angustia, el remordimiento, la pena y la aficción torturaban cuerpo y ánima de aquellos desgraciados: pero, en medio de las negruras infinitas del cuadro, brillaba débilmente la luz de la esperanza para Eva, la seguridad de su propia fuerza para Adán...

Cuando allá en el horizonte se encendió la luz rojiza del crepúsculo matutino y amenguaron su brillo las estrellas, de pronto desgarró el delicado cuerpo de la primera mujer un dolor tan intenso, como le hubiera deseado el mayor envidioso de la tierra para un enemigo feliz, y los vagidos de un nuevo sér fueron el último acorde del pri-

mer canto de dolor que gimieron los hombres en el mundo. Y al mismo tiempo que Eva confería á Caín el bautismo del sufrimiento bañando la frente del recién nacido con lágrimas arrancadas á sus divinos ojos por los dolores pasa-

dos, Adán, seguro de sí mismo, elevando al cielo sus miradas entre retador y triunfante, infundió en el alma de su primogénito el espíritu de rebeldía.

RAMÓN LOBO REGIDOR.





UN PENSADOR MENOS

Leopoldo Alas (Clarín)

Ha muerto un hombre bueno, enamorado de la belleza y de la verdad. El obrero ha caído en el surco. Desde él miraba las espirituales lejanías de nuevos y amplísimos horizontes. No satisfecho ya con la baja especulación criticista que concretaba en fórmulas sincréticas el arte literario, más que como relación de signo y vida, como relación de pensamiento y signo, luchaba frente á frente con la duda sin provisionales arreos defensivos, témeario ante las acometidas de aquélla, semejante al caballero español de quien Prescott habla, que en desafío singular alzó la visera para que su adversario tuviese donde asestar el golpe.

Pocas personalidades españolas han sido tan discutidas como Clarín. Entrado muy joven en el palenque de la literatura, con no escasas humanidades, como antes se decía, en el cuerpo, y una extensa educación intelectual, dióse á la crítica tomando de ella como más adecuada á su mocedad y al periódico en que comenzó á dar pruebas de su vivo ingenio, la sátira mordicante, superficial y zumbona, que sin buscar honduras en lo literario, ni verlo siquiera como sustancial realidad artística, pone en la picota del ridículo al desventurado mor-

tal que coge por delante. Es muy posible que el hábito contraído de no mirar en bloque la obra, y de subdividirla para estudiar en el cernadero de un criterio demasiado formalista los defectos á ella inherentes, fuese causa del ahorro de reservas mentales no bien definidas, como de quien eran, y por lo que se dirá que en las postrimerías de la existencia del Sr. Alas buscaron una posición filosófica, religiosa y social al mismo tiempo por la armónica realidad en que quería fundirlas, para que fuesen, no regodeo del espíritu, deleznable como transitorio, sino arte de vida, remolque que prendiere lo terreno á lo ultratelúrico, nueva fe, que incorporase al desconcertado hervor de las multitudes proletarias un idealismo místico que á la postre hiciese bajar á la tierra por la rampa presumida en Esquiroz la vida del cielo.

No hay que lamentar, pues, que hubiese en la personalidad del autor de que hablo un desdoblamiento, que brindó frutos, si efímeros, no poco eficaces en la función docente libre que se impuso. Creía él que sería más útil á todos el tópicos que cauteriza la epidermis que el tratamiento general. Y á esta creencia suya uníase la inquieta solitud de sus lectores, á quienes había



Leopoldo Alas (Clarín).

llegado por la gracia de la burla, el desparpajo en el decir y la maliciosa costumbre de no mirar lo criticado sino desde el punto de vista que más conviniese á sus predisposiciones intelectuales y al gusto y al aplauso de las galerías. No podía hacer otra casa, so pena de quebrantar la pluma, cuando rompió lanzas contra el vil versificador y el prosador sin cacumen. Para salir del reducido estadio en que hubiera debido confinarse, si con pomposa majestad hubiese ejercido funciones de domine en crítica trascendente, era preciso ocultar en lo más secreto del alma toda vocación á la rigidez y á la complejidad ideal en los procesos mentales,

JULIO, 1901.

y dar al público con dosis discontinuas, entre zarpazos y vituperios, entre salidas de tono y expresos desdenes á todo examen expletivo, lo que acaso iba por dentro como vena robusta sedimentada en la conciencia mediante labor reflexiva, si no muy perspicaz ni muy intensa, por lo menos muy justa y muy propia de la ergotada seriedad del filosofismo de entonces.

No podía Clarín obtener grandes triunfos en su ministerio. El estimaba sus *paliques* como oblación á la común vulgaridad de las gentes. Con ellos había hecho popular el chasquido de su tralla. Ofrecíanle al mismo tiempo ocasión de tratar al desgaire cosas que sólo

tratadas así podían tomarse en cuenta por los lectores. Por la mayor extensión de su mercado, por el más amplio dominio de la férula, conveníale diluir en palabras concertadas, al correr de la pluma, las más elementales ideas de eurytmia verbal, dejando para luego, un luego muy tardío, el sondaje en el inexplorado mar del pensamiento.

Lo que menos vale de Clarín es lo que éste expendía en la plaza pública. Lo precioso en el literato duplex era precisamente aquello á que no se ponía precio alguno; lo menos estimado. Lo que más se rechazó en el mercado de las ideas.

Sin ánimo de molestar á nadie puede asegurarse que la obra de Clarín no ha sido entendida, con parecer corta y ser clara y ser bella. Se aplaudió en él más la cantidad que la calidad en el estudio de sus producciones. Leopoldo Alas apenas hubiera merecido elogios del snobismo periodístico y literario, si no hubiese escrito «La Regenta». Y, sin embargo, se puede prescindir de esta novela hermosa, y aún se hallarán en otros trabajos del escritor muestras elocuentísimas de claro talento, y estoy por decir de geniales atisbos.

«La Regenta» ha sido ya criticada. Yo me inhibo de entrar en la misma como censor, tanto más, cuanto que no conviene á mi propósito insistir en lo que se haya dicho respecto de las obras, sino más bien en lo que yo presuma que se ha callado respecto de las tendencias de ellas, de la interna modalidad intelectual del autor, aunque haya de hablar de alguno de sus libros, ya que en ellos se ha determinado aquélla exteriormente.

No ha faltado quien intentara demostrar que «La Regenta» es un plagio de «Madame Bovary», ó que hay en la novela de Alas capítulos plagiados de Flaubert. La verdad es que en la discusión entablada entre Clarín y su acusador venció aquél, y muy pocos se atreverán á llamar plagario al que creó el

tipo de Ana, la pobre mujer del simple D. Víctor Quintanar.

Madame Bovary va al teatro acompañada de Carlos, su marido. Está oyendo cantar «Lucía», y aquél le anuncia la presencia de León, el amante. «La Regenta» va al teatro también á ver «Don Juan Tenorio». No conoce la obra de Zorrilla. Asiste á parte de la representación, acompañada de su marido y de D. Alvaro, el cortejo. A la mujer de D. Víctor, no le despierta nostalgias la visión de las gallardías donjuanescas. Su alma se emociona ante el apasionamiento real ó fingido de D. Juan; ante sus arrogancias y su gentileza nunca vista; D. Juan Tenorio aparece á su imaginación como el hombre que la galantea; un D. Alvaro con ferreruelo, gorra y jubón y calzado de punto. Le interesa el drama. Siente escalofríos al ver á doña Inés en su celda, porque se le parece algo. Ve la acción dramática por dentro (ella también lleva su drama interior) y por fuera. ¡Esto es divino! dice á D. Víctor Quintanar. Le saltan las lágrimas cuando la hija de Ulloa declara su amor á D. Juan, y ve por fin en el comendador, muerto de un pistoletazo, la figura siniestra del Regente.

Mad. Bovary no ve en Edgardo á León. Contempla en Edgardo, el personaje de «Lucía», á Lagardy, el cómico en quien encarna. Emma piensa en el día de su boda, al ver á Lucía coronada de naranjo más blanca que el raso de su vestido. Pero Mad. Bovary no quiere ver en la obra más que una fantasía plástica, buena para recrear los ojos, y sonríe interiormente con desdeñosa piedad de lo que mira, aunque se ponga en escena; no porque lleve el drama dentro, sino por dar gusto á la imaginación poetizando mentalmente su existencia vulgar.

El alma de la Regenta sube como aroma de amor á las alturas de un idealismo sentimental, cuando doña Inés aparece á sus ojos cautiva y enamorada. D. Alvaro busca el pie de Anita

para oír mirirlo suavemente con el suyo, pero no lo halla. Carlos Bovary, oyendo «Lucía», pregunta á su mujer:—¿Por qué razón la persigue ese señor? Y ella contesta:—¿Qué ha de perseguir, si es su amante? La mujer de Bovary ve el pasado en la ópera; la mujer de D. Víctor, el presente y el porvenir en el drama.

Distinta es la situación psicológica; sólo hay semejanzas en lo puramente externo. ¿Puede decirse que Clarín ha plagiado á Flaubert? Creo que no. El procedimiento de uno y de otro novelista es parecido. Lógica es la relación mental establecida entre las espectadoras y la acción dramática. ¿Qué importaría ésta sin aquélla? ¿A qué transportarlas sino allí donde surgen estímulos de sus almas veleidosas, ya despertando nostalgias, ya poblando de fantasmas amenazadoras un espíritu que se cierne al caer sobre ilegítimas y amorosas solitudes?

Se achacó también á Leopoldo Alas otro plagio. Díjose que Pipá era Periquín, el protagonista de un cuento de Fernanflore. Más es el caso que en Pipá puso Clarín su modo, la ordinaria intensidad que solía poner en todos sus trabajos, y Fernanflore, el cronista elegante, puso en Periquín los atildamientos y la pulcritud del estilo, la melancolía y la ternura, todo lo que suele haber en sus cuentos, menos las visiones de honduras de alma que hay en Clarín.

Esto aparte, es justo reconocer que ambos cuentos sólo se parecen en lo que es accidental en ellos. Pipá es un niño de espíritu rebelde. En un día de carnaval se viste de máscara después de reñir en el atrio de una iglesia con un monaguillo, á quien derriba y vence y despoja de su ropa talar, como de sus armas despojaban á los vencidos los vencedores caballeros andantes. Descuelga de un altar un exvoto; cóbrese la cara con un antifaz que simula una calavera, y ya feliz, dichoso, lleno de majestad, porque es máscara, dispuesto á ser el terror de los transeuntes, aparece en

una plaza, ve á una niña que desea contemplarlas asomada á una reja; ¡moo! ¡moo! le dice. La niña se asusta primero, recobra la serenidad y pide que la máscara entre en casa. Allí acude Pipá, cubierto, el rostro, diciendo ¡moo! ¡moo! para sostener debidamente la dignidad del oficio que desempeña. Le preguntan cómo se llama. Pero él no es Pipá. Se le quiere descubrir, rebajarle á la vulgar categoría de los demás seres, á él que es una máscara, es decir, algo vitando, terrorífico, espantoso, y no dice su nombre, dice ¡moo! para que tiemblen todos los que lo oigan.

El Periquín de Fernanflore es un niño aterido de frío, que se cobija en el quicio de un portal. Se compadecen de él en la casa, lo llaman, le preguntan cuál es su nombre, y contesta: Periquín. Cena allí; riñe y lo arrojan á la calle. También Pipá se atiborra de dulces. También se divierte. Pero acaba la fiesta. Queda sólo en la habitación de lacayos y cocheros. No le echa nadie de ella. Mas él ha dicho á la aristócrata, que le habla de su hija como de su mujer futura, que á quien quiere es á una desarrapada.

Huye de la casa, va á una taberna, bebe, canta y muere carbonizado en un tonel de vino.

Si á Periquín se lo llevan por chispa á un puesto de borrachos, á Pipá le llevan, por aventurero y alegre, á una taberna á oír tocar la guitarra y beber vino y ver á los suyos, los de la tralla, como él dice, la voluntad fuerte y el ánimo rebelde y travieso.

Tan arbitraria como dichas acusaciones de plagiarlo, es la que se hizo contra el autor del hermosísimo cuento «Zurita», uno de los más bellos, de los más hondos escritos en lengua castellana, el mejor, acaso, de los que hizo Clarín. Solamente el ciego apasionamiento de alguno ha podido sostener que esta obra, la más original de Leopoldo Alas, la de más trastienda, sea plagio de otra alguna.

¿Qué importa que Carlos Bovary haga reír como Zurita á los compañeros de su clase, por la contestación balbuciente á una pregunta del profesor, ni que con él la tomen luego los estudiantes? Sin este pormenor, innecesario en el cuento de Alas, nada perdería de su encanto la historia del fracasado catedrático de Lugarucos. No es de presumir que Clarín tomase de otro un accidente que no ocupa más de una página en su novela, teniendo, como tenía por delante, toda la feliz serie de episodios que la constituyen. Hay en «Zurita» rasgos de humorismo que no tienen par en la literatura de hoy, por lo menos en la literatura contemporánea española. ¿Qué cosa más hondamente humorística, más impregnada de ese humor negro, de esa sonrisa que encubre sollozos, que la vida de un pobre muchacho deseoso de ver á Dios en sí mismo, consolado en sus aflicciones al no hallar la unidad del ser dentro de sí, por el gozo de creer que los demás oyen los cánticos celestes, explorador de su existencia, bueno, justo, apasionado por la filosofía, catedrático al fin, moral en la teoría y en la práctica, que á la postre se deja vencer en la lucha por el espíritu, que se deja cegar como un pavo por una patrona *trascendental* (que lo engorda porque le ama), y que sólo habla ya de filosofía cuando está borracho?

¿Qué humorismo más triste, más lleno de inefable melancolía que el que deja traslucir la exclamación de sus compañeros, de los amigos de Zurita, que tantas noches pasó de claro en claro buscando á Dios en su conciencia, que fué tan bueno y tan *piadoso* al exhumar su memoria, diciendo: —¿Se acuerdan ustedes de las calderetas de aquel catedrático de psicología y lógica?

Yo he recordado siempre, al leer el discurso del licenciado D. Leopoldo Alas sobre el derecho y la moralidad, la figura de aquel D. Cipriano que sentenciosamente aconsejaba al pobre Aquiles lo que había de hacer para ver á

Dios. Burla me pareció que hacía un viejo de la labor formal externa, de puro andamiaje intelectual, de un joven ahito del proceso racionalista.

D. Cipriano, con haber oído en alguna cátedra de la Universidad de Madrid las explicaciones filosóficas del racionalismo de Krause, hubiese disertado también sobre la moralidad y el derecho, y le hubiera dado á la disertación el sesgo que le diera el licenciado D. Leopoldo Alas.

No creo que es errar decir que este escritor es uno de los más trascendentes entre los pocos que aquí contamos. Veía Clarín la estética por la lente de la moral, en amplio sentido; las relaciones armónicas entre lo externo y lo interno; el medio exterior y el medio interior entre que se dan todos los seres.

Para Clarín tenía algo que ver la moralidad con la ropa blanca. Esto es un punto capital, yo le llamaría culminante, de su estética. No se la busque en la crítica, á pesar de la frase de Juan Pablo. En sus obras, que, en realidad, aunque parecen pocas son muchas (obras magistrales son algunos de sus cuentos), es donde hay que ver su temperamento artístico. El amor á lo permanente en las formas transitorias del arte, el afán de hundir mucho todo ideal cimiento para que perdure la decoración soportada, el buceo continuo para socavar en el mar hondo de la realidad viva y hallar fuertes estribaderos á toda construcción mental, han dado á la labor de Alas un carácter singularísimo, que la distingue en lo que tiene de libre, de espontánea, no forzada por motivos históricos, editoriales, de público, de mercado, etc., de toda otra, y la hace superior en algunos puntos á la más estimada entre nosotros.

Así se comprende que un hombre de su entendimiento no pudiese arraigar en el teatro. Clarín hizo en Teresa lo mismo que en el resto de sus obras épicas, digámoslo así. Socavó mucho, dejó lo mejor del drama enterrado para que

fuese firme soporte de lo demás, y del remate, de la coronación, se cuidó muy poco. Teresa es el amor cristiano, el amor del Evangelio, el que predicó Jesús, el del Sacramento grande, según frase del Apostol. Herida en la frente por Roque, su marido, habla así con Fernando:

«FERNANDO. — ¡Oh! esta sangre.... (Al ver que le resbala á Teresa por la frente).

TERESA. — Es la suya.

FERNANDO. — No; es tuya.

TERESA. — Suya ó mía... no importa... ¡Es sangre nuestra!... ¡Despreciar! ¡Aborrecer! ¡Con qué derecho? Como su pan, duermo en su cama. El me ampara contra todos... Me aguanta; le aguanto. Esta es la vida... ¡Ay, señorito! Usted que es tan sabio, que ahora estudia á los pobres, nunca comprenderá lo que es el miserable. Yo lo sé porque yo soy carne suya. Donde le duele, me duele. Como le ayudo á lavarse el cuerpo, que parece de diablo cuando sale negro ó encendido de la mina, con el pensamiento le lave el alma, y se la veo limpia, con cara de domingo...»

Clarín no quiso proyectar las figuras de su obra para que las viesan los miopes, y los miopes no las vieron. El fondo de belleza moral que palpitaba en el drama, no pasó de las candilejas; quedó flotante entre bastidores y bambalinas, sobre las tablas escénicas, sin que lo percatasen cómicos ni espectadores. La acción era escasa, conciso y frío el lenguaje. Todo contribuía en el esbozo á que se viese en la escena el dolor de vivir, el dolor amoroso de abrazarse á la cruz de la existencia. Pero Teresa era una criada; Roque un minero; Rita una esclava del trabajo; Fernando una figura sin relieve.

La escena hermosa en que Teresa habla del centinela, de cuya guarda está segura, tampoco fué oída. Por no oír, ¡oh sordera singular! el público no oyó la frase «buenas noches, señorito» (todo

un poema), con que acaba el diálogo entre Fernando y la servil.

En la noche del estreno, se dijo que aquello era malo por la condición humilde de Teresa; no parecía sino que la pernada veía maltrechos sus fueros, y pedía el señorío negado por el buen amor.

Fracasó, pues, el autor dramático; pero el hombre de letras, el pensador, triunfó en el ánimo de unos pocos, de los mejores, de los escogidos. ¿Qué podía importarle que una crítica ligera, sin médula artística, no le defendiese?

En 1897 se anunció en el Ateneo que ocuparía la cátedra de estudios superiores, para hablar del Nuevo Espíritu, el insigne literato D. Leopoldo Alas.

Muchos jóvenes se matricularon en su clase, que estuvo llena de público el primer día y poco concurrida en los siguientes. No era escaso el atractivo que tenían las lecciones anunciadas. En ellas podrían oír los mozos amigos del saber, las doctrinas de Bergson, de Green, de Durand de Gros, de Remke, de Renouvier, de Spir, de Boutroux, etc., etc.

En aquel mismo curso, un orador notable, el Sr. López Muñoz, explicaba Elocuencia. El amor al verbalismo, el gusto, artístico en cierto modo, de oír á un hombre que hablaba con palabra muy rápida, muy bella y muy sonora, rematando los períodos con armónicas cadencias que, aunque sólo transportasen una insustancialidad, halagaban el oído por la entonación oratoria, el simétrico concierto de las frases y la seguridad y firmeza de la dicción, congregaban en torno del maestro de retórica á muchos de los más asiduos concurrentes del Ateneo. ¿Cómo explicará Clarín? se preguntaban todos. Y una noche Leopoldo Alas apareció en la cátedra.

Brindó las conferencias á un muerto y á un vivo: á Moreno Nieto y á Francisco Giner, al formidable novelista y al gran filósofo. Cinco fueron las que dió, pero no satisfizo á todos. Clarín sabía ya con qué clase de público había

de entenderse las. El iba á una cátedra de estudios superiores. Podía tomar la cuestión que había de ser objeto del suyo en el punto en que quisiera, sin atender al espíritu general del auditorio, á su preparación filosófica, á su aptitud para el aprendizaje de las ideas, etcétera, etc.

Desde el primer día se vió que el profesor vacilaba en el giro de sus lecciones. Estaba en peligro de que no le entendiesen, si no descendía á la cultura elemental de la mayoría del auditorio. Le era muy difícil emprender el doble trabajo de traducir el lenguaje filosófico á lenguaje vulgar, y de adaptar éste luego, sin despojarle totalmente de la dignidad del objeto á que se aplicaba á la inteligencia de todos; por eso repitió una frase de Boutroux, la de que si se le exigía que no fuese oscuro renunciaba á filosofar, aparte el reconocimiento que hizo de que la oscuridad era relativa, y lo mismo podía depender del profesor que del discípulo.

Aquellas lecciones mostraron á Clarín prendado de la nueva tendencia, que se manifestaba en la literatura, en la política, en el cosmopolitismo en general, en su aspecto económico y jurídico. Llamábase Clarín adepto de ella en España, y en la primera conferencia expuso los conceptos de Dios, según Renouvier y Spir, rechazando especialmente las doctrinas del segundo, informadas en el espíritu negativo kantiano, las cuales nos alejaban de la divinidad porque negaban la verdad y el bien que á ella nos incorporan.

Clarín no iba al Ateneo á seguir la corriente general del método didáctico al uso. Jamás he visto sinceridad mayor que la suya ni más estimable honradez mental que la vislumbrada en su modo de discurrir. No seré yo quien diga que tenía en el cerebro un saber enciclopédico no digerido aún, porque pienso que si no veía con toda precisión el camino que había de tomar, por lo que al ponerse en marcha tanteaba con

exploraciones, que lo hacían avanzar y retroceder, rectificar y seguir hasta nuevos quebrantos en la jornada, por aparente desorientación, conocía perfectamente el punto estacional de los más altos jalones determinantes de la ruta que le estaba trazada y se proponía recorrer. Mas sucedíale lo que ocurre á todo gran pensador cuando se le presenta un asunto tan complejo y tan trascendental como el que eligiera. Andamos muy embarazosamente en las progresiones mentales cuando hemos de abrir trocha con nuevas ideas por el enmarañado fardel de las viejas ó poco removidas. Y así como en campo inexplorado, en jardín de mil especies vegetales distintas, un gran botánico camina, si fija la atención en las plantas, más perezosamente que el hombre vulgar, que sólo conoce dos ó tres vistas en el herbario como remedios de momentáneos achaques, así el filósofo, en la variada floresta mental de la Filosofía, y más tratándose de la filosofía de la Religión, se siente solicitado por mil ideas distintas unidas todas en lógico engarce, mientras el aficionado sólo ve las tres ó cuatro ideas elementales que ha recibido, que inmediatamente puede examinar y formular con cierta natural corrección. Clarín vacilaba en el cruce de las ideas. Contentábase allí; y después de incisivos, advertencias, explicaciones de términos, reservas mentales, expresaba sus juicios someramente, como quien no confía en que le entiendan ó se dirige á una multitud distraída. Nada de párrafos brillantes, nada de elegancias retóricas: al pan pan, y al vino vino. Y los muchachos se desesperaban. Habían oído á López Muñoz; recordaban su *os magna sonatorum*, y Clarín, el gran maestro Clarín, les pareció pequeño, torpe de palabra, cuando decantaba, por culpa de ellos, en varios sinónimos una misma idea, y acaso desconocedor de lo que traía entre manos.

En la segunda conferencia, D. Leopoldo Alas dijo cosas de mucha sustan-

cia. Pedía él nada menos que entrasen los pobres, los ebionitas, en esta renovación general del pietismo, del sentimiento religioso. Creo que fué entonces cuando recordó la frase de Brunnetiére: «¿Cómo queréis que les quite-mos á los que están llamados á morir el problema de la inmortalidad?» Clarín decía que, á seguir la sociedad el movimiento espiritualista de que él hablaba, el mismo movimiento social, no mecánico, sino interior, de las almas, traería consecuencias económicas. No le parecía imposible ofrecer á los hambrientos ideas religiosas, consuelos de su desventura, ni creía que fuese su vagar el mejor estado para conseguirlo. Pero yo no sé por qué no interesaban estas ideas á los más. Esperaban al orador, y el orador no quería presentarse. «¿A quién no halaga—preguntábase el sabio disertante—sentir conformidad de conciencia racional con las creencias de su niñez?» Y luego añadía: «Cualquier orador podría hacer aquí períodos elocuentes con tópicos del *Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, etcétera.»

¿Qué diferencia entre este profesor sin tropología y sin poéticas floriculturas, todo pensamiento y todo austeridad, tímido en la expresión de los conceptos, temeroso de establecer límites que pudieran parecer convencionales interrupciones de sana investigación filosófica, y aquel otro que deleitaba á los oyentes con la canturía del tópico oratorio, sin novedad ninguna en el pensar, gárrulo en el decir, más bien servido de los pulmones y de las cuerdas vocales que del entendimiento y de la reflexión?

Después de oír á Clarín, era muy natural que asomase la risa á los labios de los discretos cuando el Sr. López Muñoz, ante inmenso auditorio, gritaba: «La elocuencia, señores, es luz, como la que despiden el acero que centellea en manos del libertador; es fuego, como el que calienta los ateridos

miembros del pobre en un rincón del hogar solitario; es raudal, como el que fortalece los campos; es brisa, como la que orea las mieses; es huracán, como el que barre los troncos podridos; es cruz, como la del misionero; es amor y prenda de fraternidad y signo de alianza entre los hombres en el santo camino de la verdad, del bien y de la justicia.»

Después de este cohete volador, estaba un aplauso estruendoso; y el pobre Clarín, es claro, quedaba para los psitacistas aquellos como un misero diablo que no puede trepar por la cucañía de los más altos pensamientos sin resbalar y caer, en medio de la general expectación de los malévolos y de los tontos.

Vimos los que hubimos de seguir al catedrático en el cuento de sus ideas qué evolución había en su espíritu. En realidad, él no quería hablar de lo nuevo, sino de lo renovado; veía, como Renouvier, que asistíamos á la conclusión de algo que había comenzado en la Reforma y en el Renacimiento; y poniendo enfrente de la relatividad científica la relatividad religiosa, suponía á la primera en constante victoria sobre la segunda, llegando á afirmar que toda novedad absoluta de la religión era negación de ésta, como si quisiera dar á entender que debía subsistir con la definición de Lactancio el concepto de Schelling, mantenido por Oken, Schubert, Goerres, etcétera, paralelo á aquél y al de la contemplación mística de la propia personalidad como reflejo de la increada. Por eso decía que el *nunc et semper* de nuestra Iglesia tiene una gran profundidad filosófica.

Quería Alas resolver el problema social en función del problema religioso, sin que conformase su criterio con el de Roberty, puesto que siendo la religiosidad factor esencial sociológico y no una provisionalidad de orden interno para establecer un orden exterior definitivo, aunque éste quedase fijado, sub-

sistía la religión, no social al modo romano, sino extraterrena de arriba á bajo y de abajo arriba, de Dios con la criatura y de la criatura con Dios. Entre ambos términos habían de entablarse diálogos de conciencia. Oponía Oldenberg á Spir, por qué en Jesús había pena por el dolor universal, había caridad y amor, y el ser continuaba en su individualidad contingente, sin aniquilarse por confusión en el todo absoluto.

No llegó Alas al término de sus especulaciones; esbozó á la ligera las manifestaciones literarias del nuevo espíritu en Inglaterra, Alemania, Rusia, Noruega, Italia, Francia, Portugal y España, y renunció á continuar el camino que emprendiera. Había sufrido un desencanto. En el Ateneo había pocos que supieran quién era Bergson. Con tal falta de antecedentes en la escuela no era fácil obra comunicar la enseñanza. Además, había necesitado alear el oro de la filosofía novísima con metal más barato para que tuviese mayor capacidad liberatoria en la esfera de los principios. Ya lo dijo más tarde: «He tenido que convertir mis conferencias, por instinto de conservación, en filosofías para literatos y señoras, casi casi para niños y soldados.» Ello es que Clarín, que había seguido el movimiento religioso-filosófico; que podía, por su cualidad de jurista y de sociólogo en sentido estricto, haber trazado un feliz bosquejo del espíritu de nuestros días, se quedó con la palabra en la boca y no quiso volver

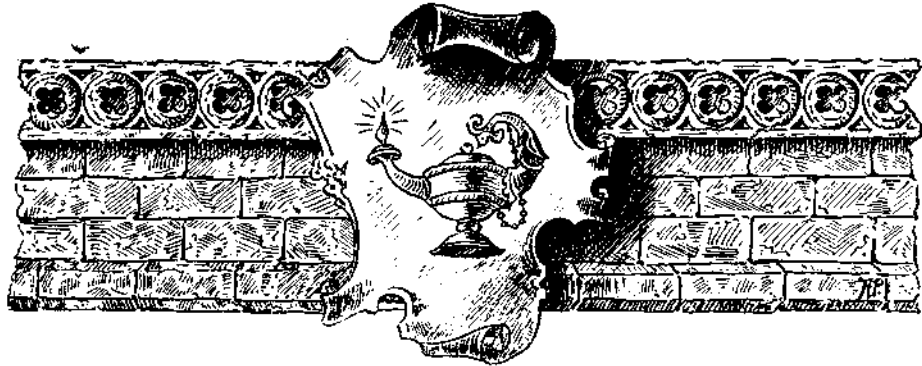
á la fáfara ateneísta, de que tan mal librado saliera.

Su vuelta á Dios y al espíritu, en el prólogo de la traducción de *Trabajo* quedó consignada. En él afirma, como había dicho cuatro años antes, que las cuestiones sociales no pueden resolverse científicamente hoy por hoy. Rechaza el materialismo de Zola, y como el año 97, al pensar en Jesús, según Oldenberg, el edonismo sensual, que acepta el autor de aquel libro.

Clarín había pensado más que había leído. De mucha complejidad mental, tenía abierto el espíritu á muy diversas ideas. No había fundido su copioso saber en unidad sistemática, á pesar de la filiación homogénea de todo su vario conceptismo. Temperamento más dialéctico que metafísico, testimoniaba constantemente su amor al reposo majestático en los dominios mentales con una admiración sin límites al más gran orador contemporáneo y al expositor y crítico más profundo de la literatura histórica española. La febril inquietud de su razón no dejó espacio al sedimento de su ciencia. Así es que veía las ideas fuera de sí en eterno conflicto. Sólo en los últimos tiempos invadió su ser algo del espíritu de Tolstoi; y al notar cómo las cigüeñas volvían á sus antiguos campanarios, él retornó á la religiosidad callada de un vago misticismo, que ponía en Dios, en el Dios hecho carne, la serena tranquilidad del alma dolorida.

JOSÉ ROCAMORA.





La vida intelectual en España

SUMARIO.—ACADEMIA DE LA HISTORIA: Recepción del señor Conde del Cedillo, por Félix de Montemar. CRÓNICA DE GRANADA, por Rodolfo Gil.

ACADEMIA DE LA HISTORIA

RECEPCIÓN DEL SEÑOR CONDE DE CEDILLO

El domingo 23 de Junio verificóse en esta Corporación sesión solemne, con objeto de recibir como académico de número en la vacante que dejó D. Pedro Madrazo, al Sr. D. Jerónimo López de Ayala, vizconde de Palazuelos, conde de Cedillo.

EL RECIPIENDARIO

El nuevo académico pertenece á esa raza de hombres, poco numerosa por desgracia, que, aun disfrutando de una envidiable posición que les permitiría el disfrute de las mayores comodidades, no gastan el tiempo en distracciones fútiles sin más resultado que el de la personal satisfacción.

A los timbres heredados, pues el señor López de Ayala pertenece á una de las más nobles familias castellanas, une el nuevo académico otros no menos estimables, por su esfuerzo obtenidos, en el cultivo de la literatura patria, y por su amor al estudio y su perseverancia y predilección en los trabajos históricos, ha conseguido nombre y reputación merecidos.

Que el conde de Cedillo es un toledano entusiasta de su pueblo, muéstranlo, antes que su discurso de ahora en la Academia, diversos trabajos que tratan de su ciudad natal, su voluminosa *Guía*

de Toledo, entre otros. En esto sigue la tradición de alguno de sus antepasados ilustres, fundador de la Universidad literaria toledana.

Educóse el nuevo académico en los colejos de los jesuitas de Orduña (Vizcaya) y de Orihuela (Murcia). Estudió en nuestra Universidad Central y en nuestra Escuela Superior de Diplomática, y posee los títulos de doctor en Filosofía y Letras y de Archivero-bibliotecario y Anticuario. Con tales antecedentes, y habida cuenta de que le cupo en suerte nacer y criarse entre preciosidades arquitectónicas, se comprende, no ya la afición del señor conde de Cedillo por determinados estudios, sino lo cultivado de su espíritu para tan difíciles empresas.

Hombre de gran actividad, ha logrado hacer compatibles, con la difícil labor del erudito, la no menos penosa de la cátedra, la del excursionista científico y la que le imponía su cargo de individuo correspondiente de varias Academias.

Las obras hasta ahora publicadas por el nuevo académico, son: *Las campanas de Velilla*, *Los concilios de Toledo*, *La escultura antigua*, *Jovellanos como cultivador de la historia*, *Santa María de Porqueras*, *Códice Mayo*, denominado *Cartesiano*; *Estudio histórico-crítico de la contribución é impuestos establecidos en León y Castilla durante la Edad Media*, y multitud de artículos en periódicos y revistas, sobre asuntos de Historia y Arqueología.

El nuevo académico vive como un gran señor y trabaja como un literato pobre desde que amanece: tiene, entre sus distracciones favoritas, la pintura, la música y la fotografía. Su casa es un templo del arte, y su despacho el de un escritor que puede gastar en libros lo que quiere. Es un noble, en fin, que no olvida los pergaminos, pero no para el regodeo de su vanidad, sino para aprender en ellos hasta los más nimios secretos de los pueblos, los hombres y las cosas que fueron.

Tal es el nuevo académico.

EL DISCURSO

Empieza el nuevo académico con un proemio de modestia y sentidas frases de gratitud por el honor que le hace la Academia admitiéndole á sus trabajos, todo ello expuesto, como el resto del discurso, en prosa de notable sabor clásico. Confiesa luego su amor por los trabajos históricos desde su juventud primera, y entra en el rápido bosquejo de los méritos del académico á quien sucede, D. Pedro de Madrazo, cuya semblanza completa al fin de su trabajo, y tras el elogio del académico muerto, pasa al enunciado del tema *Toledo en el siglo XVI, después del vencimiento de las Comunidades*.

Ya dentro de él, el recipiendario empieza su estudio en el momento histórico en que acaban las Comunidades, á raíz de haberse apagado hasta el último latido de aquel movimiento nacional tan grande en sus orígenes. Habían transcurrido dos años de ese hecho, y entraba en Toledo el Emperador Carlos V, rodeado de aquella pompa y majestad propias de su cesárea corte.

Expone el señor conde de Cedillo los detalles de este suceso que recibió Toledo con gran solemnidad y alegría, y dice:

ENTRADA DE CARLOS V

Lo que el monarca sintiera al divisar en lontananza aquel pueblo ó enriscada fortaleza, rebelde poco había á su autoridad soberana, al pisar su suelo y al sentar el pie en el noble alcázar, solio de sus mayores y reciente mansión de la varonil Pacheco, calla la Historia, pero el historiador lo adivina. Convocadas estaban para Toledo las Cortes generales del reino. Allí se celebraron en la primavera y verano de aquel año, dictándose en ellas leyes políticas y eco-

nómicas y adoptándose medidas administrativas que no debo señalar aquí. Pero no es para omitido un hecho harto significativo. Al reforzar las Cortes de Toledo, la nota tan patriótica y monárquica dada por las de Valladolid, rogando al Rey contrajera matrimonio, según tenía ofrecido, nombran exclusivamente á la infanta doña Isabel, hermana del Rey de Portugal, «vna de las excelentes personas que oy ay en la christiandad», añadiendo que con este casamiento «rescribirán estos rreynos syngular mergerd é beneficio». Veo yo á aquellas Cortes toledanas dotadas del más alto sentido político, fijo el pensamiento en la gran aspiración de la unidad ibérica, y, lo que es más, casi vaticinando esa misma unidad, llevada á feliz término medio siglo adelante por virtud de aquel enlace, en buen hora aconsejado.

En el entretanto, los negocios exteriores marchaban para el Emperador viento en popa, y la gloriosa victoria de Pavia puso en sus manos á su rival el Rey de Francia, cuya arribo á la Península supo el 20 de Junio en Toledo. En lustre de la ciudad del Tajo redundó que las armas del real prisionero fueran depositadas en el alcázar como trofeo y recuerdo de ocasión tan memorable.

Brillante cual ninguna anterior fué aquella época para Toledo. Sus moradores vieron en aquellos días á su joven Rey, rodeado de grandes, títulos y caballeros de alta sangre, cabalgar á la jineta, escaramuzar en la Vega y jugar gentilmente á las cañas en Zocodover con lo más gallardo de la juventud dorada de Castilla, todos «tan bien é tan ricamente aderezados, que no se acordaban los nacidos haber visto cosa igual». ¡Contrastes de la fortuna! Por el mismo tiempo Francisco I, prisionero en Madrid, esperaba en vano la visita de Carlos V. que, retenido por las congregadas Cortes y bien hallado con su nueva residencia, no parecía dispuesto á salir de Toledo. Sólo después de las festividades que en el mes de Agosto allí se celebran y que, por la presencia del Emperador, revistieron aquel año mayor solemnidad, partió Carlos de la corte, bien que no para consolar á su regio huésped, sino para esparcir el ánimo con deportes cinegéticos en los montes de Segovia y Buítrago.

Poco duró su ausencia de la ciudad, que, ya con más razón que nunca, podía llamarse *alcázar de Emperadores*. Celebradas dos breves y cordiales entrevistas con Francisco I, tornóse á Toledo el Cé-

sar, y allí vió transcurrir todo el otoño y la mayor parte del invierno.

Era Toledo en aquel punto como el corazón de la gran monarquía española, y aun verdadero centro de la diplomacia y la política universal. Cual los planetas en torno del sol, allí formaban corte digna de tal monarca las Reinas viudas de Portugal y de Aragón, doña Leonor y doña Germana; príncipes de sangre real como la duquesa de Alenzón, los duques de Borbón y de Calabria y don Enrique de Labrit, hijo del despojado Rey de Navarra; personajes como el gran maestre de Rodas, el virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy, y el cardenal Salviati, legado de Clemente VII; lo más ilustre de la nobleza española y gran representación de la extranjera; altas dignidades de la Iglesia, y, en fin, los embajadores de todos los soberanos y repúblicas de Europa y aun de los Reyes asiáticos y africanos. Toledo fué en aquellos, para ella, memorables meses una ciudad cosmopolita. El esplendor de la corte imperial y los beneficios que su permanencia reportaba á la industria y al comercio, la juventud y gentileza del Emperador y el agrado y buen seso que acreditaban sus actos, debieron de renovar entonces muchas voluntades y de aficionar grandemente á los toledanos hacia aquel egregio príncipe, en quien parecían cifrarse todas las grandezas de la tierra.

Sucedíanse unos á otros fastuosos recibimientos en que, si el Emperador mostraba su bizarra cortesanía, proclamaba la ciudad con fiestas y regocijos la honra que se le seguía por ello. El cardenal Juan Salviati, legado y sobrino del Papa Clemente VII, llegaba á Toledo á tratar graves negocios de política internacional. El César, con su corte, salió á su encuentro fuera de los muros; Toledo se vistió de gala, y la nobleza, los obispos, el clero, los regidores y ciudadanos acudieron con sus mejores arreos, sus palios y cruces, honrando y acompañando al enviado pontificio hasta dejarle hospedado en el claustro alto de la iglesia mayor. Más interés inspiró aún la presencia de la princesa Margarita, duquesa de Alenzón, hermana de Francisco I que, enfermo y prisionero, continuaba en Madrid. En las conferencias de aquellos días, celebradas entre el Emperador y Margarita, debatiase la cautividad y liberación del Rey Francisco, la paz ó la guerra entre dos naciones rivales, y aun la tranquilidad ó intranquilidad de Europa entera. La duquesa vió-

se en Toledo tan obsequida como á su rango y á la cortés condición del Emperador convenia; pero las dificultades surgidas fueron muchas, y la princesa se ausentó pronto de la corte sin terminar el negocio con el éxito favorable que lo pintara su deseo.

Deteniéndose el nuevo académico en la relación de otros recibimientos también pomposos que por entonces Toledo presenciara, tales como el hecho al duque de Borbón, cuya persona honró el César con los mayores honores.

LAS CORTES DEL AÑO 1538

«Imposible es olvidar, tratándose de Toledo en el siglo XVI, aquellas Cortes de 1538, tan diversamente juzgadas y por siempre memorables. Convocados para el 15 de Octubre los prelados, señores de vasallos y procuradores, difirióse la sesión inaugural hasta el 1.º de Noviembre. Las continuas guerras y empresas del monarca y las obligaciones que por doquiera le asediaban, tenían gastado y consumido su patrimonio; platicar sobre ello, buscar remedio á la crónica dolencia y ordenar las demás cosas convenientes al bien de estos reinos era el arduo objeto de las Cortes. Leída la *proposición* real á los Estados, comenzaron sus deliberaciones separadamente. Muy importante era la representación del brazo noble, tanto por el número cuanto por la significación de sus individuos, que celebraban sus sesiones en el capítulo de San Juan de los Reyes. Adelantados iban los debates, cuando cierto día presentóse en la asamblea el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, y ante los señores reunidos, con comedidas palabras declaró era voluntad del César establecer, con carácter general, y sólo por cierto tiempo, la sisa, gravamen sobre los mantenimientos, de antiguo abolengo en Castilla. No se ocultaba á los próceres el triste estado del erario público, cuya restauración en vano debía esperarse de los ingresos ordinarios. Pero la sisa era un impuesto, sobre extraordinario, muy odioso; su exacción con carácter general barrenaba los seculares derechos de la nobleza; odiaba tal tributo el pueblo, abrumado de cargas; en fin, el recuerdo de la sublevación comunera no estaba tan amortecido que no hiciera temer á los más avisados los peligros de otro semejante incendio. Abroquelada con estas razones, á la verdad fundadas, la nobleza, en tér-

minos tan respetuosos como enérgicos, negóse á otorgar la sisa.

Dolió la repulsa al Emperador, cuya situación venia á ser harto embarazosa. Mientras los prelados, á quien afectaba menos el proyecto, habíale aprobado en todas partes, los nobles no se daban por vencidos, no obstante los buenos oficios del prudente intermediario Tavera. Ni era sistemática la oposición empeñada. Discurrían medios los señores con que proveer en servicio del monarca y solicitaban la comunicación con los procuradores para resolver de común acuerdo el conflicto; pero á esta petición hizo siempre sordo Carlos V. Todo eran debates, consultas y contestaciones. Firme y elocuentemente llevó entonces la voz de la nobleza el condestable de Castilla D. Íñigo Fernández de Velasco, alma de aquel ilustre concurso; pero sus razonamientos sólo provocaron el enojo del Emperador, á quien con tanta lealtad había servido siempre. El remate del negocio fué inesperado. En 1.º de Febrero de 1539 presentóse de nuevo el cardenal Tavera, y con palabras en que latía el regío desagrado, invitó á los nobles á retirarse á sus casas, dando por disuelta la asamblea. ¡Rasgo notable y sin precedentes en la historia de las Cortes castellanas! ¡Verdadero golpe de Estado que contribuyó á modificar el carácter de aquella institución, con la frecuente ausencia de uno de sus elementos más principales! Gran monarca por tantos conceptos, mal pagó entonces Carlos V (y ya lo observó un historiador moderno) los servicios que próceres y caballeros le prestaran poco antes en su recia contienda con las degeneradas Comunidades.

La disolución del alto estamento más pareció obedecer á un rapto de despecho del Emperador que á allanar el camino de la nueva imposición, pues es lo cierto que la sisa no llegó á establecerse. Entre tanto, el brazo popular continuaba sus tareas. Hiciéronse los procuradores intérpretes del buen sentido y de los deseos de los pueblos, como lo acredita el extenso cuaderno que emanó de las Cortes, en que, si se observan peticiones nada nuevas, aparecen ideas que revelan verdaderos adelantos. Así, pidieron los representantes que se hicieran navegables los ríos caudalosos para bien de la industria y el comercio, y que por personas doctas se recopilaran las viejas crónicas de España, «porque no se olvide la memoria de los grandes hechos»; demandas que merecieron

buen acogida, y que, á ser las únicas que figuraran en el cuaderno, imprimieran ya á aquellas Cortes auténtico sello de obra nacional. Antes de disgregarse, las Cortes votaron un servicio de trescientos cuentos para los tres años siguientes, con más otros cincuenta, pagaderos en el corriente 1539. Terminada, en fin, la asamblea, en 30 de Marzo un público pregón con trompetas y reyes de armas anunció á la ciudad los capítulos acordados por conjunción del monarca con sus súbditos.»

Seguidamente el nuevo académico trata de varios sucesos de orden político y religioso, acaecidos en Toledo, tales como la reunión de los capítulos de las Ordenes militares de Calatrava y Alcántara, provocada por Felipe II como gran maestre de ambas; la del capítulo general de la de Santiago, también ordenada por el mismo Rey, para tratar lo más conveniente al cuidado de unas y otras. ¡Hermoso espectáculo—dice el nuevo académico—presenció aquellos días el monumento insigne debido á la piedad de los Reyes Católicos! Juntos en gran número bajo las ojivales bóvedas del templo priores, comandadores, treces, caballeros y frailes, presididos por el regío maestre; sembrados la amplia nave y el rico crucero de blancos mantos salpicados de rojas cruces, el pensamiento de los concurrentes debió volar á los tiempos medioevales, á la época heroica de las Ordenes, que con su ruda labor por la reconquista del territorio patrio prepararon la grandeza de España bajo Carlos V y Felipe II.

Trata después de la muerte y funerales de la Reina Isabel de Valois, suceso de gran relieve en la imperial ciudad, y de los hechos acontecidos en las honrras del príncipe Alberto.

EL CORREGIDOR GUTIÉRREZ

Es interesante la pintura del corregidor Gutiérrez que nos da el señor conde de Cedillo. Fué éste alcalde, que diríamos hoy, de buena memoria para los toledanos, y por lo que trabajó en pro de su ciudad, por su adelanto y bienestar, merece ser presentado como tipo digno de imitación aun en estos tiempos.

«Hav que señalar entre sus principales empresas, que acreditan una voluntad decidida y una actividad incansable: el allanamiento y ensanche de ciertas calles; el empedrado y limpieza de las vías públicas; el arreglo de los caminos que salían hacia la Vega y el río; un gran

avance en el nuevo edificio del Ayuntamiento; la obra del alhóndiga general ó alhóndiga; la mudanza y obra del rastro nuevo para la matanza y venta de los ganados; la mejora considerable y completa reforma en la cárcel real, en la casa de los niños de la Doctrina, en los pesos de la harina, carnicería mayor, mesón real de la fruta y en otros edificios públicos; el reparo de los viejos muros, de las puertas del Cambrón y de la Cruz, puentes de Alcántara y de San Martín; la instalación de efigies, escudos y epígrafes en las puertas y puentes, y en fin, el ornato y embellecimiento de las famosas Vistillas de San Agustín, recreo y solaz de los toledanos. Estas y otras obras y mejoras materiales y morales llevó á cabo el corregidor Gutiérrez Tello, y mayores aún hiciera á no sorprenderle la muerte. Perpetuarse debe su recuerdo en la ciudad del Tajo; y cierto, no la mostró el monarca indiferencia ó desvío al confiar su cuidado á prefecto tan celoso.»

Ocupase luego el nuevo académico de un suceso picante de orden privado, del género amoroso, en que intervino la justicia, apresando nada menos que á un hijo del gran duque de Alba, frente al poder real, que, en obsequio de los apetitos del mancebo, recluyó en un convento á la dama rebelde á las pretensiones del hijo de aquel gran prócer.

Expone noticias interesantes referentes al reintegro á la ciudad toledana desde París del cuerpo de Santa Leocadia, patrona de Toledo, hecho que se celebró con grandes fiestas.

Hace asimismo relación de las ruidosas controversias que produjo el hallazgo de unos huesos que se decían santos al echar los cimientos del Hospital del Rey.

Ocupase de la entrada en Toledo de Felipe III, y hace un parangón del aspecto que ofrece este hecho comparado con la entrada de Carlos V.

«La primera visita de un monarca—dice—abre en Toledo el período histórico á que vengo refiriéndome, y la primer visita de otro cierra este mismo período; pero entre una y otra ¡cuán gran diferencia! Nuncio aquella de una era venturosa en que, á favor de la paz, reunió la ciudad todas sus energías para seguir figurando dignamente á la cabeza de dos mundos. Testimonio y emblema la última del afecto de un Rey benéfico hacia un pueblo decadente en que parecía encerrarse, como en arca santa, toda la tradición española. La historia política de

Toledo terminó en el reinado de Felipe II; en el de Felipe III quedó muerta y sepultada. Huérfana la ciudad del poder civil, acogióse al amparo del eclesiástico. Y la Iglesia fué casi su sostén único; la secular iglesia toledana, organismo poderoso, estado dentro del Estado que, conservando el esplendor antiguo en aquellos primeros siglos de la edad moderna, pudo ser y de hecho fué madre para el desvalido. Mecenaz para el artista y el sabio, faro y guía para el pueblo todo.»

LA IGLESIA TOLEDANA

Traza seguidamente el señor conde de Cedillo lo que podríamos llamar la historia eclesiástica de Toledo, de gran interés por su relación con el estado social de la imperial ciudad entonces, ocupándose de cada uno de los prelados que dirigieron la Iglesia más influente de España y quizá la más importante del orbe católico entonces.

En este punto, al tratar de los varones ilustres que honraron el arzobispado de Toledo, junto á los nombres de Cisneros, Fonseca, Tavera y Martínez Guisado (Silices), háblanos el nuevo académico de Fray Bartolomé Carranza de Miranda, prelado de accidentada vida, acerca de cuya designación escribe:

EL PRELADO CARRANZA

«Ninguna elección pudo parecer mejor para nuestra iglesia veneranda. Varón virtuoso y pío Fray Bartolomé, observante religioso, sabio teólogo y canonista, predicador elocuente, compañero de viajes de Carlos V, honrado por Felipe II con su íntima confianza, lumbrera del Concilio de Trento, martillo de herejes en Inglaterra, Flandes y España, recibióse en Toledo la noticia con el favor que era razón, dados los méritos de la persona y los augurios de un pacífico y feliz pontificado. Tomó posesión Carranza por apoderados en 5 de Marzo de 1558; acto que fué «muy solemne de campanas, órganos, música y de otras muchas maneras». Transcurridos siete meses, desde Yuste, donde había asistido en sus últimos momentos al Emperador Carlos V, partió el arzobispo para la capital de su diócesis, que le dispuso un recibimiento extraordinario. El Cabildo, el Ayuntamiento, la nobleza y el pueblo salieron á esperar á su pastor casi á media legua de la ciudad, y era de ver el «increyble contento público. santo y

venerable regocijo» con que, según Salazar de Mendoza, se festejó un suceso en que se fundaban esperanzas tan legítimas.

Por su parte, el celebrado dominico no dejó desvanecer aquellas esperanzas, y durante su breve permanencia en la ciudad pareció á todos por su apostólico celo prototipo y modelo de prelados. En aquellos seis meses comprendidos entre el 13 de Octubre de 1558 y el 25 de Abril de 1559, Toledo le vió visitar iglesias y monasterios, predicar asiduamente, administrar á menudo la confirmación y el orden, asistir como un simple canónigo á los oficios de la catedral, consolar á los enfermos en los hospitales y en su prisión á los encarcelados, socorrer necesidades con largueza y derramar beneficios por do quiera. Pero no contento con esto, Carranza acometió excelentes reformas administrativas, castigó los excesos de los clérigos, sentó la mano en arraigados abusos procurando su reformatión y defendió con harto brío la inmunidad eclesiástica en cierta ocasión en que la consideró atacada.

Hasta ahí llegó su gestión en Toledo. El pueblo vióle partir á la visita pastoral y nunca más le vió volver, aunque se prolongó su vida por diez y siete años. ¿Qué había ocurrido al arzobispo? ¿Podía ser cierta su prisión en Torrelaguna? Ya confirmada por modo indudable. ¿hubo fundadas razones para que el Santo Oficio, con anuencia del Papa y del Rey, apresara en su propio territorio á un arzobispo de Toledo, y arzobispo como Carranza, acusado de herejía?

No entra en mi propósito escribir una biografía de aquel desgraciado personaje ni un estudio más de su grave negocio, que con ser trillado argumento, sigue y probablemente seguirá preñado de misterios hasta la consumación de los siglos. Tócame tan sólo relatar á grandes rasgos nuestra historia eclesiástica local durante aquellos mortales diez y siete años en que se sustentaba la causa en España y en Roma.

Acababan de celebrarse las vísperas en la catedral el 23 de Agosto cuando se supo la prisión del arzobispo, ocurrida el día antes. La nueva difundióse por la ciudad rápidamente; el asombro y la ansiedad eran generales; oíanse por do quiera las más diversas conjeturas. El Cabildo se reunió el siguiente día é hizo unánime demostración de su sentimiento; cauto y prudente, empero, suspendió todo juicio y toda acción aventurada,

aunque sin ocultar el amor y reverencia que le merecía su prelado. Nombróse, pues, á dos canónigos que asistieran al arzobispo y entendieran en su negocio en Valladolid, donde había sido conducido y determináronse procesiones y rogativas muy solemnes para impetrar del cielo la feliz terminación del lamentable suceso. En ausencia de Carranza, nombró gobernador el Consejo del arzobispado al mismo Brivesca de Muñatones, que ya anteriormente lo fuera; pero al poco tiempo Felipe II, autorizado por el Papa Pío IV, removió á Brivesca, designando para aquel cargo á D. Gómez Tello Girón, oidor de la Chancillería de Granada.»

Sigue el señor conde de Cedillo la enumeración de los personajes eclesiásticos que gobernaron la iglesia de Toledo, citando al que sucedió interinamente al desdichado Carranza con Zapata de Cárdenas, al licenciado Sancho Busto de Villegas, quien, á pesar de habérselas tenido tiesas con Felipe II en la defensa de sus derechos, mereció de este Rey una correspondencia tal, que, si favorece á Busto, honra á aquel Monarca español, no siempre tratado con justicia por la Historia.

Detiénese después en la exposición de lo que fueron los Concilios provinciales de Toledo, los estatutos de limpieza, las fundaciones religioso-seculares y las manifestaciones de las heterodoxias, reprimidas por el Santo Oficio.

ESTATUTOS DE LIMPIEZA

Respecto de estos tan discutidos estatutos, y relacionado con su promulgación, dice el nuevo académico: «Hecho es este al par que muy señalado de nuestra historia eclesiástica, fuente de conocimiento de aquella sociedad y de su estado de ánimo. En Toledo abrió la marcha la capilla de Reyes nuevos de la iglesia primada. Por los años de 1530 era capellán mayor D. Pedro Manrique, obispo de Ciudad Rodrigo, y teniente de capellán D. Diego de Herrera, quien á lo que se entiende gozaba en la congregación de personal influencia. El celo religioso, tan vivo en aquella época, y la afeja animadversión del fiel pueblo toledano á cuanto trascendía á judaísmo, estimulaban al D. Diego á convertir la capilla en coto cerrado á la pravedad hebraica. Medio siglo antes un capellán de Reyes había sido relajado y quemado por judaizante, caso bochornoso para la insigne capilla y que la había enajenado del todo la devoción del pue-

blo. Tratabase de borrar esta fea nota, y en 16 de Octubre de 1530, ausente el capellán mayor, celebróse un acto capitular promulgándose un estrecho estatuto de limpieza de sangre. En él se establecía, por razones de conveniencia y con aparato de sagrados textos, que á ninguna persona de linaje de judíos ó moros agraciada con capellanía de Reyes se admitiera ni diera posesión de allí adelante, y en caso de ser admitida indebidamente, se la expulsara sin dilación, aunque para ello hubiera de acudirse á apelar del capellán mayor ante el Monarca.

No faltó oposición al estatuto. De veintin capellanes presentes, seis contradijéronle con argumentos de peso y con su voto; pero el estatuto triunfó por mayoría; la Emperatriz Isabel le aprobó y le confirmó el Papa Clemente VII. Como, según el vulgar adagio, «hecha la ley, hecha la trampa», la nueva ordenanza no pudo impedir que en los siguientes años se introdujesen en el seno de la capilla sujetos procedentes de sospechosa cepa, provistos de informaciones falsas; pero se atajó el daño acordándose en 26 de Julio de 1547 que la probanza de limpieza que aportaba el candidato se sustituyera por un expediente en forma, instruido á costa de aquél por los capellanes.

Vigente el estatuto en la Real capilla toledana, no escasos elementos del Cabildo considerábanse poco honrados al carecer de un análogo solemne testimonio de su limpia procedencia. La idea de instituirlo no era nueva; ya los arzobispos Fonseca y Tavera lo intentaron, pero tuvieron que desistir ante las graves dificultades que para ello se ofrecían. Sólo Martínez Siliceo llevó adelante el proyecto que, convertido en realidad, fué desde aquel punto y por bastantes años fuente de disgustos y aun piedra de escándalo dentro de la vida social toledana.

El Papa Paulo III había concedido una canonjía en la iglesia primada á cierto doctor Hernán Ximénez, hijo de reconciliado y condenado por la Inquisición. La gracia pontificia cayó mal entre el mayor número. Hombre el arzobispo que tenía sobre el particular convicciones muy firmes y dispuestos á secundarle muchos capitulares, dirigieron uno y otros al Papa para que no permitiese que el agraciado Ximénez llegara á ser efectivo canónigo, petición á que Su Santidad contestó favorablemente. Pero, no contentos con esto, resolvieron-

se á establecer de una vez para siempre el crisol donde castas y progenies habían de depurarse.

Siliceo preparó diestramente el terreno y en la junta ó cabildo celebrado en 23 de Julio de 1547, ante el deán y los prebendados declaró su voluntad de ordenar un estatuto calcado en el de la capilla de Reyes. Según él, pues, todos los clerizones, capellanes, beneficiados, racioneros, canónigos y dignidades de la iglesia de Toledo debían ser en adelante cristianos viejos, ya fuesen nobles é hijosdalgo, ya letrados graduados en famosa Universidad, con exclusión absoluta de los descendientes de judíos, moros y herejes. Tan severa ordenanza se conformaba mal con ciertos documentos pontificios y repugnaba al carácter y á la conciencia de algunos canónigos, que entendían la caridad cristiana de muy diverso modo que el arzobispo y sus allegados. No es, pues, extraño que en la misma junta estallase la discordia, precursora de odios, pleitos y escándalos. Levantóse á combatir el estatuto el deán D. Diego de Castilla, y expuestas sus razones, adhirieronle siete de los canónigos presentes, entre los que se contaban personas tan eminentes por su saber como el insigne Juan de Vergara y tan calificadas como el maestrescuela D. Bernardino de Alcaraz y el capiscol D. Bernardino Zapata. Pero los más eran adversarios de la sangre hebrea y defensores del propuesto estatuto, y en este bando formaban sujetos tan influyentes como D. Diego López de Ayala, el vicario D. Blas Ortiz, el tesorero don García Manrique de Lara y los canónigos Mariana, Abalos y Ribadeneira. Triunfó, pues, Siliceo y triunfó la nueva ley, hecha, según se consigna en su texto, «de consejo, acuerdo y parecer de la mayor y más sana parte del Cabildo». Pero promulgado que fué el estatuto, levantóse contra él mayor borrasca por dos ilustres eclesiásticos ausentes, que ciertamente nada tenían que temer á consecuencia del edicto arzobispal. Fueron éstos los arcedianos D. Pedro y don Alvaro de Mendoza, hijos del duque del Infantado, que al conocer el acuerdo protestaron de él por escrito, sosteniendo cuanto á la unidad de cristianos viejos y nuevos una doctrina radicalmente opuesta á la del arzobispo. Entre los de un bando y de otro sucedíanse altercaciones y réplicas. El Ayuntamiento de Toledo colocóse al lado de Siliceo, Los jurados escribían al Emperador pidiéndole interviniera para calmar los excita-

dos ánimos. En el Cabildo llegóse hasta á venir á las manos; dentro de la iglesia hubo cuestiones y alborotos, fuera pesquisas, informaciones y procesos. Y la discordia se cernía sobre Toledo, bien que á decir verdad, y aunque otra cosa se haya escrito, entre los ciudadanos dominaba el sentir favorable al tan discutido ordenamiento. La avenencia no era posible. Los arcedianos apelaban al Consejo real, al Sacro Colegio y al Pontífice; el arzobispo y la mayoría del Cabildo acudían también á entrambas potestades, y mientras hacían viajar al canónigo D. Diego de Guzmán para recabar la aprobación del príncipe D. Felipe, que estaba en Monzon, del Emperador, que se hallaba en Alemania, y del Papa Paulo III, dirigían extensa relación al Consejo exponiendo ampliamente los motivos que les indujeron á hacer el estatuto y refutando las razones que sus contradictores alegaban. Son de reparar en todo este negocio el tacto y discreción de que dieron pruebas el Emperador Carlos V y su sucesor inmediato, que, príncipe todavía y gobernador del reino, bien justificó entonces el calificativo de Prudente que había de otorgarle la Historia. Aprietan á D. Felipe el Cabildo y su comisionado, pero lejos de dispensar desde luego su gracia al estatuto, como se ha escrito, pregunta á prelado y Cabildo las razones que á dictarle les movieron; da largas al asunto y prohíbe por una su cédula que se hable más del tal estatuto. Acuden Cabildo y Ayuntamiento al Emperador encareciéndole también la necesidad de una resolución favorable, y Carlos V, en medio de los graves cuidados que por aquel entonces le cercan, enderezales desde Augsburgo sendas cédulas (11 de Febrero de 1548), en que, si les alaba la intención, nada decide por el momento, y «por ser este negocio de la qualidad é importancia que es», lo remite al Consejo. asegurando tan sólo que en lo que fuere justo y hubiere lugar siempre favorecerá á la iglesia toledana, de la que se declara gran devoto. En Junio de 1548 volvió de Roma el canónigo Guzmán con la anhelada bula de Paulo III (su fecha en 28 de Mayo), confirmando el estatuto en todas sus partes. Sus patrocinadores enviaron al príncipe, que estaba en Valladolid, dos letrados eclesiásticos que recabaran su aprobación; á la vez los contradictores diputaron también dos canónigos con la misión contraria. Pero expuestas sus respectivas razones ante D. Felipe y el Consejo, no debie-

ron de parecer muy concluyentes, pues á pesar de las letras pontificias volvieron unos y otros á Toledo con las manos vacías. Todavía en 4 de Septiembre del mismo año mandaba el príncipe á los del Cabildo, no obstante el camino andado por el estatuto, que se cumpliesen en todo sus cédulas anteriores sobre el no ocuparse para nada en la tal ordenanza, dejando la solución á la voluntad del Emperador, su padre. En fin, Carlos V, estimulado por Siliceo, por la aprobación pontificia y por la opinión más generalizada, favorable al estatuto de limpieza, le aprobó igualmente, aunque en forma tan tibia como fué escribir á los del Consejo que «no se entrometiesen en el negocio del dicho estatuto y dexasen hacer al arzobispo en su iglesia lo que su santidad mandava».

Tras la parte dedicada á las memorias de la heterodoxia toledana, trata el señor conde de Cedillo de lo que podíamos llamar historia interna de la ciudad imperial, muy populosa en aquel entonces, floreciente al punto de competir con las más principales de los dominios castellanos.

AGRICULTURA

«Nuestra ciudad, centro de una vasta región esencialmente agrícola y dotada de productivo y feraz suelo, no debía al cultivo de los campos, como tampoco lo debe hoy, el más copioso manantial de su riqueza. Ciertamente que Lucio Maríneo Sículo encomia los dos sotos de las afueras, «los más fértiles y frutíferos de toda España», y pondera los muchos olivares, viñas y almendrales que en los alrededores de Toledo se criaban. Importantísimo fué, sin duda, tal vez preferente, aunque Maríneo no lo diga, el cultivo del morol y de la morera, auxiliares de la industria de la seda, allí muy desarrollada. En fin, los granos, semillas, hortalizas, legumbres y frutas de aquellos campos mantuvieron en el siglo XVI, como acaece hoy mismo, la buena opinión de las riberas toledanas del patrio Tajo. Pero los dilatados predios que circundaban la ciudad pertenecían, generalmente, á la iglesia primada, á las órdenes monásticas, á las hermandades, vínculos y mayorazgos. Labraban susricas vegas y extensas dehesas, no agricultores ciudadanos, sino los de las aldeas y pueblos inmediatos. Los rústicos y afamados cigarrales, ni por su situación, ni por las condiciones propias de

su terreno, podrían sobrepujar en mucho el carácter de fincas de recreo y esparcimiento. Fuera de esto, la ganadería había llegado á enseñorearse de la mayor parte del término de Toledo, estorbando no poco el progreso del cultivo agrícola. Acaso estas circunstancias contribuyeran desde muy atrás al mayor desarrollo de la industria toledana, que aun en aquella centuria mantuvo el esplendor propio de sus mejores tiempos, sin quedar en zaga de los primeros centros fabriles de la Península. En aquel apretado núcleo de población que formaba en el siglo xvi nuestra local república, los industriales y principalmente los tejedores de seda y lana, los espaderos y cuchilleros, los plateros, los botoneros y gorreros aportaban numeroso contingente, prestando á la ciudad vida tal y tan próspera como no es fácil imaginar ante la Toledo contemporánea.

INDUSTRIA

Entre sus múltiples industrias, señalóse la sedera como más importante de todas. La sedería, de antiguo abolengo en la ciudad y para ella elemento primordial de riqueza, durante el siglo xvi alcanzó allí extraordinario desarrollo. La población obrera dedicada á esta industria en Toledo y en los pueblos inmediatos, contaba al terminar la guerra de las Comunidades con diez mil individuos, y ascendía á cinco veces más mediado el mismo siglo. Muchos miles de telares funcionaban de continuo sin dar abasto á los pedidos. Nuestra manufactura sedera gozaba de grande y merecido crédito en toda Europa por la perfección y hermosura de sus productos. Sus terciopelos y damascos, sus rasos y tafetanes no tenían rival, aunque entraran en la comparación las bellas labores de Sevilla, Córdoba y Granada. Gastábanlos los nobles para sus palacios, el clero para sus templos y los ciudadanos para sus viviendas; y el mismo Felipe II daba el ejemplo usando para su propio vestir productos de la sedería toledana. Sólo en los años extremos de aquel reinado (que no en los inmediatos á la traslación de corte) vaciló esta industria tan vigorosa, para decaer grandemente en los dos siguientes siglos y arruinarse en el recién fenecido xix.

Inmemorial y también muy importante, aunque no tanto como la sedera, fué en Toledo á la sazón la industria de los paños. Sus telares, distribuidos en gran número por las diversas jurisdicciones

parroquiales, prestaban á los barrios más céntricos y populosos animación y vida, proporcionando sustento á millares de operarios; y nuestros tejidos de lana fueron muy apreciados en el reino y fuera de él hasta que comenzó su decadencia en tiempo de Felipe III.

No es preciso encarecer, tratándose de Toledo, la superioridad de su industria espadera, que desde antiquísima fecha alcanzó y aún alcanza merecido y universal renombre. El siglo xvi, tan grande para nosotros por diversos conceptos, fué el gran siglo de nuestra espadería. En la calle de las Armas y sus inmediatas agrupábanse los talleres de los célebres espaderos, favorecidos á porfía por los Monarcas con exenciones y privilegios. Allí aquellos maestros extremados en su arte armaron la diestra de nuestros guerreros, que fué como armar á la patria en sus contiendas por la fe y la civilización; allí se forjaron y templaron las espadas y los estoque, las picas y alabardas que, publicando por doquiera la fama del acero toledano, asombraron al mundo en Otumba y en Pavia, en Mühlberg y en San Quintín.

Oficio muy señalado era en Toledo el de los boneteros y estimadísimo sus bonetes, cuya fabricación fué, según Larruga, prodigiosa. Exportábanse á todas las regiones peninsulares y al extranjero, y señaladamente los bonetes de grana á las partes de Africa y Turquía, no sólo en el siglo xvi, sino aun durante todo el xvii. La bonetería sufrió, empero, una crisis hacia 1576, pues, según Hurtado de Toledo, que por aquellos años escribía, de tres mil quinientos maestros y oficiales boneteros que hubo en la ciudad reinando Carlos V, apenas quedaba un centenar en su tiempo. Oficio distinto y también numeroso formaron los gorreros, que proveían á las clases populares de gran parte del reino, y de cuyos talleres salían aquellas *medias gorras toledanas*, que, según el cortesano obispo de Mondoñedo, era elegante llevar por los años de 1530.

Hubo en Toledo fábricas de agujas de acero, y tales, que sus productos, reputados los mejores de su clase en los dominios castellanos, se pagaban más que sus similares y eran exportados dentro y fuera de estos reinos.

Lucio Marineo Sículo menciona especialmente las vasiijas y cosas de barro que en la ciudad se fabricaban en su tiempo, diciendo que «en Toledo se haze y labra mucho y muy rezio blanco y alguno verde y mucho amarillo que parece

dorado», y no son para olvidados los aliceres ó azulejos, tan bellos como celebrados, que salían á la sazón de los alfares toledanos.

El rector de San Vicente, Hurtado, á cuyo precioso *Memorial* manuscrito he recurrido ya en varias ocasiones, nos dice había en Toledo «muchas copia de sables muy imitadores», muy buenos sombreros y fabricantes de calzado, aunque estos últimos vendían caros sus productos «por traer de acarreo la colambre para ello», y aventajados artífices de rejas, frenos, cosas de cerrajería, guarniciones y talabartes.

Natural parece, dada la importancia de la iglesia del estado eclesiástico en Toledo, que la industria de la cerería prosperase aquí mucho más que en otras partes. Los cereros eran gente ingeniosa y diestra, pues en la relación de la entrada de D. Juan de Austria y el archiduque Carlos habla Horozco de las «cosas estremadas de cera» que presentaron los de aquel oficio.

Extiéndese el nuevo académico en la enunciación de otros oficios é industrias que, como la de platería, entonces en gran auge, produjo obras meritorias.

LOS GREMIOS

Ocupase de la organización gremial de la época, y dice:

«Dadas aquella gran expansión del trabajo y las ideas dominantes en la época, debía desenvolverse allí una vasta organización gremial, y así ocurrió, en efecto. En la ciudad, gran parte de los distintos oficios venían ya agremiados desde la Edad Media y se gobernaban por ordenanzas propias. En el siglo XVI el espíritu colectivo y de asociación parece aumentar á las veces y los gremios tórnanse más numerosos á medida que se perciben síntomas de decadencia y se vislumbran peligros para la vida económica de Toledo. Demás que junto al productor de buena fe medraba el industrial de ancha conciencia, cuyos fraudes y engaños eran constante amenaza de industrias muy florecientes y acreditadas. De entonces, de tiempo de Carlos V y Felipe II data el gran desarrollo de los estatutos y ordenanzas gremiales con que se proveía al buen régimen de los oficios y se intentaba cortar los abusos introducidos. Cierto, interesante sería un estudio analítico y comparativo de nuestras ordenanzas, legislación copiosa y revuelta en cuyas cualidades y defectos, en cuyas sabias prevenciones y

cortapisas prohibitivas puede verse estereotipada aquella época con sus grandezas y pequeñeces, con sus aciertos y sus utopías. No es ésta ocasión de realizar tal estudio, pero sí de apuntar la idea que, llevada á la práctica, cooperaría al conocimiento pleno de nuestra nunca historiada industria local.»

EL COMERCIO

Déjase entender que ciudad tan populosa é industrial debía ser asimismo centro de un activo comercio. Fuélo, en efecto, y de muy gran trato con otras provincias de dentro y fuera del reino y con América. En sus bien bastecidas plazas y mercados, en sus carnicerías y rastros proveíase la heterogénea población, de cuanto el consumo diario precisaba. En las bien provistas lonjas de Zocodover y de la plaza del Ayuntamiento, en las Tendillas de Sancho Minaya, en las dos Alcanás, tiempo atrás tan opulentas, y en las ricas sederías de Santa Justa, en las calles más cétricas, rebosantes en tiendas y comercios de todo género y, en fin, en las renombradas ferias y en el mercado franco de los martes, revolvíanse en apretada multitud mercaderes y compradores, españoles y extranjeros, activando los tratos y fomentando las transacciones. Los mercaderes llamados de escritorio eran muchos en tiempo de Felipe II, los más extranjeros; sólo los genoveses excedían de doscientos establecidos, que llevaban telares por su cuenta y formaban comunidad aparte (142). En suma, es cosa averiguada haber sido aún Toledo en el siglo XVI una de las primeras plazas comerciales del reino.

EL TAJO NAVEGABLE

Y si ello fué así ¿cuán mayor importancia no habría obtenido, cuál fuera hoy la suya á haberse consolidado la magna empresa de la navegación del Tajo entre Toledo y Lisboa, timbre glorioso, entre tantos otros, del reinado de Felipe II? Pensamiento aquél tan útil y político, su realización, siquiera imperfecta, en tiempo del Rey Prudente, parece hoy un sueño que, con todo, bien desvanecido queda por las auténticas noticias que cerca del particular poseemos. Poco trecho bastará para acreditarlo.

No era nuevo el pensamiento de la navegación del patrio río en la región central de la península. En tiempos medio-

evales surcaron ya barcos sus auríferas aguas, y los Reyes Católicos imaginaron hacerle navegable desde Toledo, proyecto malogrado por la muerte prematura de Doña Isabel. En Mayo de 1581, hallábase en Thomar Felipe II, después de la conquista de Portugal, cuando, asesorado por su ingeniero Juan Bautista Antonelli, ordenóle estudiara los medios de poner por obra la navegación desde Abrantes á Toledo, como se verificaba ya entre aquel punto y Lisboa. Embarcó Antonelli en la capital lusitana en una chalupa con cuatro remeros, y venciendo obstáculos y uniéndole la práctica á la teoría, á fuerza de perseverancia, llegó á Toledo en 19 de Enero de 1582, ante gran muchedumbre de ciudadanos que habian acudido á presenciar una novedad para ellos increíble. Como en torno de la ciudad eran muchas las presas de los molinos, en un carro pasaron la chalupa por la Vega á la ribera. El barco con su exigua tripulación siguió á Aranjuez; por el Jarama y el Manzanares subió á Madrid y al Pardo, y emprendiendo el viaje de regreso, retornó por la misma vía fluvial hasta Lisboa. La prueba previa se había realizado. Al siguiente año, en 1583, juntáronse en Madrid las cortes del reino. Allí se deliberó sobre el útil proyecto de Antonelli; reconocida la conveniencia de la navegación, acordóse se llevaran á cabo las obras necesarias para continuarla hasta Toledo, y las cortes votaron con este objeto un repartimiento de cien mil ducados, de que tocó á nuestra ciudad pagar un cuento y trescientos mil maravedises. Aprobólo Felipe II, y sin tardanza expidió una provisión enderezada á los corregidores, alcaldes y justicias de los pueblos ribereños, dictando reglas para los trabajos que iban á emprenderse y mandando se prestara á Antonelli toda ayuda, suministrándole barcos, hombres, utensilios y bastimentos. En Toledo era corregidor D. Fadrique Portocarrero. Las obras se habían comenzado y por el río flotaban ya barcos movidos á vela y remo. En 1585 estaba abierta la navegación hasta Talavera la Vieja y seguían los trabajos para continuarla hasta Toledo. Tropezábase, sí, con dificultades materiales y morales, debidas principalmente á la configuración del terreno y á las presas y molinos de la ribera; pero diestro y laborioso Antonelli, y auxiliado por todo el favor del Rey, allanó en poco tiempo muchos obstáculos, hizo los necesarios pasos ó carreras, y en 1587 pudo ver inaugurada

la navegación desde Toledo, siendo corregidor D. Perafán de Ribera. Con general concurso de la ciudad, en 31 de Enero se bendijeron ciertas barcas situadas bajo el puente de San Martín. Embarcaron en ellas el capitán Cristóbal de Roda con algunos marinos portugueses y cincuenta galeotes, llevando un cargamento de trigo, y emprendieron el viaje á Lisboa, donde llegaron prósperamente. El comercio toledano comenzó á lucrarse de la navegación. Pero ésta hacíase de un modo imperfecto; ciertos pasos eran incómodos y difíciles; los barcos sufrían daños y no podían navegar libremente. Por todo lo cual, Felipe II encomendó á su ingeniero un nuevo reconocimiento en la ribera y sirga con que se atajasen los inconvenientes de una obra con tan buenos auspicios comenzada. Desdichadamente, el ilustre Antonelli adoleció en el mismo año 1587 y murió en Toledo en 17 de Marzo del siguiente, 1588, con lo que pareció comprometerse el éxito de las obras. Sin embargo, la navegación desde la antigua corte ya estaba del todo corriente, según consta por algunos documentos.

Trata el señor conde de Cedillo del período en que la prepotente Toledo inicia su decadencia por diversas causas y en diversos órdenes.

Ocupase del gobierno local de la ciudad, de los llamados bandos toledanos y traza un cuadro muy gráfico é interesante de las costumbres de la época y de la vida social de Toledo.

Con esto, el nuevo académico entra en la exposición de los hombres ilustres toledanos que brillaron en las diversas ramas del humano saber, lista extensa y gloriosísima por cierto.

Escritores, poetas, historiadores, teólogos, humanistas y literatos, aparecen evocados por la docta pluma del nuevo académico en corte brillante y meritisima.

Trata de la fundación de su Universidad y del establecimiento de la imprenta.

La parte última del eruditísimo trabajo del señor conde de Cedillo, está dedicada al arte toledano, y por lo que en este respecto significa y representa la imperial ciudad, acabamos este extracto con lo que el nuevo académico escribe acerca de

EL ARTE EN TOLEDO

Si las excesivas proporciones de este mi discurso no os rindieron del todo á

la fatiga, acompañadme, os ruego, en ideal y rápida excursión para abarcar en conjunto el aspecto de la Toledo artística durante el período á que quise circunscribirme.

La vieja ciudad, envuelta en la doble espléndida veste del arte árabe y del arte gótico, quiere también con disculpable coquetería refrescar sus galas según el patrón que de las riberas del Arno y del Tiber parece imponerse en toda Europa. Y no es que haya renegado de su gloriosa estirpe; tal cual torre morisca y algunos bellos artesonados son el rescoldo que del fuego creador de los islamitas añade Toledo, en el siglo-xvi, á las hermosas obras de este género con que de más antiguo se viene ufandando; levántanse también algunos templos ovoides, cual protesta de la tradición arquitectónica cristiana contra la tendencia semipagana que amenaza avasallar todos los espíritus. Pero, ¿quién osaría contener con una mano el empuje del torrente ó detener el alud que baja de la montaña? El Renacimiento triunfa por doquiera, y triunfa por ende en Toledo y cuenta allí con valiosos auxiliares y deja allí monumentos insignes que no desdeñaría la clásica Italia. Ved la elegancia y la frescura de inspiración que ostenta entre nosotros la llamada arquitectura plateresca. Examinad el hospital de Santa Cruz, noble fundación del gran Mendoza, donde abrió Enrique Egas el camino que tantos otros recorrieron. Seguid al ilustre Covarrubias, burgalés de nacimiento y toledano de adopción, en la magna empresa acometida por su genio; admirad en la catedral y en San Juan de los Reyes la pompa y la belleza de sus obras, por ningún arquitecto de la época superadas; admirad, sobre todo, la incomparable fachada de la *capilla del árcángel*, que parece colocada en la altura para servir de faro á los artistas españoles de su época, sabia fórmula de un nuevo arte verdaderamente nacional. Si á la gallarda opulencia de Covarrubias preferís el gusto greco-romano, y con él la noble sobriedad de Villalpando ó la austeridad de Herrera, no bajéis de aquella cumbre sin medir con la vista la soberbia escalera, el majestuoso patio ó la fachada del Mediodía. Descended nuevamente y veréis la catedral convertida á la vez que en templo en escuela donde la esplendidez y el gusto de Arzobispos y Cabildo levantan capillas, portadas y verdaderos edificios en que luce sus distintos matices el neoclasicismo natu-

ralizado (208). Si seguís el curso de las retorcidas calles, subís ó bajáis empujadas cuestras, ó salís de los antes fuertes recintos, en los templos, capillas, monasterios, hospitales, privadas viviendas y puertas monumentales, hallaréis marcados con el sello, ora del arte plateresco, ora del severo greco-romano, los signos de vigorosa actividad de una ciudad floreciente en tiempos

dulces y alegres cuando Dios quería.

Y ¡cuántas de aquellas construcciones no han sido pasto del tiempo, que todo lo devora, de la tea incendiaria, de la desidia funesta, ó lo que es peor, de la especulación despiadada! Lamentemos estas pérdidas, y al paso que admiramos lo que nos resta, no olvidemos á los arquitectos á cuya inspiración y estudio fué debido, no ya sólo á Covarrubias, Villalpando ó Herrera, *di majores*, que también á los Martínez de Castañeda, Luis y Gaspar de Vega, Bartolomé de Bustamante, Hernán González de Lara, Martín López, los dos insignes Vergaras y el ilustre Monegro: toledanos unos por nacimiento y otros por inclinación y todos por el amor y entusiasmo con que hinchieron de monumentos la gran roca carpetana ó sus inmediaciones.

Pues si al campo de la Escultura nos dirigimos, daremos pasto al buen gusto contemplando obras no superadas dentro del Renacimiento español. Los nombres de Berruguete y de Vigaray acuden aquí naturalmente á los labios. Ambos pueblan la catedral primada de obras maestras; pero la miguelangesca inspiración del uno y la nobilísima factura del otro, vienen á fundirse en aquella admirable sillería del coro, considerada, con justicia, como portento de las artes españolas, y en que parecieron dejar su propia alma y personalidad los dos genios. La labor del hijo de Paredes de Nava es mucho más extensa; y si gustáis contemplar nuevamente la obra que fué para él como el canto del cisne, abandonad el gran templo y salid del recinto amurallado y llegad al lugar donde el bulto sepulcral de Tavera parece dormir al arrullo de las plegarias de los favorecidos por su caridad espléndida.

Otras obras y otros escultores bríndanse también en la ciudad ante el visitante, mostrando bellezas dignas de los más grandes maestros. Los Vergaras ostentan su grandioso estilo en alabastrianas estatuas, exquisitas urnas-relica-

rios y maravillosos atriles; Monegro ofrece bellas efígies de santos, que á Berruguete se atribuyeron, bien que reserva toda la valentía de su cincel para las gigantescas estatuas del Escorial; Gregorio Pardo, sus primorosas tallas; y Olarte y Castañeda y Vázquez, y los Copin y Manzano y Salmerón y cien más diestros escultores é imagineros, estatuas, relieves, grutescos, caprichos mil esparcidos por altares, portadas, tableros de puertas, retablos y sepulcros en que la escultura, como dócil sierva ó compañera complaciente, amoldase á las órdenes de la imperiosa arquitectura. Si embelesados con tanta obra bella, á que se une el prestigio de un nombre en las artes ilustre, al recorrer las calles topáis al exterior ó al interior de más modestos edificios con algún anónimo detalle escultórico cuya historia y procedencia nunca ocupará á los arqueólogos, no lo desdenéis, miradlo como un signo de los tiempos y cual nuevo testimonio de la cultura local, que no priva á los humildes de los arcos que son obligada gala de los poderosos.

Toledo es un vasto museo de pinturas. El amparo y protección que mereció el arte de prelados, eclesiásticos, comunidades y ciudadanos en el siglo XVI, cosa es harto sabida para haber de esforzarme en demostrarla. Juan de Borgaña, con sus espléndidas decoraciones murales; Tiziano, los Bassanos, Morales, Ribalta, Pantoja, Alonso del Arco y otros muchos pintores del siglo XVI, con sus cuadros de caballete, señalan elocuentemente el importante puesto que ocupa Toledo como fuente de conocimiento del gran arte italiano y español. Pero el genio toledano no se avenía bien á que la ciudad sólo pasivamente brillara en materia de pintura, y Toledo, patria de grandes sabios y escritores, fué por naturaleza ó educación de grandes pintores. Allí floreció aquel misterioso Daniel Correa, cuyas admirables tablas atribuyera un día la crítica á los grandes pintores de la escuela romana ó florentina; allí, Francisco de Comontes, que pobló con sus cuadros el templo primado; y de allí salió Juan de Villoldo para testimoniar en Madrid la sobriedad y el gusto de sus pinceles. Toledano fué Tomás Pelegret, artista acreditado, gran dibujante y perspectivista, principal propagador en Aragón de las máximas del estilo italiano; toledano Luis de Carvajal, el pintor titular de Felipe II, de cuya maestría hay ejemplares en El Escorial y en Toledo; tole-

danos Luis de Velasco y su hijo Cristóbal, que para la catedral reservaron sus más bellas producciones; y toledano aquel célebre Blas de Prado, espíritu romano-florentino incrustado en un temperamento español, á quien envió al Rey de Fez el de España como á pintor el más sobresaliente de estos reinos. Pero al producir tales hombres, la ciudad sólo comenzaba á cumplir su misión histórica en el arte de Zeuxis y Apeles. El fervor por el idealismo italiano había sido excesivo para que no surgiera pronto la protesta, y la protesta vino por donde menos podía esperarse: por un griego, por un cretense italianizado que sienta sus reales en Toledo y se hace toledano, y allí crea una familia, y allí trabaja, y allí funda una escuela, y allí muere, y con el prestigio de sus obras y de las de sus discípulos predilectos, prepara el advenimiento de la escuela española del siglo XVII. Inmensa fué la labor del Greco y grande su trascendencia; así es considerable su importancia dentro del arte nacional. En alguno de vuestros viajes á Toledo, ¿no emprendisteis alguna aprovechada excursión matinal al través de la ciudad con el único objeto de ver Greco? Hacedla si no la hicisteis, sin limitaros á admirar el espléndido *Espolio de Cristo* ó el maravilloso *Entierro del Sr. de Orgaz*; recorred parroquias, conventos y capillas, y contemplad esos apóstoles, y santos, y monjes, y retratos llenos de vida. Ante vuestra vista desfilará todo un mundo de personajes en que podréis comprobar los diversos estilos y matices del maestro; pero si os cautivan los productos de su arte más luminoso, si admiráis en ellos el realismo de la verdad, riqueza y finura de color y de modelado, soltura y franqueza, no paséis de largo junto á otros cuadros suyos, en que, no la locura, la aberración mental ó la preocupación tal vez, los revisió de estilo más desapacible y seco, pues aun en estos hallaréis materia de estudio y chispazos de genio.

Agrupados en torno del maestro aparecen luego los discípulos, y en primera línea Luis Tristán, notable retratista y pintor religioso, preferido como modelo por Velázquez. También Pedro de Orrente, el *Bassano español*, el diestro pintor de paisajes, animales y cabafías, y el italiano Juan Bautista Mayno (210), pintor religioso y retratista, fraile dominico y director de las obras de los reales palacios, y Jorge Manuel Theotocópuli y Loarte, y Pizarro y otros más,

que acreditan la existencia de una escuela toledana de pintura, si modesta y efímera, benemérita del arte patrio.

Paralelamente á este magnífico desenvolvimiento de las tres nobles hermanas, las demás manifestaciones artísticas alcanzan en la ciudad, según es bien sabido, un desarrollo, si acaso igualado, no sobrepujado por ningún otro centro de la Península. Allí el arte de la platería, que ocupó en Toledo lugar eminente; allí la espléndida pintura en vidrio, el rico bordado de imaginería, la brillante decoración de manuscritos, el grabado, la rejería y tantas otras artes que, dejando siempre á salvo su importancia, pueden considerarse secundarias, produjeron, por industria de muy aventajados maestros, preciosos ejemplares que, como modelos, deben proponerse si á reconquistar aspiramos el

puesto que por abolengo y tradición corresponde á nuestro pueblo.

Aquí termino. ¡Dichoso yo si logré dirigir hoy vuestra atención hacia la antigua ciudad regia, metrópoli de Iberia; hacia la que nuestros más grandes escritores no vacilaron en llamar *taller de la discreción, escuela del bien hablar, Ciudad Santa, Roma segunda, Emperatriz de Europa, gloria y corazón de España, fortaleza de toda ella y luz de sus ciudades!*

El anterior trabajo está documentado con 211 notas, alguna reproducción total de documentos que le avaloran grandemente y le dan positiva autoridad.

A este discurso contestó el Sr. Rada y Delgado con otro muy breve, pero en el que se testimonia la competencia del viejo académico, su laboriosidad y su cultura.

Crónica de Granada

La enseñanza oficial.—La Universidad.—Muestras de su vida.—La biblioteca.—La Facultad de Medicina.—Lo que falta en Ciencias.—Las demás facultades.—El Instituto en ruínas.—La Unión Escolar Granadina.

Salvo excepciones contadísimas, las Universidades españolas no son todavía amplio campo de operaciones del cual salgan formados los paladines y apóstoles de la cultura nacional. Acaso por la escasez de sus recursos, por falta de estímulos, por la acción absorbente del poder central, por el ajeo culto á la rutina ó por la apatía que desgraciadamente á todos nos caracteriza, la mayor parte de nuestros centros docentes oficiales se limitan á encauzar á la juventud hacia el estudio, á cultivar en ella la memoria, á agobiarla con la retención y repetición de nombres, fechas y teorías, alejándola de la investigación personal, encerrando y prensando las inteligencias, como pétalos y hojas de flores, entre las hojas de los libros y congelando la savia individual del espíritu bajo la influencia del perenne y soporífero monólogo de la cátedra.

Universidades hay, sin embargo, como las de Oviedo, Valladolid y alguna otra que, al calor de sus peculiares y generosas iniciativas, han fundido el molde de hierro en que la enseñanza oficial está aprisionada, renovando el aire de sus claustros y aulas con el oxígeno de la calle y llevando á todas partes las corrientes

de atracción y de cultura de que se ven privados cuantos en la sociedad viven apartados de las instituciones universitarias.

Lamentable es que el presupuesto más reducido en España sea el de la instrucción pública y que aquí no suplan, como en la América del Norte, esta penuria oficial la munificencia privada; pero es más triste, y á no verlo no se concebiría, que los centros docentes españoles sean considerados como fuentes de ingresos para el Estado.

Desgraciadamente, la Universidad de Granada no tiene, hasta ahora, personalidad ni vida propias. Que no es vivir como petrificado. La costumbre, las Reales órdenes y decretos, los reglamentos más ó menos anodinos ó perturbadores, dan la pauta de la que esta Universidad procura no separarse ni un punto. Ciertamente, fuera del tejer y destejer de las clases diarias, el primer centro docente de este distrito contribuyó gallardamente á realizar pensamientos tan hermosos como los Centenarios del inmortal Calderón y Fray Luis de Granada, y estuvo dignamente representada en la Exposición Universal de Barcelona; pero estos no fueron sino chispazos

aislados de un fuego oculto por las cenizas que han amontonado los viejos y no removieron los jóvenes.

Actualmente se hallan inscritos, como alumnos oficiales, 129 en la Facultad de Medicina; en Farmacia, 86; en Derecho, 109; en Ciencias, 138, y en Letras, 51. En cuanto á la enseñanza libre, la desproporción entre los matriculados en Derecho y los de las demás Facultades, sea cualquiera la convocatoria, es verdaderamente enorme. Así, por ejemplo, en Junio de 1900, mientras pedían examen 736 aspirantes á abogados, aparecían inscritos, como libres también, 27 de Filosofía, 51 de Ciencias, 74 de Medicina y 95 de Farmacia. Tal resultado se debe ya al gran contingente de juristas que dan las provincias limítrofes, ya á la fama de lenidad que esta Facultad de Derecho, ignoro si con razón ó sin ella, tiene en toda la región andaluza, donde, como en el resto de España, la carrera de Derecho es la que más tuerce y cautiva los ánimos.

La biblioteca general de la Universidad es importante, si bien conviene consignar que la mayor parte de sus libros (unos 25.000 de los 36.000 que la constituyen, según el cálculo más aproximado) son antiguos. La sección de Teología es la principal por su riqueza y abundancia. Guarda 19 incunables de Boecio. Alberto Magno, Brant, Arnaldo de Villanova, Hartman Schedel y otros y cerca de 200 obras manuscritas, raras, curiosas y de mérito evidente. De 1839 á 1847 constaba esta biblioteca de 3.409 volúmenes, que llegaron á 10.000 con los libros procedentes de los colegios y conventos suprimidos, y se aumentaron luego con algunas donaciones particulares y con las escasas adquisiciones hechas ó con el farrago que de vez en cuando arrojó sobre las bibliotecas de las provincias el ministerio de Fomento primeramente y luego el de Instrucción pública. Muchos de estos volúmenes están años y años sin encuadernar, por lo tasadísimo de la consignación para material, puesto que con tres mil y pico de reales es imposible hacer milagros. Hartos ha realizado el jefe, Sr. Cobo León, con poner en orden el laberinto de libros y papeletas que el bibliotecario expulsado del Cuerpo, D. Ramón Gómez de Tejada, tuvo largo tiempo y dejó amontonados y rociados por el suelo.

El local está ya transformado: mucha limpieza, mucha luz, mucho método y...

mucho frío durante los meses que tienen erre. Acaso á esto se deba que en sus departamentos no se vean muchos estudiantes; porque 1.000 lectores al cabo de cada trimestre, son pocos. Bien es cierto que, por el predominio de lo antiguo, la biblioteca de esta Universidad, en la que existen dos interesantísimas colecciones de *Varios*, es más arsenal para el erudito que para quien quiera estar al tanto de lo que se produce en el día ó consultar producciones de carácter enciclopédico. Su base fué la librería de los jesuitas expulsos que por Real cédula de 1769 fué cedida á la Universidad, y su índice lo formaron, á raíz de la expulsión, los celebrados padres Rodríguez Mohedano, honor de nuestras letras.

A la vanguardia de las Facultades de esta Universidad marcha la de Medicina, que goza de justo renombre, no sólo en Andalucía, sino en toda España. Como en los tiempos de la dominación árabe, la escuela médica granadina ha venido á ser una de las más famosas, y no ciertamente por la lenidad de sus profesores. Todos ellos, machacando un día y otro sobre el yunque de una labor tan honrosa y pesada como fructífera, aplicando en las aulas el rigor saludable de la disciplina intelectual y escolar, de que huyen los zánganos de la colmena universitaria, estrechando convenientemente el paso del puente que une entre sí los años de carrera, completando y confirmando en la experimentación las teorías de la cátedra, compenetrándose profesores y alumnos de que el cumplimiento del deber es la base más firme de la enseñanza, introduciendo de continuo, si con escasos recursos, con grandes alientos é iniciativas, mejoras y reformas necesarias en el mejor desarrollo del plan vigente, han convertido en Escuela modelo la que con categoría de segunda clase estableció aquí Bravo Murillo.

Esfuerzos supremos y loables, reverdecidos y acrecentados por el hábito y sumados por la emulación y el tiempo, han dado este resultado próspero. Los estudiantes saben que esta Facultad de Medicina no es puerta abierta á la holgazanería confiada, ni sus tribunales de examen máquinas de hacer médicos y cirujanos en un santiamén. Los catedráticos entienden que importa sacrificar la cantidad á la calidad.

No se ha perdido en Granada, ni fuera de Granada, la memoria de profesos-

res tan ilustres como Creus, Coca, Amado Salazar, Argüeta y Maestre de San Juan. De la Facultad granadina salieron, para darle prezo y abrir á la juventud estudiosa los caminos de la moderna ciencia médica en las demás Universidades del reino, los que en todas figuran á la vanguardia de los claustros: los Olóriz, Chacón y Gómez Ocaña, en Madrid; el higienista Rodríguez Méndez y el cirujano Morales Pérez, en Barcelona; los Rubio, Cañadas, Domenech y González Prats, en Cádiz, y otros.

Sus cátedras, ganadas en buena lid, antes que poltronas de descanso y término de carrera, consideráronlas ellos como el comienzo de sus trabajos y poderoso acicate para sus investigaciones y experimentos científicos.

Asombra y admira cuanto en esta Facultad se ha hecho de tres ó cuatro años acá. Mucho antes que lo ordenase y reglamentase el ministro de Instrucción pública, ya era aquí esencialmente práctica la enseñanza de la Medicina. La de la Anatomía, que da principio á la carrera y constituye su base y fundamento, es notable por el esmero y asiduidad con que sus profesores los Sres. López Peláez y Escribano procuran que el conocimiento de todos los detalles de la organización les entre por los ojos á los alumnos, á quienes, para su mejor ilustración, se facilitan todos los medios posibles, y en la sala de disección completan su estudio sobre el mismo cadáver. Lo propio se hace en Histología; cuéntase con un laboratorio, donde los alumnos trabajan bajo la inspección de un ayudante y dirigidos por el ilustre profesor D. Eduardo García Solá. En la sala de disección se lleva la filiación de los cadáveres, y todas las anomalías que en ellos se observan son anotadas por alumnos y profesores. Para estos trabajos se han adquirido instrumentos de que hasta hace poco carecía la Facultad.

No obstante los pocos recursos disponibles, en la clase de Fisiología abunda la experimentación. Y así en las demás cátedras, en las cuales se distinguen, bajo el beneficentísimo decanato del doctor Gutiérrez y Jiménez, que cuanto es y cuanto vale lo ha puesto al servicio y mejoramiento de esta escuela, los señores Godoy, Pareja, Duarte, Paso, Amor y Rico, Velázquez de Castro, Perales, Roquero, Fernández Osuna y algunos más.

Las Clínicas se han transformado en el escaso tiempo que al frente de la Fa-

cultad lleva el doctor Gutiérrez. Con una antesala se ha completado la sala de operaciones, proveyéndola de cuanto reclaman los adelantos de la ciencia quirúrgica; se ha abierto una policlínica de especialidades, á la cual acuden al año millares de enfermos pobres á recibir asistencia gratuita, que minuciosamente consta en la estadística formada y llevada al día. El actual decano ha empezado su labor reformadora en las Clínicas por hacer desaparecer la antigua solería de ladrillo, que despedía polvo y microbios, sustituyéndola, sin medios oficiales para ello y por virtud y milagro de las economías prudentemente realizadas, con pavimento de mármol blanco; y ahora dedica sus esfuerzos á que las paredes queden como en las enfermerías modelos, perfectamente estucadas, limpias, con plena luz y sana ventilación. Fuente copiosa de conocimientos hallan los alumnos en las operaciones de importancia que á diario llevan á cabo los catedráticos cirujanos Sres. Pareja y Amor. Asisten, además, los alumnos, á los partos y presencian todas las operaciones que los distócicos hacen precisas.

Ricos son los museos de Anatomía normal y patológica de la Facultad, que también posee un buen instrumental que hay que renovar frecuentemente. La verdad es que, dado lo mezquino de la consignación para ello presupuesta, no se comprende que pueda vivir ni funcionar la Escuela, respondiendo cumplidamente á las exigencias de la enseñanza en nuestros tiempos.

La biblioteca de Medicina se ha enriquecido considerablemente este año. Como falta dinero para aumentar sus libros, el decano ha pedido á todos los hijos ilustres de la casa, á los catedráticos de aquí y á los que aquí enseñaron ó aprendieron, sus producciones; y todos han contestado á tal excitación enviando sus obras. Con ellas y con la generosa donación que la viuda del antiguo decano D. Vicente Guarnerio ha hecho de la biblioteca de éste, se ha acrecentado la de la Facultad.

Y no se limitan maestros y discípulos meramente á los trabajos de las aulas, clínicas y laboratorios; que unos y otros tienen su representación en la prensa periódica. Durante el curso, los alumnos redactan y publican, dos veces al mes, un *Boletín Médico Escolar*, revista de que es actualmente director el joven D. Antonio A. de Cienfuegos. Estudios sobre diversas materias médicas, notas y ob-

servaciones hechas en el anfiteatro y en las clínicas por los estudiantes mismos, comentarios y aplicación de teorías y procedimientos descubiertos ó explicados en el extranjero, extractos de publicaciones médicas importantes, y una revista de Terapéutica, vienen á formar el boletín quincenal de los alumnos de Medicina de Granada.

Los catedráticos, por su parte, hace años vienen dando á la estampa la *Gaceta Médica de Granada*, notable revista quincenal también, que fundaron los doctores Pareja, Granizo, Fernández Osuna, Pelegrina, Aguila Castro, Ruiz Morón y Yébenes. Hoy la escriben el profesor de la Facultad D. Pedro López Peláez y los médicos de la Beneficencia municipal Sres. Ortega y Prieto Martínez, quienes cuentan con excelente y nutrida colaboración.

La Academia de Medicina que aquí existe, constituida por casi todo el profesorado de la Facultad y por varios distinguidos médicos particulares, tres farmacéuticos y un veterinario, ha celebrado la sesión inaugural de sus trabajos en el presente curso con un discurso del docto catedrático D. Diego Godoy y con la solemne recepción del electo numerario doctor D. José Roquero, quien eligió para su oración académica un tema de tanta importancia y actualidad como «Las influencias de los estados mentales en el organismo», que desarrolló con gran maestría y dominio del asunto, mereciendo el honor de ser contestado, en nombre de la Corporación, por el doctor Gutiérrez, en cuyos escritos la ciencia del médico no oscurece la elegancia y brillantez del estilista.

* * *

Cuanto á la Facultad de Ciencias, lúchase aquí con dificultades idénticas á las que entorpecen y restringen la enseñanza experimental en la Escuela de Medicina. No obstante la índole eminentemente práctica de las clases y las recientes disposiciones dadas sobre ello por el ministerio de Instrucción pública, el Estado no ha puesto á estas Facultades en condiciones de desenvolverse y llenar sus objetos y fines propios. Es harto exigua la cantidad consignada en el presupuesto para tales atenciones y muchos y elevados los gastos que impone la dotación y sostenimiento de los gabinetes y laboratorios, de mucho tiempo atrás tan olvidados y deficientes, que los que existen, incompletos y todo, apenas tendrían de tales más que el

nombre á no haber mediado sacrificios loables del profesorado y una distribución prudente de la consignación para adquirir poco á poco, no ya lo que los adelantos de la ciencia en nuestros días reclaman, sino lo absolutamente indispensable para que el alumno no salga de las aulas sin poseer más conocimientos que los puramente teóricos.

No hay en esta Facultad de Ciencias Laboratorio de Física. La biblioteca para las clases de Matemáticas es muy deficiente; contadas son las obras modernas de que se dispone para seguir el movimiento científico. El Laboratorio de Historia Natural carecía de local hasta hace seis ú ocho meses que le fué facilitado y habilitado uno por el rector, cediendo á instancias del claustro y singularmente del catedrático de la asignatura, que ha hecho estudios en el extranjero, y comparando enseñanzas con enseñanzas, es el primero en lamentar la falta de medios para que las clases prácticas sean en España lo que deben ser.

Para atender á los gabinetes de Física, Química, Mineralogía y Zoología, á sus respectivos Laboratorios y Biblioteca y al Jardín Botánico, únicamente dispone esta Facultad de Ciencias de 209 pesetas trimestrales, cantidad mínima aun para acudir á las justas exigencias de una sola sección. Ciertamente que por Real decreto de 4 de Agosto anterior se han reforzado los ingresos en unas 4.000 pesetas, abonadas por los alumnos en concepto de material de prácticas (1); pero son tantos los gastos que esas prácticas establecidas como obligatorias prescriben, y tanto el material científico, que es necesario adquirir, dado el estado de los gabinetes, que este pequeño sacrificio de los alumnos, si algo repara tales deficiencias, no resolverá en largo tiempo el problema. En los últimos cuatro años, la Facultad se ha hecho de una máquina electrostática Bonetti, otra magnetoeléctrica Grant, un microscopio Seibert y utensilios para las experiencias de los rayos X. Y en este año, con la adquisición de cinco aparatos de todo punto indispensables y la composición de otros inutilizados, queda agotada la consignación. Faltan por ahora como precisos en el gabinete de Física, un-

(1) En el extranjero los alumnos abonan por término medio unos diez francos mensuales para prácticas, y otros diez para fomento y aumento de la biblioteca de la facultad. En España ahora han de abonar al año solamente diez pesetas para prácticas, y aún parece esto excesivo.

aparato de proyección, otro para experiencias Tesla, un banco de óptica, unos polariscopos y un aparato de telegrafía sin hilos.

La esperanza en el mañana para realizar cualquier acto y la apatía idiosincrática de nuestro pueblo, se reflejan en las esferas oficiales, hasta en aquello que no ha de ocasionar gastos ni dispendios imprevistos al Tesoro. Todos sabemos que hay en Santander una estación biológica, pagada por el Estado y encargada de surtir de colecciones á las Facultades ó de completarlas. Pues bien; la de Ciencias de Granada ha pedido de oficio muchas veces, unas directamente y otras por conducto del ministro, una colección de invertebrados marinos, y el ministro y la estación han dado siempre la llamada por respuesta. También se ha solicitado en balde, por dos veces, de la Comisión del Mapa geológico de España una colección de rocas de la Península.

Lamentable es que estén desatendidos estos servicios, cuando de su satisfacción ganaría mucho nuestra cultura; y más lamentable aún que el Estado se empeñe en sostener incompletas é indotadas muchas Facultades de Ciencias, cuando, á falta de recursos para que funcionaran todas perfectamente, sólo deberían quedar en nuestra Península tres que respondiesen á su objeto y que convirtiesen á los alumnos en verdaderos maestros, que, obteniendo el título, pudiesen ponerse al lado de los del extranjero, y no quedasen á la zaga de los estudiantes de allá. Así las cosas, el Estado podría dejar establecidas estas tres Facultades, fijando una en el Norte, otra en el Centro y otra en el Sur. Y no que actualmente, por atender á todo, está todo mal servido é incompleto.

La Universidad granadina en las demás Facultades, apenas ofrece novedad que las caracterice. Sus actos están vaciados en el molde oficial, y no lo han rebasado todavía. Hoy nada se hace aquí sobre la ciencia del Derecho, aunque la carrera jurídica es en Granada, como en toda España, la que tiene más adeptos y da mayor contingente. ¿Es que los estudiantes desearían profundizar en estos estudios y ampliarlos, y sólo buscan un título facultativo cotizabile en los puestos burocráticos? ¿Débese la inercia de los juristas á su congénita indolencia ó á la falta de estímulo? Ni profesores ni alumnos han hecho nada desde que des-

apareció la Academia de Jurisprudencia aquí fundada. Huérfano de representación hubiera estado también el Derecho en la prensa local sin los plausibles esfuerzos y concurso meritísimo del distinguido notario D. Nicolás López Marín, el cual, del año 80 al 87, estuvo publicando una revista titulada *La Opinión Jurídica*. Después, muerta *La Revista Jurídica*, que otro notario y escritor granadino, D. Elías Pelayo, fundó con mejor deseo que éxito, nadie, fuera de artículos sueltos en diarios políticos ó independientes, se ha consagrado al estudio del Derecho en publicaciones periódicas hasta el año actual, en que, con el título de *La Tribuna Forense* y como órgano de los Colegios de Abogados, Procuradores y Escribanos de la provincia, ve la luz en Granada tres veces al mes una revista de Tribunales y Administración, al frente de la cual se hallan los letrados D. Gonzalo Mata, D. Antonio Guglieri y D. Fermín Camacho.

En esta rama de estudios sería injusto olvidar al Sacro Monte, donde en 1896 se instauró la Facultad de Derecho, con validez académica para los efectos oficiales. La importancia del Colegio Dionisiano y su influencia en la vida intelectual de Granada, le hacen acreedor á mención especial, si bien el poco espacio que resta me impide escribir hoy de aquel centro y del Real Colegio de San Bartolomé y Santiago.

El Instituto de Granada es como los demás de España en cuanto á su enseñanza, organización y desenvolvimiento; mas no en cuanto al local que ocupa, impropio de un centro docente y peligroso para la vida de los alumnos. Tal y tan deplorable es el estado del edificio, en que el Instituto provincial se halla alojado desde 1875. Caserón viejo y destartado, de todo tiene aspecto menos de lugar destinado á la instrucción de nuestra juventud. ¡Cosas de nuestro país! Veinticinco años ha se vienen haciendo gestiones cerca de los poderes públicos para el arreglo y habilitación de aquella casa incapaz, antihigiénica y ruinosa, y aún no se ha puesto mano en ella. ¡Acordarán á repararla cuando esté en tierra? La parte mejor del edificio es la vieja, la que da á la calle, la en que están la dirección, el salón de actos, la sala de profesores y la secretaria. Lo nuevo, lo destinado á clases, es detestable y amenaza caerse de un día á otro. Los tejados carecen de aleros, y cuando

llueve, el agua se filtra por los muros, se derrama á lo largo de las paredes y penetra en las habitaciones. Las cabeceras de las vigas están podridas, y el piso segundo inhabitable. Aulas hay, como las números 2 y 5, que son un peligro inminente. El local fué denunciado por el arquitecto municipal en 1894, sin que de entonces acá el mal haya sido remediado. Al comenzar el actual curso y encargarse de la dirección del Instituto el catedrático de Retórica D. Manuel Gutiérrez, éste llamó la atención del rector de la Universidad sobre el pésimo estado del local; mas como todo permanecía *in statu quo*, ha habido necesidad de trasladar á otras aulas las clases de Agricultura, Historia y Latin, y suspender los ejercicios de Gimnasia, de un lado por temerse la próxima ruina, y de otro por idéntica razón y no haber locales disponibles. Precisa verlo para creerlo. Todo el piso alto está apuntalado, y el edificio entero no reúne condición alguna, ni es decoroso, para la enseñanza.

¿A qué se aguarda? Pues qué, ¿no pueden trasladarse al famoso Colegio de Santiago, del que he de ocuparme otro día, y donde están los gabinetes del Instituto, las clases del segundo centro docente oficial de este distrito? Lo que falta es resolución. La justicia de lo que se pide está reforzada con precedentes, que en nuestro país se invocan para todo menos para aquello que es razonable y no admite demora. Recuérdase que antes de la Revolución, siendo director el canónigo D. José Moreno González, y en tiempo de la Revolución, con el Sr. García Álvarez, el Instituto vivió y funcionó dentro del mismo Colegio, que, dicho sea de paso, tan necesitado está de reforma en armonía con las constituciones y fines de su fundación.

La biblioteca consta de unos cinco mil volúmenes, y se encuentra cerrada al público desde 1892, en que la Dirección general hubo de suprimirla. No obstante, todos los años se hacen adquisiciones de libros, conforme á la elasticidad del presupuesto.

El número de alumnos matriculados oscila entre 700 y 800, incluyendo en él los de enseñanza oficial y los de libre. Las inscripciones de los 17 Colegios incorporados suman 1.630.

En el mismo Instituto se inauguró en 1.º de Octubre, subvencionada por la Diputación provincial y explicada por el conocido arabista D. Antonio Almagro y Cárdenas, una enseñanza especial de idiomas orientales. Importantes y utili-

simas son estas clases de lengua hebrea y árabe vulgar, la una como complemento de la Facultad de Filosofía y Letras, y la otra en concepto de asignatura libre y de aplicación á las carreras consular, diplomática, de interpretación de lenguas y de comercio. Y para esta última enseñanza ningún punto mejor que Granada, por su tradición y por su proximidad á Marruecos.

* * *

La creación de *La Unión Escolar* en Granada me proporciona un asunto simpático para cerrar esta deslabazada crónica.

El ejemplo de asociación dado por los estudiantes de París, y señaladamente por los de Madrid, ha movido á la juventud universitaria de este distrito á juntarse en una común aspiración, con un mismo fin y con medios iguales para todos. La generosa y entusiasta cooperación de los escolares á la campaña iniciada en Francia en favor de los boers, y á la propaganda del doctor Moliner para crear sanatorios populares destinados á los tísicos pobres, fué causa ocasional de que los alumnos de todas las Facultades pensasen en aunar los esfuerzos parciales en interés y prestancia de la clase, fuera del estrecho molde académico, á prueba de nobles iniciativas y lejos de pequeñeces é infundados antagonismos de Facultad á Facultad. Y á ello ha respondido la reciente constitución de *La Unión Escolar* en Granada.

Aspira la juventud asociada á extender fuera de los límites de la Universidad la enseñanza, generalizándola de modo que, constantemente y á guisa de recreo, los estudiantes adquieran la amplia cultura necesaria para la vida moderna; á tener un hogar propio en que trabajar y deliberar libremente; á co-honestar el fin científico y el fin moral en sus aspiraciones y en sus actos; á dar conferencias y organizar excursiones científicas, artísticas y literarias y fundar cátedras libres de estudios superiores; á establecer entre los escolares el mutuo auxilio, facilitándoles por la cooperación cuantos medios de vida necesiten; á instituir para los socios que por sus condiciones lo merezcan premios, que podrán ser libros útiles á la carrera de cada cual ó cantidades en metálico; y, en fin, á asegurar las corrientes de atracción, solidaridad y entusiasmo que, manteniendo unidos á todos en apretado haz, traduzcan en ac-

tos y leyes los sanos y legítimos deseos y las justas reclamaciones de una de las clases sociales más respetable.

Así lo comprendían y declaraban el presidente y el secretario de *La Unión* en su sesión inaugural, y á proseguir por tales sendas, han sido alentados los estudiantes por el Rector de la Universidad y por el catedrático de Derecho Sr. Torres Campos, cuyo discurso fué el clou de la inauguración, al hacer la historia de las asociaciones escolares, estudiar sus propósitos y exponer el programa á que deben las españolas ajustarse.

Fijóse el ilustrado profesor de Derecho internacional en el origen de las asociaciones en Bolonia, en la época del Renacimiento; analizó su organización y funcionamiento en Alemania, Suecia, Inglaterra, Estados Unidos y Francia, poniendo de relieve la trascendencia de sus actos dentro de la vida intelectual y social de estos pueblos; y determinó cuál debe ser el programa de tales asociaciones, sintetizándolo en estos tres fines: propagar los grandes ideales de la humanidad y de la patria; contribuir al desenvolvimiento de la cultura nacional "dedicarse á la defensa de los intereses legítimos de la clase. Como ideal de la humanidad, señaló el Sr. Torres Campos la propagación del arbitraje para la resolución de los conflictos que entre los Estados surjan; como ideal de la patria, establecer relaciones con los estudiantes hispano-americanos; y, para contribuir al desarrollo de la cultura granadina, las conferencias de vulgarización y las conversaciones científicas, debiendo prescindir de discusiones vanas que á nada práctico ni útil conducen.

«Entre las campañas—decía—que podéis hacer en defensa de vuestros intereses, está la encaminada á restaurar los antiguos colegios universitarios, establecidos para dar medios de seguir sus carreras á los estudiantes buenos y pobres, emulando así lo hecho en la Universidad de Salamanca, en la que se conceden becas á los alumnos para

que continúen sus estudios, permanezcan en Madrid durante el período del doctorado y amplíen sus conocimientos en el extranjero. Por excepción se conserva en Granada el Colegio de San Bartolomé y Santiago, transformado en Real Colegio, el cual, con la vigente organización, no realiza el fin que sus fundadores se propusieron. Los cuantiosos bienes del *Colegio Catalino*, del que sólo el nombre de una calle guarda recuerdo, pasaron á poder del Estado, que cumple méquinamente el deber que le está impuesto de dar pensiones á los buenos estudiantes necesitados.»

Concluyó su discurso el Sr. Torres Campos repitiendo unas palabras de Mr. Liard sobre las asociaciones escolares:

«No es posible que los jóvenes que se reúnen y viven juntos con el alma y el corazón abiertos, como es propio de los veinte años, no acaben por ver todo lo que hay de muerto y gastado en las fórmulas que separaron á sus padres y que los separan también á ellos; ni comprendan que por encima de los egoísmos de los partidos, de las escuelas y de las iglesias, hay otras fórmulas bastante amplias y comprensivas para unir á todos los espíritus y todas las voluntades en un común amor á la verdad y á la patria.»

El breve discurso del Sr. García Solá fué mera glosa de lo dicho por su compañero el Rector de la Universidad de Salamanca en el discurso de apertura de este año.

A la inauguración de *La Unión Escolar* han estado presentes los decanos y casi todos los catedráticos de la Universidad granadina, que desde luego son por virtud del reglamento presidentes natos de la nueva asociación.

¡Ojalá realice ésta los fines que se propone, poniendo coto á la manía oratoria, que hace de la verborrea insustancial enfermedad característica de los tiempos que corremos! ¡Ojalá sus trabajos sean en honor de esta Universidad y en provecho de sus estudiantes!

RODOLFO GIL.





Revista de Revistas

SUMARIO.—El Conde León Tolstoy.—Los sindicatos industriales: un artículo alemán y un libro italiano.—La Alkestis de Eurípides.—Sobre el lenguaje y origen del pueblo vasco.—La combustión sin humo.—Aplicaciones mecánicas del aire comprimido.—Piedra artificial para construcciones.—Ferrocarriles norteamericanos.—Nuevo fonógrafo.—Aplicaciones de la pasta de papel.—La locomoción moderna.—Manchas solares.—El socialismo en la cultura moderna.—Posibilidad de la propiedad literaria internacional.—El problema de la habitación.—El Papa y su poder temporal.—¿Acaparará el nuevo mundo al viejo?—El destino de la educación moderna.

REDACCION—*Revistas científicas en general*, Vicente Vera.—*Revistas médicas*, Dr. Malo.—*Revistas alemanas*, Gabriel Maura y Gamazo.—*Revistas inglesas*, Clodomiro M. Aldama, Severino Aznar y Felipe Bareño.—*Revistas francesas*, Felipe Bareño, Víctor Esplínos, José Rocamora y Enrique Tomasich.—*Revistas italianas*, Enrique Tomasich.—*Revistas rusas*, Ernesto Bark.—*Revistas escandinavas*, Felipe Bareño.—*Revistas polacas*, Ernesto Bark.—*Revistas neerlandesas*, Felipe Bareño.—*Revistas portuguesas*, Félix de Montemar.—*Revistas griegas*, Felipe Bareño.—*Revistas japonesas*, Sr. Casares.—*Revistas españolas*, Tomás Carretero.

EL CONDE LEON TOLSTOY

Otra vez está de moda el gran novelista ruso. Tres acontecimientos á cual más ruidosos han hecho de él nota de actualidad para el mundo entero.

Son éstos su excomunión por el Santo Sinodo, su intervención en los últimos motines estudiantiles y su promesa solemne de publicar en breve una nueva novela que condense sus teorías sociales.

Los tres se prestan á múltiples y variadísimos comentarios.

Su excomunión parece lógica. Antes había él excomulgado á la Iglesia que ahora le anatematiza; pero esta excomunión aumenta su popularidad, y centenares de estudiantes llaman á las puertas de las catedrales rusas, pidiendo á gritos ser excomulgados con el viejo maestro, lo que prueba que los levantiscos estudiantes moscovitas allá se andan en religiosisimo y en fe con el gran novelista.

Su intervención en los últimos desórdenes del Imperio puede pasar, es de hecho, una abdicación del severo apóstol ruso.

Tolstoy dice: Todo Gobierno es esencialmente inmoral. Se funda sobre la fuerza, y la fuerza no produce más que despotas y esclavos. El mayor enemigo del ciudadano es la autoridad, su Gobierno.

Pues al Gobierno pide ahora reformas, con lo cual parece reconocer en él posibilidad, capacidad para el bien. Pide, y pedir al enemigo es transigir con él.

Pide en su famosa carta, al Zar, amplias reformas de libertad para el campesino ruso, la abolición de la ley marcial, la libertad de enseñanza y la libertad de cultos, reformas liberales, en una palabra, y sabido es que Tolstoy ha sido y continúa siendo tan enemigo del liberalismo ruso como de todo Gobierno. Hay quizá en esto alguna contradicción.

En cuanto á la novela anunciada, de esperar es que sea excelente y produzca

preciso seguir para llegar á la abolición de la guerra. Maldecirla en la conciencia y obrar conforme á ésta sin las opresoras represiones de la ley de los tiranos.

Los Gobiernos no pueden llegar á este resultado. No limitarán sus armamentos porque no tienen confianza los unos en los otros. Si la tuvieran, no necesitarían ejército ninguno.

Si para decidir sus contiendas no es preciso un millón de hombres, ¿por qué será necesario medio millón ó un cuarto de millón? Y si pueden comprometerse en igualar sus fuerzas y fijarlas en un cuarto de millón, ¿por qué no fijarlas en diez hombres ó en uno solo?

Si las naciones adoptan la guerra para derimir sus contiendas, es porque la guerra es la *última ratio*. Si las fuerzas se limitan, ya no es *última ratio*, pues la nación vencida puede emplear aún otro argumento, la fuerza de otro ejército mayor, y claro está que no está obligada á guardar la fe jurada desde el momento en que su enemigo no la guarda.

—Se me dirá—añade Tolstoy—que las naciones se han concertado en muchas cosas para humanizar la guerra, pero esos convenios no se cumplen. Además, jamás se han convenido en limitar su habilidad y poder para hacer la guerra. Hay otra razón para que los Gobiernos no limiten sus armamentos. No sólo desconfían los unos de los otros, sino que desconfían de sus gobernados, que también aman y buscan la mayor independencia. Esa desconfianza es esencial al Gobierno, y con ella no puede traer la paz. En cambio, si todos los hombres tuvieran por guía la conciencia y confiaran los unos en los otros, entonces no habríaguerras ni Gobiernos tampoco.

—Está bien; supongamos que no pueden los Gobiernos evitar las guerras—replicaba Mr. Long,—pero pueden hacerlas menos terribles.

—Es un dolo y una hipocresía de parte de los que tienen interés en que las guerras continúen. Los Gobiernos prohíben las balas explosivas y la matanza de mujeres y niños, no tanto porque sean crueles cuanto porque no responden á sus fines.

No deseo, por tanto, que la conferencia tenga éxito ni lo espero tampoco. Sería un mal porque contrariaría á los hombres de buena voluntad, sugiriéndoles el buscarla por donde jamás la encontrarán.

El día que cada hombre se convenza de que la guerra es un enorme asesina-

to, ni habrá guerra ni ejército que la haga.

—Pero no es de esperar que todas las naciones se conviertan de una vez—replicó Mr. Long.—Ahora, supongamos que una nación aún no convertida á la nueva fe quiere arrebatarse la vida y la felicidad de la nación convertida. ¿No se verá ésta obligada á hacer de nuevo la guerra?

—No; porque sabría que la conciencia y el cristianismo prohíben asesinar, pero no sacrificar las propias vidas por no ser asesinos.

Mr. Long le habló también de un libro que acababa de publicar un célebre autor ruso. En este libro se condenaba la guerra, no por ser inmoral, sino por anti-económica; no por ser un asesinato, sino por ser un mal negocio.

—Creía yo—dice el articulista—que Tolstoy condenaría el punto de vista del autor del libro por inmoral, y mi sorpresa fué grande cuando le oí decir:

—Es un libro interesante y de gran valor: si todos lo leyeran, el libro realizaría una gran empresa.

Esta fué la primera revelación que tuve del dualismo de Tolstoy. Hay en él dos hombres: uno técnico, inflexible, intransigente, siempre con el anatema en el labio y la indignación relampagueando en los ojos. Otro, práctico, que acepta los medios que conducen á los fines que él persigue, aunque caigan dentro de sus condenaciones, aunque tiendan á perpetuar los males que él lamenta y aborrece.

QUÉ HARÍA TOLSTOY

A Mr. Long no pasó inadvertido el afán sentido en Rusia por una Constitución. Las clases ilustradas no oficiales ponen su ilusión en esas reformas, y deseaba conocer lo que sobre ellas pensaban los obreros, y, sobre todo, los campesinos rusos que aún hoy forman allí abrumadora mayoría.

Las opiniones de Tolstoy en este punto son interesantes, propias de la elevación é independencia de su entendimiento y bien distintas de las de Kropotkine, con quien tantos puntos de contacto tiene en otras materias. Helas aquí, en resumen:

—Esas clases piden, en efecto, reformas liberales, pero el error está en entender por tales reformas un Parlamento, una Constitución, libertad de imprenta, garantías constitucionales; en

una palabra, las reformas ya adoptadas en las demás naciones de Europa.

¿Pero es que esas instituciones han hecho tan felices á las naciones que las tienen? Se cree que son el modelo arquetipo, al que todos los pueblos deben amoldarse, y no hay tal. Si Rusia pide reformas, pide ó debe pedir las reformas que convengan á Rusia, no las que convengan ó crea convenir á otras naciones. Pensar otra cosa es ir contra el sentido común.

La política y la legislación rusas son malas; por eso es mejor lo del resto de Europa: ambas son anticristianas.

Cada pueblo tiene su espíritu social propio, característico, y aplicarle reformas de otro pueblo, es lo mismo que echar á la religión de Cristo un remiendo con el manto de Confucio. El ruso nada tiene que ver con las garantías de la ley. La ley no existe para él, la mira como algo extraño que pone trabas al desenvolvimiento de su vida interna. Claro es que se somete á ella, pero no la admite como guía: su guía es la conciencia. No es la sumisión de la ley, sino el desprecio de la misma lo que hace al campesino tan dócil, tan pacífico y paciente.

Cuando digo que los rusos tienen como guía á la conciencia, no quiero decir que en Rusia no haya crímenes y miserias morales como en Europa. Digo que en ellos hace la conciencia lo que la ley entre los europeos, y así como la ley no libra á éstos de crímenes, tampoco á los rusos la conciencia, que puede ser extraviada por ignorancia ó por error. Por esto el campesino ruso no siente nunca ni desprecio ni odio por el criminal. Sabe él que la ignorancia ó la pasión lo han arrastrado, y eso infunde lástima, no odio.

Hay algunas diferencias importantes entre los rusos y los europeos. Aquéllos son más cristianos; durante siglos y siglos no han tenido más guía que las enseñanzas de Cristo. Estas enseñanzas han fortalecido la conciencia, — jéga ésta el papel que en los Estados de Europa desempeñan las consideraciones de conveniencia material y los formalismos de la ley.

¿Puede Rusia producir una civilización más elevada que la del Oeste? Es difícil contestar á esta pregunta, sobre todo si por civilización se entiende la civilización occidental; pero si la produce, no la hará, seguramente, con esa panacea del liberalismo de las naciones del continente.



Tolstoy y su esposa.

Si han fracasado en éstas y no han hecho á los pueblos ni más morales ni más felices, ¿por qué esperar que en Rusia dieran mejores resultados? La gran reforma consistirá en fortalecer más y más la conciencia individual y el sentido moral en todos.

Veo que el liberalismo y el socialismo comienzan á ser los idolillos de una gran parte de la juventud, y esto es un mal. El socialismo no es mucho mejor que el despotismo autócrata. Este tiene en la holganza á una clase de la sociedad, aquél tendría á todas.

CONSECUENCIA DE TOLSTOY

Tolstoy tiene ya su leyenda, fuera de Rusia sobre todo. No asombran sus teorías, con ser algunas extremas y peregrinas. Apenas hay disparate que no haya sido enseñado ya por algún hombre; pero pasma su género de vida, que se

cree moldeada en la feroz intransigencia que refleja su novela, en el rígido ascetismo y austeridad primitiva de sus máximas sociológicas.

Tolstoy no es eso. Su vida es una continua transacción con la realidad, una contradicción constante de sus principios.

Odia el matrimonio, y él es un buen casado; condena la propiedad, y cobra por sus libros; aborrece la industria, y simpatiza con el operario industrial; todo Gobierno es para él esencialmente malo, y habla, sin embargo, de Gobiernos buenos y de Gobiernos malos; no quiere pagar impuestos, pero permite que los paguen por él; maldice la ciudad, y vive seis meses en Moscow; predica la vida de los campos, pero en ellos está, en el buen tiempo, poco más que muchos terratenientes madrileños; cree que la guerra es un enorme asesinato, pero si se le pregunta dice de quién está el derecho, alegrándose de sus victorias; su gran máxima es *no es lícito resistir al malvado*, pero en los últimos motines, resueltamente se ha puesto él de parte de los que resistían, de los estudiantes y obreros amotinados, y constantemente sirve de intermediario entre los agentes del fisco y los aldeanos que resisten.

Sería interminable el recuento de todas sus contradicciones. Esto deshace el encanto que envuelve la figura venerable de Tolstoy, pero es preciso reconocer que es muy humano.

Mr. Long trata de sincerar a Tolstoy, aunque á decir verdad tiene su defensa mucho de la socarrona ironía que Cervantes y Daudet ponían en las defensas de Don Quijote ó de Tartarin. Dejemos hablar al escritor inglés.

«Tolstoy no vive en suntuoso palacio, pero sí en casa infinitamente mejor que la del noventa y nueve por ciento de sus compatriotas. Su vestido es algo primitivo, pero suficiente, lo que no puede decirse del de la mayoría de los aldeanos rusos. Su comida es frugal, pero mejor y más regular de lo acostumbrado en los campos. El café no es artículo de primera necesidad, ni la bicicleta ni el caballo, y yo he visto al conde saborear su café después de comer y hacer sus excursioneillas á caballo ó en bicicleta por los arrabales de Moscow, y esto sin turbaciones ni remordimientos de conciencia. Tolstoy conserva aún sus convicciones, pero pasaron ya sus primeros ardimientos de reformador.

Sabe él muy bien que el consejo evangélico *dejado todo y seguidme*, es un gran

consejo, pero se ha convencido también de que no es practicable ó de que, si lo es, no por eso es lo mejor, lo más útil.»

Mr. Long lo dice en otro pasaje: «Tolstoy haciendo esos sacrificios que sus doctrinas le exigen, se salvaría, salvaría su alma, pero ¿tendría tantas facilidades, tantas fuerzas y aun tanta vida para salvar á los demás? Tolstoy cree que no, y en esta cruel alternativa en que la realidad lo coloca, Tolstoy se sacrifica, sacrifica su salvación á la de los demás. Si vive bien y mora en palacios y toma nutritiva alimentación y hace traición á sus ideas, no lo hace como tributo rendido á las flaquezas de la humana naturaleza, no, sino por tener así más fuerzas para convertir á los demás, para que los otros se entusiasmen con la pobreza, con el alimento ruin y el trabajo rudo.»

El buen conde no es, pues, egoísta; sacrifica su propia perfección para mejor conseguir la de los otros. El lujo ¡qué horror!, el matrimonio, la propiedad ¡raíz maldita de las guerras y de los odios!, eso es cierto; pero ¡qué demonio! París bien vale una misa y el tener una familia amante y solícita, un despacho en palacio propio y fincas donde trabajar cuando se tiene gana, bien vale también una misa, ó lo que es lo mismo, mandar á paseo impertinentes convicciones. Su actitud no será lógica: pero entre la utilidad y la lógica, pocas veces triunfa ésta.

Tolstoy pasa el verano en su casa de campo, arando sus tierras y segando y recogiendo sus cosechas; ayuda á los desvalidos, intercede por los pobres y da á sus aldeanos sabios consejos, lo mismo para hacer más fecundo su trabajo que para resistir mejor á las violencias de la autoridad.

El invierno lo pasa en su palacio de Moscow; no siente la necesidad de barrer la nieve de la acera de su casa, ni de hacer otros menesteres por el estilo. A su evangelio y propagación puede prestar mejores servicios con su pluma, y si su salud exige paseos y distracciones, no es un gran pecado dar un paseo ó hacer una excursión en bicicleta, aunque estas cosas sean inaccesibles á la mayoría de la raza humana.

TOLSTOY Y LA LITERATURA

Ese dualismo que Mr. Long hace notar en Tolstoy, en la esfera de la política y de la religión, es constante en él y

extensivo á todos los órdenes del pensamiento. En estética, por ejemplo, surgen en él al momento los dos hombres de siempre: el profeta inexorable y el hombre práctico, flexible á todas las sinuosidades y transigencias de la realidad.

En su libro *Qué es el arte*, Tolstoy echa por tierra todos los principios de estética hasta ahora conocidos. Su estética es tan especial, que á través de ella apenas se ve una obra literaria aceptable. Pero cuando abandona los principios que le inspiran las tiesuras y rigideces de su inteligencia, y desciende á los hechos y las obras, y las juzga. Tolstoy ya no es tan fiero: algo conserva de su originalidad; pero su estética ya no disuena al lado de la estética de los demás.

Mr. Long quiso saber su opinión sobre la literatura inglesa: Tolstoy la conocía.

Principió á hacerme preguntas sobre los actuales novelistas, con algunos de los que está muy familiarizado. De los menos populares — quizá más serios escritores, no parece saber mucho. Por Ruskin siente una admiración inmensa: estaba traduciendo las máximas de uno de sus libros, y me pedía que le enviara otro ejemplar. Pero de la literatura inglesa, tanto antigua como moderna, tiene muy noble opinión. Es muy realista, sí; pero sin base filosófica: en ella los principios entran por poco; lo predominante es la intriga, la aventura, lo accidental.

«Nuestra literatura—continuaba—es nueva y sin pretensiones comparada con la vuestra. No hemos producido grandes sistemas filosóficos como los alemanes; no tenemos ningún Kant, ningún Hegel, ningún Schopenhauer. Nuestros mejores escritores son novelistas, y apenas media docena han pasado las fronteras. Pues á pesar de eso, la tendencia de nuestra literatura es filosófica; en los argumentos de sus libros palpita de ordinario un gran problema; las grandes cuestiones de la vida mueven principalmente sus plumas.

«En general, nuestra literatura es científica, mientras la inglesa es anecdótica.

«Inglaterra ha sido fecunda en escritores; entre ellos hay observadores maravillosos, humoristas admirables; pero en ellos se nota una tendencia general á lo accidental é insignificante, á la intriga, á lo que sólo tiene un interés limitado, temporal, en vez de tratar de esas grandes cuestiones que son patrimonio de todas las naciones y de todos los tiem-

pos. En esto son deficientes. Nuestra literatura será menos interesante; pero es más densa y más sólida.»

Considera á Dickens como el mejor de los novelistas rusos. Nadie le ha ganado en humorismo y sinceridad. Á Trollope lo encuentra excelente, y Tackerau no le entusiasma. Los tres, sin embargo, tienen el mismo defecto: tienen poca médula; los problemas que tocan son insignificantes.

Conoce perfectamente la literatura inglesa del siglo XVIII. Para cada escritor tenía una frase, y al que admiraba sobre todos era á Sterne.

«Hace ya muchos años leía los escritos de Sterne con verdadera delectación. El ha ejercido sobre mí una influencia inmensa, inmensa.»

Las primicias literarias de Tolstoy fueron un tratado filosófico, imitación de Sterne. Tenía entonces dieciséis años.

De la literatura pasaron los interlocutores á la filosofía. Berkeley es quien goza de las preferencias de Tolstoy. ¡Oh! Berkeley, el gran idealista; sus escritos tienen un valor moral inmenso. De Gibbon habla con indignación. Su actitud con el cristianismo es injusta é injuriosa.

El drama inglés y la poesía lírica le entusiasman poco. De Shakespeare habla con extraña frialdad. «No puedo comprender dónde están sus grandes méritos. No veo en sus obras—dice—ni proporción, ni moderación, dos principios de los que no puede prescindir el arte.» En cuanto á Milton, admira sus escritos políticos; pero no ve las bellezas del *Paraíso Perdido*.

Tolstoy lee mucho de lo que en Inglaterra se produce; la mayor parte de los autores le envía sus libros. El viejo maestro no los juzga muy benévolutamente. La popularidad de Mr. Kipling, por ejemplo, parecele incomprensible; algunos de sus libros son disparatados y abominables, según Tolstoy.

En cuanto á la literatura de su país, conócela perfectamente. Herzen es, según él, el único novelista ruso de su tiempo, cuyos escritos tienen un interés general humano. No se cansa de recomendar su profundidad y sutileza. Turgenieff es para él un escritor culto; pero aparte su gran cultura, no ve en sus novelas gran cosa digna de admiración. Turgenieff se captó sus simpatías y aun su admiración con las vivas y pintorescas descripciones que en sus primeras obras hizo del muzhik, del aldeano ruso; pero la monotonía de argumentos

en sus últimas novelas, y sobre todo el sabor occidental que de ellas trascendía, disgustábale soberanamente. No; Turgenieff y Tolstoy no se juzgaban de la misma manera.

Cuando el primero escribía un libro, esperaba con ansiedad el juicio de Tolstoy, y en el lecho del dolor le escribía llamándolo «el más grande de los escritores rusos» y excitándolo á volver á los lares de la literatura. Tolstoy no; antes que Turgenieff están, según él, Puckin, Gogol y Herzen, y no le van en zaga Lermontoff y Dostovewsky. La influencia de todos éstos en la sociedad rusa es, según él, mucho mayor que la de Turgenieff.

TOLSTOY Y LOS RUSOS

Es raro; pero es cierto: Tolstoy no es popular, ni aun medianamente conocido en su patria.

Las clases oficiales lo temen. Las no oficiales de alguna ilustración lo admiran como artista, y se rien de él como moralista y filósofo. Hasta el aldeano, de quien es panegirista y desinteresado protector, lo mira con desconfianza y recelo. El mismo ha confesado que aun muchos de sus aldeanos lo consideran únicamente como su intercesor en los momentos de peligro. Algunos lo acusan de ateo; otros sospechan que está comprado por el Gobierno para alentar al servicio militar obligatorio. En una palabra; la generalidad de los campesinos, aun en el mismo Moscow, no saben de él más que su nombre y que viste la blusa del aldeano.

Mr. Long se pregunta cuál podrá ser la causa de que Tolstoy sea tan poco conocido en Rusia y tan popular en el extranjero. El cree encontrarla en la poca libertad que la prensa tiene en Rusia lo que ha obligado á Tolstoy á emitir su pensamiento más generalmente en la prensa extranjera, y sobre todo en que el tolstoismo, que para nosotros representa una gran novedad, en Rusia es ya viejo. Tolstoy no es original. Su evangelio, que más que en el cristianismo se funda en el amor al pueblo, había tenido ya antes de Tolstoy muchos mártires y confesores. Turgenieff nos cuenta los entusiasmos que desde mediados del siglo pasado despertó entre los intelectuales de su país la idea de redimir al campesino ruso. Aquel movimiento fracasó, y sus más celosos propagandistas ó se suicidaron ó murieron en la Sibe-

ria. Tolstoy es uno de los que han recogido aquella tradición.

Es extraño—dice—que Tolstoy haya encontrado éxitos allí donde sus predecesores sólo encontraron fracasos, y atribúyelo Mr. Long, á que nuestro héroe ha seguido un procedimiento inverso del de sus predecesores.

«El día que el campesino se levante de la esfera en que vive y se empape de las revolucionarias ideas morales y políticas que nosotros le enseñamos, el pueblo estará dignificado y á salvo. Esto decían los primeros apóstoles del pueblo ruso, pero Tolstoy nada quiere con la revolución. No quiere que el campesino cambie, sino que al contrario, sea tipo y modelo de todas las demás clases de la sociedad. La cultura nada tiene que ver con la moralidad, y lejos de erigirse él ó permitir que otros se erijan en maestros del Muzhik, quiere él que todos y él también aprendan en la gran escuela del campesino.

Tolstoy encuentra en el pueblo, no solo al moralista, sino la perenne fuente de inspiración para el artista. Como la vida del pueblo es la vida ejemplar, lo mejor de las vidas, así el arte que el pueblo crea ó que es creado por los estudiosos é imitadores del pueblo, es el arte más serio, el único verdadero arte.

Mr. Long se extiende en reflexiones sobre este nuevo aspecto de Tolstoy. Las omito porque su estética es ya muy conocida, y la influencia que en ella asigna al pueblo, ha dado ya lugar á muchos comentarios.

El distinguido escritor inglés termina su estudio sobre Tolstoy con el siguiente párrafo con que pongo fin á este artículo:

«Si Tolstoy no es una gran influencia en Rusia, ¿no representa al menos ideas rusas, un estado mental de su país? Es de notar ante todo que, su filosofía, aunque con más prosélitos en Rusia, que en parte alguna, no es característica de Rusia, es una filosofía humana y mucho más comprensible que su arte. Sin embargo, sería una injusticia no reconocerlo como un representante de la vida rusa. Tolstoy no ha hecho una secta rusa, pero las sectas rusas han hecho á Tolstoy; en su patria, no es un maestro, es un discípulo. Solo en el extranjero pasa por apóstol revolucionario de nuevas ideas morales.

«El lazo que le une á sus compatriotas es la religión práctica que sigue una gran parte de los sectarios rusos,

los dukhobortsi, los molokani, stundistas y vagabundos. Ahora bien, la fuerza que arrastra á esas multitudes dentro de esa corriente religiosa, ¿es el espíritu de raza, ó el bajo nivel de su cultura? Ambas opiniones se estrellan en la realidad. Porque, si el aldeano ruso es la sal de la tierra por su historia y por su raza, ¿qué diremos del que tenga otra historia y otra raza? Y si es el hombre mejor, porque hace una vida sencilla y primitiva, ¿qué se ha de pensar de su porvenir: del porvenir de razas más avanzadas? Tolstoy no es un soñador y sabe bien que esta máquina de la falsa civilización no se para, no puede pararse. Ante preguntas tan difíciles no se desconcierta. Las consecuencias—dice—no importan, como no importaban al predicador de ascetismo de *La sonata de Kreuzer*. Dejad que cada uno se inspire en su conciencia. Lo demás, puede perecer. »

S. AZNAR.

EL ESTADO Y LOS SINDICATOS

Con este título publica la interesante revista alemana *Nord und Süd*, en su número de Abril, un artículo firmado por Luis Fuld, de Maguncia, que casi integramente transcribiremos, porque los problemas que en él se dilucidan, serán muy pronto discutidos en nuestras Cortes, con ocasión del proyecto de ley sobre las confabulaciones para alterar el precio de las cosas, que está elaborando la Junta de Reformas Sociales.

El *Cartell*, *trust* ó sindicato moderno tiene precedentes históricos, pero su naturaleza actual es consecuencia de las mutaciones que en la producción de la riqueza introdujeron sucesivamente los inventos del siglo pasado. Acrecentábanse los riesgos al par que se disminuían los centros productores y se facilitaba la asociación; así espolcados los empresarios de todas clases, buscaban y hallaban en el Sindicato una garantía de la prosperidad común en épocas de bonanza, un arma defensiva en tiempos de crisis y un regulador en todo caso. Caracterízase el *trust* moderno por el simultáneo empleo de tres medios para lograr variedad de mercados y alza constante en los precios de un producto, á saber: uniformidad en los precios, asignación de mercado á cada productor y límites prefijados á la producción.

Las confabulaciones de industriales y

mercaderes para alterar los precios, son tan antiguas, que hay en el *Corpus juris* una Constitución del Emperador Zenón, del año 483, en la que se prohíben con el mayor rigor, castigándose de paso las coacciones de los obreros en huelga sobre los que quieren continuar el trabajo. También en la Edad Media hubieron de corregir frecuentemente las leyes, las maquinaciones que tendían á elevar el precio de los artículos de primera necesidad. Pero sólo con el advenimiento de la grande industria, fué posible formar esas poderosísimas asociaciones que absorben por completo en la entidad común la personalidad de cada cual de los afiliados y que llegan, como la *Oil-Standard-Company*, por ejemplo, á monopolizar la venta en el mundo de una mercancía.

Como la fuerza del Sindicato está en razón directa del número de productores afiliados, el *Cartell* no tiene escrúpulo en perseguir por toda clase de medios á los industriales recalcitrantes, hasta que se rinden ó perecen. Se castiga á los sindicatos que tienen tratos con los que no lo están, se encadenan los *trusts* de primeras materias con los de productos totalmente elaborados, se agotan los procedimientos de *boycottage* y en los choques industriales como en los físicos, la masa menor resulta aniquilada.

En Europa esta lucha de los asociados contra los que no lo están, ha sido menos violenta que en los Estados Unidos, cuna del moderno *trust*, ya porque nuestras legislaciones ponen trabas á los combatientes, ya porque nuestra situación económica es menos idónea para todo intento de monopolio artificial. Pero los Sindicatos se han propagado y multiplicado pasmosamente en todas las naciones, producido exorbitantes alzas en los precios de algunos artículos, el carbón, por ejemplo, y llegado á motivar la preocupación de los Gobiernos, porque el Estado no puede permanecer inactivo ante esa transformación de las fuerzas productoras que, á espaldas suyas, se opera, y que tiende á contrarrestar los azares á la libre concurrencia anejos, con los múltiples arbitrios que facilitan la libertad de asociación y la de contratación.

A principios del 1.900 tratóse la cuestión en el Landtag prusiano, y á fines del mismo año en el Reichstag, porque el sistema de la sindicación arraigó en Alemania como en ningún otro Estado europeo. Aún no se han pronunciado los estadistas ni en pro ni en contra de los

Cartells, pero desde uno y otro bando se disfrazan con teorías los intereses y se pide al Poder legislativo, ora que castigue á los que se sindicán, ora que haga obligatoria la sindicación, ora, en fin, que presencie inmóvil la lucha, mientras ella no traspase los límites legales.

Hav *trusts* que se forman con el exclusivo objeto de acaparar los mercados, cosa muy fácil cuando son raros los núcleos productores, y fijar el precio de oferta á su antojo, que suele medirse por el máximum de resistencia en la masa consumidora. Los efectos económicos de esta clase de asociaciones son siempre perniciosísimos, y cuando el artículo que monopolizan es de primera necesidad, las protestas de las clases poco acomodadas trascienden con daño á la política. Pero sería grave injusticia anatematizar por igual á toda clase de sindicatos, desconociendo la existencia de otros cuyo único propósito es mantener la proporción entre la oferta y el pedido, evitando crisis para todos nocivas y poniendo remedio á esa anarquía de la producción que las doctrinas socialistas señalan como inevitable resultado del actual régimen económico. La organización de una y otra especie de *Cartells* es idéntica y son los actos de cada uno, la sola piedra de toque para distinguirlos, pero en la propia Alemania y en fecha reciente, mientras con imprevisión suicida promovían algunos alzas inverosímiles en los precios de artículos de general consumo, mantenían otros los antiguos precios cuando las condiciones del mercado brindaban facilidades para el acaparamiento. La intervención del Estado habrá de ser distinta en los de esta especie y en los de aquella.

Tres caminos puede seguir el Estado para proteger contra los *trusts* á los consumidores y á los productores no sindicados: el penal, el civil y el administrativo. Los dos primeros se han seguido repetidas veces, sin que los resultados confirmaran las esperanzas.

El Código penal de Napoleón sanciona en el art. 419, con pena bastante severa, esta clase de confabulaciones; importaba al cesarismo napoleónico estorbar en absoluto la formación de Estados dentro del Estado, pero todos los preceptos hijos de las circunstancias caducan cuando éstas desaparecen, y el mencionado artículo no se aplica hoy por ningún Tribunal francés.

Más modernas son las leyes penales promulgadas en la mayor parte de los Estados Unidos para castigar duramen-

te la formación de un *trusts*, la entrada en él ó la presión sobre los que se niegan á afiliarse y hasta la simple propaganda entre ellos. Para estas leyes todos los *trusts* son iguales y su constitución es siempre un delito de *conspiracy*. Las mallas de red tan grande no podían ser muy tupidas y los peces hallaron medio de escapar. Prohibían las leyes las asociaciones de varias personas con determinado propósito; constituyéronse los sindicados en *corporación* y el propósito seguía idéntico, pero la persona era única y la ley inaplicable. Sea ó no imputable á la mala redacción el fracaso de estas leyes, el hecho es que han sido nulos sus efectos, sin olvidar que la prohibición absoluta de sindicarse no es lícita ni desde el punto de vista industrial ni desde el jurídico.

En el terreno civil se ha tratado de combatir al *Cartell*, incluyendo el contrato que le da origen entre los contrarios á las buenas costumbres, prohibidos en todos los países. El Tribunal de Casación francés y el Imperial alemán tienen sentada jurisprudencia de que son nulos los pactos que engendran sindicatos para alterar los precios, pero no aquellos cuyos contratantes aspiran á regular la producción. También será ineficaz todo remedio que en la esfera del Derecho civil se intente. Ni es frecuente que los miembros de un sindicato tengan que acudir á los Tribunales, ni, aunque lo fuera, acudirían después de sentada esa jurisprudencia, pudiendo someter á arbitradores sus cuestiones. Pero en todo caso no tienen los jueces y magistrados competencia profesional para entender en esta clase de conflictos, porque es inadecuado exigir á un Tribunal del fuero común la declaración de si se ajusta ó no á las buenas costumbres el contrato por el cual los miembros del Sindicato del Cobre, por ejemplo, pactan no bajar nunca el precio de determinada cantidad. No es idóneo el juzgador; no lo es tampoco el procedimiento.

Queda un único camino: el administrativo, que acaba de iniciar Austria con un proyecto presentado al Reichrath, que, por acontecimientos políticos bien notorios, no ha llegado á ser ley. Se basa el proyecto en la publicidad de los sindicatos que habrán de inscribirse en un registro oficial, consignando en él los fines que persiguen y los medios con que para lograrlos cuentan. El incumplimiento del precepto está sancionado con severos castigos. Todo acuerdo que

adopte un sindicato, que pueda afectar al precio de un producto, deberá comunicarse á la primera autoridad municipal, á la cual compete aprobarlo, sometiendo al fallo de una Junta, compuesta por los industriales, economistas y jurisconsultos más distinguidos de la localidad. Esta Junta podrá también disolver un sindicato que juzgue nocivo ó peligroso para el interés público.

La publicidad será á menudo la ruina de los especuladores y siempre un freno para sus egoísmos y sus codicias. No es preciso copiar en todas las naciones el proyecto austriaco; pero el pensamiento que lo informa es bueno, y cada país puede amoldarlo á sus especiales condiciones.

Termina el autor del artículo de la revista *Nord und Süd* con un himno al sindicato regulador de la producción, vástago gigantesco de los antiguos gremios, único capaz de realizar el paso necesario al de la organización, en el que no se agotarán los productores en luchas baldías, sino que se dividirá entre todos el trabajo y se logrará el fin común con el general esfuerzo; pero sin atender á ese portentoso legado del siglo XIX: la libertad del trabajo, la libertad de la industria.

Calla el autor la opinión de los consumidores y la de los socialistas, y es lástima, porque serían interesantes.

GABRIEL MAURA GAMAZO.

* * *

Con motivo de haber publicado el profesor Cossa un libro sobre el asunto de que tratamos, el doctor V. Manfredi inserta en la *Rivista Internazionale*, de Roma, un artículo en que estudia esta cuestión, tan discutida actualmente, de los trusts ó sindicatos industriales, que si bien no tiene en Italia la importancia que en los Estados Unidos y otros países, es de sumo interés para todos los que se dedican á los estudios económicos.

Partiendo del concepto, harto sabido, de lo que son tales sindicatos, y del hecho de que en el mercado internacional moderno no pueden los productores seguir las condiciones de la oferta y la demanda, degenerando la libre concurrencia en una guerra salvaje, explica el articulista la formación de las referidas asociaciones, que se deben á la necesidad de salir de una condición eco-

nómica poco satisfactoria. Producto muchas veces los sindicatos de miras especuladoras de monopolio y debidos siempre al actual incremento económico, tienden á tener un carácter preventivo así como á ser un medio de represión de los desórdenes del organismo económico, constituyendo una defensa industrial para impedir que los precios desciendan del costo de producción.

Ya la mayoría de los economistas no considera á los sindicatos como un fenómeno patológico de la economía moderna, sino que, no desconociendo sus orígenes impuros, lo tiene por nuevo instrumento de protección que ofrece, al lado de ciertos defectos, bastantes notabilísimas ventajas, como son:

1.ª Ejercer la función de reguladores de los precios, constituyendo un ahorro sobre los precios de producción.

2.ª Disminuir la inestabilidad del mundo industrial, previniendo las crisis y tendiendo á garantizar el equilibrio entre la producción y el consumo.

3.ª Reunir en sí todas las ventajas de la gran industria.

4.ª Llevar al organismo económico un cúmulo de hechos que podrán contribuir, con las uniones obreras y las otras especies de asociaciones, á un porvenir mejor para la sociedad.

Estas ventajas existen cuando los sindicatos funcionan normalmente sin los abusos reprobables que dañan á los intereses de los consumidores y los obreros, y que dan lugar principalmente á estas dos objeciones:

1.ª Los sindicatos aumentan la dependencia de la clase obrera á causa de su fuerza y del número de industriales que tienen participación, haciendo bajar los salarios.

2.ª Los sindicatos tienden á convertirse en monopolios y á subir los precios, porque anulan la competencia, que es la que tiende á rebajarlos.

Puede contestarse á la primera de estas objeciones que la libertad de coalición de los patronos no es menos justificada que la de los operarios. Y además los salarios han aumentado desde la formación de los grandes sindicatos. El *Departement of Labor*, de los Estados Unidos, está haciendo actualmente una investigación sobre los efectos de los trusts sobre los salarios y los precios, cuyos resultados se aguardan con impaciencia. Parece racional que los trusts puedan, á causa de su magnitud, ofrecer mayores ventajas en sus productos que las industrias aisladas y una mayor continuidad

de trabajo á los obreros. Buena prueba de ello es que las asociaciones obreras de América están en las mejores relaciones posibles con los sindicatos.

En cuanto á la segunda objeción, hay que observar que los monopolios de los sindicatos se ven obligados por la limitación del consumo. Sólo en el caso de monopolios naturales es cuando los sindicatos han podido acaparar por completo una industria entera. Y además, contra los abusos de los sindicatos se ha legislado en todas las naciones en que aquéllos han tomado algún desenvolvimiento, tratando de corregir estos males.

Si los *trusts* son producto de un nuevo estado del organismo económico deben ser legales, y el Estado no podrá legislar contra ellos, sino regular tan sólo el fin á que tiendan.

Después de extenderse el artículo en algunas consideraciones sobre las leyes que se han dictado en algunos países acerca del particular, termina con las conclusiones del profesor Cossa:

El Estado tiene medios eficaces para limitar la acción de los *trusts*, pero no puede hostilizar á estas asociaciones, producto natural de la moderna concentración capitalista, como tampoco puede hostilizar á las asociaciones de obreros.

El desarrollo ulterior de los sindicatos y el progreso de los estudios económicos indicarán la conducta que deben seguir los gobiernos en la inspección de estas instituciones, á las cuales no les es lícito convertirse en instrumentos peligrosos de agotamiento en daño de los pueblos.

A estas conclusiones añade el doctor Manfredi por su cuenta estas otras:

La formación de los sindicatos podrá ser un medio eficaz para la existencia de la industria media y pequeña enfrente de la grande, y podrá ser fundamento y base de una forma ulterior de cooperación.

Los sindicatos, aunque órganos privados, ejercen en la actualidad funciones sociales, como son las de procurar condiciones más propicias y favorables para la producción y el consumo.

La misma existencia de un órgano privado con funciones sociales hace presentir que sus funciones acabarán por ser absorbidas por un organismo, no ya privado, sino social y político, que tendrá á su cargo los intereses más vitales de la colectividad y las necesidades de la vida social.

En España no hemos llegado á un desarrollo industrial que permita la formación de estos grandes sindicatos, pero no por eso deja de interesarnos lo que se refiere á esos *trusts* que encierran, probablemente, un germen de transformación económica.

LA «ALKESTIS» (1) DE EURIPIDES

El siguiente estudio crítico está extractado del artículo de G. Zanné, publicado en la revista catalana *Jocentut*, la cual dedica en todos sus números bastante atención á las cuestiones literarias, y suele al mismo tiempo tratarlas con bastante acierto y conocimiento: sirvan de prueba á nuestro aserto las presentes notas.

De la íntima fusión de las cuatro principales cualidades que J. P. Richter concedía á la poesía helénica: objetividad ó plasticidad, belleza ó ideal, calma ó serenidad y gracia, salieron las prodigiosas obras que ilustran aquella literatura, surgió aquel arte siempre viril y joven, en medio del cual sobresale por su espíritu de inmenso amor, de bondad y de sacrificio la humana figura de *Alkestis*, immortalizada por Eurípides.

Partiendo el articulista catalán del concepto que de la tragedia dan Aristóteles, Marco Aurelio y el filósofo moderno Schopenhauer, hace notar que todas esas diversas y autorizadas opiniones parecen deducidas de las tragedias de Eurípides, por lo conformes que están con la naturaleza de éstas.

Nietzsche, al estudiar la personalidad de Eurípides, se muestra contrario á ella, lo cual se explica fácilmente, porque este filósofo, de poderosa imaginación, no puede sentir la vida exclusivamente humana y desprovista de formas heroicas y extraordinarias, ni se halla á gusto dentro del drama que pinta las vicisitudes de los mortales. Para el autor del célebre pensamiento «A quien no pueda bendecir que aprenda á maldecir», Eurípides no es verdadero artista. «ni en la concepción ni en la ejecución», reprochándole la introducción del espectador en la escena.

Otros críticos hallan en el teatro de Eurípides ausencia de *sentido moral*; pero hay que tener en cuenta que Eurípides no era un creyente vulgar, esclavo

(1) Conservamos la transcripción del original, en este nombre, por ser más exacta que la generalmente usada.

de mitologías, que era amigo y discípulo de Sócrates, y que sus motivos conductores eran el *conócete á tí mismo* y el *sólo sé que no sé nada*. No sólo llevó á escena el espectador de que habla Nietzsche, sino que llevó al propio tiempo, junto con el lenguaje de la vida y la belleza, aquellos «dolores sin nombre», aquellas «congojas de la humanidad», que Schopenhauer menciona. El esfuerzo genial de Eurípides por humanizar la tragedia, ha sido considerado por algunos como un rebajamiento de algún superior, reverenciado por el pueblo helénico.

El poeta griego presentía ya la decadencia de las teogonías tradicionales; los dioses no morían todavía; pero su poder inflexible y absoluto vacilaba ya en las alturas sagradas; por eso despoja á sus personajes de aquella grandeza ideal y los humaniza, porque Eurípides era ante todo humano, y su teatro la imagen de las pasiones eternas. Sin dejar de ser griego y de su época, es universal; por eso los hombres de hoy estamos más cerca de él que de Esquilo y del propio Sófocles.

Después de hacer el Sr. Zanné varias atinadas observaciones, comparando á Eurípides y su labor con otros autores, expone en rasgos generales el argumento de la obra, en lo que vamos á seguirle, para demostrar la sucesión de variadas impresiones, que, como en la propia vida, se ofrecen en *Alkestis*, en la que falta, para ser una verdadera tragedia, el sangriento ó plañidero desenlace.

Al comenzar la obra, Apolo, convertido en esclavo del rey de Tesalia, Admetos, por la voluntad soberana de Zeus, expone el argumento de la acción. Admetos, condenado á morir, se ha salvado por la intervención de Apolo; las Parcas lo perdonan si alguien quiere morir por él, y sólo Alkestis, su esposa, se ha prestado al sacrificio; cuando llega Tánatos y aparece Alkestis moribunda para despedirse de la luz del día, del sol y de las nubes, después de haber rogado á la diosa Hestia que vele por sus hijos que van á quedar huérfanos y que acaben su vida en medio de la felicidad y la alegría, solicita de su marido la gracia de que no dé una madrastra á sus hijos, y Admetos se la concede, y la noble víctima muere.

En hermosísima escena lloran desesperados el viudo y los hijos, y el coro entonces tristesimas quejas, elogiando las virtudes de Alkestis y de su sacrificio sublime.

En esto llega Hércules, á quien Admetos, á pesar del duelo, concede hos-

pitalidad. Cuando después de conducir el cadáver vuelve Admetos llorando, desconsolado y recordando el día y las fiestas nupciales, su dolor no tiene medida. Hércules, que conmovido se había marchado antes con propósito de salvar á Alkestis, vuelve con una dama cubierta, y pide al rey que la guarde en su palacio hasta que él vuelva. Admetos se niega, porque la dama se parece á Alkestis, y no hará más que aumentar su dolor. Por fin Hércules levanta el velo de aquella mujer, y el viudo reconoce en ella á su esposa. Hércules ha vencido á Tánatos y le ha arrebatado su víctima, que permanecerá muda durante tres días para purificarse «de su consagración á los dioses infernales». Y termina la obra alegremente, diciendo Admetos «Soy dichoso».

Termina el artículo que extractamos refutando la opinión de Müller, que no ve en la obra más que una tragicomedia, olvidando la ardiente expresión de humanismo que encierra el admirable sacrificio de Alkestis, el amor convertido en redención sublime.

Aun la misma mezcla de lo grotesco y de lo trágico, ¿no es fiel imagen de las ironías de la naturaleza, que hace brotar la nota cómica de entre los dolores humanos más profundos, que une lo trivial con lo horrible, los esplendores de un cielo intensamente azul con la máscara helada de la muerte?

La abnegación de Alkestis llega al alma—continúa Zanné—con toda su belleza, como un perfume de piedad tiernísima, y la tragedia en que se manifiesta tiene que ser por fuerza bella, sin que puedan afearla ni egoísmos, ni extravagancias, ni detalle alguno de la misma, porque la poesía del sacrificio es siempre indestructible.

Eurípides fué, como Shakespeare, como Goethe y como Wagner, un gran creador de mujeres, á las cuales el poeta griego analiza y exterioriza, *presentándolas á la vida*, como dice Müller. Alkestis es la más pura y la más santa de las hijas del genio de Eurípides; es la cristalización de un ideal que no parece nacido de la civilización pagana: la redención, á pesar de haberse escrito el año 438 antes de nuestra era.

Tal es el resumen, incapaz de reproducir sus méritos, del artículo que extractamos de *Juventud*, semanario que merecía ser más conocido de lo que es por los aficionados á la literatura aquí en Castilla.

FELIPE BAREÑO.

SOBRE EL LENGUAJE Y ORIGEN DEL PUEBLO VASCO

La revista inglesa *Nature* publica un interesante artículo-resumen de los trabajos de Ripley, Bladé, Buschan, Schuchardt, Keane, Arasandi y Belldoe acerca del lenguaje y origen de los vascos.

Manifiesta el articulista que los vascos ó euskaldunak (los hombres), como ellos mismos se llaman, constituyen uno de los pueblos más notables y de más interés para los etnólogos.

El punto más anómalo que ofrece este pueblo es su lenguaje, que es verdadero tipo de los de aglutinación. Ripley hace notar que el verbo incluye ordinariamente todos los pronombres, adverbios y otras partes de la oración. Como un ejemplo de la complejidad que puede resultar de todo esto, Bladé da cincuenta formas distintas para la tercera persona del singular del presente de indicativo en el verbo *dar*. Como prueba de las difíciles voces que resultan de la aglutinación del lenguaje, todos los autores transcriben algunos vocablos vascos de difícilísima pronunciación, como el siguiente:

«Azpilcuelagaraycosarayarenberecolarra.»

No es, pues, extraño que los campesinos franceses de las comarcas vecinas digan que el diablo estudió el vascuence siete años y llegó á aprender dos palabras.

A semejanza de otros idiomas poco desarrollados, el vascuence presenta los principios de abstracción y de generalización en grado muy rudimentario.

El lenguaje y lo quebrado del país en que viven ha contribuido, más que sus costumbres y carácter, al aislamiento que han mantenido. A causa de este aislamiento por ambos lados de los Pirineos, persisten entre ellos muchas instituciones de origen primitivo. En algunos sitios la hija mayor precede á los hijos varones en los derechos de herencia. La comunidad de bienes dentro de la familia es también muy frecuente. Estrabon atribuya también á este pueblo la extraña costumbre de meterse en cama el padre cada vez que le nacia un hijo. Dícese que esta práctica no ha muerto todavía, por más que, como dice Buschan, es muy difícil probar su existencia.

Muchas teorías, á cual más absurdas, se han formulado respecto al origen de los vascos. Una de las más disparatadas es la que pretende relacionarlos con una

tribu determinada de la América Central. Algunos investigadores han pretendido encontrar afinidades entre los vascos y los lapones y finlandeses y otros con los antiguos egipcios, con los fenicios, con los etruscos y con los pictos.

Por lo que hace al idioma vascuence, está fuera de duda que no guarda ninguna relación con ninguno de los lenguajes llamados Turanios (Ural-Altáicos), desde que Keane ha demostrado que con quien tiene relación el vascuence es con el antiguo berberisco.

Los caracteres antropométricos han originado también mucha controversia. Los vascos franceses que viven en la actualidad tienen un índice cefálico de 83, mientras que el término medio del de los vascos españoles es de 78, según Collignon, y de 79, según Aranzadi, vasco este último. En la curva gráfica publicada por Aranzadi aparecen dos más máximas en los índices cefálicos del pueblo de que se viene tratando: una de 76 y otra de 80; lo que indica, probablemente, que existen dos elementos distintos, por lo menos, en el grupo vascongado. Los vascos franceses tienen una estatura media de 1.638 milímetros y sus hermanos españoles de 1.657; es decir, que por lo general los vascos franceses son más bajos. Ambas ramas tienen la cabeza conformada de un modo similar y muy característico. El cráneo es marcadamente largo hasta en los individuos braquicéfalos, y presenta un notable desarrollo en la región temporal, carácter que es absolutamente peculiar de este pueblo. La frente es alta, derecha y estrecha en su parte inferior; la cara es también muy alargada y tiene la forma de un triángulo invertido, pues la barbilla es delgada y puntiaguda. La nariz es estrecha y larga.

Algunos antropólogos pretenden que los vascos que viven en la vertiente Norte de los Pirineos representan, con más pureza, la raza primitiva. En cambio, hay otros autores que opinan lo mismo respecto de los del Sur. El citado Aranzadi cree que los vascos españoles, con ojos y pelo negros, cabeza estrecha y estatura media, son de puro origen ibero y tienen afinidad con los berberiscos. Los que presentan el pelo castaño, ojos pardos claros con viso verdoso, cabeza ancha y corta estatura son, según el autor citado, de origen magiar ó finlandés. Buschan, en un trabajo reciente, considera como muy probable que la raza vascongada ha resultado del cruzamiento de individuos de cabeza corta de

los primeros tiempos prehistóricos, y que emigraron tal vez de Asia á Europa con individuos de cabezas largas habitantes de la zona mediterránea. Aranzadi reconoce un tercer elemento con pelo claro, ojos azules, cabeza estrecha y estatura elevada, de origen germánico ó kúrico, y piensa que este elemento proviene de la raza maldita de los Cagots, que vivía completamente aislada de sus vecinos, y hasta para entrar en el templo tenían puerta separada.

Collignon, que ha hecho magníficos estudios acerca de la antropología del pueblo francés, llama la atención acerca de la relación verdaderamente anómala que existe entre el índice cefálico 82,5, que es claramente braquicefálico y la longitud del cráneo, que llega á 191 milímetros. Esta circunstancia permite, según el antropólogo citado, buscar las afinidades de la raza vasca entre las razas de cabeza larga, tales como los nórdicos, los teutones; pero, desde luego, el parentesco debe buscarse entre los pueblos mediterráneos más que entre los braquicefalos de Francia y de la Europa Central.

Collignon, en fin, opina que el tipo vasco es una variedad de la raza mediterránea, variedad que por un larguísimo periodo ha estado geográficamente aislada, haciendo mayor el aislamiento las dificultades del lenguaje, que han formado una verdadera barrera. De este modo ha resultado una variedad ó grupo humano de caracteres perfectamente marcados. La opinión de Collignon de que los vascos franceses son los que representan mejor el pueblo primitivo, es la más admitida actualmente. La cabeza de los vascos españoles se ha estrechado y su estatura rebajado por la mezcla con los castellanos y demás españoles arrojados á las montañas del Norte por la invasión musulmana.

LA COMBUSTION SIN HUMO

La combustión sin humo es uno de los ideales á que aspiran todas las industrias, y muy especialmente las establecidas en el interior de las ciudades. Por esta razón han sido propuestos y ensayados muchos aparatos fumívoros, pero hasta ahora ninguno de ellos ha resuelto por completo la supresión del humo.

El *Exportador Americano* describe en su último número un procedimiento con el

cual se da por resuelto el problema higiénico é industrial de la combustión sin humo, y es, por lo tanto, útil el darlo á conocer.

En lugar de introducir el combustible en el horno tal como se adquiere en el comercio, se reduce previamente á polvo por medio de aparatos trituradores. El horno ordinario se sustituye por una cámara de combustible en forma de pera, revestida de ladrillos refractarios y provista de un aparato de expulsión semejante á los que se emplean en los hornos de petróleo. En dicha cámara hay practicadas dos aberturas: una en el eje de la caldera y en el sitio en que actualmente se coloca la trampilla del hogar, y la otra en el extremo opuesto de la cámara. Orientando dicho tubo de un modo conveniente, se consigue que el polvo combustible sea dispersado por todo el interior del hogar, y que, una vez inflamado el polvillo de carbón, continúe la combustión intensa y regularmente, alimentada por la corriente de aire que arrastra á aquél. La corriente de aire se regula una vez para siempre, según la cantidad de polvo de carbón necesaria para producir la intensidad de calor que se desea. El carbón pulverizado se deposita en un cajón, desde donde, y merced á una ingeniosa disposición, el aire comprimido lo arrastra al interior del hogar. De este modo el aire y el combustible se mezclan intimamente en la zona de combustión, y el aire que sirve de vehículo pierde allí la mayor parte de su velocidad y la combustión es completa. Todavía puede calentarse previamente el aire, utilizando para ello los gases que se desprenden de la chimenea y mezclar con aquél una corriente de vapor que se descompone en hidrógeno, cuya combustión contribuye á la elevación de la temperatura en el horno.

Este sistema evita la entrada del aire frío y las explosiones, al paso que permite mantener una temperatura constante, detener instantáneamente la combustión en caso de accidente y suprimir las chimeneas elevadas y la formación de escorias.

APLICACIONES MECANICAS DEL AIRE COMPRIMIDO

El uso del aire comprimido como agente mecánico no es, en modo alguno, una invención reciente.

Los egipcios y griegos emplearon el aire comprimido como medio de conversión del calor en energía mecánica. Antiguos son también algunos aparatos, como la Fuente de Heron y la Caña de viento, fundados en la acción mecánica del aire comprimido, y algunas otras aplicaciones semejantes se pueden citar también de lejana fecha. En 1688, Papin indicó, como un medio de transmisión de fuerza, enrarecer y comprimir el aire alternativamente y en determinadas condiciones. Por los siglos XVII y XVIII se empleaba mucho el aire comprimido para operar con las campanas de los buzos en los trabajos submarinos, y son notables las aplicaciones que hizo Smeaton en 1786 en este sentido para obras submarinas de importancia. En 1812, Rennie hizo también uso de grandes compresores para aumentar la presión del aire enviado á las Campanas urinatorias donde trabajaban los buzos. En 1810, Medheast indicó una forma de utilizar el aire comprimido como medio de transmitir fuerza, y en 1845 ya se empleó este agente mecánico en grande escala en las minas francesas de carbón de piedra de Challones. En este caso, transmitióse la fuerza á una distancia de 250 metros, que era lo que mediaba entre el compresor de aire y el punto donde se requería la aplicación de la fuerza.

Desde aquella fecha el aire comprimido se viene usando como agente mecánico en grande escala, y muy especialmente para la transmisión de fuerza. Actualmente la electricidad aventaja al aire comprimido por algunos conceptos, pero á su vez aquél supera á la misma electricidad por algunas circunstancias.

The Mechanical Engineer publica una interesante reseña de casos en que el aire comprimido se ha empleado como agente mecánico en grande escala en estos últimos tiempos. Empieza esta reseña haciendo notar los importantes servicios del aire comprimido en el trabajo de perforación de túneles, porque además de servir para transmisión de la fuerza requerida, el aire procedente de los motores, después de haber hecho su trabajo como agente mecánico, es sumamente útil para la ventilación. Así, por ejemplo, para la perforación del Mont-Cenis empleóse aire comprimido á siete atmósferas, lo que da una presión de 103 libras por pulgada cuadrada. La mayor distancia á que se transmitió la fuerza empleada en estos trabajos de perforación fué de unos 6.500 metros. En 1872, una instalación semejan-

te, pero de mayores proporciones, se montó para la perforación del San Gotardo.

También se ha empleado el aire comprimido como agente motor de trenes y tranvías. El ingeniero Brunel fué el primero que aplicó el sistema á los trenes del Great Western Railway en Inglaterra. Las experiencias obtuvieron el éxito mecánico que Brunel se prometía, pero algunas dificultades prácticas y económicas han impedido que el procedimiento se extienda.

En 1887, Mekarski aplicó el aire comprimido como motor de tranvías. El aire en este caso se comprimía á veinticinco ó treinta atmósferas, acompañándolo de una corta cantidad de vapor á gran presión. El procedimiento más ó menos modificado, está en aplicación en varias localidades.

M. Popp instaló en 1877 en Viena, un sistema de relojes llamados neumáticos, porque, colocados en diversos puntos de la población, su marcha era perfectamente isocrona á causa de que todos ellos recibían la acción reguladora por una serie de impulsos transmitidos desde una estación central y por medio de cañerías. El agente transmisor era el aire comprimido.

Poco tiempo después implantóse en París una instalación semejante, y en seguida empezóse á demandar aire comprimido con objeto de poner en movimiento pequeños motores en diversos sitios de la ciudad. Actualmente se transmite fuerza motriz á todos los sitios de París por medio del aire comprimido, y los motores usados en muchas industrias, incluso algunos dinamos de instalaciones para luz eléctrica, funcionan por la acción del aire comprimido. En Birmingham se ha instalado también, hace pocos años, un sistema muy completo de aire comprimido para el suministro de fuerza á domicilio y que funciona con éxito bastante apreciable.

Un buen ejemplo de transmisión de fuerza á larga distancia por la acción del aire se encuentra en las minas de Chapin, situadas en las Montañas de Hierro del Estado de Michigan (América del Norte). En dicha localidad el aire es comprimido por medio de una caída de agua natural. Los compresores se hallan á tres millas de distancia de las minas, y el aire pasa desde el compresor á las minas por una cañería de veinticuatro pulgadas de diámetro interior. La longitud de la cañería alcanza cuatro millas, y al extremo el aire obra so-

bre una bomba que es capaz de suministrar 10.000 litros de líquido por minuto, elevándolo a una altura de 1.353 pies.

En las transmisiones a largas distancias es más económico comprimir el aire a una gran presión, tal como 2.000 ó 2.500 libras por pulgada cuadrada y transmitir esta presión por medio de las cañerías, que en este caso deben ser del volumen más reducido posible.

Otro de los servicios más importantes del aire comprimido es su empleo para hacer funcionar lo que suele llamarse maquinaria de percusión, denominando así las máquinas que sirven para perforar rocas, cortar hulla, hacer remaches, y, en general, toda clase de trabajos que requieren una sucesión rápida de golpes. El empleo del aire comprimido como motor para esta clase de acción mecánica, empezó en Filadelfia por el año 1849; después se ha extendido y aplicado tanto el sistema, que es raro el taller ó factoría donde no presta servicio el aire comprimido.

Otra de las grandes aplicaciones de este agente mecánico en los tiempos modernos es la de los frenos para los trenes. Se calcula que más de 30.000 locomotoras están actualmente provistas de frenos de aire comprimido, y esta cifra indica por sí sola la grandísima importancia de esta aplicación.

También debe mencionarse otro servicio interesante del aire comprimido, cual es su empleo en la fabricación del acero por el procedimiento Bessemer.

Por la reseña que acaba de hacerse puede apreciarse cuán numerosas y extensas son las aplicaciones mecánicas del aire comprimido. Especialmente en las minas de carbón de piedra su empleo es siempre preferido a la electricidad porque, habiendo siempre en los pozos y galerías de estas minas emanaciones de gases explosivos, es muy peligroso instalar hilos y aparatos eléctricos, pues la menor chispa puede producir terribles desastres, peligro que nunca ofrecen las instalaciones de aire comprimido.

PIEDRA ARTIFICIAL

PARA CONSTRUCCIONES

La fabricación de piedra artificial para construcciones, en sustitución de los tradicionales ladrillos, ha adquirido un des-

arrollo muy vasto en Alemania, y está llamada a constituir una industria muy importante en todos los países.

The Mechanical Engineer publica algunos detalles que conviene conocer acerca de esta nueva industria.

Empléase en la preparación de la piedra artificial cal hidráulica y arena limpia, en la proporción de 4 á 6 partes de la primera por 96 á 94 de la segunda. Esta ligera variación en las proporciones depende de las cualidades de la arena.

Pulverizada la cal hidráulica en una máquina a propósito, ambas sustancias se miden y se mezclan mecánicamente. La mezcla se comprime fuertemente a máquina, formando bloques semejantes a los ladrillos ordinarios, por más que se pueden obtener de las dimensiones y formas que se deseen. Estos bloques se apilan después en unas vagonetas chatas y se introducen en una caldera, que se cierra herméticamente, y a la que se hace llegar vapor de agua a la temperatura de ocho á nueve atmósferas durante unas diez horas. Al cabo de este tiempo se suprime la acción del vapor, se abre la caldera y se encuentran los bloques de piedra artificial completamente duros, compactos y dispuestos para el uso.

Las principales ventajas que se atribuyen a esta piedra artificial sobre los ladrillos de arcilla cocida son las siguientes:

1.^a El coste de producción, a pesar de la maquinaria que hay que emplear, es mucho menor.

2.^a Con un capital menor se pueden fabricar muchos más bloques de piedra que ladrillos.

3.^a La fabricación puede hacerse en todas las épocas del año, pues ni el tiempo lluvioso ni la falta de sol afectan a las operaciones.

4.^a La piedra artificial es un material que tiene mucha más resistencia a la compresión que el ladrillo, pues llega á 550 libras por centímetro cuadrado.

5.^a Se puede producir piedra artificial de todos colores y aspectos, con grandes ventajas para el decorado de los edificios.

6.^a La piedra artificial tiene mejor aspecto y superficie más igual que los ladrillos.

7.^a El espacio y útiles precisos para la desecación de los ladrillos no se necesitan para nada. Una instalación que ocupe 20 metros de largo por 20 de ancho es suficiente para la producción de

12.000 bloques diarios de piedra artificial.

FERROCARRILES

NORTEAMERICANOS

Del *Poor's Manual* recientemente publicado, extractamos los datos que siguen acerca de la situación de los caminos de hierro de los Estados Unidos:

La red comprendía 197.833 millas en 31 de Diciembre de 1899, ó sea un aumento de 3.981 millas durante el año. Los datos estadísticos del *Poor's Manual* se aplican á 186.280 millas, líneas en las cuales el movimiento de viajeros fué de 14,860 millones de viajeros milla, en tanto que el movimiento de mercancías alcanzó á 126,992 millones de toneladas. El ingreso medio por viajero y por milla se elevó á 2,002 centavos en aumento de 0,008 centavos sobre 1898; excepción hecha del último año, es el tipo más bajo que se ha registrado; en cambio, el ingreso por tren-milla es el mayor que se ha realizado desde 1894, elevándose á 83,79 centavos. Respecto al ingreso por milla de línea, fué 1.597 dollars, superior por consiguiente al de los años precedentes desde 1893. El recorrido medio por viajero en 1899 fué de 27,63 millas, que es la cifra más alta después de trece años; en 1898 sólo había sido de 26,55.

Para las mercancías, el año 1899 dió la tarifa media más reducida que hasta ahora se había registrado: 0,726 centavos por tonelada y por milla, en lugar de 0,758 en 1898, y de 0,797 en 1897; en 1887 el promedio era de 1,034 centavos. A pesar de esta disminución extrema de las tarifas, el ingreso por milla de camino de hierro y por tren-milla, es superior al de los años anteriores, lo cual se debe á la mayor densidad del tráfico y también al empleo de trenes más pesados. El ingreso medio por tren-milla es de 172,61 centavos, y el producto por milla de línea de 4,952 dollars. El número de toneladas transportadas por milla de línea se elevó á 5,238, en aumento de 279 sobre la cifra de 1898, y de 1.208 toneladas sobre la de 1897; y en cuanto á la carga por tren, fué en 1899 de toneladas 237,64, contra 211,06 en 1889 y 156 toneladas solamente en 1897.

NUEVO FONOGRAFO

El profesor alemán Ruhmer acaba de inventar un fonógrafo fundado en principios completamente distintos de los que sirven de base á los fonógrafos conocidos hasta ahora. La revista inglesa *Nature* da una ligera idea del nuevo aparato.

Ruhmer parte de los experimentos de Koenig sobre las llamas sensibles á los sonidos. Preparada una de estas llamas sensibles, Ruhmer obtiene sobre una membrana movable fotografías instantáneas sucesivas de dicha llama en el momento en que es afectada por vibraciones sonoras. De esta manera, resulta en la membrana una banda de intensidad variable; proyecta entonces un rayo de luz á través de esta banda sobre un alveolo de selenio incluído en el circuito eléctrico, de que forman parte una batería y un teléfono. Las variaciones de intensidad en la membrana, conforme ésta pasa delante del rayo luminoso, producen variaciones en la corriente del circuito telefónico, y entonces se reproducen también en el teléfono los sonidos originales que hicieron vibrar la llama sensible.

Como la membrana donde se han obtenido las fotografías de dicha llama se puede pasar tantas veces como se quiera por delante de un rayo luminoso, se pueden también obtener cuantas reproducciones se deseen de los sonidos originales.

APLICACIONES DE LA PASTA DE PAPEL

La industria de la fabricación del papel ha dado origen á otra porción de industrias derivadas que van adquiriendo cada día un desarrollo y una importancia verdaderamente excepcionales.

Causa realmente asombro el número de objetos de las condiciones más diversas que pueden fabricarse con la pasta de papel y con la pulpa de madera que antes sólo se dedicaba á la fabricación del papel, la cartulina y el cartón; y lo más notable todavía, es que esta primera materia sustituye con ventaja á muchos metales para ciertas construcciones, consiguiéndose dar á los objetos fabricados dureza, tenacidad y elasticidad, propiedades que, simultaneas, determinan un grado extraordinario de re-

sistencia, teniendo además los objetos fabricados con la pasta de papel la ventaja sobre los metales de su inalterabilidad al aire y á la acción química de todos los agentes con quienes puedan estar en contacto.

Como ejemplo del gran desarrollo de las industrias á que se hacen referencia, bastará transcribir la reseña que hace *El Exportador Americano* de las fabricaciones de tubos, bicicletas, cañones, ruedas, etc., en los Estados Unidos con la pasta de papel y pulpa de madera.

Para la fabricación de tubos, la pasta se deslíe en un poco de agua y se aplica sobre un molde. Ecurrida el agua excedente cuando la capa de pulpa tiene bastante espesor, se saca el molde que ha servido de núcleo, y el tubo, todavía blando, que resulta se sumerge en un baño muy caliente de asfalto ó de otra materia análoga, y, por último, se corta al largo que se requiera. Estos tubos poseen una resistencia eléctrica considerable, lo que les hace muy á propósito para los conductores subterráneos. Son igualmente muy resistentes á los ácidos y álcalis, no absorben el agua y resisten perfectamente una temperatura de 100 grados.

Se han fabricado cañones de cartón-cuero endurecido, con la cara interna revestida de metal; son muy ligeros, pero no han presentado bastante elasticidad para resistir impunemente fuertes descargas. Con la pasta de papel parece, según varios ensayos practicados, que se resuelve la cuestión satisfactoriamente, pues tiene más elasticidad que el metal, y después de endurecida, según se ha dicho, es tan dura como éste. La pasta de papel, en consecuencia, sirve perfectamente para fabricar objetos que hayan de reunir, á las propiedades de dureza y solidez, la de una relativa elasticidad. El cuerpo del cañón es de pasta de madera, con alma de metal, análoga á la de los cañones ordinarios, y la parte exterior del cañón se recubre con alambre de cobre, latón ó acero, arrollándolo sobre su superficie en cinco ó seis capas sucesivas y recubriendo finalmente el alambre con varias fajas de latón ó bronce con soportes, por las cuales pasan unas barras de refuerzo paralelas al cañón, sujetas á dichos soportes con tuercas convenientes.

Los periódicos americanos que se ocupan del ciclismo, dan noticia de la existencia de una fábrica en Springfield (Massachusetts), que construye bicicletas casi exclusivamente con papel.

Se han inventado varias máquinas especiales para comprimir el papel y hacer con esta materia los tubos destinados á las armaduras de las bicicletas; por medio de sales de amoniaco se da á estos tubos un tinte de caoba, susceptible de un hermoso pulimento. La unión de los tubos para formar el cuadro se verifica por medio de chapas de aluminio. Si se dá crédito á los periódicos locales, se hacen con papel tubos de bicicleta tan sólidos, si no más que los de metal, siendo la tercera parte más ligeros y de una cuarta parte menos de coste.

Todos los vagones de primera clase para ferrocarriles, que construye la célebre casa Pullman, están montados sobre ruedas de papel comprimido. Los talleres situados en los alrededores de Chicago, fabrican anualmente unas doce mil ruedas de esta clase. Según el periódico *The Engineer*, se compone la rueda de una bovina central de papel colocada entre dos discos de acero de seis milímetros de espesor, unidos por dos hileras de tornillos. Los tornillos de la hilera más próxima al centro, atraviesan los agujeros practicados en una brida de fundición con el cubo, y los de la hilera exterior, con el calce. El papel que se emplea es cartón-paja, bajo la forma de hojas circulares de pequeño espesor que se colocan unas sobre otras después de encolada la superficie de cada una, sometiéndolas después de haberlas secado en un depósito caliente á la acción de una prensa hidráulica que reduce á más de la mitad el grueso de la pila. Se necesitan, poco más ó menos, unas 200 hojas por cada rueda. Una vez bien seco el disco, se le redondea como si fuera una pieza metálica, haciéndole penetrar por medio de una prensa hidráulica, en el cerco ó llanta que debe guarnecerlo. Se alisa en seguida el centro para el naso del cubo, que tiene un diámetro un poco mayor que el del agujero practicado en el disco, haciéndose el ajuste igualmente por presión.

LA LOCOMOCIÓN MODERNA

UN MOTOR NUEVO

Acaban de hacerse en los Estados Unidos, entre High Bridge y Dunwoodie, ensayos muy cuidadosos y precisos con un nuevo motor destinado á producir.

si su aplicación es verdaderamente práctica, una revolución completa en los medios de locomoción. El inventor no ha permitido que se publiquen detalles técnicos de su invento, manifestando únicamente que éste consiste en el modo de producir y aplicar el vapor. Pero *El Exportador Americano* da algunos pormenores muy interesantes, que vamos á transcribir.

Parece que el agua se sujeta á una presión enorme mientras se aplica el calor, y entonces prodúcese una cantidad de potencia, en forma de calor, imposible de obtener en condiciones normales. La capacidad de provisión de calor se halla limitada solamente por la fuerza de los tubos en que se encierra, tubos de acero capaces de resistir las más altas presiones.

El agua hirviendo cae, por efecto de una gran presión, en una caldera tubular colocada bajo el piso del carruaje. La provisión de calor se conserva mediante una espesa y aisladora capa de magnesio, y la pérdida de calor por radiación es casi imperceptible, aun en el invierno. Por medio de un procedimiento ingenioso, el agua pasa gota á gota á un cilindro de alta presión, donde, merced á su propia provisión de calor, se precipita en vapor. La potencia trabajadora del motor se halla limitada exclusivamente por el agotamiento de la provisión del agua en ebullición. Pero ese agotamiento no puede producirse, porque el motor va proveyéndose de potencia calórica por el camino. Así es que la nueva máquina, ó el coche portador del nuevo motor, puede recorrer distancias inmensas sin necesidad de apelar al abastecimiento de energía. De ahí que sean completamente inútiles el tender y la caldera donde se quema el combustible en las máquinas que hasta ahora se vienen usando.

MANCHAS SOLARES

La revista científica *Knowledge* publica, con el título que encabeza estas líneas, un interesante artículo del Padre A. L. Cortie, S. J., de donde extractamos las siguientes notas:

Durante los últimos veinte años se han hecho unos 3.800 dibujos de la superficie solar, con objeto de estudiar las manchas de este astro; de esa serie de dibujos se han hecho tabulaciones que presentan la vida de las principales

manchas desde su primera aparición, hasta su extinción completa. Aunque al hacer estos catálogos se buscaban datos para un estudio comparativo entre las manchas solares y las tormentas magnéticas de la tierra, cabe deducir de esas tablas otra porción de estudios referentes á las mismas manchas.

De la comparación entre las diversas manchas solares catalogadas en su total desarrollo, puede deducirse fácilmente la gran semejanza de todas esas manchas en su evolución, y las transformaciones principales que experimentan durante su vida, que, sin dejar de haber grupos de manchas solares que adelanten ó retarden algunas de las fases, ó bien dejen de presentar algunas de ellas, es por regla general la siguiente:

Los grupos de manchas solares aparecen al principio en forma de puntitos esparcidos. Estos puntos crecen con gran rapidez, y al cabo de tres ó cuatro días de su aparición empiezan á agregarse unos á otros, y alcanzan la segunda fase de su desarrollo, la cual está caracterizada por dos puntos principales del grupo que sobresalen de entre los otros; uno de esos puntos se halla situado en la parte anterior del grupo, mientras el otro está en la posterior. El primero de estos puntos, el del frente, es generalmente el más regular y compacto, presentando el otro, de forma más irregular, trozos dispersos de sombra y de penumbra, llegando á cubrir en ocasiones una extensión mayor que la del punto principal del grupo. Como esta fase la presentan casi todos los grupos de manchas, aun los más pequeños, toda teoría que trate de explicar el origen y desarrollo de las manchas solares necesitará explicar la presencia siempre predominante de esos dos puntos, uno anterior y otro posterior dentro de cada grupo.

Durante la siguiente fase, el punto de delante va cambiando de lugar y separándose cada vez más del de detrás, llenándose el espacio que media entre ambos de una serie de puntos y manchas irregulares de tamaño no muy grande; todo el séquito de manchas comienza entonces á tomar una posición más ó menos paralela al ecuador solar. Esto ocurre ordinariamente hacia los cinco ó siete días de la primera aparición del grupo; siendo esta fase de corta duración, á los pocos días vuelven á quedar las dos manchas principales, de las que una se disgrega luego y

desaparece, dejando á la mancha principal la delantera, que se convierte entonces en una densa y negra mancha redonda, que caracteriza el cuarto periodo de vida del grupo de manchas. La última fase consiste solamente en que esa mancha que sobreviene, va disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer.

Por lo general, el tiempo empleado por un grupo de manchas, hasta convertirse en una sola mancha redonda, es el de dos revoluciones solares. Tanto esta duración, como las sucesivas fases que hemos descrito, son las de la mayor parte de grupos, pero hay algunos casos excepcionales en que no se observa esta regularidad.

El artículo del P. Cortie termina con la explicación de la lámina que lo acompaña, y ofrece tratar en breve de las fáculas que se observan en las manchas solares. Entonces tendremos ocasión de volver á presentar á nuestros lectores otro resumen de sus interesantes trabajos.

EL SOCIALISMO EN LA CULTURA MODERNA

En un artículo que publica la *Rivista Internazionale*, estudia el Sr. G. Toniolo la difusión universal del socialismo teórico desde 1870 hasta hoy y las causas que la han favorecido. Son estas causas, en opinión del articulista: la crisis agrícola industrial que pesa sobre el mundo desde 1870, multiplicando el número de los desocupados; los desastres que produjo la guerra franco-prusiana, que inició el decaimiento de la hegemonía francesa y de la misión de los pueblos latinos; los destierros de los socialistas de la *Commune* en París, y las leyes alemanas contra el socialismo, que dispersaron por todo el mundo á los corifeos de la doctrina, y la misma excisión de la Internacional en 1872, que lanzó al socialismo á una organización más intensiva dentro de cada nación y favoreció una propaganda más secreta por temor á las leyes de represión.

Pero además de todos esos hechos está un acontecimiento histórico que es el más á propósito para favorecer los ideales socialistas, cual es el que el proletariado, que inunda á las naciones todas, comienza á tener la conciencia de

clase necesaria para constituir el cuarto Estado, instrumento y medio de nivelación de todos los demás Estados sociales.

Consecuencia de los hechos sociales de los últimos treinta años es el proletariado moderno, producto lógico de la constitución íntima de una sociedad utilitarista por excelencia; proletariado congénito por su origen; antisocial, por su espíritu incrédulo, inmoral y revoltoso; y, finalmente, universal por sus tendencias de difusión por el mundo entero.

La propagación extensísima del socialismo contemporáneo se relaciona también, en el orden de las ideas, con la difusión casi universal del materialismo en la moderna cultura, en todas sus direcciones (panteísta é individualista) y todas sus gradaciones, disimulado bajo el nombre de positivismo y con tendencias manifiestas al monismo, ó sea la explicación del universo por una ley única de naturaleza empirico-material. Con Feuerbach y el positivismo crítico de Wundt, se desarrolla un movimiento filosófico con el título de idealismo realista, el cual tiende á formar una metafísica fundada en la experiencia (realista) y á unificar por ella los principios psíquicos con los fisiológicos y ambos con los del universo, del cual sería el hombre el producto final, llegándose, por tanto, á un monismo crítico-subjetivo (humano) que girará alrededor del hombre deificado. Al propio tiempo, los trabajos de Haeckel extienden los principios darwinianos propios de las especies orgánicas á la evolución universal y convierten al transformismo en un monismo realista, en una deificación de la naturaleza material.

De este doble movimiento filosófico se producen las doctrinas materialistas de todos los matices, bajo el aspecto de un positivismo general triunfante. De ahí el positivismo inglés de Huxley, de Tyndall (agnóstico) y el otro psicológico de Bain, de Romanes, de Kidd; el francés de Taine y de Ribot, de De Greef; el italiano de Siciliani, de Angiulli, de Ardigó, de Lombroso, de Sergi, de Ferri; el americano de Ingersoll y de Carus; y, sobre todo, el alemán, bien sea el antiguo y brutal de Büchner y de Moleschott, ó bien el más original y reciente de los realistas neo-kantianos.

No es, pues, de extrañar que de ese materialismo triunfante tomara vigor el socialismo teórico y práctico. La difusión teórica, porque atacando el materialismo en sus raíces toda idea de lo sobrenatural y tratando de oponer la evolu-

ción de la materia á la creación de Dios, removió todo el concepto del orden constante providencial, y con ello todo obstáculo para las más desenfundadas concepciones de reformas sociales. La propagación *práctica*, porque el materialismo (una vez destruida la fe) es la única filosofía accesible á las multitudes, porque halaga y justifica las pasiones de los goces sensibles, quitándoles toda virtud de abnegación y sufrimiento.

Al lado de esas tendencias del monismo que acabamos de señalar, viene en estos últimos años á madurarse la *concepción materialista de la historia* de Marx y de Engels. Se basa este sistema en tres proposiciones fundamentales: el desenvolvimiento ó el *devenir* perpetuo de la civilización es immanente á la colectividad como un aspecto de la ley cósmica necesaria de la evolución; la actividad humana fundamental es la económica, la de la utilidad material, la cual, á través de una serie de luchas entre todas las clases sociales, conduce á la elevación creciente de las clases trabajadoras; finalmente, la manera de ser de la riqueza en los varios momentos históricos y la transformación sucesiva de la vida económica, determinan á su vez las formas y las modificaciones de la vida política, jurídica, ética, religiosa y de toda la cultura.

Sobre la base de una justificación filosófica más elaborada tratan las dos ramas del socialismo (individualista y colectivista) de presentarse y recomendarse á la aceptación del mundo de los científicos; y no sin fortuna, por cierto, pues en la actual dirección *positivista* del saber, la distancia entre las doctrinas sociales y las socialistas va siempre disminuyendo.

Además del socialismo integral ó absoluto, existe otra escuela *parcial* cuyo principal representante es el californiano George, quien, viendo en la *renta de la tierra* la razón de los actuales trastornos sociales, pide, más bien que un verdadero colectivismo, un impuesto sobre esta renta suficientemente elevado para privar á los propietarios del exceso de rédito, no debido á capital y trabajo, sino á condiciones del suelo. La relativa templanza de lo que pide, la unción casi ascética de ese escritor, el colorido del estilo, el entusiasmo de la propaganda, cubriendo la superficialidad de la cultura, lo hicieron popularísimo en América y lo hicieron jefe de un colectivismo territorial con el nombre característico de *nacionalización del suelo*.

Una tercera escuela socialista se dió á conocer en las discusiones del Congreso colectivista de Stuttgart el año 98; esta escuela, con el nombre de *colectivismo crítico*, reclama el derecho de someter á examen los postulados abstractos y dogmáticos del colectivismo integral ó parcial, y atempera las grandes leyes históricas de la escuela de Marx con otras leyes secundarias y variables.

La otra gran rama del socialismo, el individualista, presenta una diferenciación de programas y gradaciones no menor que la colectivista. Del estudio detallado que hace el articulista, sólo nos detendremos en el examen de las ideas predicadas por Nietzsche y Tolstoy. El primero, que no hace más que continuar la obra filosófica de Dühring, constituye un socialismo *radical*, que, partiendo del *propio yo*, trata de emanciparlo de la servidumbre de Dios, de la sociedad y de la humanidad misma, la *voluntad del predominio* (*der Wille zur Macht*) es el principio de su filosofía, en la cual toda la vida no es más que la explicación de la prepotencia de la personalidad y de la sed de dominio; de ahí aquella superioridad física, estética, intelectual, económica del *superhombre*, erigida sobre la servidumbre y la inacción de los numerosos *inferhombres*. Esta doctrina es sencillamente el dogma del egoismo individual transferido á la vida de la sociedad.

Tolstoy, en cambio, defiende el culto de las *energías espirituales*, predicando en su libro *La salvación está en vosotros* la necesidad de una renovación social basada en la *reforma interior de las almas*.

Examina á continuación Toniolo las diferencias de procedimiento que para alcanzar sus fines tienen las diversas tendencias y grupos, y termina su extenso artículo opinando que «disolviéndolo todo el criticismo, en nombre de la libre razón individual, introduce y perpetúa la *anarquía intelectual*, la cual, á través de la anarquía moral, asegura el triunfo final del *socialismo anárquico* hasta en los escritos histórico-doctrinales.

POSIBILIDAD DE LA PROPIEDAD LITERARIA INTERNACIONAL

Sirve esta cuestión tan debatida como importante de tema á un artículo de Mr. Herbert Thring, publicado en *The Fortnightly Review*. Parte el articulista

de la época en que comenzaron los diferentes Estados europeos á no limitarse á la protección de los autores dentro de sus respectivas fronteras, sino á celebrar diversos tratados con las demás naciones encaminados al mismo fin, resultando por último el tratado internacional que se conoce con el nombre de Convenio de Berna á que se adhirieron gran número de naciones. Hacia la misma época de ese Convenio, aprobó Inglaterra una ley de sentido imperialista, por la cual se obtenía la propiedad en todo el imperio británico mediante la publicación de la obra en cualquier punto de su territorio. Y el último paso en pro de esta cuestión fué el acta americana de 1891, de menos alcance que el Convenio de Berna. Resultado de todo ello es que, en la actualidad, el Imperio británico y la mayor parte de las naciones civilizadas están unidos por un contrato internacional, al que se ha unido de un modo insuficiente é inadecuado Norte América; no quedan fuera de estos convenios más que dos naciones europeas importantes: Rusia y Austria Hungría.

Cabe ahora preguntar: puesto que la legislación actual no es satisfactoria y cabe alcanzar un ideal mejor, ¿á beneficio de quién deberá legislarse? La respuesta lógica es la de que debe protegerse al productor, al autor, el cual ha sido por cierto el último protegido de la legislación vigente. El «gran público» miró por largo tiempo, como cosa suya, la propiedad del autor, y los impresores, encuadernadores, etc., han pretendido siempre la mayor parte en la referida propiedad, existiendo aún países en que así sucede.

Pero examinando detalladamente estos extremos, notamos que si el público tiene algún derecho en esta materia, será solamente el de exigir que la información valiosa y útil no se le rehuse por la conducta arbitraria del autor ó de sus descendientes, bien con la retirada de la obra, bien con la publicación de la misma á precios prohibitivos. Y en cuanto á los diversos oficios relacionados con la producción de libros, ¿tienen algún derecho en la propiedad del autor? Si el público no posee sobre ella ningún derecho, menos lo podía tener una pequeña porción de ese mismo público, siendo por demás curioso que, por la acción de estas industrias del libro, es como se ha llegado á la protección de los autores. Pero el hecho de haber protegido á los

autores tratando de protegerse á sí mismos, no da á esas industrias ningún derecho sobre las obras. En resumen, el autor debe ser en una legislación ideal la principal persona que debe protegerse, y en muchas circunstancias, la única.

El ideal de una Legislación internacional de la propiedad literaria, desde el punto de vista del autor, debe ser sin duda alguna *para todo el mundo y por largo tiempo*.

Todas las legislaciones modernas tienen hacia la universal, y las naciones en que no ocurre, ó son semi-salvajes, ó no poseen realmente una literatura propia, afirmación que podrá parecer exagerada respecto de naciones como Rusia, Austria Hungría y hasta cierto punto los Estados Unidos; pero también puede aplicársele á las mismas si se considera que el temor egoísta de no pagar á las otras naciones más de lo que cobren de ellas, revela no sólo escasez de producción propia, sino que, necesitando adquirir barato lo que producen los vecinos, han optado por practicar un latrocinio franca y paladinamente confesado.

El convenio de Berna, si bien no constituye el derecho de propiedad literaria internacional, es un gran paso en esa dirección, en la opinión de Mr. Herbert Thring, quien, examinando la influencia de la similitud ó disparidad de idiomas en la resolución del problema, afirma que, en caso de igualdad de idiomas, hay más tendencias y facilidades para aprovecharse del trabajo ajeno; pero que, no obstante la nación menos productora que parece aprovecharse de los frutos de la más productora, no gana más que aparentemente, pues viéndose inundada por las obras extranjeras, no hay, en realidad, protección para los autores nacionales, como lo demuestran las quejas de Hungría, que reprocha al imperio con su alejamiento de la convención de Berna el haber desnacionalizado el espíritu húngaro, pues la juventud se ha hecho, con la fácil y barata lectura de las obras extranjeras, cosmopolita en su modo de pensar, echando en olvido la genuina literatura nacional.

Una opinión digna de cuidadosa atención es la del Sr. Cané, de la República Argentina, que en su informe en la conferencia de París de 1896 dijo que la piratería literaria sólo conducía á dos resultados: 1.º, la producción, en forma de viles traducciones, de una literatura de mala calidad, é incapaz absolutamen-

te de elevar el nivel intelectual del país ; y 2.º, impedir á la productividad nacional el establecimiento de una gran literatura. Hay que observar que dicho señor Cané fué en otro tiempo opuesto á la federación literaria.

Finalmente, y para completar los datos que conducen á la resolución del problema, hay que examinar separadamente cada uno de los siguientes capítulos :

1.º Quiénes deben ser los dueños del derecho de propiedad literaria.—2.º En qué existe el derecho de propiedad literaria.—3.º Traducciones.—4.º Derechos dramáticos, es decir, de representación, incluyendo los derechos de la música tanto como los de la letra.—5.º Periódicos y revistas.—6.º Duración del derecho de propiedad literaria.—7.º Formalidades.—8.º Infracciones y sus remedios.

Parece natural que una legislación internacional abarcase esos extremos, excluyéndose lo relativo á la reciprocidad, porque al tratarse de la ley ideal habria de tener por base fundamental la reciprocidad universal.

No hemos de seguir al articulista en el examen de cada uno de esos capítulos, porque seria dar á este trabajo una extensión excesiva, y nos limitamos, por lo tanto, á examinar la duración del derecho de propiedad y á señalar ligeramente las cuestiones que, respecto á los derechos dramáticos y adaptación de obras, estudia Mr. Thring.

Dice, respecto de estos últimos, que por su índole especial dan lugar á dos derechos: el de impresión, común con las otras producciones, y el de representación, que distinguen todas las legislaciones y protegen de análoga manera, excepto los Estados Unidos, en donde la venta del derecho á imprimir una obra teatral lleva anexos implícitamente los derechos de representación. También son excepción los Estados Unidos en lo referente á *dramatización* de novelas y *novelización* de dramas, en que sólo prohíben la primera, mientras las demás naciones están de acuerdo en prohibir ambas cosas. En las adaptaciones y compendios de otras obras hay naciones que tienen un sentido muy liberal, pero que no es posible determinar exactamente, pues habrá de resolverse en cada caso particular.

En la duración del derecho de propiedad están conformes las legislaciones en concederlo durante toda la vida del autor, y las variaciones están en el perio-

do de duración desde la muerte del autor, pues Inglaterra fija siete años, Turquía cuarenta, Grecia cincuenta, los Estados Unidos veintiocho, con posibilidad de prolongarlos por catorce más ; Italia y España ochenta, y en Guatemala, Méjico y Venezuela el derecho de propiedad es perpetuo. Resulta de esto que para la legislación internacional seria preciso adoptar, por lo menos, el plazo de ochenta años, porque ninguna nación querria disminuir el derecho de sus autores, como así lo ha declarado España.

Termina Mr. Thring su artículo haciendo votos por que las naciones, en vez de luchar como hoy en la obscuridad por lo que juzgan beneficioso para sus autores, comprendan y dividan el rayo de luz que en esta materia ilumina el mundo de las ideas, y dirijan hacia él las tendencias de su legislación sobre propiedad literaria conforme á las palabras de Cicerón: *Non erit alia lex Roma, alia Athenis, alia nunc, alia post hac, sed et apud omnes gentes et omnia tempora una eademque lex obtinebit.*

EL PROBLEMA DE LA HABITACION

De esta importantísima cuestión hace Mr. Samuel A. Barnett el asunto de un artículo en la revista inglesa *The Nineteenth Century*. Después de hacer notar que el problema ha suscitado en todo tiempo la atención de los filántropos, sin que hayan bastado á resolverlo ni las lamentaciones ni los sentimentalismos, afirma el articulista que existen hoy varios hechos que parecen hacer oportuno el actual momento para acometer de lleno la resolución del problema. Entre ellos son dignos de mención los siguientes :

1.º La presencia de fuerzas que disminuyen el mal. Aunque se ha dicho que las agitaciones pasadas nunca han producido resultados, en esto sí ha ocurrido, pues la Real Comisión de Alojamiento, aunque no introdujo cambios directos, dió impulso y dirección á fuerzas que habían estado trabajando en silencio. Durante los últimos veinte años, las autoridades locales se han hecho más activas (1), y esto, unido á

(1) Rogamos al lector que no olvide que esto se refiere á Inglaterra, y no á nuestro país.

otra porción de causas secundarias, ha facilitado el problema.

2.º Otro hecho es el de que hoy, cierta clase de gentes, rehúsa el vivir en las casas separadas, prefiriendo vivir en muchedumbres, como se ha podido ver con los cuartos á 18 peniques por semana, que se construyeron en *Whitechapel*, y que, por lo tanto, los reformadores no deben esperar para resolver el problema el curar todos los males de la sociedad, sino tan solo cooperar con otros agentes.

3.º Cada día es menos necesario para el obrero el vivir cerca de su taller, y si todos los tranvías y ferrocarriles hicieran lo del *Great Eastern Railway*, que suministra billetes á un chelín por semana, los trabajadores podrían vivir convenientemente en los distritos sub-urbanos.

4.º La pequeña propiedad casera, si bien no puede negarse que anda en manos de muchos que realizan grandes ganancias abusando de los compradores, es hoy la renta favorita de los trabajadores que se respetan á sí mismos. Igual ocurre con los constructores de pequeñas casas llamadas « *jerrybuilders* », que como trabajan generalmente con sus propias manos, lo hacen barato, y construyen casitas bien planeadas y suficientemente sólidas; la fealdad de estas habitaciones obreras, más bien que culpa de ellos, lo es de los poderes públicos, para los que la fealdad no constituye todavía una falta.

Para la resolución actual del problema propone Mr. Barnett, como medios, los que pasamos á exponer sucintamente: Puesto que el espíritu público, dice, se ha manifestado en los Consejos ó Juntas, aprovechemos sus buenas disposiciones y tratemos además de que los futuros candidatos á esos consejos sean los más aptos para llevar á cabo con energía las decisiones de los mismos, y obligar á las autoridades locales á ser más activas y mejores.

La iniciativa privada, otra de las fuerzas que hoy concurren á la resolución del problema, y que se encuentra entorpecida por la falta de terrenos y de vías de comunicación, necesita también ser estimulada, librándola de las actuales trabas. Si los constructores encuentran terrenos en condiciones razonables, se pondrían inmediatamente á fabricar; basta, pues, proporcionarles esos terrenos, para lo cual no faltarían medios si á las juntas y á las autoridades locales se les diesen facultades para

adquirir terrenos edificables, y entonces veríamos surgir aldeas en las que podrían conservarse los árboles y bellezas naturales, para romper de ese modo la monotonía de las estrechas y largas trincheras que hoy por escasez de tierra é iniciativas se edifican. Las vías de comunicación son también muy necesarias para la resolución del problema, pues la falta de ellas hace que muchas tierras no estén en el mercado por hallarse en sitios inaccesibles; si á las compañías de ferrocarriles se les obligara á hacer algo en favor de este problema á cambio del monopolio que disfrutaban, la concurrencia de nuevos terrenos contribuiría á su abaratamiento. Podrían multiplicarse los tranvías y hasta llegar, como en los Estados Unidos, á tenderlos antes de que esté poblado un lugar. Esto, unido á la rebaja de precios para los obreros en las líneas ya existentes, fomentaría grandemente el movimiento de la población hacia las nuevas construcciones.

Termina el articulista proponiendo como síntesis á sus observaciones sobre el problema la edificación municipal, en la que se pueden lograr, no sólo las condiciones de baratura indispensables, sino las higiénicas y estéticas de que hoy carecen las viviendas.

Aunque la opinión pública no se preocupa aquí de estos problemas, como pasa en Inglaterra, no por ello es menos importante para nosotros la cuestión de la habitación obrera, principalmente en Madrid, donde hay tantas casas de vecindad, en que viven hacinados multitud de obreros, contrariando las reglas más elementales de la higiene, de la limpieza, de la moral, y, lo que es mucho más doloroso para ellos, sin las condiciones económicas que serían de desear.

EL PAPA Y SU PODER TEMPORAL

En los últimos números de la excelente Revista de New-York, *The North American Review*, viénesse sosteniendo elevada discusión acerca del Poder temporal del Papa.

Principió con un luminoso artículo del célebre arzobispo americano Mgr. Ireland y, en el número de Junio, le contesta en otro, sereno y razonado, el distinguido publicista y diputado italiano Sr. di Cesare.

Monseñor Ireland, en su brillante

alegato en favor del Papado, emplea todos los tópicos tan conocidos ya á fuerza de ser presentados en todas las lenguas y tonos por los apologistas católicos de Europa.

La historia y la poesía, la tradición y el derecho, los servicios prestados al mundo por los Papas y la necesidad de independencia en un soberano que domina en los espíritus de gentes y razas tan distintas; el reconocimiento que de ese poder han hecho príncipes y pensadores enemigos de la religión romana, y el modo violento y vandálico con que se le ha arrebatado, todo le sirve de prueba, tomando en la frase brillante y vigorosa del gran polemista, tonos de axioma, insinuante atracción de verdad inconcusa.

Monseñor Ireland se fija especialmente en lo que pasa por el argumento Aquiles, entre los mantenedores del Poder temporal del Papa.

«Si el Papa no tiene su reino independiente, será más tarde ó más temprano súbdito de otro soberano. Supongamos que es súbdito del rey de Italia. Desde ese momento, el prestigio del Papa se desvanece, su autoridad sobre súbditos de otras naciones se hace anómalo, casi incomprensible, y el día del conflicto entre su nación y otro estado católico, el sentimiento patriótico y el sentimiento religioso se encuentran frente á frente el cisma es más que probable. No, para regir sin peligros é inquietudes constantes, la cosmopolita sociedad cristiana, importa que el Papa sea independiente. De otro modo, su rey influirá en el gobierno espiritual de los creyentes ó se creará al menos con esa influencia, y el resultado es el mismo.»

El demócrata arzobispo no llega en sus intransigencias á considerar la soberanía material de los Papas como esencial y absolutamente necesaria para cumplir su misión divina. Sin Estados Pontificios han dado los Papas días de gloria á la Iglesia, y sin ellos, han aumentado su autoridad en el mundo Pío IX y León XIII.

Para la restitución al Papa de los Estados que la casa de Saboya le arrebató, Mgr. Ireland, no ve obstáculos insuperables. Recuerda á este propósito la vuelta de Avignon y el restablecimiento de su poder temporal después de la catástrofe napoleónica.

A esto contesta especialmente el señor De Cesare.

«No invoquemos—dice—el recuerdo

de Avignon; desde entonces han pasado muchos siglos. No nos detengamos mucho en el comienzo del siglo pasado: al caer Napoleón, Europa aceptó por aturdimiento el retorno al antiguo orden de cosas, y á pesar del tratado de Tolentino, en el cual Pío VI cedió á Francia dos provincias á perpetuidad, Pío VII entró en posesión de todos los Estados Pontificios. Pero desde entonces han pasado ochenta años, dos generaciones, y el mundo ha cambiado mucho. Mientras el Papa estuvo en Francia, nada alteró la situación de Roma ni de Italia, pero en estos últimos treinta años, todo ha cambiado. Dentro y fuera, la regeneración ha sido tan completa que, ni aun en sueños, puede pensarse en la vuelta al antiguo orden de cosas. Sería posible que una victoria parcial de los radicales pusiera en peligro las actuales instituciones; pero la unidad nacional no peligraría por eso, mientras que desaparecía en el momento en que al Papa se le devolvieran sus Estados.

«La unidad italiana, representa hoy una aglomeración tan grande de intereses materiales y morales, que no hay poder humano capaz de destruirlos.»

A nuestros lectores parecerá algo atrevidilla la afirmación, sobre todo teniendo presente el caso de la Alsacia y la Lorena, provincias unidas ayer á Francia por lazos é intereses tan grandes como los que puedan unir las provincias del Papado al reino de Víctor Manuel.

No hemos de ser además tan sencillos que creamos lano y hacedero fuera de casa, solo por ser fuera, lo que dentro encontramos tan difícil.

Pregúntese á los catalanistas si creen que no hay poder humano que pueda desligarlos del resto de España, y juntas han ido en adversos y prósperos sucesos, no algunos años como las provincias italianas, sino por espacio de siglos.

«Por una parte—añade De Cesare—la deuda nacional, los ferrocarriles, el ejército, la armada, los intereses industriales y comerciales, etc., y por otra, la cultura moderna, la libertad de conciencia, la convicción, en fin, de que si el Papa llegara á ser Rey, Roma caería en la peor de las anarquias.

«Treinta años de gobierno italiano han dejado en ella huellas imborrables. La Roma de 1870 ha desaparecido anegada y sumergida por las oleadas de nuevas ideas y nuevas gentes que allí han afluído de toda Italia.

«La restauración solo podría venir entre mares de sangre y traída por una

intervención extranjera, y el Papa, que no puede tolerar ahora la independencia que el Quirinal le concede, tendría que someterse entonces al Estado que le restaurara.

«El poder temporal fué restablecido en 1849 por la acción combinada de cuatro ejércitos; pues no dió esto á Pío IX mayor independencia de la que hoy disfruta León XIII.»

De Cesare, cree que los italianos, y aun el Papa, están convencidos de esto, y que sus protestas no tienen otro objeto que dar alguna satisfacción á las intransigencias de un partido fanático.

«Sería conveniente—añade—convencer al mundo de que esa lucha entre el Gobierno y el Vaticano, no es lucha contra la Iglesia, sino contra el Papado su Gobierno, que, transitorio por naturaleza, puede estar sujeto como todos los gobiernos á muchas imperfecciones.

«Pocos distinguen entre estas dos cosas, y por eso la lucha contra las intransigencias del Papado, degeneran en luchas contra la fé católica y contra la ley moral cristiana.

«Jamás ha tenido el Papa tanta influencia como desde que fué despojado de su soberanía territorial, y nunca han tenido lugar en Roma, con mayor libertad, toda clase de cultos y ceremonias, jubileos y peregrinaciones.

«El último Cónclave fué de los más libres que registra la historia. El Papa escribe cuanto quiere, tiene su cuerpo diplomático, sus guardias, su corte. Ningún Estado podría darle más independiente y brillante situación.

«El dominio universal que sugestionaba al Dante ha desaparecido; se ha transformado en más ó menos grandes soberanos y Estados. ¡Desaparecerá también la Iglesia universal y se formarán tantas Iglesias como naciones, sin más lazos que la unidad de dogma y de fe? Dollinger, el célebre fundador de los *viejos católicos* de Alemania, lo cree inevitable y lo anuncia para el presente siglo.»

Hasta aquí el publicista italiano. Como objeto de curiosidad trasladamos nosotros estas notas, porque curioso es que se discutan en el Nuevo Mundo viejas cuestiones, agotadas ya y casi olvidadas por las naciones de Europa. El pleito podrá estar ó no fallado en el tribunal del derecho; pero lo está ya definitivamente en el de los hechos consumados.

¡ACAPARARA EL NUEVO MUNDO AL VIEJO?

Inglaterra lo teme: aunque humorísticamente por ahora, los ingleses hablan de la posibilidad de que un día Inglaterra sea yankee.

El hecho de que un *trust* americano haya comprado la Compañía naviera de Leyland, la segunda de Inglaterra, les ha hecho dar un salto y no de gusto.

La caricatura ha fijado en sus irregulares é intencionadísimos perfiles la impresión que este negocio ha producido en Inglaterra, y la *Review of Reviews*, de Londres, tomándola á su vez del *Daily Express*, estampa en su último número una que representa á un gigante de vientre voluminoso y sólidas extremidades, con el semblante dilatado por sonrisa socarrona. Este gigante es Mr. Morgan, el Presidente del *trust*, acaparador general, y con la mano izquierda tiene pendiente á un rapazuelo que se retuerce pateando y chillando, y con la derecha, sujeto á los cabellos, á una niña desolada y llorosa. El rapaz representa á los *Caminos de hierro*, la niña á la Compañía naviera, y allá á lo lejos se ve á John Bull con el espanto en los ojos, la rabia, la desolación en el semblante, las manos en la cabeza que, angustiado, se oprime viendo impotente cómo le roban los hijos de su corazón.

El negocio se ha verificado con suma sencillez. Las acciones de la Compañía de Leyland estaban á 12 libras 10 chelines, Morgan las ha acaparado comprándolas á 14. Necesitaba toda esa poderosa compañía como auxiliar de sus enormes *Caminos de hierro* y no ha reparado en pelillos de más ó de menos.

Mr. Morgan es atento; él no nacionaliza yankee la nueva compañía; para no herir la susceptibilidad inglesa, quiere que sobre el palo de sus trasatlánticos continúe flameando la bandera británica; pero los ingleses, que son prácticos, se pagan muy poco de esas apariencias, y se echan á calcular cuánto tiempo necesitarán los plutócratas americanos para hacer con toda Inglaterra lo que han hecho con la Gran Compañía de Leyland. Para esta hazaña no necesitan ejércitos ni escándalos de anexión; les basta rajar el bacalao en el mercado.

Lo más gracioso del caso es que los vendedores han quedado contentos, y Sir Thomas Sutherland, presidente de la más poderosa Compañía de navega-

ción que tiene Inglaterra, acaba de declarar que puede Mr. Morgan volver si quiere por otra; él está dispuesto á venderse si la paga tan bien como pagó la primera.

Los economistas ingleses no se hacen ilusiones. Plantean el problema con la mayor sencillez.

El comercio internacional es cuestión de cambio; pero las naciones no cambian en último resultado mercancías por oro, sino comodidades por comodidades. Ahora bien; los Estados Unidos para nada necesitan de Inglaterra; producen todo cuanto necesitan, mientras que Inglaterra recibe de la América del Norte cantidades fabulosas de todo género de productos. A cambio de estos productos, ¿qué podrá darles Inglaterra?

Pensar que podrá pagarles con su oro, es una insensatez. No hay oro bastante para compras tan grandes todos los años repetidas; tendrá que pagarle con propiedades, con acciones de minas y otras industrias, y cuando se haya apoderado del acero, del cobre, del carbón, de todo lo que el Reino Unido produce, invadirá las tierras y se apoderará del suelo. Supongamos que conservan, al frente de esa enorme finca, al Rey de Inglaterra con los atributos adherentes á la monarquía. ¿Será esto un consuelo para el inglés?

Los temores suben de punto al observar que el capital americano va invadiendo, en proporciones alarmantes, á su antigua metrópoli. Líneas férreas y marítimas, la mayor parte de las empresas que emplean como agente la electricidad, en cuya explotación los yanquis no tienen competencia, son acaparadas por capitalistas americanos, y es natural que el interés de ese capital vuelva en una ú otra forma, á la nación de donde salió.

Esto que temen los ingleses de los yanquis, lo tememos ó debíamos temerlo nosotros de los ingleses, belgas, franceses y montenegrinos. Todos se han arrojado sobre nuestro suelo haciendo las delicias de cuatro bobos que se entusiasman con el capital que á España traen esas empresas extranjeras, sin pensar que es un capital usurario que acabará por esquilmar nuestro suelo, agotar nuestra industria y absorber el pequeño ahorro nacional. Ese capital produce, y cuanto más produce, más riqueza sale de España.

Más que en la mayor ó menor acuñación de la plata, más que en las garantías de la reserva metálica del Banco,

aquí está el secreto del alza de nuestros cambios.

Hay fuera de España exceso de capital español: el que sacan los extranjeros que lo explotan en la industria ó en el empréstito. Como necesitan comprar poco á España, ese capital sobra y sufre depredación.

Por el contrario, la importación enorme que sufrimos y el pago del cupón en oro hace que necesitemos y demandemos moneda extranjera, y, naturalmente, el precio de éste sube.

Esto temen los ingleses y esto les pasará si las cosas no cambian; las leyes económicas no son fatales, pero les falta poco.

Los ingleses, sin embargo, se rebelan ante la idea de que su país pueda emplear como medio de defensa el proteccionismo. El libre cambio ha sido su bandera económica, y levantar barreras en la frontera inglesa, sería, dicen, el mayor de los fracasos. Probaríamos que nosotros, que habíamos triunfado en todos los mercados del mundo, no podíamos defendernos ni aun en el nuestro. Esto sería confesar una derrota bochornosa.

Querría encontrar más bien el remedio en la instrucción de sus industriales y de sus obreros, en la ciencia de sus ingenieros, en la acometividad, energía é inteligencia de sus hombres de negocios.

EL DESATINO DE LA EDUCACION MODERNA

No sólo á Inglaterra, sino en general á todas las naciones, son aplicables las conclusiones del artículo que, debido á la pluma de Mr. Harold E. Gorst, publica *The Nineteenth Century and After* en su número de Mayo.

Al hacer notar la necesidad que actualmente siente Inglaterra de prepararse, por medio de la educación, para luchar ventajosamente con las naciones rivales que han llegado, en materia de educación, á un desarrollo muy superior al suyo, señala el articulista el defecto capital de la educación moderna, que consiste en dar uniformemente una misma instrucción á todos los educandos, como si fuesen verdaderas máquinas ó almacenes de ideas más ó menos rutinarias, en vez de realizar lo que constituye la verdadera educación, es decir,

en dar á cada inteligencia lo que necesita según sus peculiares condiciones.

Para hacer más comprensible su exposición, estudia el caso de un joven cuyos padres le proporcionan el término medio de la llamada buena educación é instrucción, con objeto de que pueda valerse por sí mismo, porque los recursos de ellos eran sólo suficientes para proporcionarle esa instrucción que ha adquirido. Ese joven se halla al terminar la serie de cursos y grados establecidos en los diversos centros docentes por que pasa, en las peores condiciones posibles para la lucha por la vida; en lugar de haber desarrollado su propio pensamiento y de haber ensanchado el campo de sus ideas, no ha hecho más que recibir el caudal de ideas rutinarias que se le ha ido poco á poco amontonando en la memoria envuelto en huecas palabrerías; de tal modo todos sus compañeros saben aproximadamente lo mismo que él, y saben decirlo en el mismo estilo, basado en la sintáxis latina con cierta ornamentación clásica. La concurrencia entre estos cerebros nivelados de esa suerte se hace, por tanto, dura, y sólo triunfan en ella los excepcionalmente dotados, siendo todos los otros víctimas del insensato sistema de educación, hecho como de propósito para agotar sus fuerzas y exterminar á la mayoría.

Como si todo ello fuese poco, la legislación inglesa ha venido á dar el golpe de gracia á la educación de sus hijos. En el niño aún no sofisticado por la educación actual, existen en potencia el genio y la originalidad, que le son luego arrancados por aquélla con una perversidad casi rayana en maliciosa; pero casi es preferible esto á dejar sólo abandonado á sus fuerzas al niño en aquella edad en que comienzan á desarrollarse sus facultades de observación, porque se irá por caminos extraviados buscando sustituciones más ó menos dañosas para la reflexión individual, acostumbrándose á pensar fuera de sí mismos, es decir, á admitir ciegamente lo que otros piensen en el periódico, en la novela, en el teatro, en el púlpito, etc. La ley inglesa que señala un minimum de edad (los siete años) para que el niño reciba alguna instrucción, parece hecha adrede para dejar que á los cinco ó seis años, cuando empieza á ejercitar su pensamiento, quede el niño abandonado á sí mismo ó á lo que sus padres estimen conveniente.

No quiere esto significar que se em-

piece, como es costumbre general, por iniciar al niño en los misterios del alfabeto, al propio tiempo que una infusión prematura en su cerebro le introduce toda la estúpida herencia de convencionalismos, paralizando sus naturales tendencias á pensar originalmente, no; la misión del maestro no es la de guiar la inteligencia del niño, sino la de dejarse conducir por ella, ayudándola y encauzando sus esfuerzos, para lo cual son totalmente ineficaces las agrupaciones actuales en cursos, clases, secciones, etcétera. Sólo una instrucción individual apropiada á las condiciones personales de cada niño podría resolver el problema. El tipo uniforme en la juventud es el único resultado que pueden producir los sistemas convencionales hoy en uso, sin que se haya hecho en pro de la especialización ningún otro esfuerzo que el de Alemania, que es por cierto muy tardío, porque sólo se verifica al finalizar la instrucción.

Uno de los remedios para la instrucción primaria y que darían facilidades para que los maestros pudieran lograr la especialización, sería reducirla á los límites de la mayor modestia; la lectura y escritura, la historia y la lengua materna formarían una base suficiente donde podrían apoyarse los cimientos del desarrollo individual de las inteligencias.

Las reflexiones del articulista podrían ser ampliadas á otros grados de la enseñanza, y serían verdaderamente de utilidad práctica en España, donde los diversos planes de enseñanza que en estos últimos tiempos se han sucedido, olvidan tan á menudo que las inteligencias de los educandos no son meros depósitos en los que se puede almacenar impunemente cuanto el capricho del legislador estima oportuno.

LA CESION DE GIBRALTAR

Las revistas y periódicos ingleses exhuman estos días añejas historias de sus relaciones con España. Al desdén irritante con que hasta ahora han mirado nuestras cosas, ha sucedido una preocupación benévola por todo lo que á nosotros se refiere.

No es sólo el Gobierno quien hace el elogio de España y tiene para ella halagadoras frases. El elogio del Gobierno podría ser interesado. Pero lo aplaude el Parlamento y con marcada simpatía lo comenta la prensa de todos los mati-

ces, y esto ya es más significativo y elocuente.

Hay ya aquí una corriente de atracción del pueblo inglés hacia el pueblo español, que puede tener un gran valor en los acontecimientos que se preparan.

Entre los artículos y estudios que la prensa inglesa nos dedica, tomamos nota de uno interesantísimo que publica la revista *The Nineteenth Century and After* acerca de Gibraltar.

Recuerda el empeño que Inglaterra ha tenido en desprenderse del Peñón, cuya importancia no preveía, y la tozudez de España en no aceptarlo sino en condiciones incompatibles con la dignidad británica.

En seis ocasiones ha ofrecido Inglaterra á España la devolución de Gibraltar.

PRIMERA

Fué en 1718. Inglaterra se lo ofreció á España, no á cambio de valiosas concesiones, sino para halagarla y casi sobornarla gratuitamente sólo porque no rompiera la fe jurada, porque cumpliera las estipulaciones del tratado de Utrech.

Con este tratado acabó la guerra de sucesión, en la cual los ingleses ganaron Gibraltar y los Borbones la corona de España.

Una de las bases del tratado era el equilibrio de las potencias en el Mediterráneo. Había recelos de que España quisiera romper ese equilibrio, y para impedirlo se formó la *cuádruple alianza*, en la que entraron Inglaterra, Francia, Austria y Holanda.

Fiados en las enormes fuerzas reunidas, se permitieron amenazar á España. Se daban tres meses de plazo para adherirse á la alianza; pasado él, se la obligaría á la fuerza.

El genio de Alberoni desbarató aquellos planes. Antes de que se dieran cuenta había hecho estrecha alianza con Carlos XII de Suecia, y su plan era que este rey guerrero invadiera con un ejército á Inglaterra, para lo cual Rusia se comprometía á prestarle naves.

En un momento de terror, el embajador inglés en Madrid ofreció á Alberoni Gibraltar poco menos que de rodillas y á cambio de su neutralidad. España la rechazó altiva y despreciativamente. ¿Qué era Gibraltar para quien entonces tenía á Europa en un puño?

Alberoni se equivocó, ó mejor dicho, no contaba con la enfermedad que abatía los vuelos de su ambición.

—Si Alberoni acepta—dice el articu-

lista.—Inglaterra no hubiera sido potencia mediterránea, y fortificándola un poco, España no pierde su Peñón.

La guerra empezó y terminó pronto. Una bala de cañón mató al Rey de Suecia en el sitio de Frederickshall, y una serie de derrotas, la destrucción de dos escuadras españolas entre ellas, determinaron la caída de Alberoni.

SEGUNDA

El embajador inglés en Madrid, mister Stanhope, aconsejó la segunda tentativa de ceder á España Gibraltar.

En una carta escrita por el embajador á su amigo sir Luke Schaub, y que después se ha publicado, da algunos detalles acerca de esta iniciativa suya.

Había accedido ya el Gobierno á su indicación y consejo, y presentó al Parlamento una moción con el objeto de conceder al Rey un voto de confianza para que pudiera disponer de la plaza como mejor conviniera á los intereses de sus súbditos.

Rumores de que el Rey trataba de ceder la plaza, se levantaron tan violentos, que el pueblo tomó una actitud amenazante. Las oposiciones explotaron esta disposición de los ánimos, haciendo circular un folleto en el que se aseguraba que el Rey tenía ya compromiso formal de restaurar á Gibraltar y entregarlo luego. Dió todo esto por resultado, que se tuvo que desistir de presentar la moción, porque se temía que el Parlamento arrancase para siempre, de manos del Rey, la suerte de Gibraltar.

En esta segunda cesión de la plaza, se pedía á España, en cambio, *La Florida* ó *la Española*, y la razón en que el embajador fundaba su consejo, era facilitar negociaciones con España y apartarla de alianzas con Francia.

TERCERA

Acostumbrada España—dice Mr. Irenwen—al omnipotente poder de sus monarcas, no podía comprender que una resolución aconsejada por el embajador inglés y adoptada por su Gobierno y por su Rey, pudiera ser desechada por el Parlamento, como de hecho sucedía. Creía que era objeto de una burla; así es que solicitó del Rey inglés el que consignara por escrito una resolución de ceder Gibraltar.

Aconsejado por sus ministros, Jorge I escribió un autógrafo en el que se com-

prometía á devolver Gibraltar á cambio de algo equivalente.

Los Reyes de España, que se hallaban á la sazón en Aranjuez, recibieron con frialdad el ofrecimiento, mejor dicho, no lo aceptaron. Ellos no podían admitir más que la devolución de la plaza sin compensación ni condiciones. Fué esto el 29 de Abril de 1721.

CUARTA

El rey accedió; escribió nueva carta y prometió devolver la plaza tal como los reyes de España deseaban; pero cuando encontrara ocasión de zanjar este asunto con el Parlamento.

Como el Parlamento no se reunía, creyó de nuevo Felipe que se burlaban de él, y llamó á Mr. Stanhope, presentándole este dilema: «O la inmediata restitución de Gibraltar ó la guerra». —El rey está en Hannover y no puede consultar á su Parlamento—contestó el embajador.—Que vuelva de Hannover y reuna las Cortes con este objeto—replicó Felipe.

Terminó la guerra, revelándose la impotencia de España para recuperar la plaza; pero no por eso deseaba menos Inglaterra librarse de la carga de aquel Peñón funesto; pero la ansiedad del rey y del gobierno por desprenderse de la plaza corría parejas con la terquedad y superstición con que el Parlamento se resistía á todo intento de abandono.

QUINTA

La ofreció el ministro Pitt, en 1757, á cambio del concurso de España para

arrebatar Menorca á Francia, que de ella se había apoderado en la guerra anterior.

España rechazó por quinta vez el ofrecimiento. No podía aceptar cambios ni condiciones.

SEXTA

A raíz de su desventurada guerra con la América del Norte, Inglaterra volvió á ofrecernos Gibraltar: fué éste su último ofrecimiento.

Lor Shelbourne quería en cambio Puerto Rico; y pareciendo esto poco á sus compañeros de Gabinete, solicitaron Puerto Rico y Trinidad.

El Gobierno de Inglaterra se vió en la necesidad de volver sobre su acuerdo ante la actitud del Parlamento; al comunicárselo al de Madrid hubo una explosión de indignación, y se prepararon para una nueva guerra.

Resulta, pues, que, según el articulista, no es Gibraltar de España porque ésta no ha sido razonable. El embajador de Inglaterra aconsejaba la cesión; el Gobierno la deseaba con verdadera ansiedad; el rey la quería con empeño; sólo el Parlamento se resistía con obstinación, con violencia, con fanatismo.

¡Qué difícil es que ese Peñón vuelva ya á poder de España! Hoy Gibraltar es tan inglesa como Portsmouth; el orgullo británico por una parte y por otra la posición de esa plaza, formidablemente artillada y clave de su poder en el Mediterráneo, hacen de ella joya inalienable de la Corona inglesa.

Sólo el azar podría ponerla en nuestras manos.





José Luis Pellicer

En pocos artistas se notará tanto como en Pellicer la influencia del medio ambiente en que viviera. El lugar y la fecha de su nacimiento, la situación de la casa donde transcurrió su infancia, la condición social de su familia, el carácter de los acontecimientos públicos que vió desarrollarse á través de los años, sus viajes y correrías y, por último, su permanencia fija en la ciudad natal durante los últimos años de su vida, por demás activa y fecunda, son circunstancias que han de tomarse en cuenta para apreciar debidamente el carácter siempre personal, bien que multiforme, de su copiosa labor artística.

Nació Pellicer en Barcelona el 12 de Mayo de 1842, en el seno de una modesta familia de menestrales que ocupaba una pequeña y vieja casa de la calle de Ataulfo, sita en frente del ruinoso *Palau menor* de los Condes de Barcelona; de suerte que, desde su infancia, teniendo siempre á la vista aquellos restos venerables, hoy desaparecidos, por necesidades de la edificación moderna, hubo de familiarizarse con los recuerdos y tradiciones de la historia catalana.

Su padre, maestro albañil, era un ejemplar completo de ese menestral barcelonés, sobrio, laborioso, activo, emprendedor, previsor, económico y

dispuesto siempre á traducir el amor entrañable que siente por su prole, afanándose para levantar el nivel intelectual de sus hijos ó para asegurar su porvenir, mejorando su situación pecuniaria. A esos bravos trabajadores que compendian las virtudes familiares del pueblo catalán debe Barcelona una gran parte del pasmoso desarrollo que ha adquirido en estos últimos cincuenta años.

José Luis Pellicer y su hermano mayor José, recibieron una educación esmerada en los colegios de Paluzie y de Figueras, y ambos, por voluntad decidida de su padre, cursaron la carrera de maestros de obras en la Escuela provincial, donde se daba esta enseñanza, sin que ni el uno ni el otro se librasen de la práctica de la albañilería, á que aquél les forzó, confundidos con los demás trabajadores que utilizaba en sus obras de contrata.

El hermano mayor fué, y sigue siendo, maestro de obras; no así José Luis, que, sólo por campplacer á su familia, terminó la carrera, pues desde niño sintió el escarabajeo de decidida vocación artística. Su aptitud para el dibujo era sorprendente y espontánea, pues no tenía profesores que cuidaran de dirigirla. El arte de apuntar con un certero

trazo tipos y figuras llenos de expresión y de carácter fué una de sus innatas cualidades.

Sus juegos y travesuras de niño, siempre con el dibujo se relacionaban; cuando dejaba de solazarse con las funciones de sombras chinescas, era para dibujar las caricaturas de un periódico manuscrito, que andaba de mano en mano por el aula haciendo las delicias de sus condiscípulos y provocando más de una vez el enojo de sus profesores.

Los tipos que tomaba con preferencia solían ser gentes del pueblo, milicianos nacionales, barricaderos y trabucaires; fruta del tiempo.

La situación política de Barcelona en el período de 1840 á 1856 fué verdaderamente excepcional, y de su influencia no podía librarse una naturaleza tan impresionable como la de Pellicer, quien, desde la más tierna edad, sentía con gran fuerza las palpitaciones de la vida.

Había pasado ya el tremendo período de las bullangas, que tanta fama de levantisca dieron á la capital de Cataluña; de aquellas fieras insurrecciones que Espartero creyó ahogar para siempre ordenando el bárbaro bombardeo de la ciudad, y que al año siguiente retañaban con mayor empuje, dando lugar al famoso movimiento de la *Inmancha*, que por espacio de tres meses tuvo en jaque á las fuerzas del Gobierno de Madrid.

Por fin, la paz reinó en Varsovia; pero una paz tan efímera como pavorosa, debida al ejercicio de una represión inexorable y al celo de una vigilancia siempre en vela. Barcelona descansaba de sus heroicidades, domada materialmente, pero sintiendo en su espíritu la acidez estimulante de las fermentaciones revolucionarias.

Tan pronto estallaba el popular disgusto en las ciudades con motivo de la imposición de las quintas, como se desataba en la montaña con el alzamiento de los *Matinés*, de suyo tan pegajoso é

irreductible, que sólo á fuerza de dinero pudo ser domado, después de gastar los bríos de tres ó cuatro Capitanes generales que se habían propuesto vencerlo por la fuerza exclusiva de las armas.

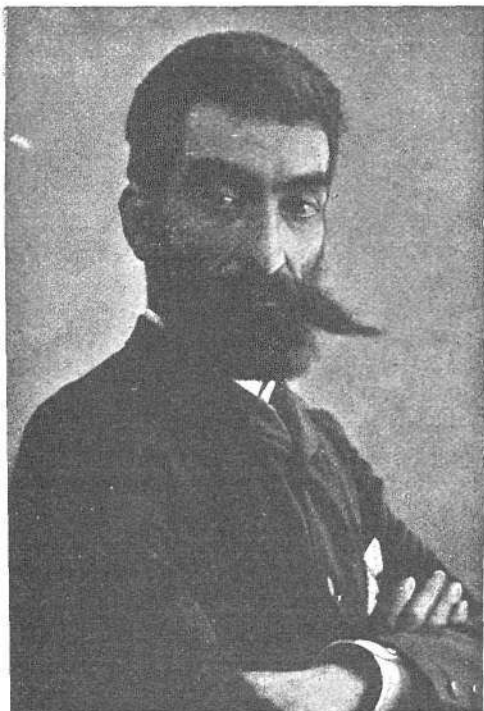
Los acontecimientos de la montaña repercutían en la capital, y con harta frecuencia se manchaban de sangre los fosos de la Ciudadela. Los fusilamientos estaban á la orden del día.

En esta atmósfera de represión sangrienta y de mal contenido disgusto popular se desarrollaba la infancia de nuestro artista, preparando la disposición de su ánimo, por instinto propicio siempre á la causa del pueblo.

Sobrevino, por fin, el cambio político del 54. ¡Qué expansión, qué alegría no produjo el triunfo de la bandera liberal en la ciudad de Barcelona, hasta entonces vejada y oprimida! Desgraciadamente, aquel desahogo había de durar muy poco, terminando con las refriadas jornadas de Julio del 56, valiente protesta ahogada en sangre por el General Zapatero, quien, con sus fieras represiones, entre las cuales descollaron los salvajes fusilamientos de Gracia, se conquistó la fama de un segundo Mou-rawieff.

Pellicer, niño aún, aprendió entonces á odiar la tiranía y la brutalidad, y su alma y su larvix, en consecuencia con los sentimientos del pueblo, debían afiliarse, para mientras viviese, á la causa de la revolución.

En tanto, Barcelona daba con gallardía sus primeros pasos por el camino de su feliz renovación. A los Gobiernos del bienio progresista debió el derribo del cinturón de murallas que la oprimía, y, libre de este ahogo, pareció respirar satisfecha, y rejuvenecerse. Al sanguinario General Zapatero había sucedido D. Domingo Dulce, que hizo bueno su apellido con la dulzura de su mando. De él es la frase «La mejor manera de gobernar á los catalanes consiste en no gobernarles poco ni mucho», y tal como



José Luis Pellicer.

la dijo la practicó constantemente, cap-tándose la unánime estimación del pue-blo catalán, orgulloso de la confianza que merecía á su primera autoridad mi-litar.

Nunca se ha divertido tanto Barcelo-na como durante aquel período; sus carnavales, improvisaciones de una ciu-dad bien humorada, gozaron fama de ser los más alegres del mundo. En ellos poníase de relieve la gracia inagotable de los artistas. Quien no ha asistido á los bailes de máscaras de *La Paloma*, no sabrá nunca hasta dónde puede lle-gar el buen humor juvenil de una ge-neración ávida de gozar y divertirse, sin perder de vista ni echar en olvido por eso las serias preocupaciones de la vida cotidiana.

Los artistas solían reunirse en talle-res colectivos, tales como *El Gavilán*, el *Taller Rull* y otros que han dejado en

Barcelona imperecedero recuerdo, tan-to por sus guasas de buen género como por su fin educativo, pues en ellos se estudiaba de firme y se propagaba la afición á coleccionar preciosidades ar-tísticas y arqueológicas. En esos talle-res, á uno de los cuales perteneció Pe-llicer, haciendo en él muy buen papel con su ingenio vivo y sus arrestos ar-tísticos, incubóse la nueva generación de artistas que tantos días de gloria ha-bían de dar á la capital de Cataluña.

* * *

El único maestro que tuvo Pellicer fue D. Ramón Martí y Alsina. Repugnába-le al joven dibujante la enseñanza exa-geradamente académica que se daba á la sazón en las clases de la Escuela provincial de Bellas Artes, estableci-das en el segundo piso de la Lonja. El Sr. Martí, en cambio, sentía el arte de otro modo muy distinto: enemigo del clasicismo más ó menos ramplón, á fuer de adorador ferviente de la Naturaleza, tenía entre sus grandes cualidades pe-dagógicas la de respetar la espontánea manera de sentir de sus discípulos. Así, entre los muchos que pasaron por su es-tudio, han sobresalido pintores de las más diversas tendencias. Opinaba Mar-tí y Alsina que el buen maestro debe dedicarse, no á torcer y violentar, sino á enderezar y dirigir las naturales dis-posiciones de sus alumnos. Por estas ideas tan sensatas, y por hacer objeto exclusivo de sus obras el estudio di-recto y sincero de la Naturaleza, goza-ba fama de revolucionario; bien que, por otra parte, la merecía, por sus con-vicciones políticas, francamente repu-blicanas.

No es menester decir cuán bien se avino desde el primer momento el ca-rácter independiente de Pellicer con la especial manera de pensar y sentir de su profesor, ni los rapidísimos progresos que hizo bajo su inteligente dirección. Pronto hubo de sobresalir entre todos los alumnos que frecuentaban, llenos de

emulación, el estudio de aquel notable profesor, cuya escuela libre sobrepujo siempre en buenos resultados á la Academia oficial.

Llegó, por fin, el momento en que Pellicer debía darse á conocer al público. Un editor muy inteligente y emprendedor, D. Inocente López Bernagossi, que tenía, entre otras buenas cualidades, el don especial de oler á los jóvenes de valía, proporcionóle ocasión de hacer sus primeras armas, confiándole la ilustración de los *Singlots poetichs*, llamados á adquirir una inmensa resonancia. Pellicer adoptó el pseudónimo de *Nyapus*, tal como el autor de los *Singlots* había tomado el de *Serafi-Pitarra*. Así fué como Federico Soler y José Luis Pellicer aparecieron por primera vez unidos del brazo para emprender rápidamente el camino de la popularidad, el uno con sus obras literarias, el otro con sus trabajos artísticos.

Nyapus, celebradísimo desde el primer momento, por la gracia é intención de sus dibujos y caricaturas, vióse solicitado por diversos editores, y ya desde entonces pudo decir á sus padres, quienes en distintas ocasiones habían tratado de desviar su vocación artística, que también el lápiz es un arma fuerte y bien templada para abrirse camino en las luchas de la vida.

Con los ahorrillos que había logrado reunir realizó, por fin, su sueño dorado de ir á Roma á perfeccionar sus estudios. Pellicer, sin dejar de ser dibujante, aspiraba á ser pintor. Y lo fué notable.

* * *

Dos años largos permaneció en la ciudad eterna, donde estudió los grandes maestros del Renacimiento, y, en oposición á las frivolidades fortunyanas, que estaban á la sazón de moda, pagándose á peso de oro, se entregó en cuerpo y alma al cultivo del arte realista, cuyo representante en París era el batallador Courbet. Pellicer sentía como el famo-

so pintor de Ornaus, tan combatido, mas al fin triunfante, y con él comulgaba, haciendo enteramente suya la famosa frase que aquél profirió en defensa propia: «Ser, no sólo un pintor, sino un hombre; hacer arte vivo: tal es mi objeto.»

Al igual que Courbet, infundía Pellicer en sus obras, pintadas á grandes manchones, una marcada situación política y social. En algunas de ellas supo verter todo el odio, todo el desprecio que sentía por la Roma papal, confiada á la salvaguardia de la legión napoleónica.

Al regresar á Barcelona trajo una porción de estudios y cuadros que, al ser expuestos en 1868 y en 1870, estallaron como bombas. Significaban aquellas obras uno de esos soplos de civilización europea que suelen penetrar en España por la capital de Cataluña. En el primer momento son desconcertantes, pero acaban siempre por imponerse. Por sus asuntos y por la forma sumaria y valiente con que aparecían tratados, así como también por su intención transparente y por el efecto de sorpresa que producían, daban al traste, de golpe y porrazo, con las lindezas y acicalamientos de un arte viejo y rutinario.

La generación joven, adivinando cuánto había de innovador en la producción del arriesgado artista, ponía por las nubes aquel *Panteón del pobre*, consistente en una faja de cuatro dedos de fosa común, sobrepujada por una inmensa extensión de cielo, y especialmente aquella queda de la Roma papal que representaba el paso de una patrulla envuelta en la penumbra de un crepúsculo vespertino, llevando por título un verso del himno de Garibaldi:

«Zitto, silenzio, che passa la ronda.»

En cambio, los académicos, las *milocas*, como se les llama en Cataluña usando un vocablo de taller, se deshacían en denuestos contra el autor y sus obras.

--Esto no es un cuadro—decía en alta voz un venerado profesor de estética de la Escuela de Bellas Artes, refiriéndose al *Zitto*, *silencio*,—esto es una blasfemia artística.

Pues bien; pese al anatema de D. Pablo Milá, aquella blasfemia artística recibía su consagración oficial ganando medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1871. Adquirida la obra por el Estado, pasó á enriquecer la galería del Ministerio de Fomento.

Entre las producciones de Pellicer correspondientes á su primera época de pintor realista, recuerdo, además de las dos citadas, las que llevaban los siguientes títulos:

Il Ghetto di Roma, *Voz in deserto*, *Interior de un taller*, *Dentista ambulante*, *La campagna romana*, *Un prete*, *Tres grados bajo cero*, *Una calle de Rocca Priore* (Italia), *Plaza Montanara* (Roma), *El mercado de Balaguer*, adquirido por la Reina doña María Victoria, y *Dalt del cim dal turó del Bruch*, que representa un apuesto guerrillero republicano, y es el único cuadro de Pellicer que posee el Ayuntamiento de Barcelona.

Este tipo pudo estudiarlo del natural, pues, llevado de sus exaltaciones políticas, tomó parte en el alzamiento republicano del año 69, á las órdenes de Joarizti. Más tarde, elegido concejal del Ayuntamiento de Barcelona, negose á posesionarse del cargo, por no tener que jurar la Constitución del año 69. Así era Pellicer político: un intransigente, fiel á las ideas, refractario á toda disciplina de partido.

Ya entonces reveló sus condiciones de informante gráfico de los sucesos de actualidad, que más tarde habían de valerle una reputación universal. De los acontecimientos ocurridos en Barcelona durante el agitado período revolucionario tomaba magníficos apuntes, que eran publicados por *The Graphic*, de Londres, y *Le Monde Illustré*, de París. Con verdadero riesgo de su vida le ví en la insurrección de 1876 sacando un croquis

de una barricada de Sans, en el momento de romperse el fuego, sordo al silbido de las balas que estallaban á su alrededor. Impávido y sereno en medio de tan gran peligro, creyérase que se sentía acorazado por su vocación artística ó por la fruición que en su ánimo producía el animado y pintoresco espectáculo del pueblo levantado en armas.

Habiendo trasladado su residencia á Madrid puso su lápiz al servicio del periódico *Gil Blas*, que se publicaba bajo la dirección de Roberto Robert. Digno rival del popular Ortega, hacía sangre con sus cáusticas é intencionadas caricaturas, al propio tiempo que en *La Ilustración de Madrid*, notable publicación que no llegó á medrar por deficiencias administrativas, afianzaba más y más su reputación de dibujante único en la reproducción de los sucesos notables y en la pintura de tipos y costumbres populares.

Abelardo de Carlos encontró en Pellicer á su hombre para dar lustre, prestigio y una inmensa popularidad á la *Ilustración Española y Americana*. Enviado en calidad de corresponsal, primero al sitio de Cartagena, más tarde á las campañas carlistas del Norte y Cataluña, y por fin á la guerra de Oriente, agregado al cuartel general del Gran Duque Nicolás, revelóse artista único para reproducir al vivo, ora con apuntes improvisados, ora con dibujos que eran verdaderos cuadros, todas las escenas y peripecias de la guerra. Nadie ha sentido como Pellicer la realidad viva y palpitante de la vida azarosa de campaña. Sus dibujos, tomados muchos de ellos entre el fragor del combate y afrontando los mayores peligros, bien puede afirmarse que son más fieles que no lo hubieran sido los clichés de la fotografía instantánea, á la sazón no inventada todavía. ¡Lástima grande que, por no conocerse entonces aún los procedimientos del fotograbado, no hayan podido conservarse los originales de Pellicer, que tendrían hoy un valor extraordina-

rio! Para su publicación era entonces preciso grabarlos al boj; un grabador, por bueno que sea, no es más *à fin* y al cabo que un traductor del artista; y harto sabido es aquello de *traduttore, traditore*.

Aun pasando por tal inconveniente, la obra de Pellicer, en su cualidad de corresponsal, ilustrador fiel de sucesos memorables que pertenecen á la historia, quedará eternamente como un testimonio admirable de verdad y de pujanza artística, en tal especialidad por nadie igualadas hasta ahora. Las colecciones de la *Ilustración Española y Americana*, en los tomos correspondientes á los años 1874 y 1877, dan fe plena de nuestro aserto. En aquellos dibujos aparece descrita la guerra con acentos de vida, de emoción y de realidad, y con un relieve tan extraordinario, que es imposible pueda nunca conseguirlos la pluma del escritor mejor cortada; y es que Pellicer, en el vigor de su juventud, vivió y sintió aquellas obras con toda la fuerza de su privilegiado temperamento.

No fué, ciertamente, el más preciado de sus lauros la condecoración de la Orden de San Estanislao, que le otorgó el Gobierno moscovita en premio á su valor de soldado y á sus méritos de artista, sino la reputación europea que se conquistó con muchos de sus dibujos, reproducidos por las principales ilustraciones de París y Londres. Así, cuando el año 80 pasó á establecerse en París, era ya su nombre popular.

* * *

Mas antes de ir á Francia, permaneció en España unos dos años, pintando el gran cuadro de asunto oriental representando la *Llegada á Dizful del Gobernador del Arabistán y del Vicedónsul de España, D. Adolfo de Rivadeneyra*. Premiadada esta obra con medalla de tercera clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1878, figura hoy en el Ministerio de Estado.

Pellicer se presentó con ella bajo un

aspecto muy distinto del que pudieran prometerse los admiradores de sus primeros lienzos. Dijérase que el dibujante firme y concienzudo había devorado al pintor de aquellos manchones valientes y sugestivos. Más amante de la forma precisa que del color, éste y sus cuadros sucesivos parecían soberbios dibujos iluminados con cierta timidez. La composición armoniosa y nutrida y la limpieza y seguridad de la línea y el contorno, habían absorbido las audacias del colorista émulo de Courbet á su regreso de Roma.

Igual carácter ofrecen sus obras sucesivas, *El pan nuestro de cada día*, *El entierro del pobre*, *Por orden del señor Alcalde* y *La marcha de los quintos*, escena palpitante de vida, tomada del natural en un pueblo de la provincia de Huesca, donde Pellicer pasó una larga temyorada. Posee este cuadro, el último que pintó, y uno de los más característicos de su segunda época, el Sr. D. José Tomás Salvany.

Ya desde entonces decidió arrinconar la paleta y los pinceles para dedicarse exclusivamente al arte del dibujo. Sólo una vez, algunos años más tarde, y aun por compromiso, volvió á pintar, decorando con grupos de apóstoles y otras figuras bíblicas la capilla del Asilo Durán, cuyo proyecto y construcción habían sido confiados y corrieron á cargo de su hermano D. José, quien no pudo menos de solicitar su concurso, ni el aventajado artista pudo excusarse de prestárselo.

* * *

La invención y los rápidos progressos del fotograbado, arrinconando el buril del grabador, abrieron al dibujo, destinado á la ilustración de obras, amplísimos horizontes, hasta entonces desconocidos, pues no sólo con tal procedimiento quedaba incólume el trazo del dibujante, sino que, abaratando considerablemente la producción editorial,

facilitaba de un modo extraordinario la difusión de la obra del artista.

Pellicer, amigo y admirador de Vierge Urrabieta, comprendió en seguida que dibujando para la ilustración de obras también podía hacerse arte, y arte serio, como lo hacía su amigo Vierge, de merecida y consagrada reputación universal.

En París, donde se trasladó con su joven y desgraciada primera esposa, encontró todas las facilidades. Una de las ilustraciones que allí se publican le tomó á sueldo, encargándole un dibujo de media página para todos los números; *The Graphic*, de Londres, le nombró su corresponsal, y los editores Fermin Didot, Hachette y Quantin le asediaban con sus encargos. Para el último ilustró una edición completa de las obras de Walter Scott, alcanzando un éxito extraordinario.

Lejos de dormirse, Pellicer, fiado en la extraordinaria facilidad de su lápiz y en los fructuosos resultados de su labor, siempre solicitada y bien retribuida, dedicábase con mayor afán que nunca al estudio, con el modelo en frente, ávido de afinarse hasta alcanzar el mayor grado de perfección posible. Pasábase las semanas y los meses enteros encerrado en su estudio de la calle Danfert Rouchereau, el mismo taller que antes que él había ocupado Scott, en frente del cual tenía su vivienda, y en ella á la buena de su mujer afectada de una terrible enfermedad.

Cinco años pasó de esta suerte, dedicando todo su tiempo á las porfías del arte y á los cuidados que exigía el estado de salud de la amada compañera de su vida. Pellicer era un hombre efusivo, todo corazón, y no pudo sobrelevar la inmensa pena que le produjo la pérdida de aquel sér que con él compartía anhelos y esperanzas.

París se le hizo insoportable, y se trasladó, en busca de consuelos, á su ciudad natal. En Barcelona encontró á su familia, á sus amigos, y, al cabo de algún

tiempo, á una nueva compañera, la señorita doña Ana Martí, hija de su maestro, D. Ramón Martí y Alsina, con la cual se unió en matrimonio, fundando el dichoso hogar, alegrado más tarde con la presencia de dos ángeles que, encadenándole con los dulces lazos del más puro afecto, moviéronle á fijarse definitivamente en Barcelona.

«*Roda il mon y torna al Born*», dice un adagio barcelonés, dedicado á los que, después de correr mundo, acaban por advertir que no hay sitio mejor ni más grato que la tierra donde se ha nacido. Pellicer llegaba á Barcelona en el apogeo de su brillante carrera, y en circunstancias asaz propicias para un artista de sus grandes merecimientos. La industria editorial tomaba nuevos rumbos, buscando en el arte de la ilustración un auxiliar poderoso. Por aquellos años fundábase la biblioteca *Arte y Letras*, y la poderosa casa de Montaner y Simón se decidía á utilizar el talento de los artistas españoles.

Para *Arte y Letras*, y para la Casa Verdagner, que fué una derivación de aquella biblioteca, ilustró Pellicer algunos tomos con una maestría insuperable. Entre ellos recordamos los siguientes títulos: *Marcus de Obregón*; *El Nabab*, de Daudet; *Marta y María*, de Palacio Valdés; *Bocetos californianos*, de Bret Harte; *Odas*, de Horacio; *Quintín Durward*, de Walter Scott, y una colección de novelas picarescas españolas, en colaboración con Apeles Mestres.

Para la Casa de Montaner y Simón, la segunda parte del *Quijote*, que dejó sin concluir el malogrado Ricardo Balaca, las *Obras completas del duque de Rivas*, que tuvo que interrumpir Apeles Mestres por causa de enfermedad, las *Obras de Larra* (F'garo), las de Camipoamor, *La leyenda del Cid* y *La leyenda de los tenorios*, de D. José Zorrilla, y algunas más que en este momento no recuerdo.

Para la Casa López Bernagossi, *Algo*, colección de poesías de Joaquín María Bartrina.

De la edición de lujo de los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós, ilustró las novelas *Gerona* y *Un voluntario realista*.

Para la Casa de Henrich y Compañía, la novela *La Honrada*, de J. O. Picón.

Para el diario *La Vanguardia*, un hermoso tomo de *Notas y dibujos*, estudio de la Exposición universal celebrada en París en 1889.

Ilustró además una preciosa edición de *Gil Blas de Santillana*, y no cesó de favorecer con sus dibujos á los periódicos ilustrados *La Academia*, *La Ilustración Artística*, los *Almanques Sud-Americanos* de la Casa Espasa, los populares *semanarios La Campana de Gracia* y *La Esquilla de la Torratza*, y un sin fin de publicaciones que sería prolijo enumerar.

La prodigalidad y la facundia de que daba pruebas tan asombrosas en nada hicieron desmerecer nunca el valor artístico de sus dibujos. Ostentan todos sin excepción el sello de su pujante y característica personalidad; una gran riqueza y amplitud de composición, que hace de muchos de ellos verdaderos cuadros, una fidelidad irreprochable á la obra del escritor, un conocimiento poco común en cuanto á detalles de arquitectura é indumentaria y siempre aquel trazo enérgico, viril y seguro, que con el tiempo hasta se había hecho primoroso y acicalado, sin perder por eso ni un átomo de su vigor.

Por tales condiciones Pellicer debe ser considerado como el primer ilustrador español de nuestros tiempos. No creo que deje sucesor, y hasta me temo que ha de pasar mucho tiempo sin que se encuentre quien le reemplace.

Del éxito de sus obras habla una anécdota, de cuya exactitud puedo responder.

Adolfo Brugada, amigo de infancia de Pellicer, fué un día á París á avistarse con Alfonso Daudet, al objeto de recabar su autorización para traducir al catalán y poner en escena su drama *L'Arlesienne*. Apenas el insigne novelista enteróse de que Brugada era de Barce-

lona, faltóle tiempo para hablarle de Pellicer.

—No le conozco personalmente—le dijo,—pero es un artista admirable. Déle usted en mi nombre un fuerte abrazo y maniéstele que estoy encantado de su ilustración de mi *Nabab*. No puede darse una interpretación más fiel ni más hermosa de los tipos y escenas de mi novela, y hasta parece imposible que un artista extranjero pueda llegar á tener un *cachet* tan justo y exquisito de realidad parisiense. Hágame usted, pues, el obsequio de expresarle toda la sinceridad de mi profunda admiración.

Cuando Brugada, portador de este li-sonjero encargo, de regreso á Barcelona, tuvo ocasión de comunicarlo á su buen amigo, Pellicer permaneció mudo y en apariencia impasible, bien poco rato por cierto, pues en breve sus ojos negros y expresivos se humedecieron por efecto de la emoción. Pero á nadie, ni á sus más íntimos amigos, dejó comprender jamás un concepto que tanto le enaltecía, y aun creo que exigió á Brugada la mayor reserva, pues una de las grandes cualidades del admirable artista fué siempre la modestia.

Modesto y tolerante, gozaba en Barcelona de universales simpatías. Su espíritu, abierto á todos los progresos, comprendía y encomiaba las últimas modalidades del arte, aun las más exageradas, pues prefería las mayores audacias cuando indican tendencias renovadoras á la rutina y el estancamiento, síntomas de parálisis y de muerte.

Alto, enjuto de carnes, de facciones muy pronunciadas y mímica angulosa, pero sumamente expresiva, su facha metafísica de revolucionario impetuoso, contrastaba con su exquisita cortesía y con la bondad innata de su corazón, un verdadero corazón de niño. Bastaba hablar con él una sola vez para sentirse atraído por un hombre que con todas sus apariencias diabólicas tenía ángel.

Su lenguaje, un tanto premioso, era pintoresco y sumamente expresivo. A

veces, á lo mejor de una conversación interrumpíase tosiendo con una tosecita muy característica, mientras buscaba la palabra más adecuada á la idea que se proponía expresar. Si alguno de sus interlocutores, para sacarle de pena, se la apuntaba, nunca la admitía, bastando esto sólo para dar de repente con otra palabra sinónima.

En sus paseos por la ciudad no había mendigo que le tendiera la mano sin que se llevase una limosna, cual si en los pobres desarrapados viese sus modelos predilectos.

Amaba á Cataluña con delirio, tanto como aborrecía los abusos y las imposiciones de la centralización uniformadora. En este concepto era un catalanista convencido; pero amigo de una Cataluña progresiva, mirando siempre hacia adelante y exenta por completo de las anacrónicas supervivencias que anhelan una buena parte de los catalanistas militantes.

A partir de los últimos desastres nacionales puso sus grandes aptitudes de caricaturista al servicio de *La Campana de Gracia*, publicando algunas notables composiciones que revelaban el estado de su espíritu.

Estas caricaturas, impregnadas de amargura y de cierta filosofía mal humorada, trazábalas como para descansar de otras tareas más importantes, cual la ilustración de la novela *Doña Perfecta*, de Pérez Galdós, y de una obra histórica en catalán, titulada *Fets memorables de Catalunya*, que ha dejado muy adelantadas.

Víctima de una larga y pertinaz enfermedad infecciosa, que se hizo notar por una larga serie de mejorías y recaídas, sucumbió Pellicer el día 15 de Junio de 1901. El arte nacional debe señalar con piedra negra esta luctuosa fecha.

J. ROCA Y ROCA.





Crónica Agrícola

SUMARIO.—Transformación radical que se está operando en los procedimientos y métodos de la producción agrícola.—Causas y tendencias de esta transformación.—Sus efectos.—Carácter de estas crónicas.—La cosecha de cereales en los Estados Unidos, Rusia, India, Francia, Austria-Hungría, Australia y España.—Tendencia probable del mercado.—La exportación de vinos españoles.—Su disminución: causas de ésta y modo de remediarla.—Cifras correspondientes a la exportación vinícola en lo que va de año.—Producción de aceite de oliva en España.—Las corrientes comerciales de este artículo.—Países exportadores é importadores.—Situación actual y tendencias del mercado.

Todo evoluciona en el mundo, para mejor conformarse con las variaciones del medio; y la producción agrícola no puede escaparse á esta ley general.

La clase labradora constituye indudablemente el grupo social más apegado á los usos, costumbres y métodos de los antepasados; la vida del campo, el aislamiento relativo, las mayores dificultades para instruirse (en comparación con el habitante de las ciudades), todo hace que el agricultor sea el más lento en seguir las transformaciones sociales, de todo género, de la comunidad de que forma parte. Pero apesar de estas causas naturales de retardo, consciente ó inconscientemente, unas veces de grado y por propio estímulo, otras por fuerza y arrastrado por las circunstancias, no tiene más remedio el labrador que seguir los grandes movimientos evolutivos de la humanidad.

Las radicales transformaciones que en la industria han ocasionado la aplica-

ción de las máquinas, en sustitución al trabajo manual, y la diferente organización de la producción, acaparando grandes empresas lo que antes hacia infinidad de pequeños industriales, han hecho variar de un modo transcendental las condiciones de la vida de muchos millones de seres humanos, han alterado considerablemente el precio de muchas cosas, y cambiado las formas, métodos y corrientes comerciales.

La agricultura, por lo que tiene de industria, habrá de experimentar transformación semejante. La invención de máquinas agrícolas, cada vez más sencillas, más fáciles de manejar, más perfectas en todos sentidos; máquinas que aumentan de un modo extraordinario la cantidad de trabajo útil y mejoran este mismo trabajo, aumentando, mejorando y abaratando al mismo tiempo la producción; la aplicación, no empírica, sino racional y metódica, de los abonos industriales, que permite acrecen-

tar las cosechas y mantener al mismo tiempo las tierras en estado constante de fertilidad; habían de producir cambios extraordinarios en los métodos, en las costumbres y en la organización del trabajo de los campos.

Así ha sucedido. Años atrás, en los países que van á la cabeza de la civilización, y aun hoy día, en las comarcas que van á la zaga, el agricultor (aun el más modesto ó de propiedad más reducida), cultivaba ó cultivaba, muchas cosas, y cosechaba trigo, y cebada, patatas y garbanzos, era viticultor y olivero, en una palabra, algo de todo lo que el clima y el suelo consintieran. Y no se limitaba á obtener los productos de la tierra, sino que procedía también á su transformación, convirtiéndose en industrial, y todo el que tenía viñas hacía vino y aguardiente; y el que cosechaba aceitunas elaboraba aceite; y los frutereros preparaban conservas, etcétera, etc.

Siguiéndose las mismas prácticas en todo el mundo, esto hubiera podido continuar por mucho tiempo; pero las gentes en los países nuevos, y en todas partes, los hombres emprendedores y que ven lejos, para conformarse con las exigencias cada vez más claras y manifiestas de los mercados, adoptaron otro procedimiento más industrial y comercial. Dividióse el trabajo y aplicáronse los labradores solo á cultivar las tierras y obtener sus productos, dejando á otros individuos ó á compañías industriales, la transformación de esos mismos productos. El labrador limitase á obtener la uva, y otro industrial fabricará el vino. Uno y otro aplicarán su atención, su actividad y sus medios á operaciones de una sola clase, y el resultado será mejor. En el caso del vino, por ejemplo, el individuo ó la compañía que compre uvas al por mayor en una región entera, podrá fabricar el vino en grande escala, tener magníficas bodegas, maquinaria completa, personal competente, y fabricar así, más barato y mejor, tipos de vino casi constantes, que es lo que el mercado exige. De este modo, la gran industria ha matado las industrias agrícolas caseras.

Este ha sido el primer paso; la separación completa entre el cultivo de la tierra y las industrias agrícolas.

Pero después ha venido la segunda transformación; cual es, la especialización de los cultivos. En lugar de dividir la propiedad en muchas parcelas pequeñas y dedicar cada una á un cultivo

distinto, es mejor y más económico dedicar toda la porción posible de la misma propiedad á un solo cultivo; únicamente las condiciones locales del suelo, son las que han de imponer la variación.

Dedicado de esta manera el labrador á una ó muy pocas especialidades agrícolas, aumentará y mejorará su producción; se estenderá más la aplicación de las máquinas agrícolas, ahora muy limitada por la gran parcelación de las tierras; se abaratará y será menos irregular el coste de producción; en una palabra, podrá el labrador producir más, mejor y más barato; es decir, en las condiciones que hoy son necesarias para competir en los mercados.

Esta es la transformación que se está verificando en la agricultura, y como el impulso viene ya dado de otros países, en que se trabaja en las condiciones modernas, no hay más remedio que ir evolucionando en todas partes, so pena de sufrir terribles y angustiosas crisis y, á lo último, perecer.

En estas revistas agrícolas, se procurará ir estudiando el curso de estas transformaciones en lo que respecta á cada uno de los cultivos más importantes; los progresos técnicos que se realizan; las grandes oscilaciones de la producción, por virtud de las vicisitudes atmosféricas, ó por influencia de esos mismos progresos técnicos; y en fin, las tendencias y exigencias de los mercados, prescindiendo de listas de precios, que solo tienen un valor momentáneo y un carácter incompatible con la condición bimensual de estas Revistas.

*
*
*

La cosecha del trigo de invierno en los Estados Unidos, está representada por un 82,7 por 100 de una cosecha normal buena. Esto supone un aumento de 15,4 por 100 sobre la producción del año pasado. En cambio, la cosecha del trigo de primavera ha sido menor, pues las estadísticas oficiales la fijan en 87,3 por 100 de la normal, cuando el año pasado fué 91,4 y el año anterior, 100,9.

El terreno dedicado al cultivo de cebada ha aumentado en 0,6 por 100, en el último año, pero la producción de este cereal se calcula en 86,7 por 100, contra 51,4, que fué la producción el año pasado. El cultivo de la avena se ha extendido en los últimos doce meses un 3,9 por 100, y la cosecha está representada por 91,7 por 100, siendo así que la del

año pasado fué 88,7. El área del cultivo del centeno ha disminuido en 4,1 por 100, pero en cambio, la cosecha muestra un aumento, pues siendo el año anterior 84,5, este año ha llegado á 87,6.

En Rusia, según las estadísticas suministradas por las setenta y dos provincias, la última cosecha ha dado los resultados siguientes:

	Quintales.
Trigo	56.590.900
Centeno	103.025.000
Cebada	27.144.000
Avena	101.764.000
Patatas	24.173.400

Comparadas estas cifras con las correspondientes á la de la cosecha anterior, resulta una disminución de 640.900 quintales en la cosecha del trigo y de 9.571.600 quintales en la de la cebada. En cambio hay un aumento de 20.252.000 quintales en la producción del centeno; de 31.468.000 quintales en la de la avena; y de 602.100 id., en la de las patatas.

Los datos reunidos respecto á la cosecha del trigo en la India, manifiestan que solamente en la provincia de Bengala se espera una cosecha normal; en Oudh y en las provincias del Noroeste, sólo cuentan con una producción equivalente á los 2/3 ó 4/5 de la normal. En el Panjab, el año ha sido aún menos favorable y la cosecha no llegará á los 2/3. En las provincias centrales, los resultados han sido desastrosos, pues á causa de la falta de lluvias en Otoño, la producción de trigo no llegará á una quinta parte de lo que ha sido en la misma región en años regulares. En Bombay, y por la misma carencia de lluvias, la cosecha en conjunto no pasa de la mitad de la normal, habiendo distritos, como en Gujarat y Deccan, donde casi se ha perdido por completo. En el Berar tampoco hay cosecha, pues está representada solamente por el 4 por 100 de la ordinaria; y en el Nizan no llega tampoco al 16 por 100 de una cosecha media.

En Francia, el resultado de la cosecha se considera como *muy bueno* en dos departamentos; *bueno* en 22; *regular* en 45; *pasable* en 17; y *mediano* en los restantes.

Las estadísticas del ministerio de Agricultura en Austria dan, para la producción de cereales en la última cosecha, las cifras siguientes:

	Hectolitros.
Trigo	18.000.000
Centeno	31.438.345
Cebada	24.630.000
Avena	45.000.000
Maíz	5.229.000

Comparadas estas cifras con las relativas á la cosecha del año pasado, resulta que la producción actual de cereales supera en 280.000 hectolitros á la anterior, habiendo aumentado en todos los granos excepto en el maíz, en que hay una ligera disminución.

En Hungría, la cosecha de trigo promete ser regular, ó sea próximamente la normal. El centeno ha sufrido mucho á consecuencia de los fríos experimentados en Mayo. La cebada también ha sido perjudicada con las heladas de primavera, pero la cosecha es regular, y otro tanto sucede con la avena. El maíz está muy retrasado y su color no es bueno.

Los datos acerca de la producción del trigo en Australia, arrojan los resultados siguientes, para la última cosecha, en las distintas regiones de aquel país:

	Hectolitros.
Victoria	7.245.000
Nueva Gales del Sur.....	3.432.000
Australia del Sur.....	3.248.000
Queenslandia	224.000
Australia occidental	—
Tasmania	852.000
Nueva Zelandia	4.837.000
<i>Total</i>	19.838.000

Estas cifras muestran un considerable aumento en la producción de trigo en todas las colonias australianas, excepto en Nueva Gales del Sur. Las mismas estadísticas demuestran que la producción de trigo en aquellas regiones es,

	Hectolitros por hectárea.
En Australia del Sur.....	4,50
• Nueva Gales del Sur.....	6,30
• Victoria	8,10
• Queenslandia	11,70
• Tasmania	24,90
• Nueva Zelandia	29,70

de cuyos datos resulta que, la producción por hectárea, ha disminuido en Nueva Gales y aumentado bastante en la Australia del Sur, donde hasta hace dos años, solamente se obtenían 2,25 hectolitros por hectárea.

En España, la cosecha de cereales se presentaba abundante, de buena calidad, considerando el país en conjunto; pero desgraciadamente las tormentas del último mes, y el incremento que ha adquirido la langosta, han reducido notablemente la producción y ocasionado la ruina de algunos distritos. De todos modos, hasta pasado el mes de Julio, no se tendrán datos completos de todas las provincias, por los cuales se pueda calcular el déficit que resulte para las necesidades del consumo en toda la nación.

No hay tampoco datos completos para juzgar de la cosecha de la República Argentina, y siendo ésta uno de los principales centros de exportación, es necesario tenerlo en cuenta para calcular la tendencia de los precios en la temporada próxima.

Sin embargo, resultando algo disminuida la cosecha en los Estados Unidos y en Rusia, y muy reducida en la India, lo probable es que, en los grandes mercados, los precios del trigo se presenten sostenidos y con tendencia al alza; y, por lo que hace á España en particular, esta tendencia se acentuará más, si los desastres de la última semana de Junio han tenido en otras provincias la intensidad que en la Mancha y en Aragón.

* *

El producto principal de la exportación española es el vino. Desgraciadamente, esta exportación ha descendido mucho de lo que fué hace veinte años. Cesó la causa principal que motivó el aumento, ó sea la gran reducción de la cosecha en Francia por las devastaciones de la filoxera; la producción vinícola argelina, siempre creciente, suministra además á los franceses vinos baratos y primera materia para sus *coupages* en condiciones económicas más ventajosas que los vinos españoles. En tales circunstancias, lo natural y lógico es que nuestra exportación vinícola á Francia, que constituye el principal renglón de nuestra exportación vinícola total, vaya constantemente disminuyendo. El medio de atajar los efectos de esta disminución está en conquistar mercados permanentes donde, aun cuando se venda menor cantidad de vino que la que

se ha exportado á Francia en los buenos tiempos, se puedan conseguir mejores precios que los obtenidos en los mercados franceses. Las repúblicas hispano-americanas, donde hay una numerosa población española y donde los gustos y aficiones son muy semejantes á los nuestros, ofrecen un campo que debe cultivarse, sopena de que los italianos y franceses, más activos, lo monopolicen. Del mismo modo, los países que ó nunca producirán vino, ó producirán muy poco por sus condiciones climatológicas, como Inglaterra, Bélgica y Holanda, Suiza, Austria y Alemania, Rusia y las naciones escandinavas, tendrán siempre que importar vino de las comarcas del Sur de Europa.

El conseguir dominar en estos mercados estriba en una propaganda activa, constante é inteligente, y al mismo tiempo, en presentar tipos de vino bien elaborados, de estilo constante y de precios moderados. De no trabajar en este sentido la explotación vinícola española irá constantemente en baja, que es lo que ahora sucede.

En los cuatro primeros meses del año actual, la cantidad de *vino común* que se ha remitido al extranjero ha sido de 963.118 hectolitros.

En igual período del año pasado se exportaron 1.744.998 hectolitros de la misma clase de vino. Esto acusa, para lo que va de año, una disminución en la exportación de 781.880 hectolitros, ó sea el 40 por 100.

Esto por lo que hace al vino común; en los de Jerez y sus similares la baja en la exportación es aún más pronunciada.

En efecto, en los cuatro primeros meses del año corriente, la cantidad de *vinos de Jerez y similares* que se ha remitido al extranjero, suma solamente 6.845 hectolitros; en el mismo período del año pasado se exportaron 14.719 hectolitros, y en el año anterior, ó sea en el de 1899, fueron 20.557 hectolitros. Estas cifras no pueden ser más elocuentes, siendo inútil toda clase de comentarios.

* *

La producción de aceite de olivas es otro de los ramos importantes de la riqueza nacional.

Se calcula, en efecto, que por término medio se obtienen en España anualmente unos tres millones de hectolitros de aceite, valorados en unos doscientos millones de pesetas. Se exporta aceite

de olivas español á Méjico, Cuba, Puerto Rico, Uruguay, Colombia, Portugal, Inglaterra, Francia y Rusia.

Entre los países competidores de España en este artículo, está en primer lugar Italia, cuyos aceites son muy apreciados por su limpidez, sabor neutro y baratura, y se exportan en cantidades considerables á Alemania, Inglaterra, Austria Hungría, Rusia, Suiza, Egipto, Estados Unidos, Chile, Perú, Bolivia, Colombia, República Argentina y Uruguay.

Francia, exporta á Bélgica, Canadá, Chile y, en cantidades menos importantes, á Alemania, Inglaterra y Suiza.

Turquía, produce abundante cantidad de aceite, pero de elaboración muy defectuosa. Envía cantidades de consideración á Egipto, Rumanía, Alemania, Austria, Rusia é Inglaterra.

Grecia presenta también una producción respetable, exportando á los mismos países que Turquía.

En Portugal el cultivo del olivo está muy desarrollado, pero el consumo de

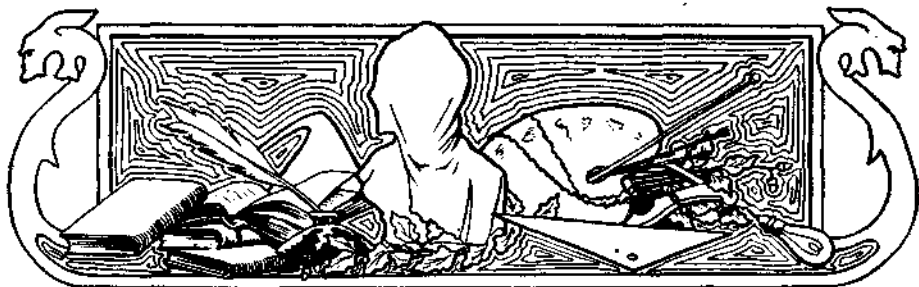
aceite es grandísimo, no sólo como comestible, sino para la industria, principalmente la de conservas de pescado; por eso, apesar de ser país productor en grande escala, importa aceite de olivas de España é Italia. También exporta al Brasil.

California y Australia empiezan á producir aceite de olivas de buena calidad y cada año en mayor proporción. Hacen ya competencia á los europeos en los mercados americanos é ingleses.

Tal es el movimiento general de producción y comercio del aceite de olivas. Respecto á la situación mercantil actual, debe manifestarse que los precios son flojos en todos los mercados, á causa de esperarse una cosecha abundante en todas partes. En España, la baja de precios es más acentuada que en los demás países, pues la demanda para el extranjero está completamente encalmada y la producción que se presenta para la próxima recolección será muy superior á la normal.

VICENTE VERA.





Revista bibliográfica

DEL ASESINATO CONSIDERADO COMO UNA DE LAS BELLAS AR- TES

*«Escribe con sangre y
verás que la sangre es es-
píritu.» — NIETZSCHE.»*

El famoso libro de Tomás de Quincey es al mismo tiempo una obra de crítica y una obra histórica. Si estuviera dividido en varias partes, éstas podrían titularse: 1.º *Del asesinato en la antigüedad*; 2.º *Espejo de asesinos*; 3.º *Manual del perfecto asesino*. Pero el autor, que como buen inglés, carece de *savoir faire*, ha preferido mezclarlo todo en un fárrago de datos, de opiniones, de himnos, de anécdotas y de ironías. Estas últimas son las que más han visto los lectores, á pesar de ser las menos numerosas. Tomás de Quincey no empleó el tono irónico, sino para escapar á la censura. En el fondo, su admirable alma de crueldad era incapaz de burlarse de un verdadero artista en crímenes. Así, después de haber analizado con sonrisas secas algunas «puñaladas groseras» de malhechores sin sagacidad y sin experiencia, y casi todos los asesinatos históricos, no puede menos de ponerse serio al contar los crímenes de su asesino favorito, el famoso John Williams, creador impecable de la muerte.

I

Lo que podemos llamar la parte histórica es la menos importante de la obra que analizamos. El erudito Tomás de Quincey, que á los quince años componía odas en griego y que á los veinte había leído todos los libros antiguos, no encontró, en los siglos pasados, ningún

asesino digno de rivalizar con su admirable John. «En principio—dice—el asesinato es reprobable; pero puesto que existe, es necesario sacarle el mejor partido posible desde el punto de vista de las bellas artes. Una cosa que considerada moralmente es chocante, se convertirá, si la sometemos á los principios del buen gusto, en obra meritoria.» Luego exclama: «¡Marchemos, pues, juntos por la galería de la muerte, embriagándonos en las delicias de la admiración!» Y el desfile histórico principia. Primero aparece Caín, inventor del asesinato, hombre de genio de primer orden. Su crimen, dado el estado primitivo en que todas las artes se encontraban entonces, no podía ser perfecto. Milton lo describe así en el libro XI del *Paraíso perdido*: «El labrador sintiose presa de terrible cólera, y como el pastor estaba frente á él y le hablaba, dióle en el pecho con una piedra y le arrancó la vida. Abel, mortalmente pálido, cayó exhalando el alma gembunda en un torrente de sangre.» Bien hace el poeta en hablar de sangre, pues dado lo tosco del instrumento, el crimen habria parecido enteramente incoloro y salvaje, de no animarlo una bella mancha.

Después de Caín, los siglos transcurren pobres de bellos crímenes. Las grandes matanzas de la antigüedad, carecen de horror y de misterio: son muertes heroicas; son líricas estocadas. Todo el mundo parece de marmol. Afortunadamente el alma pagana no es ni única ni eterna. He aquí á los sicarios que, según José, libro XX, «operaban con pequeños alfanjes corvos.» Tomás de Quincey dice: «La historia de estos sicarios es cosa perfectamente magnífica. El único caso que se haya presentado de un ejército regular de matadores, es el

de ellos. Llegaron á ser tan numerosos en el desierto, que Festo tuvo que atacarlos con las legiones romanas. Una batalla se dió. Los sicarios murieron. ¡Cuadro sublime! Hablando del viejo de la montaña, dice: «Era un artista tan fervoroso que, cuando en cierta ocasión uno de sus favoritos atentó hábilmente contra su vida, mostróse tan satisfecho que, á pesar de la traición creóle duque en el acto, y le dió una pensión para tres generaciones.»

Las asesinatos políticos parécenle sublimes, por lo que tienen de peligrosos para el artista que lo ejecuta. La lista antigua está llena de nombres ilustres: tres Enriques de Francia; un Guillermo de Orange; el duque de Buckingham; Gustavo Adolfo; Wallenstein; etcétera. Después de citar estos nombres, de Quincey exclama: «¡Oh gloriosa pléyade de asesinatos! La admiración crece de punto si se considera que esta brillante constelación de manifestaciones artísticas, que comprende tres majestades, tres altezas serenísimas y una excelencia, se verificaron en un lapso cortísimo de tiempo, de 1588 á 1635.»

El asesinato que más le entusiasma de los siete de la brillante constelación, es el del rey de Suecia que, sin embargo, es el único que no está probado. «Harte—dice—hace mal en dudar. Fué asesinado, y yo considero este asesinato como un caso único por su superior calidad; porque fué llevado á cabo en pleno día, en el campo de batalla; caracteres que no se encuentran en ninguna otra de las obras de que yo me acuerdo. Concebir la idea de un asesinato secreto por un motivo secreto, como un minúsculo paréntesis en la gran frase de matanzas de la batalla, hace pensar en sutiles artificios de Hamlet, y es una tragedia dentro de la tragedia. Este, como los otros seis asesinatos, pueden ser estudiados con provecho por los aficionados inteligentes. Son modelos ejemplares, patrones acabados.»

Muchos grandes filósofos estuvieron á punto de ser asesinados. A la edad de treinta y seis años Descartes fletó en Hamburgo un buque, y se embarcó en él con objeto de hacer un viaje de estudio. Al cabo de poco tiempo descubrió que su tripulación se componía de bandidos que, creyéndole incapaz de comprender una palabra de alemán, discutían en su presencia los detalles de su asesinato. Descartes, á pesar de tener grandísimo miedo, púsose de pie, trocó

la placidez habitual de su rostro por un aire feroz, requirió la espada, y dijo á sus marineros que iba al punto á atravesarlos si no se arrodillaban ante él, lo que hicieron intimidados por la sorpresa.

Spinosa, á pesar de lo que en general se cree, murió asesinado. He aquí la historia de su muerte misteriosa, según uno de sus biógrafos: «El médico, venido de Amsterdam, ordenó al ama que matase un gallo viejo, y que hiciese un caldo para el filósofo. Este bebió el caldo y comió un trozo de gallo viejo con buen apetito, á eso de las once y media del día. Al medio día, como era domingo, el ama y su marido fuéronse al templo á hacer sus devociones, y dejaron al filósofo encerrado con el médico. Al volver del sermón supieron con sorpresa que Spinosa había expirado á las tres de la tarde, en presencia de aquel facultativo, que regresó en seguida á Amsterdam sin cuidarse para nada del cadáver, pero no sin apropiarse el dinero y un cuchillo con puño de plata, que era todo lo que había en el cuarto mortuario.»

Hobbes asegura en sus Memorias que «se encontró tres veces á punto de ser muerto de muerte violenta». Malebranche fué muerto por un famoso prelado. En efecto, el obispo irlandés Berkeley le hizo una visita, y discutiendo con él llegó á hacerle montar de tal modo en cólera, que, por la tarde, presa de fuerte fiebre, tuvo que meterse en la cama. Por la noche murió. Kant se salvó milagrosamente de un puñal, pues dando un paseo por el campo, llegó á un punto en donde otro sér acababa de ser asesinado. Si hubiese salido de su casa un cuarto de hora antes, la puñalada hubiérase tocado indefectiblemente. El asesino, en efecto, no tenía preferencias, y lo único que quería era matar á alguien.

Los poetas, y muy especialmente Milton y Shakespeare, antóiansele á Tomás de Quincey aficionados al asesinato. Milton, ya lo hemos visto, hermosa con una mancha de púrpura el fratricidio inicial de la humanidad. En cuanto á Shakespeare, no hay más que recordar sus matanzas de Duncan, Banquo, Gloucester, etc.

El siglo XVII fué completamente estéril en obras de artistas asesinos. El asesinato como arte, como una de las bellas artes, no fué cultivado fervorosamente sino en el siglo XIX. Después de referir la muerte de Abel, de Quincey

escribe las siguientes líneas, que nos servirán para poner fin á esta parte histórica, que es la menos importante de su trabajo:

«Una vez los orígenes del arte así establecidos, es, en verdad, lamentable ver cómo se adormeció sin hacer progreso ninguno en las edades siguientes. En efecto: voy á verme obligado á dejar á un lado todos los asesinatos profanos ó santos, como indignos de ocupar vuestra atención. La Grecia misma, en el siglo de Pericles no nos produjo ninguna bella obra, ó al menos no dejó de ella traza alguna. Roma fué muy poco original en las artes todas para hacer en ésta algo nuevo. La lengua latina no tiene una palabra que se adapte al acto. ¿Cómo se dice el hombre fué asesinado? *Interfectus est*, *interemptus est*, lo que no indica sino un homicidio, por lo cual, la latinidad cristiana de la Edad Media, tuvo que introducir una palabra: *Murdratus est* dice el más sublime dialecto de los tiempos góticos. Al mismo tiempo la escuela judía de asesinatos guardaba incólume el arte, y lo inculcaba poco á poco en el Occidente.

«Volviendo á la antigüedad clásica, no puedo menos de pensar en que Catilina, Clodio y algunos otros, habrían sido artistas de primer orden. Es lástima que la afectación de Cicerón haya privado á su patria de algunas bellas obras. Como tipo de asesinado, nadie mejor que este retórico. ¡Oh Gemini! ¡Cómo hubiera aullado de terror si hubiese sentido á un artista debajo de su cama! Y estoy convencido de que hubiera preferido lo útil de arrastrarse por una cloaca, á lo honestum de hacer frente al audaz asesino.»

Tal es la historia del crimen artístico.

II

Veamos ahora un ejemplar admirable de artista de crímenes. Tomás de Quincey le consagra la mitad por lo menos de su célebre obra. Se llamó John Williams, y fué algo así como el Homero de su arte. Los Tropicman y los Vacher son, cincuenta ó sesenta años más tarde, sus más admirables discípulos. Rival suyo nadie lo fué ni podrá serlo, como nadie jamás se creará digno de compartir la gloria del cantor de la *Iliada*. Era «hombre generalmente listo y hábil, fértil en recursos para todas las dificultades y que sabía plegarse, con la mayor elasticidad, á todas las variaciones

gran elasticidad, á todas las variaciones de la vida social». Su estatura era mediana y su musculatura recia. Lo único extraordinario en su fisonomía era el color ardiente de su cabellera rubia («entre naranja y limón») y la palidez cadavérica de su rostro. Una señora irlandesa que le conoció, dice: «Viéndole, hubiérais imaginado que por sus venas no circulaba la sangre roja de la vida que se inflama con la cólera, con la vergüenza ó con la piedad, sino una materia verde que no salía de un corazón humano.» Sus ojos helados correspondían á la palidez del semblante. «Pero—dice de Quincey—lo que su modo de ser tenía de sutil, de insinuante, de serpentina, neutralizaba el carácter repugnante de su rostro espectral y le preparaba entre mujeres jóvenes y sin experiencia la más favorable acogida.» Una señorita á quien le preguntó un día: —Si yo apareciese de pronto junto á su lecho de usted, con un cuchillo en la mano, ¿qué diría usted? — ¡Oh! — contestó á la joven—si fuera otro me moriría de miedo; pero oyendo la voz de usted me tranquilizaría.» Lo mismo que Van-Dyck, que, según parece, no practicaba su arte sin ponerse antes un traje de gala, Williams necesitaba, antes de cometer un asesinato, perfumarse, afeitarse y ponerse ropa limpia. Un testigo de uno de sus crímenes que, escondido, lo vió «trabajar», dice que llevaba un frac azul del más fino paño, ricamente forrado de seda. Lo primero que hacía después de cada una de sus aventuras era llamar á un manicuro para que limara, puliese y blanquease sus manos.

Oigamos ahora el análisis de las dos obras maestras, gracias á las cuales los aficionados al arte del crimen lo consideran como el maestro. Primero su *Iliada*: Marr era comerciante; tenía una tienda en la cual había puesto hasta 180 libras esterlinas. Joven y vigoroso, estaba siempre alegre, y más que nunca aquel sábado, después de haber hecho buenos negocios. Su familia se componía de cinco personas, á saber: 1.º, Marr; 2.º, su mujer, bonita, amable, de veintidós años de edad; 3.º, su hijo, de ocho meses; 4.º, un dependiente, de trece ó catorce años, hermoso, contento de vivir, y 5.º, una sirvienta joven, muy buena, á quien sus amos consideraban como una hermana. A las doce en punto de la noche, esta última salió para buscar unas cuantas docenas de ostras, que sus amos querían comer. Al salir vió, quieto como una esta-

tua, bajo el farol de enfrente á un hombre, cuyo aspecto le llamó la atención. ¿Qué tenía de extraño aquel hombre? Nada. Era un hombre vulgar que contemplaba una ventana. Y sin embargo, el guardia nocturno del barrio, lo mismo que la criada, tembló al verlo y subió á casa de Marr. á quien dijo: —Cuidado; un individuo sospechoso mira hacia sus ventanas con insistencia. —Está bien—contestó éste; —ayúdame á echar los cerrojos á la puerta de la tienda. En este mismo instante el hombre extraño, Williams, penetró sin ser visto por la puerta cochera de la casa, en el instante en que el guardián salía por la puerta de la tienda. Una vez dentro, ayudado por la casualidad, que le hizo llegar hasta donde el comerciante estaba y encontrarle vuelto de espaldas, dióle un martillazo que le rompió el cráneo, y luego, por sistema, lo degolló con gran dificultad, pues las convulsiones de la agonía hacían saltar el cuerpo todo. Otro asesino menos experto y menos dueño de sí mismo hubiera hecho una labor inferior y, quizás, hasta le hubiera herido el rostro. El maestro, no. Hábil y frío como un cirujano, cortó lo que debía cortar, ni más ni menos. Otros aseguran que siendo el asesino amigo de su víctima, pudo entrar, saludarle, sentarse á su lado y darle de pronto el martillazo mortal. Esto nadie lo sabe. Lo que sí se sabe es que no hubo un solo grito. «El cuerpo, cayendo pesadamente en el suelo—dice de Quincey.—causó un ruido sordo y confuso de lucha, que á semejante hora no podía confundirse con ningún otro rumor que viniese de la calle, puesto que la puerta de la tienda estaba cerrada. Sin embargo, es más probable que nadie oyese nada hasta el momento en que la operación de la degollación comenzó. El espacio reducidísimo entre el mostrador y la pared hacia punto menos que imposible descubrir la garganta ampliamente. El trabajo debió de haber sido hecho poco á poco, á tajos parciales é interrumpidos.» No obstante, el asesino estaba preparado contra todas las eventualidades, y al ver que la esposa de su víctima subía livida, quitóla el miedo de un segundo y certero martillazo. La operación de cortar el cuello fué más fácil que la anterior, tanto porque su naturaleza delicada de mujer fina, joven y voluptuosa hacía menos necesaria una robustez excesiva, como porque supo derribarla en un sitio más ancho de la tienda. El tercer martillazo fué para el dependiente,

á quien degolló con rapidez. La más difícil operación fué, aunque parezca mentira, el acto de degollar al niño. No quiero decir con esto que sus carnes fuesen más resistentes que la de sus padres, no. La dificultad obedecía al sitio en el cual el pobrecillo dormía. En efecto, reflexionando un poco, se comprende lo difícil que debe de ser *operar* en una cuna. El mástil del cual penden las cortinillas impide el libre movimiento del brazo, y los cojines blandísimos entre los cuales la garganta se esconde, estorban en el acto mismo. Nuestro artista rompió primero el mástil, sacó en seguida los cojines, levantó al fin la frágil cabecita con gran delicadeza para evitar el llanto de un despertar brusco, y viéndole abrir los ojos, de un sólo golpe, seco, seguro, admirable, cortó el hilo de la vida. Cuando la criada volvió con las ostras, ya Williams había terminado su ardua y delicada tarea. Londres, conmovido, febril, fuera de sus habituales y heladas casillas; Londres, temblando y olvidando el reposo bíblico, enterró un domingo, con pompa nunca vista, á los asesinados. Pastores, jueces, doctores y comerciantes seguían los catafalcos. Delante, en una legión que rugía, iban treinta mil obreros. El asesino, perdido entre la multitud, asistía á la imponente ceremonia lleno de natural orgullo.

Doce días después, Williams cometió su segundo asesinato, que, como el anterior, fué una obra maestra. La familia que pereció se componía de las personas siguientes:

- 1.º El Sr. Williamson, anciano de setenta años.
- 2.º La señora Williamson, esposa del anterior, sesenta años.
- 3.º Una hija de ambos de nueve años de edad.
- 4.º Una sirvienta, de cuarenta años.
- 5.º Un obrero, de veintiséis años.

Eran las doce de la noche. El obrero se acostó y quiso dormir; pero imposible. El recuerdo del crimen que apasionaba aún á todo Londres, impedíale cerrar los ojos. La familia Marr había vivido en la misma calle. El viejo Williamson tenía fama de guardar en su casa, empaquetados, muchos centenares de libras. El barrio, en fin, era una ciudad de ladrones y de asesinos. En todo esto pensaba el pobre chico, cuando, de pronto, oyó que la puerta de la casa se abría y se cerraba. Su visión fué horrible. Oid á de Quincey: «Sí... sí... el sér temible que había ocupado todos los pensamientos y todas las lenguas du-

rante los últimos doce días, estaba ahora, seguramente, en aquella casa indefensa y en breve iba á presentarse cara á cara ante cada uno de sus moradores. Pero, ¿sería uno solo? ¿No serían más bien dos?... Si eran dos, allí estaban los dos y comenzarían á trabajar en el primer piso para evitar la alarma que un grito lanzado desde una ventana alta puede provocar. Alucinado por estas visiones, el obrero levantóse, abrió su puerta y, livido, en la sombra asomóse á la escalera. Un grito de agonía heló la sangre entre sus venas. Automáticamente, echó á andar hacia abajo, como para llegar más pronto á la muerte. Anduvo en la oscuridad, descalzo, casi desnudo, sin rumbo fijo, buscando por dónde huir quizás; anduvo sin saber si andaba, muerto, mecánicamente; anduvo... Otro grito; otro cadáver en el mismo salón... El pobre obrero lo vió, vió el otro, vió al asesino. Lo que le extrañó en su delirio de miedo fué no ver el cadáver del Sr. Williamson. Era seguro que estaba muerto, pues de lo contrario habría gritado. Pero, ¿dónde? Luego se supo, sin que nadie haya averiguado por qué, que el asesino le sorprendió en la cueva. El único ser que vivía aún era la niña de nueve años. El obrero pensó en salvarla.

Las dos mujeres habían muerto de la manera siguiente, según de Quincey: «El asesino entró en el salón. La señora Williamson no le había visto, pues por casualidad hallábase vuelta de espaldas. Así, pues, ella fué la que recibió el primer golpe terrible en la cabeza, golpe que la hizo caer con el cráneo roto. El ruido del golpe hizo volver los oídos á la criada, que se encontraba arrodillada limpiando el suelo. El asesino precipitóse velozmente sobre ella, y antes de que pudiera repetir su grito, dióla en la cabeza el golpe mortal. Comprendiendo las fatales consecuencias de una poco probable curación momentánea en alguna de las dos víctimas, cortólas luego el cuello, á pesar de que el tiempo faltaba para terminar su obra.»

Una vez estas personas muertas, Williams buscó en los bolsillos del amo de la casa las llaves de los armarios. Esto lo absorbió de tal modo, que no oyó la respiración del obrero, que lo contemplaba, que veía que su gabán tenía forros de seda y que sus botas eran nuevas.

El obrero, viendo ocupado al artista, subió de nuevo á su habitación, puso su cama contra la puerta para hacerle más

difícil la entrada y fabricó, rompiendo sus sábanas, una larga cuerda, gracias á la cual descolgóse por la ventana.

«Hacia quince ó veinte minutos que el Sr. Williams se hallaba en aquella casa—dice de Quincey,—y en tal lapso de tiempo había ya despachado con un estilo satisfactorio tres asuntos considerables. En lenguaje comercial, diremos que había hecho buenos negocios. Entre el suelo y subsuelo toda la población yacía sin vida. Pero aún quedaban dos pisos superiores; y aunque no conocía la topografía de la casa, tuvo la idea de explorarlos, esperando encontrar algunos cuellos en qué herir. En lo tocante á pillaje, todo estaba hecho. En su saco tenía, ya el oro y la plata de los armarios. Era poco probable que arriba hubiese tesoros. Pero en cambio habría cuellos humanos. Y así, el Sr. Williams, lobo sediento de sangre, abandonó al azar el fruto de su trabajo y aun su vida misma.»

En efecto; cuando el obrero se encontró en la calle, dijo á tres ó cuatro personas: «¡El asesino de Marr trabaja de nuevo... allí!...» Estos, y detrás de estos, otros, entraron. Williams los oyó, y saltando por una ventana del primer piso, desapareció entre la bruma. Dos días después, sin embargo, le descubrieron y le encerraron en un calabozo, donde se ahorcó sin querer constatar á los interrogatorios del juez.

Tal fué la obra de este Homero del crimen.

III

Después de haber visto en rápidos cuadros la historia del arte y el alto ejemplo de un artista impecable, veamos ahora lo que pudiera llamarse la gramática del asesinato.

Como os lo dije al principio, Tomás de Quincey carece en este punto de método y de *savoir faire*. Con sus ideas, un profesor alemán hubiera hecho una Filosofía, y un francés una Retórica. Nuestro autor se contentó con hacer un fárrago, del cual trataremos de extraer la esencia para formar un «manual» ó, mejor aún, un «breviario del perfecto asesino».

Un crimen es como una obra de arte. Antes de ejecutarlo es indispensable meditarlo, pesar sus consecuencias, prepararlo con minucioso cuidado. «El artista—dice de Quincey—no debe olvidar detalle ninguno. Williams tenía un plan invariable, un sistema razonado, y era: primero, producir un desvanecimiento

en la víctima por medio de un golpe, para poder en seguida trabajar á su antojo en el cuello.» Más adelante insistiendo en la ventaja de este estilo, dice: «Todos los crímenes deben conformarse á este tipo invariable: romper el cráneo primero para preservarse de represalias inmediatas, y luego, para conseguir el indispensable silencio eterno, degollar uniformemente.» Para esto se necesita una larga práctica y un instinto seguro. El que no practica no lo hará nunca bien. Oid: «Un hombre que ejerce por pasión y, cual un lobo, por sed insaciable de sangre, no caerá nunca en la inactividad. Este hombre busca el peligro, y su salvación, siempre pendiente de un hilo, la asegura por medio del ingenio.» De miedo no hay que hablar. De piedad, de generosidad, sí, pues son frecuentes defectos. Así, comencemos por preguntarnos: ¿Debe un asesino matar á todos los seres de una familia? ¿Debe, por el contrario, dejar vivos á los inofensivos? De Quincey nos contesta: «Debe matarse á todos. En el caso de los Marr, Mary, como individuo, no teniendo ni razón ni uso de palabra, no representaba en su cuna valor ninguno. Pero considerada como miembro de la familia, tenía el valor de la unidad que completa la cifra. Sin ella, el desastre no era entero.» Luego, al describir el júbilo de un hombre que ha matado á tres personas y que desea ofrecer una copa al viejo servidor que duerme arriba para probarle su agradecimiento por no haber despertado, dice: En vez de esa copa, después de la cual vas á degollarle. ¿no podrías hacerle el don de su cuello? ¡Oh! No. Imposible. Los cuellos humanos son cosas que no deben darse nunca. ¡Los negocios! ¡Es necesario cuidar los negocios!»

A no ser porque desde un principio me propuse no buscar fuera del libro mismo de Quincey ejemplo ninguno, sería me fácil, encontrándome en este punto, probar que su método es perfecto desde un punto de vista científico. Los asesinos que han ensavado sistemas nuevos, no han hecho sino obras de escaso mérito. Los que han seguido escrupulosamente la clásica tradición, en cambio, han obrado de manera admirable. Dos casos de actualidad quiero no más indicar: el primero es el cuádruple asesinato cometido hace apenas dos meses por el campesino francés Briere. Sometiéndose á la ley *non varietur* de romper primero el cráneo y de degollar en seguida, este artista mató á sus cuatro hijos con

una admirable maestría. El segundo caso es la tentativa de Guilmour, inglés de origen, que, olvidando las sanas tradiciones, quiso usar armas perfeccionadas, bolas de acero, sacos de arena, pinzas finísimas, y que no consiguió matar ni aun á una pobre mujer á quien sorprendió dormida. Ambos casos merecen ser meditados por los que estudian el arte escabroso de Williams y de Troman.

En suma, el verdadero arte del asesino se reduce á ejecutar el martillazo en la cabeza y la cuchillada en el cuello, como el arte del maestro de armas está en las ocho paradas y sus respuestas. Buenos ó malos, todos hacen lo mismo. Pero con cuánta facilidad se nota la diferencia entre la obra de un trabajador genial y la de un aficionado sin talento. Hablando de un asesinato á la manera de William, de Quincey exclama, cual si se tratase de un cuadro: «¡Vil plagio de ideas ajenas! Su estilo es duro, como el de Alberto Durero, y grosero como el de Fuseli.» Más lejos, refiriéndose á otro artista malo, compara su manera á la de Thurtell.

¿Quién es Thurtell? Un aficionado que dejó dos ó tres proyectos de asesinato muy sabiamente compuestos. Uno de ellos es «un simple croquis, pero tan bello, tan bello, que parece superior á una acabadísima obra maestra.» Otros fragmentos de obras suyas, tienen «más mérito que las labores completas.»

Otro artista admirable, de estilo clásico, fué Mac Kean. Nuestro autor compara su asesinato á la Eneida, dejando el puesto correspondiente á la Iliada y á la Odisea para las dos obras maestras de Williams.

Para concluir, he aquí literalmente traducidos los consejos de Quincey á los jóvenes que se preparan al ejercicio del cuchillo:

1.º «El vulgo profano que lee periódicos se contenta con cualquiera cosa sangrienta, pero un espíritu superior exige algo más. Hablemos, pues, de la especie de personas que más expuestas están á ser asesinadas; del lugar en donde deben ser muertas; de las horas de trabajo, y de algunos puntos de detalle. Desde luego es necesario que el asesinado sea un hombre de bien, pues de lo contrario puede el que asesina exponerse á matar á un colega. El fin del asesinato artístico, es idéntico al de la tragedia, según Aristóteles. Ambas obras deben purificar el corazón humano por medio de la piedad y del terror. Así,

pues, si el terror subsiste siempre, la piedad se desvanecería, siendo un tigre el asesinado. Es indispensable que la futura víctima goce de buena salud, pues sería poco caballeroso atacar á un enfermo.

2.º El mundo todo está siempre sediento de sangre. Lo que desea en un drama, una efusión copiosa de sustancia roja. El «amateur» sagaz, empero, debe ser más refinado y *escoger* la sangre. Así, el asesinado gana siendo padre de familia, mujer, hijos. Esto aumenta la emoción.

3.º Sobre el instante del crimen, debo decir que el buen sentido exige que sea nocturno y callado. Sin embargo, hay casos en que esta regla no puede regir. Crimen bellissimo fué aquel en que un artista genial asesinó en pleno día, en la calle más central de Edimburgo, á un empleado del Banco que llevaba un saco de oro en la mano.

Y 4.º No olvidar nunca el ejemplo de Williams.»

E. GÓMEZ CARRILLO.

TRAICION E INTRIGA

Luchas por la supremacía católica en los últimos años de la Reina Isabel, POR MARTÍN A. S. HUME (1).

Mantiene Martín Hume la fundada afirmación histórica de que Inglaterra protestante y Alemania dividida, significaban para Felipe II la decadencia inmediata, y, en último término, la ruina del soberbio Imperio español. Sin alianza estrecha con la primera y sin el auxilio de la segunda, se hallaban sus dominios expuestos por los flancos á las acometidas de rival tan activo como el francés. Corrían peligro de pérdida los territorios italianos, y con ellos la comunicación por tierra con Flandes y Holanda. El acceso por mar hasta estas regiones había de ser siempre difícil sin contar con la amistad inglesa en el Canal. Y si se agrega á la situación geográfica la ayuda que la reforma y el protestantismo dieran á los rebeldes, se comprenderá cuán vital para los intereses políticos de aquel monarca era la necesidad de atraerse ú obligar á su rival marítimo, y de combatir el crecimiento

hugonote que amenazaba el poder católico en Francia.

Pero al mismo tiempo, España no podía tratar de igual á igual con una potencia protestante. Consentirlo habría sido invalidar el derecho exclusivo que alegaba sobre el Mundo Nuevo. Para establecer relaciones pactadas, era preciso que Inglaterra fuera católica, y las circunstancias que rodeaban el nacimiento de Isabel le impedían la sumisión al Papa, puesto que suponía el desdoro de bastardía y la privación de la herencia real. En contra de estos intereses personales estaban, sin embargo, los nacionales y tradicionales que coincidían en gran parte con los castellanos en el supremo de que Flandes no cayera en manos de Francia, y nacieron del choque de conveniencias y aspiraciones privativas de cada una de las partes contendientes, por el lado de España, trabajos de zapa irresolutos que maravillaban é impacientaban, por lo indecisos, á sus partidarios; y por el de Inglaterra la política de balancín y enredos de Isabel y lord Burghley, que detuvo, durante una serie de años, la acción castellana, mientras el país inglés desenvolvía su riqueza y poder.

En este punto, la observación atenta de los hechos históricos con que el autor de *Traición é intrigas* da fundamento á sus acertados juicios, es convincente. «Sin esfuerzo apenas en el comienzo del reinado de Isabel—dice,—Felipe pudo haber inclinado la balanza y tenido á Inglaterra por lo menos tan católica como Enrique VIII la dejara al morir». Lo que sus agentes no acertaban á entender era que «mientras aquél deseaba que Inglaterra fuere suficientemente católica para conservar amistad con él y para abstenerse de ayudar á sus súbditos rebeldes, convenía muchísimo más á sus fines que permaneciese herética y neutral y no católica y francesa»; porque á la caída de Isabel la heredera próxima habría sido María Estuardo, sometida á la influencia de parientes ambiciosos y de grandes dotes políticas de Francia.

La inminencia de la subida de un hugonote que le amenazaba con la aproximación de los intereses religiosos de aquella potencia y de Inglaterra, impulsaron al fin á Felipe á abandonar su política contemporizadora con Isabel. «Si no podía obligar á Inglaterra á ser católica antes de que Enrique de Navarra reinase como protestante é hiciese causa común con ella, la estrella española se hundía para no levantarse más». Pe-

(1) TREASON AND PLOT: *Struggles for Catholic supremacy in the last years of Queen Elizabeth*. By Martín, A. S. Hume.—London, 1931.—James Nisbet and, C.º, Ltd. 21, Berners, St.

ro, como sucedía con todas sus resoluciones, el monarca castellano cambió de política demasiado tarde, y «la derrota de la Gran Armada mostró á un mundo envidioso una nación, no sólo en decadencia de fuerzas materiales ya, sino en decadencia también de las morales que precisamente habían constituido el principal secreto de sus éxitos».

Aun después de derrotadas, la mera necesidad impelió á España á procurar que Inglaterra fuera convertida á su religión en grado suficiente para ser su aliada. Los intereses católicos eran aún muchos y por multitud de razones de devoción, de sentimientos y mundanas, número considerable del pueblo hubiera saludado con alegría la vuelta al catolicismo. Mas largos años de antagonismo y guerra habían influido sobre el espíritu público y levantado nuevo orgullo nacional en el pecho de la mayor parte de los ingleses. Este mismo patriotismo dividía á los católicos y, como consecuencia, la lucha por la supremacía católica, en los últimos años de la vida de Isabel, difería enteramente de las que la precedieron; pero continuó desde 1593 hasta la ascensión al trono de Jacobo, en 1603, que coincidió con la pérdida de toda esperanza.

El estudio de aquel periodo, realizado por Martin Hume, tiene valor extraordinario. Se revela en él en toda su personalidad de historiador de profundo y sereno juicio crítico á quien no desvían del camino recto los sentimientos, ni aun el del patriotismo con tanta frecuencia mal entendido. Los resultados, dignos de cumplido elogio, son el reconocimiento de las inmensas deficiencias políticas de Felipe II; pero, al propio tiempo, su vindicación contra los ataques exajerados por la pasión hasta un punto que á veces ha pasado de los límites de lo concebible. Así lo prueban cumplidamente los interesantísimos capítulos de la obra dedicados á reseñar las intrigas de los católicos escoceses, para solicitar la ayuda de España; las de los irlandeses en análogo sentido; las de los ingleses; y las repugnantes mentiras de espías y delatores de oficio incomprensibles para quienes no conozcan á fondo el nivel moral de la época.

Las llamadas conspiraciones del doctor López y de Hot Yorke y Williams para asesinar á la reina Isabel y las supuestas complicidades de Felipe II y sus ministros, caen por tierra á los golpes ciertos de la crítica de Martin Hu-

me. «La fama de estas dos» corrió por toda Inglaterra—escribe el autor—y levantó el fervor leal hacia la persona de la reina, superando á toda las manifestaciones del amor del pueblo por aquella.»

Una y otra sirvieron para avivar el fuego de los odios que el partido de Essex se proponía mantener entre Inglaterra y España, como efectivamente ocurrió. Considerando el asunto de la mayor importancia el historiador de cuya obra se trata, dedícale especial preferencia aduciendo valiosísimos datos desconocidos hasta ahora y que realzan labor tan prolija y sensata. Su juicio sincero se inclina hacia el siguiente dictado crítico-histórico: «Que López estaba dispuesto á envenenar á su amo D. Antonio (pretendiente al trono de Portugal), no existe razón para dudarlo; que era falso, embustero y tramposo está probado por sus propias declaraciones; pero también que fué sagaz, ambicioso y que debió de haber sabido que envenenar á la reina, cuyo médico era, para ganar la recompensa de un rey notoriamente mal pagador y desagracedido protector, habría sido una locura desde el punto de vista puramente del negocio.» «Las pruebas contra él—continúa,—están absolutamente reducidas á las declaraciones de sus dos cómplices, especialmente Tinoco, que se confesó perjuro, y los dos habrían jurado probablemente cuanto se hubiera deseado por salvar el cuello. Las pruebas de la complicidad de Felipe son en su mayor parte de falsedad demostrable, al par que las aducidas contra Fuentes é Ibarra—en lo que se refiere á la conspiración para asesinar á Isabel,—tienen fundamentos en extremo inconsistentes. El conjunto de los documentos originales llevados á la causa es compatible con que los objetos de la conspiración fuesen: 1.º La simulación de negociaciones de paz para obtener informes; 2.º el propósito de atraerse al hijo mayor de D. Antonio y sus partidarios; 3.º engañar al rey Felipe para beneficio de los conspiradores; y 4.º el asesinato de D. Antonio ó de Antonio Pérez.»

Es imposible dar ni ligera idea de la exposición clara y metódica del libro, porque la riqueza de datos supera el espacio de una nota; pero sí cabe afirmar que la historia de las últimas luchas por la supremacía católica dentro de las circunstancias del periodo de 1590 á 1603, nunca han sido expuestas á la luz de la

investigación moderna como lo ha conseguido Martín Hume con raro acierto.

de literato y de observador perspicaz y de escritor ameno y elegante.

MEMORANDUM

SANOS Y ENFERMOS (historietas), por José Francos Rodríguez. Imprenta de Núñez, Madrid. Precio, 3 pesetas.

Francos Rodríguez es uno de los periodistas madrileños más notables y de mayor prestigio. Hombre cultísimo y orador elocuente, ha llevado á la hoja diaria, donde entró por vocación, todo el valer de su gran talento y toda la fortísima y consecuente voluntad de su carácter activo y trabajador.

Dedicado al periodismo desde muy joven, tiene el dón de ver hombres y cosas rápidamente por todos sus aspectos, y sabe elegir, como excelente artista que es, el lado más original de unos y otras para presentarlos al público.

Sanos y enfermos es una preciosa colección de cuentos en que Francos Rodríguez hace gala de sus grandes talentos

**

LE CŒUR DE LOUISE, por Henry Gréville.

¡Cuántas novelas de una psicología profunda y de una forma exquisita en su elegante sencillez ha publicado ya Henry Gréville! Este novelista querido del público acaba de publicar en la librería Plon-Nourrit una nueva obra, cuyo éxito ha de superar á los obtenidos por sus anteriores.

Le Cœur de Louise se titula esta deliciosa y patética novela, que hará derramar muchas lágrimas. Es la historia de una vida femenina llena de dolores, en la cual las escenas trágicas están pintadas con maestría incomparable. A pesar de la favorable acogida que ha dispensado el público á *Doria*, *Le Vau de Nadia*, *Cléopâtre*, etc., nos parece que *Le Cœur de Louise* quedará como la más completa y conmovedora de las novelas de Henry Gréville.

Un tomo in-16. Precio, 3 fr. 50. Librairie Plon-Nourrit et Cie, 8, rue Garancière, París.





Crónica Financiera

LA HACIENDA ESPAÑOLA

8 Julio.

En la sesión del día 6 ha leído ante las Cortes el señor Ministro de Hacienda sus proyectos económicos para 1901. Estos proyectos confirman cuanto en esta sección hemos dicho, porque no hay presupuestos nuevos, porque nada hace el Sr. Urzáiz respecto del Exterior estampillado, porque no adquiere compromiso alguno respecto de la presentación de propios presupuestados en la segunda temporada legislativa y porque se propone el Ministro convertir los residuos de Deudas llamadas y no presentadas en anteriores conversiones. Consignado esto en satisfacción de nuestra conciencia, expondremos la obra del señor Urzáiz.

LIQUIDACIÓN DEFINITIVA DE 1900

PESETAS

Los gastos consignados en presupuesto, deducidos los de Fernando Pío, importaban.....	904.918.776
Hay que añadir:	
Ampliaciones de créditos	33.904.225
Remanentes.....	1.151.430
Suplementos y créditos extraordinarios.....	13.568.088
De ejercicios cerrados...	36.566.785
Recargos municipales....	29.615.648

O sea un total de gastos de..... 1.019.724.924

PESETAS

Los ingresos de la ley importaban.....	885.914.068
Los aumentos del ejercicio.....	23.731.313
De ejercicios cerrados....	77.688.575
De recargos municipales.	32.661.738

O sea un total de ingresos de..... 1.019.995.895

Los gastos presupuestados importaban.....	1.019.724.924
Las obligaciones liquidadas.....	978.411.243
Los pagos hechos.....	903.063.503
Los ingresos presupuestados.....	1.019.995.895
Los valores liquidados...	1.061.352.614
La recaudación obtenida.	994.813.665

El exceso de los valores liquidados sobre las obligaciones reconocidas fué de 79.895.281.

Los ingresos por el presupuesto 1900 superaron á los pagos en 55.822.856.

Los ingresos de ejercicios cerrados á los pagos de ídem en 32.700.159.

Lo que hace subir el superavit total á 88.523.015.

LIQUIDACIÓN PROBABLE DE 1901

El Ministro calcula que se realizará con un superavit de 48.729.118, á pesar de

haberse hecho el proyecto con un déficit calculado en 27.316.979.

PRESUPUESTOS EXTRAORDINARIOS

El de 1888, ampliado en 1891, se puede considerar liquidado, pues los remanentes que aparecen para situación de fondos en el extranjero (11.103), para Guerra (9.158) y para Fomento (76.197), carecen de aplicación, y el de Marina (1.025.898) está satisfecho, ó se encuen-

tra afecto á obligaciones comprometidas.

Por cuenta del presupuesto extraordinario de 1896 se han gastado, hasta 31 de Marzo, 176.269.615, y como los ingresos obtenidos no han sido más que de 67.511.279, resulta ese presupuesto con un déficit, hasta ahora, de 108.758.335.

SITUACIÓN DEL TESORO

Era en esa fecha la siguiente :

	ACTIVO	PASIVO	DIFERENCIAS
A un año plazo.....	494.692.863	1.580.749.593	— 1.086.056.729
A más largo plazo.....	199.000.000	253.000.000	— 54.000.000
Fallido.....	1.121.041.313	419.873.652	+ 701.167.661
TOTAL.....	1.814.734.176	2.253.623.245	

Tomando en cuenta las dos primeras partidas únicamente, resulta que el Activo de nuestro Tesoro es inferior al Pasivo en 1.140 millones de pesetas; es decir, que el Pasivo exigible es casi el triple del Activo realizable.

En el Pasivo figuran por 1.104.749.593 las obligaciones de Ultramar.

PRESUPUESTOS PARA 1902

Se calculan los gastos....	905.413.083
" los ingresos.....	936.006.165
Sobrarán.....	30.593.082

Entre el proyecto presentado y el presupuesto para 1900 hay las siguientes diferencias :

Casa Real.....	+	156.849
Deuda.....	—	9.582.056
Cargas de Justicia.....	—	181.988
Clases Pasivas.....	+	104.611
Presidencia.....	—	5.333
Estado.....	—	81.869
Administración de Justicia.....	—	93.504

Obligaciones eclesiásticas.....	+	119.075
Guerra.....	+	3.309.221
Marina.....	—	547.860
Gobernación.....	—	401.076
Instrucción pública.....	+	477.871
Obras públicas.....	+	4.326.660
Hacienda.....	+	491.783
Gastos de contribuciones	+	19.047
Posesiones de Guinea....	+	957.671

Comparados los aumentos con las bajas, hay una diferencia en menos para el proyecto presentado de 38.743 pesetas.

El presupuesto colonial (posesiones españolas del Golfo de Guinea) se presenta en estos términos :

Gastos de personal.....	860.608
" de material.....	692.011
" diversos.....	112.250
TOTAL GASTOS.....	1.664.869
Ingresos propios.....	84.147
Subvención del Tesoro peninsular.....	1.580.722
	1.664.869

El aumento en esta subvención, respecto del presupuesto de 1900, es de 1.047.671; pero de esto hay que deducir más de 500.000 pesetas, que figuraban en el presupuesto de Marina.

LOS CAMBIOS

El proyecto presentado por el Ministro de Hacienda con la tendencia de rebajar la prima de los cambios, consta de dos artículos.

Por el primero se prohíbe la compra de plata en barras y la acuñación de monedas de cinco pesetas. El Ministro calcula en 1.301 millones de pesetas la plata acuñada circulante, y de ella en 1.058 millones de pesetas las monedas de cinco. Considerando esta una de las causas del alza de los cambios, se suprime la acuñación y se aspira, además, á ir retirando de la circulación dicha moneda de cinco pesetas, en tanto cuanto lo consientan las necesidades del comercio.

Por el segundo artículo se autoriza la emisión de obligaciones del Tesoro has-

ta una suma igual al importe de la Deuda flotante procedente de Ultramar. Pretiéndose con esto recoger del Banco sus créditos contra el Tesoro, que importan 1.100 millones de pesetas, para reducir la circulación fiduciaria.

Estas obligaciones del Tesoro serán de 500 y de 5.000 pesetas, vencederas á tres, seis, nueve y doce meses; estarán exentas de todo impuesto, devengarán interés trimestralmente, interés que, por cierto, no se determina, y serán negociadas á la par.

CONVERSIÓN

Por este proyecto de ley se propone el Ministro de Hacienda retirar de la circulación aquellas Deudas cuya situación anómala venia preocupándole (1). La conversión se hará en las condiciones anteriormente establecidas, y en un plazo forzoso que termina en 1 de Febrero próximo.

El valor nominal de las Deudas llamadas á conversión es el siguiente:

	Estampillada.	Convertida.	Pendiente.	TOTAL
Exterior... ..	1.026.296.700	654.409.400	290.444.900	1.971.151.000
Amortizable á por 100.....	"	1.387.833.000	115.802.000	1.503.635.000
Cubas 1886... ..	"	392.570.500	193.179.500	585.750.000
Idem 1890.....	"	286.766.500	105.294.000	391.970.500
Filipinas: Serie A.	"	143.096.500	8.479.500	151.576.000
Idem serie B. . . .	"	37.579.000	8.795.000	46.374.000
TOTAL.	1.026.296.700	2.902.254.900	721.994.900	4.659.456.500

He aquí lo que son los proyectos económicos del Sr. Urzáiz. Pronto hemos de ver qué hacen de ellos las Cortes.

(1) Véase NUESTRO TIEMPO, Mayo, 1901.

Desde Londres

Londres 5 de Julio de 1901.

EL EXTERIOR ESPAÑOL

El medio año que se cumplió en fin de Junio ha dado alza de 2 1/4 para el 4 por 100 perpetuo exterior estampillado, desde 68 1/2 á que se encontraba al terminar Diciembre de 1900. Las diferencias extremas han sido la citada cotización y la de 72 5/8. La tendencia, en general á mejores precios, se ha mantenido, y aun en lo que va del presente mes se ha ganado 5/8, puesto que se ha cotizado últimamente á 70 3/4 sin cupón, que se compara con 71 1/8 con él.

LOS CAMBIOS DE ESPAÑA

Contribuyen á este efecto varias causas. Es la primera y principal la seguridad de que la Deuda exterior no ha de quedar, por ahora, sujeta á ningún impuesto ni descuento. Sigue á ésta muy de cerca la convicción de que el problema de los cambios reviste ya caracteres de tal gravedad, que no ha de ser posible á ningún Gobierno dejar de plantearlo y de procurar, cuando menos, simplificarlo, ya que resolverlo no parezca á muchos factible mientras no se cuente con base económica suficiente en la riqueza del país. La proyectada prohibición de acuñar plata como medida encaminada á producir el efecto que lógicamente le corresponde de reducir en

cantidad considerable, en un plazo determinado, aunque no muy corto, una moneda depreciada, es aplaudida, como también lo es que otra de sus ventajas, y no la menor ciertamente, habrá de ser la de disminuir los pagos en el extranjero para la adquisición de este metal.

Autoridades bancarias, sin embargo, no atribuyen al proyecto todo el alcance que el aplauso parece reconocerle, formulando sus dudas en las dos siguientes preguntas: ¿Puede una circulación enteramente fiduciaria, sin crédito próspero y reconocido universalmente, acercar al país al cambio par? Suponiendo que se llegase á obtener la circulación oro, ¿sería dado retenerlo por el sencillo acuerdo de entregar á los particulares el cuidado de procurarse el efectivo metálico mediante la acuñación libre del mismo?

Hasta qué punto encierran gravedad de estado estas dos dudas, es difícil de expresar en este lugar con la detención necesaria; pero no será, seguramente, ocioso recordar que, prescindiendo de ejemplos más remotos, se recuerdan tres, que deben ser tenidos en cuenta y que patentizan cómo, contra opiniones muy respetadas, el oro sale, en circunstancias dadas, con rapidez de las naciones que lo tienen amonedado. Italia, España y Japón son los pueblos citados. Las condiciones esenciales para evitar este

peligro—dicen los que así piensan,—hállanse demostradas por la experiencia y se concretan principalmente á que la producción nacional permita vender por más de lo que se compra; que los ingresos por rentas obtenidas por el empleo de capitales en el exterior neutralice y supere las diferencias contrarias de la balanza mercantil, mediante las llamadas *subcorrientes*, enormes en los países que, según la fraseología moderna, constituyen territorios económicos; y que el crédito mercantil se conserve incólume. Una vez logrado este equilibrio estático, habrá razón para aguardar la influencia regular económica que atrae el oro á donde hace falta, elevando el valor comercial, ó mejor, bancario, del dinero como mercancía, y, por consiguiente, objeto de servicio.

Austria-Hungria, desde años hace, y el Brasil ahora, tratan también de establecer definitiva y efectivamente sus patrones metálicos del valor en cambio, y el estudio de la cuestión en estos países merece ser realizado con detenimiento. Por lo pronto, cabe recomendar una afirmación de prudencia, recordando, cual muchos recuerdan, los graves resultados de la reducción violenta de la circulación monetaria.

LAS DEUDAS ARGENTINAS

Los argentinos no han seguido la carrera en alza que llevaban. El abandono del proyecto de unificación de las Deudas, impuesto por demostraciones en las calles, ha producido mal efecto en este mercado, contribuyendo al mismo tiempo, y no poco, la subida de cuatro puntos en los cambios por causas independientes. Hállanse éstas en la probable retirada de capitales alemanes empleados en aquella República á consecuencia de la crisis mercantil por que atraviesa el Imperio.

A pesar de todo esto, la influencia en contra queda en parte compensada por el hecho indudable de que el país pro-

gresa. La riqueza aumenta y se abren de continuo nuevas vías para la industria. Según informes consulares ingleses, publicados en estos días, el ferrocarril del Sur contribuye poderosamente al desenvolvimiento del puerto marítimo con que comunica, y lo mismo ocurre con el del Bahía Blanca y Noroeste. En Buenos Aires los negocios, durante el pasado año, han prosperado, y las enormes riquezas del país sólo esperan la población y el capital que ha de extraerlas del privilegiado suelo.

Aun siendo hoy los principales productos los cereales y el ganado, y estando, por consiguiente, el país sujeto á las fluctuaciones rápidas á que los mismos se hallan siempre expuestos, las industrias fundadas en ellos adquieren de día en día extraordinario desarrollo. El comercio de carnes en 1892 representaba un peso de 29.709 toneladas destinadas á la exportación. En 1900 sumaba 225.000. A tenor de las tablas estadísticas formadas por la autoridad consular inglesa, la Argentina cuenta con una población total de 4.200.000, mientras que Australia tiene 4.800.000; el área de la primera es de 2.903.000 acres, y la de la segunda 7.650.000; y sin embargo, las reses mayores suman en aquélla 28.000.000 de cabezas, y la de ganado menor 110.000.000, cifras que se comparan con la de 10.000.000 y 70.000.000, respectivamente, en ésta. Los datos son elocuentes y dan idea de los medios de la nación el día en que consiga el número de habitantes que á su extensión y medios materiales corresponden.

La guerra de Inglaterra con el Transvaal dió lugar á la exportación de 22.887 caballos durante el año, comprados por cuenta de este país. Como dato curioso, agrega el consúl que, rama tan importante de la riqueza de la Argentina, procede enteramente de una docena de caballos abandonados por Pedro de Mendoza al verse obligado por los indios á retirarse de Buenos Aires. En

tres siglos y medio, la descendencia de aquéllas cuenta la respetable cifra de cuatro millones y medio.

Por lo que se refiere particularmente al puerto de Rosario y su distrito consular el año de 1900, ha sido satisfactorio, á pesar de la baja de los precios de los productos en general, y de las lanas y el ganado en especial.

El siguiente estado de importaciones y exportaciones es interesante y contiene el dato consolador de que el comercio con España tiende á desarrollarse.

NACIONALIDAD	Número de embarcaciones.	Toneladas.
Ingléses.....	410	641.444
Alemanes.....	103	193.625
Italianos.....	44	51.230

NACIONALIDAD	Número de embarcaciones.	Toneladas.
Españoles....	26	48.856
Noruega.....	44	36.151
Estados Unidos....	22	15.598
Daneses.....	9	9.743
Suecos.....	7	9.062
Rusos.....	6	7.082
Argentinos.....	4	3.248
Holandeses.....	3	5.252
Austro-húngaros....	3	4.875
Brasileños.....	1	1.197
TOTAL.....	682	1 027 353

La tabla copiada á continuación expresa el número de embarcaciones de navegación de altura que entraron en el puerto durante 1900:

PAISES	1899		1900	
	Importaciones.	Exportaciones.	Importaciones.	Exportaciones.
	Pesos oro.	Pesos oro.	Pesos oro.	Pesos oro.
Africa.....	„	267 367	200	428.466
Alemania.....	1.460.194	3.144.388	1.106.187	3.321.482
Bélgica.....	655.469	3.558.012	297.865	79.289
Brasil.....	50.850	2.095.481	304.082	1.680.512
Canadá.....	91.699	„	18.612	„
Reino Unido.....	2.252.778	7.620.634	3.091.542	6.729.133
España.....	43.312	327.306	141.284	408.634
Estados Unidos....	1.339.388	3.294.764	2.194.843	3.298.202
Francia.....	56.357	173.301	389.458	102.013
Holanda.....	„	„	31.359	„
India.....	„	„	5.595	„
Italia.....	905.849	387.650	1.496.525	114.619
Noruega.....	„	„	24.082	„
Portugal.....	„	14.446.066	3.244	11.531.276
Suecia.....	17.630	„	20.771	„
Suiza.....	„	„	13.633	„
Uruguay.....	263.503	373.701	9.888	160.220
Paraguay.....	291.577	90.616	345.926	75.256
Otros países.....	2.709.407	1.066.320	73.919	607.093
TOTAL.....	10.137.213	34.750.606	9.569.015	29.256.194
<i>Equivalencia en libras esterlinas..</i>	<i>2.027.442</i>	<i>7.359.121</i>	<i>1.913.803</i>	<i>9.851.235</i>

COMERCIO DEL PARAGUAY

PRECIOS DE LA PLATA

El comercio de Paraguay también ha prosperado durante el año de 1900.

La clasificación por procedencias arroja los siguientes resultados:

	Importaciones. <i>Lbs. esterlinas</i>
Estados Unidos.....	167.710
Francia.....	81.000
Alemania.....	71.933
España.....	5 218
Italia.....	21.604
Brasil.....	4.942

Día 1.º, 27 1/2; día 3, 27 9/16; día 4, 27 1/2; día 5, 27 7/16; día 6, 27 7/16; día 7, 27 3/8; día 8, 27 7/16; día 10, 27 1/2; día 11, 27 7/16; día 12, 27 7/16; día 13, 27 7/16; día 14, 27 7/16; día 15, 27 7/16; día 17, 27 7/16; día 18, 27 3/8; día 19, 27 3/8; día 20, 27 7/16; día 21, 27 7/16; día 22, 27 7/16; día 24, 27 3/8; día 25, 27 3/8; día 26, 27 5/16; día 27, 27 5/16; día 28, 27 5/16; día 29, 27 5/16.

BOLSA DE LONDRES

MERCADO DE VALORES HISPANO-AMERICANOS

CAPITAL.	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Valores del Estado y provinciales.										
Libras 351.340	Junio. Dbre.	6		Argentina.—Empréstito ferrocarril, 1881.	99	101	99 3/4	87	96 1/2	88 1/2
— 1.463.900	E. A. J. O.	5		— — — 1881.	86	88	75	67	76 1/2	69
— 7.681.200	E. J.	5		— — — 1886-87.	99	100	96 1/4	87 1/2	96 1/4	88 1/2
— 3.768.400	E. J.	5		Ferrocarril Central Norte.	87 1/2	88 1/2	76	64 3/4	77 3/4	65 1/8
— 581.050	A. O.	5	En suspenso	Conversión del Tesoro.	86	87	75	67	77 1/2	67 1/2
— 3.703.500	M. S.	4 1/2	hasta 12 Ene-	Interior oro.	76	78	74	65	75 1/8	65 1/2
— 4.997.060	A. O.	4 1/2	ro 1901.	Exterior en libras.	78	80	74 1/2	67	78	69 1/2
— 2.443.340	E. A. J. O.	3 1/2		Exterior.	61	62	53	44 7/8	55 1/4	47
— 7.630.680	E. A. J. O.	6		De Amortización.	99	100	97 1/4	89 3/4	96 1/4	88 3/4
— 6.324.400	E. J.	5		Abastecimiento aguas E. A.	92	93	79 1/8	7.	81 3/8	70 3/8
— 5.520.400	E. J.	4		Rescisión ferrocarril.	71 1/2	72 1/2	64 1/4	55 1/2	65 1/4	54
— 6.641.220	A. O.	4		Bonos, 1897 (ley 3.378).	70	71	63	56	66 5/8	46
— 1.527.778	A. O.	4	Comienza en	— (leyes 3.655 y 3.750).	70	71	62	53 1/2	63 1/2	51
— 2.685.090	A. O.	4	1901.	— 1899 (ley 3.378).	70	71	62 3/4	53 1/4	61	52
— 2.613.912	A. O.	4		— 1900 (ley 3.378).	70	71	62 3/8	53		
Pesos 7.753.750	E. J.	7	Sorteo.	Cédulas nacionales. Serie B	42 1/2	43 1/2	41	35 1/2	41 7/8	35 3/4
Libras 2.635.100	E. J.	1 1/2		Colombia.—Exterior, 3 0/0.	14	16	17 1/2	11 1/2	24 1/2	15
— 525.000	A. O.	3		Costa Rica.—A.	31	33	32 1/8	26	87 7/8	27
— 1.475.000	A. O.	2 1/2		— B.	24 1/2	25 1/2	26 1/8	21	29 3/4	21
— 706.900	E. J.	4 1/2	Compra ó sorteo.	Chile.—1885.	80	83	84	77	82 3/8	71
— 5.350.000	E. J.	4 1/2	Id. id.	— 1886.	83	85	88 1/2	80 1/4	87 1/2	73 1/2
— 1.010.100	E. J.	4 1/2	Id. id.	— 1887.	80	82	83	77 1/4	82 3/8	70 1/2
— 1.439.372	E. J.	4 1/2	Marzo.	— 1889, oro.	86	88	87	82 1/4	88	79
— 1.704.300	E. J.	5	Compra ó sorteo.	— 1892.	93	95	94	87	93	80
— 602.000	E. J.	4 1/2	Id. id.	Bonos, 1893.	80	82	82 3/4	77 1/2	83	71
— 1.928.500	A. O.	4 1/2	Id. id.	— 1895.	78	81	83	78	81	71 3/4
— 3.901.900	E. J.	6	Id. id.	— 1896.	91	93	93	86	91 3/8	79 1/2
— 260.080	J. D.	4 1/2	Id. id.	Ferrocarril Coquimbo.	78	81	75	72 1/4		
Pta. 1.044.217.500	E. A. J. O.	4		España.—Deuda perp.* ext. estampillada.	70 3/4	71 1/4	73 1/4	64	68 3/8	44 3/8
Libras 1.416.890	J. D.	4	Compra ó sub.*	Guatemala.—Exterior.	16	18	22 3/4	16	29 1/2	19 1/4
— 900.700	—	10		Honduras.—Empréstito ferrocarril, 1887.	4 1/2	5	6	4 1/4	8 1/8	4 1/2
— 2.242.500	—	10		— 1870.	4 1/2	5	6	4 1/4	8 1/4	4 1/4
Pesos 59.259.400	A. O.	5	Marzo. Septbre.	Méjico.—Interior, plata.	42	44	44	41	46	39
Libras 22.628.320	E. A. J. O.	6	Compra ó sorteo.	— Exterior, oro, 1899.	98 1/2	99 1/2	103	97	101	96 7/8
— 270.600	E. J.	4	Id. id.	Nicaragua.	60	64	58	48	70	50
— 834.500	E. J.	1 1/2	En 1900.	Paraguay.—1886.	22	24	20 1/2	15	20 7/8	16 1/4

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899.	
Libras 156.980	E. J.	1 1/2		Paraguay.—1886-96.	22	24	20	15		
— 232.200	E. A. J. O.	6		San Luis del Potosí.—Libras.	109	102	102	97 1/2	100 1/2	97 1/4
— 19.693.890	F. M. A. N.	3 1/2	En 1900.	Uruguay.—Bonos.	48 1/4	48 3/4	51	46 1/2	49 3/8	42 3/4
— 1.610.600	E. A. J. O.	5	Compró sorteo.	— 1896.	62 1/2	63 1/2	64 1/2	58	65 1/4	66 5/8
— 2.638.200	J. A.	3	Id. id.	Venezuela.—1881.	31	33	33	23 1/4	37 1/2	23 3/4
			Compra.							
				Ferrocarriles.						
— 1.898.920	28 Junio.			Antofagasta (Chile) y Bolivia.	108	110	110	94 1/2	98 1/4	83
— 850.000	28 Junio.	4		— Obligaciones	97	99	105 1/4	95 1/4	101 1/2	95 1/4
— 373.100	20 Enero 1900.	5 0/0		Arauco.—1.ª hipoteca.	83	88	79 1/2	60	80 1/2	64
— 123.800	30 Agosto 1900.	6 0/0		— Obligaciones hipotecarias.	83	88	70 1/2	42 1/2	50 1/2	42
— 500.000	26 Abril.	5 0/0		Argentina.—Gran O.	99	101	101	87	104 5/8	85
— 500.000		5 0/0		— Prefe. ac.	106	108	110	101 1/2	112	100 1/2
— 1.655.506	28 Junio.	4 0/0		— 1.ª oblig.	100	102	105 3/4	98	118 3/4	100
— 1.550.000		4 0/0		— 2.ª id. perpetua.	89	91	96	85	95 1/2	89
— 1.500.000	12 Abril.	1		— N. E. pref. ac.	7	8	8 1/2	7	10	7 1/2
— 2.986.568		2		— Obligaciones.	29	30	28 1/2	23	36	26 1/4
— 2.986.568		2		— portador.	29 1/2	30 1/2	29	23 1/4	36 5/8	25 3/4
— 371.400	31 Enero.	4 0/0		— primera.	83	84	88	79	93 1/2	87
— 22.500	20 Junio	2 1/6		Arica y Tacuna.	1 3/4	2 1/4	2 1/2	1 1/4	1 1/2	0 7/8
— 90.000	12 Abril.	8-		Bahía y San Francisco.	16 1/2	17 1/2	15	8 1/4	10 1/2	8 1/4
— 13.500		6-		— ramal Timbo.	7 1/4	7 3/4	7	4 3/4	5 3/4	5
— 13.500	29 Noviembre.	30-		— Blanca y N. O. pref.	44	46	41	36	48 5/8	40
— 300.000	14 Marzo.	4 0/0		— Oblig. 1.ª	89	91	90 1/4	83	95 1/4	87 1/4
— 100.000	28 Junio.	6 0/0		Barranquilla.—Oblig. 1.ª	91	93	93 1/2	83 1/8	96 1/2	95
— 50.000	28 Marzo.	3-		Bilbao-Cantábrico.	5 1/4	5 3/4	6 3/4	5 1/8	5 7/8	5
— 48.000				Bolívar.	7 8	1 1/8	1	1/2	1 11/16	0 7/8
— 133.500	28 Febrero.	6 0/0		— Oblig.	85	89	92 1/2	80	97 3/4	97 3/4
— 200.000	28 Junio.	4 0/0		Buenos Aires.—Ensenada, Oblig.	101	103	105 1/2	99		
— 9.660.000	13 Abril.	6 0/0		— Gran Sur.	137	139	142	138	158 1/2	139
— 225.000	A. O.	4-		— Extensión.	12 1/2	13	13 1/4	12 15/16	13 5/8	12 1/4
— 3.552.000	A. O.	5 0/0		— Preferentes.	129	131	132 3/4	130 1/2	139	128 1/2
— 4.517.300	29 Junio.	4 0/0		— Obligaciones.	110 1/2	111 1/2	111	109 1/2	120 1/2	114 1/2
— 743.048	26 Octubre.	2		Buenos Aires y Pacífico.	66	68	77 3/4	47 1/2		
— 699.976	31 Enero.	5 0/0		— Prefe. ac.	101	109	100 1/2	92 1/4		
— 769.976	15 Mayo.	5 0/0		— 2.ª	80	82	100	92 1/4		
— 2.503.000	14 Junio.	4 0/0		— 1.ª Oblig. perp.	102	104	105 1/2	99	106	99
— 1.750.000		4 1/2 0/0		— 2.ª	98	100	100	92 1/4	99 3/4	90 1/2
— 5.191.590	26 Abril.	4 0/0		Buenos Aires y Rosario.	63	65	66 1/2	61	68 3/4	70
— 33.209		7/-		— Preferente.	16	17	16 1/2	15 3/4	17 3/4	16 1/2
— 153.287	A. O.	7/-		— Sunchales.	14 1/4	14 3/4	15 1/2	13 1/4	16	14 1/2
— 4.551.800	14 Junio.	4 0/0		— Obligaciones.	101	103	109 1/2	99	112 1/4	109
— 25.000	28 Junio.	4 0/0		B. Aires y Valparaíso.—L. 7 0/0 ac. pref.	9	10	11	8	11	7 1/4
— 310.166		4 0/0		— A. Obligaciones.	67	69	77	63	83	72 1/4

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Libras 310.166	"	6 0/0	"	B. Aires y Valparaíso.—B. Obligaciones.	60	62	67	58 1/4	73	49 1/2
395.000	28 Marzo.	6/-	"	Buenos Aires.—Oeste.	9 3/4	10 1/4	11 11/16	9	12 1/2	10 1/4
100.000	26 Octubre 1900.	12/-	"	— Deferida.	9 3/4	10 1/4	10 1/8	7 3/8	9 11/16	7 1/8
30.000	28 Marzo.	5/-	"	— Preferente.	12 1/4	12 3/4	15		13 11/16	12 3/4
4.233.365	28 Junio.	4 0/0	"	— Obligaciones.	10 2	104	110 1/2	103	113 1/4	102
8.300.725	26 Abril.	7 0/0	"	Central Argentina.	109	111	118 3/4	92 1/2	118 1/2	88 1/2
442.905	28 Junio.	6 0/0	"	— Obligaciones 1.979.	150	152	166 1/2	153 1/2	164 1/4	161
773.432	28 Junio.	4 0/0	"	— Obligaciones	107	109	116	105	114 1/2	109 5/8
1.062.407	28 Junio.	3 1/2	"	— Obligaciones	95	97			97 1/4	93
70.000	12 Abril.	3 6	"	Central Uruguay.—Extensión E.	4 3/4	5 1/4	6 1/8	5	6 7/8	5 1/4
463.400	23 Junio.	5 0/0	"	— Oblig. permanentes.	103	106	111	105	115 1/4	107 1/2
100.000	12 Abril.	3	"	— Extensión N.	3 1/2	4	4 1/8	3 1/8	4 3/4	3 5/8
627.150	28 Junio.	5 0/0	"	— Oblig. permanentes.	96	98	108	96	109	102 1/2
2.000.000	12 Abril.	2 0/0	"	Central Uruguay de Montevideo.	60	62	76	58	70	70
836.100	28 Marzo.	6 0/0	"	— Oblig. permanentes.	129	131	141 1/2	129	147	136
500.000	1 Abril.	4 0/0	"	— Oblig. Extensión O.	79	81				
6.000	29 Marzo 1894.		"	Córdoba y Rosario.—Preferente.	27	29	50 1/2	34	41 1/4	32
710.000	28 Febrero.	4 0/0	"	— 1.ª Obligaciones.	95	87	94	82	96	86
529.827	14 Noviembre.	7 0/0	"	— Oblig. 6 0/0 1910.	78	80	95	70	86 1/2	69 3/4
560.010	28 Junio	5	"	Córdoba.—Central acciones 1.ª pref.	82	84	80 1/2	68	90 3/4	73
120.000	"	5	"	— 2.ª	60	62	49	38	56	39
490.000	26 Abril.	5 0/0	"	— Obligaciones irredimibles.	114	116	115 3/4	109	122	112
1.892.985	14 Junio.	4 0/0	"	— (C. N.).	77	79			96 3/4	85
2.749.571	28 Junio	3 1/2	"	— renta.	37 1/2	38 1/2	44	34	63 1/4	31
179.993	13 Mayo.	4/-	"	Costa Rica.	3 1/2	3 3/4	4 3/16	2 3/8	4	2 3/16
655.000	2 Enero.	6 0/0	"	— 1.ª Obligaciones hipotecarias.	109	111	108	100	112	100
600.000	1 Marzo.	6 0/0	"	— 2.ª	92	94	95 1/2	82	96 1/2	80
191.400	"	5 0/0	"	— Hipotecarias preferentes.	103	105	105	101	105 3/4	101 1/2
75.000	2 Enero.	6 0/0	"	Cúcuta.—1.ª Obligaciones hipotecarias.	99	101	101	97	104 1/2	104
668.000	28 Junio.	4 0/0	"	Este Argentina.	43	45	41	35	48 1/2	37 1/2
437.500	31 Mayo.	4 0/0	"	— 1.ª Obligac. hipot.	77	79	78			
1.558.970	A. O.		"	Entre Ríos.	9	10	14	9	18 1/2	11
1.648.765	"		"	— acciones 5 0/0 preferentes.	43	45	87 1/2	41 1/4	67 7/8	56
807.220	26 Octubre.	3	"	Guayaquil y Quito.—1.ª hipoteca.	75	80	73	63 1/2		
100.000	2 Enero.	5 0/0	"	Interoceánico de Méjico.—7 0/0 prefer.	2 7/8	3 1/8	4 7/8	3	4 1/8	1 5/8
699.886	14 Marzo.	4 0/0	"	— Obligac.	91	93	95	88	95 3/4	87 1/4
735.392	28 Diciembre.	7	"	— A.	100	102	108	91	101	67
469.459	"	6 8/9	"	— B.	72	74	91	60	67	32 1/2
400.000	2 Enero.	5 0/0	"	— pref.	103	105	105	99 1/2	106	100
40.000	23 Noviembre.	3/-	"	Lima.	4 3/4	5 1/4	4 3/4	3 3/4	4 1/2	2 1/8
2.254.720	13 Mayo 1897.	15/11 1/2 0/0	"	Méjico.	16 1/4	16 3/4	21 1/4	16 3/4	25 1/4	16 3/8
2.554.100	31 Mayo.	2 3/8 0/0	"	— 1.ª preferentes 8 0/0.	65 1/2	66 1/2	89 1/2	74	97 3/4	71 1/2
1.011.960	13 Mayo 1897.	20 6 1/2	"	— 2.ª 6 0/0.	23 1/2	24 1/2	35 7/8	25	41 1/2	26
2.000.000	14 Junio.	8 0/0	"	— Obligaciones perpetuas.	128	130	145 1/2	136 1/2	151 3/4	141 1/4
1.000.000	14 Noviembre.	3 0/0	"	Méjico Sur.	35	37	41	24	28 1/2	21 1/2

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Libras 650.000	31 Enero.	4 0/0		— 1.ª Obligaciones.	93	95	94 1/4	86	93 1/4	84 1/2
597.400	>	4 0/0		— 2.ª —	77	79	75 3/8	68	74	64
600.000	11 Diciebre. 1896.	4 0/0		M. Uruguay.	7	9	12	9	14 1/2	11
1.179.462	26 Abril.	4 0/0		— Obligaciones.	51	53	58 3/4	48	62 1/2	53
50.000	26 Abril.	1 0/0	1/2 al año.	Minas y Río.	12 1/2	13 1/2	11 3/8	8 3/4	11 3/4	9
491.303	21 Enero.	6 0/0		— Obligaciones.	103	105	104	94	105	101
93.965	15 Mayo.	10 1/2		Nitrato.	5 1/4	5 3/4	8 3/8	5 1/8	9 5/16	6 7/8
71.635	>	10 1/2		— Preferentes.	4 1/2	5	6 3/4	4	7 1/8	4 7/8
71.635	16 Enero 1896	3 1/2		— Deferidas.	1 2	3 1/4	1 1/8	1 1/2	1 3/4	1
1.519.600	2 Enero.	5 0/0	1/2 al año.	— Hipotecarias.	96	99	99 3/4	91	99 1/2	91
40.000	28 Marzo.	7 1/2		NE. Uruguay.	13 1/4	13 3/4	14 3/8	12 5/8	15	13 9/4
40.000	>	7 1/2		— Preferentes.	14	14 1/2	15 1/4	13 7/8	15 5/8	14 5/8
581.640	12 Enero 1896.	20 1/2		NO. Uruguay.	12	14	16	13 3/8	18 1/4	15 1/8
292.153	>			— 2.ª preferentes.	3	7	7 1/2	3	5	5
398.000	14 Junio.	6 0/0		— 1.ª hipotecarias.	74	77	80	65	89	75 1/8
589.292	1 Abril.	3 0/0	Sorteo anual.	N. España B. 1.ª	11	12	12 1/2	10	10 3/4	9 5/8
974.000	28 Abril 1891.	5 0/0		Paraguay central.	17	18	19	14	24 1/4	18
46.000	27 Julio 1894.	4 1/2		Puerto Cabello.—Valencia.	1	2	1 3/4	1 1/2	2 1/4	1 5/16
340.000	1 Abril.	3 5/8		— Obligac. 1.ª hipot.	75	77	80	73 1/4	90 1/2	78
162.100	1 Marzo.	5 0/0		Salvador.—1.ª Obligaciones.	90	95	91	90 1/2		
659.100	15 Febrero.	5 0/0		— Obligaciones hipotecarias.	50	52	47 1/2	46		
407.000	3 Julio.	3 0/0		S. O. Venezuela.—1.ª Obligac. hipot.	35	37	39	23 1/2	40	30 1/4
507.358	>			— 2.ª —	3	5	7	3	10	9
100.000	26 Abril.	1 1/2		Taltal.	2 3/4	3 1/4	2 7/8	2	3 1/8	2 3/8
88.800	2 Enero.	5 0/0		— 1.ª Obligación.	99	101	100	96	99 1/2	96
250.000	30 Diciebre. 1895.	4 1/2		Uruguay N.	3	5	6	5	8	5 1/4
449.400	28 Junio.	3 1/2 0/0		— Obligaciones perpetuas.	32	34	36	30 3/4	41 1/2	31 1/2
344.400	1 Abril.	6 0/0		O. de Buenos Aires.—Obligac. hipot.	101	103	105	101 1/2	109 1/4	103 1/8
192.890	>	6 0/0		— Certificados.	100	102	105	101	101 1/2	101 1/2
1.000.000	E. J.	5 0/0		— Bonos hipot.	118	120	119	115 1/2	124 3/8	118
110.143	1 Abril.	1 1/2	1/2 sorteo.	Zatra á Huelva.	2 1/4	2 3/4	2 13/16	3	3 1/8	2 9/16
3.500	29 Enero 1897.			Villa María y Rufino.—Preferentes.	17	19	20	17	18	16
302.496	14 Junio.	4 0/0		— 1.ª Oblig. irred.	74	75	77	73	80 1/2	67 3/4
313.472	31 Mayo.	6		— 2.ª —	49	51	46	39	46 1/2	38
Bancos.										
—	50.000	12 Abril.		British de S. América.	10 1/2	11 1/2	12 15/16	9 1/2	11 1/2	9
—	60.000	31 Mayo.		London y Plata.	50	51	54 1/4	49	55 3/4	47 1/4
Pesos 200.000	14 Junio.	40		Nacional de Méjico.	25	27	25	20	20 1/2	20 1/2
Compañías de Alumbrado.										
Libras 50.000	31 Mayo.	8 1/2		Buenos Aires.—Nueva.	8 1/2	9 1/2	10	8 1/4	11 1/2	8 9/16

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Libras 220.000	28 Junio.	4 0/0	"	— Obligaciones.	94	97	101	98.	103	99 1/2
— 27.096	31 Mayo.	8 1/2	"	Montevideo.	9	10	11 1/2	9 9/16	16 3/8	11
— 135.000	28 Junio 1899.	5 0/0	"	Río de la Plata.—Electricidad y tracción.	66	75	85	75	91	90 1/4
— 185.07	26 Abril.	8.	"	— Gas.	10 3/4	11 1/4	11 5/8	10	12 5/16	9 3/16
— 298.420	28 Junio.	4 0/0	"	— Idem Obligaciones.	97	99	102 1/4	99	104 3/4	98 1/2
Tranvías.										
— 260.007	26 Abril.	2 1/2	"	Anglo-argentino.	4 1/4	4 1/2	4 3/16	3 5/8	4 1/2	3 11/16
— 230.000	28 Junio.	6 0/0	"	— Obligac. permanentes.	122	128	131	125	135	127
— 20.000	29 Marzo 1900.	4 1/2	"	Barcelona.	8	10	14 1/8	10 1/2	16	12 1/2
— 10.000	28 Junio.	5.	"	— Preferentes acciones.	9	10	10	9 3/8		
— 50.900	1 Febrero.	5 2/0	"	— Obligaciones.	98	101	101	96 1/2	104	100
— 148.100	31 Enero.	4 1/2	"	— redimibles.	92	97	100 1/2	94 3/4	101	99 1/2
— 100.000	M. S.		"	Buenos Aires y Belgrano.—Eléctrico.	1 1/2	1 3/4	5 1/4	4 3/4	5 7/8	4 7/8
— 40.063	30 Abril.	3 1/2	"	— 6 0/0 ac. pref.	5 1/4	5 3/4	5	3 3/4	5 7/16	3
— 320.000	14 Junio.	5 0/0	"	— 1.ª obligac.	102	105	109 1/2	101 1/2	111	102 1/4
— 129.000		5 0/0	"	— 2.ª	96	99	97	94		
— 220.000	1 Abril.	6 0/0	"	Buenos Aires G.—Nacional 1.ª obligac.	80	85	88	87	67	57 1/2
— 140.200	2 Enero.	5 1/2	"	— Obligaciones pref.	100	105	105	100	101	97
— 15.000	14 Junio.	9.	"	Cartagena Herrerías.—Vapor.	3 1/2	4 1/2	6	3	2 1/2	1 3/4
— 91.300	15 Febrero.	5 0/0	Compra 6 sorteo.	— Obligaciones.	85	95	90	80	86	72
— 155.000	26 Abril.	4 1/2	"	Ciudad de Buenos Aires.	6 1/2	7	8	6 1/8	8 7/16	7
— 116.000	28 Junio.	6 0/0	"	— Obligac. perm.	127	133	140	129 1/2	141 1/2	138 1/2
Telégrafos y Teléfonos.										
— 44.000	15 Agosto 1900.	4.	"	Chile.—Teléfono.	3 3/4	4 1/4	3 1/4	2 1/4	2 3/4	2 3/4
— 72.600	14 Noviembre.	1.	"	Montevideo.—Idem.	1/4	1/2	1 1/2	1/2	5/16	1/4
— 86.492	"	1.	"	— Preferentes 5 0/0.	3/4	1	1	3/4	7/8	3/4
— 68.000	28 Diciembre.	2 6	"	Unido Río de la Plata.—Teléfono.	5	5 1/2	5 3/8	4 11/16	5 5/16	4 9/16
— 40.000	28 Junio.	2 6	"	— Acciones pref.	4 3/4	5 1/4	5 1/4	5		
— 179.947		5 0/0	"	— Obligaciones.	101	104	107 1/4	103 1/2	106 3/4	103 1/2
— 30.008	"		"	Costa Occidental América.	1/4	3/4	3/4	1/4	1/2	3/8
— 150.000	2 Enero.	4 0/0	"	— Obligaciones.	100	103	103	99	104	103
— 207.930	28 Junio.	3 1/2	"	Oeste.—Compañía de Telégrafos.	13 3/4	14 1/4	15 1/4	13 7/8	16 3/8	14 1/4
— 75.000	31 Diciembre.	5 0/0	"	— 2.ª Obligaciones.	102	105	109	101 1/2	108 1/2	108
— 348.777	28 Junio.	4	"	— 4 0/0 Obligaciones.	100	103	106	103		
Minas.										
— 256.267	31 Enero.	0 6	"	Chile Central.—Cobre.	3 16	15/16	5/16	1/4	7/16	7/16
— 75.000	30 Noviembre.	0 63	"	Colombia.—Hidráulica.	1/16	3/16	5/16	1/4	9/16	5/16
— 112.500	28 Diciembre.	3 3/8	"	Coplapo.	2 3/4	3	4 5/8	3	4 3/4	2 3/4
— 128.682	13 Octubre 1899.	1 6	"	Frontino y Bolivia.—Oro.	1 3/4	1 7/8	2 1/8	1 1/2	2 7/16	1 7/8

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Libras 15.000	28 Marzo.	7 1/2	"	Linares.—Plomo.	5	6	10	3 1/2	9 1/2	8
— 325.000	2 Mayo.	45/-	"	Riotinto.—Ordinarias.	54 1/4	54 3/4	60 1/4	42 3/4	50 1/2	32 1/8
— 325.000		2 1/2	"	— Preferentes.	6 1/8	6 3/8	6 5/16	5 3/4	6 3/8	6 7/8
— 3.307.440	1 Abril.	4 0/0	"	— 1.ª hipotecarias.	100	102	102 3/8	98	103 1/2	98
— 14.000	15 Julio 1897.	5/-	"	Tollima.	1 1/2	2	2 1/2	1 1/4	2 1/2	1 5/16
Nitratos.										
— 296.000	2 Enero.	5 1/2 0/0	"	Amelia.—1.ª Obligaciones hipotecarias.	94	99	92 1/2	72 1/2	75	72
— 35.000	14 Junio.	14/-	"	Anglo-Chilena.—Acciones preferentes.	12	13	10 7/8	8 1/2	10 3/8	8 5/16
— 380.000	2 Mayo.	4 1/2 0/0	"	— Acciones hipotecarias.	93	95	87	81	87	81 1/2
— 180.000	26 Marzo 1897.	4/-	"	Lagunas.	2 3/8	2 5/8	1 3/4	1 1/16	1 1/8	13/15
— 220.000	12 Abril.	3/-	"	Lagunas.—Sindicato.	3 3/4	4	3	1 1/4	1 5/8	7/8
— 62.500	30 Marzo.	5 0/0	"	— 1.ª Obligaciones hipot.	98	102	103	97 1/2	97 1/2	92 1/2
— 110.000	28 Junio.	4/6	"	Lautaro.	5	5 1/2	4 7/8	3 1/2	4 3/8	3 1/2
— 48.000	1 Abril.	5 0/0	"	— Obligaciones redimibles.	100	104	102	98	100 1/4	98
— 22.000	15 Mayo.	7/6	"	Liverpool C.º	8	8 1/2	6 1/4	5 3/4	6 1/2	5
— 10.000	14 Noviembre.	8/-	"	London C.º.—Acciones ordinarias.	4 3/4	5 1/4	3 3/4	2 9/16	1 7/8	1 7/8
— 22.000		8/-	"	— preferentes.	5	5 1/2	5	4 3/8	4 7/16	3 1/16
— 195.000	14 Febrero 1895.	12 3/5	"	Nuevo Tamarugal.—Acciones pref.	5 1/6	7 1/16	3/8	1/4	1 1/8	1/8
— 176.480	1 Febrero.	6 0/0	"	— hipot.	84	89	75	10 1/2	55 1/4	45
— 120.000	14 Junio.	3/6	"	Rosario.	4 1/2	5	4 3/8	43 1/2	3 151/6	3 1/8
— 286.900	1 Abril.	5 0/0	"	— Obligaciones.	100	105	107	102	100	100
— 22.000	28 Junio.	6/-	"	Salar del Carmen.	6 3/4	7 1/4	5	4 3/8	5 1/8	4 1/4
— 75.000	15 Mayo.	4/-	"	San Jorge.	3 1/2	4		2 13/16	4 1/16	2 5/8
— 32.000	26 Octubre.	2 1/2	"	San Pablo.	2 1/4	2 3/4	1 15/16	7/8	1 1/4	6/8
— 28.750	28 Junio.	2/-	"	San Sebastián.	1 3/4	2 1/4	1 5/8	7/8		1/2
— 20.000	14 Junio.	5/-	"	Santa Rita.	5	5 1/2	3 3/4	1 3/4	2 7/16	2
— 90.000	2 Enero	5 0/0	"	Santiago.—1.ª hipoteca.	100	103	104	102		
Financieras, etc.										
— 158.844	31 Mayo.	1/-	"	Argentina.—Terrenos preferentes.	1 1/2	1 3/4	1 5/8	1 1/4	2 1/16	1 1/2
— 140.000		"	"	— Sur.—Terrenos.	3 3/8	4 1/8	3 1/4	2	4 3/16	2
— 800.020	1 Abril.	6 0/0	"	Buenos Aires.—Puertos.	85	87	88	84	59 1/4	85 1/2
— 100.000	31 Enero.	2/-	"	Hipotecaria de Río de la Plata.	3	3 1/2	3	2 1/2	3 2/8	2 5/8
— 25.000	26 Abril.	5/-	"	— Acciones preferentes.	10 3/4	11 1/4	11 1/2	10 1/2	10 11/6	10 15/16
— 521.548	16 Enero.	4 1/2 0/0	"	— Obligaciones.	109	111	114	108	113 3/4	110 1/2
— 3.000.000			"	Peruviana.—Corporación.	4	4 1/2	3 1/2	2	3 1/4	2
— 7.500.000	28 Diciembre.	5/-	"	— Preferentes.	18 1/4	18 3/4	15	8 1/4	11 3/8	8 1/4
— 3.700.000	1 Abril.	3 1/2	"	— 1.ª Obligaciones hipot.	79	80	71	46 1/4	48 3/4	42 1/4
— 150.000	14 Marzo.	3 2/2 5	"	Río Plata.—Fréstamos de A.	3 3/4	4 1/4	4 3/8	3 5/8	4 3/4	3 3/4
— 75.000		2/-	"	— Deterida B.	2 3/4	3 1/4	3 7/8	3	4	2 7/8
— 842.420	28 Julio.	4 0/0	"	— Obligaciones.	101	103	107	103	11 0/1	106 3/4
— 14.000	15 Mayo 1890.	20/-	"	Santa Fe y Córdoba.—Terrenos.	3	4	4	2	2 1/16	1 1/2

CAPITAL	Vencimientos.	Interés.	Amortización.	Denominación.	Precios en 29 Junio 1901		PRECIOS EXTREMOS			
							1900		1899	
Libras 612.500	13 Diciembre.	0/3	"	Santa Fe.—Terrenos.	7/16	9/16	1/2	3/8	5/16	5/16
Municipios.										
— 992.000	J. D.	4 1	4 1/2 0/0	Ciudad de Buenos Aires.	75	80	77	72 1/2	8 11/8	71
— 198.400	F. A.	6	"	Ciudad de Córdoba.—Libras.	29	32	26 1/2	15	21	15
— 595.200	E. J.	6	"	— Bonos.	29	32	25	14 1/2	21 1/2	15
— 2.112.700	E. A. J. O.	5	"	Ciudad de México.—Empréstito libras.	98	140	101	94	101	95
— 1.207.900	J. D.	5	"	Ciudad de Montevideo.	70	72	79 3/4	68	79	61
— 198.400	E. J.	6	En 1921	Ciudad de Rosario.—Bonos en libras.	42	44	11	31	35 1/4	20
— 992.000	M. S.	6	En 1918	— En libras.	42	44	11	33	36 3/4	25 1/4
— 257.000	J. D.	6	"	Ciudad de Santa Fe.	27	29	25 1/2	15	24	16 1/4
— 174.400	E. J.	5 1/2	1/2 anual.	Ciudad de Valparaíso.—Bonos.	101	103	104	99	101 3/4	97 1/4
Industriales.										
— 18.000	12 Octubre.	3/-	3/-	Carnes en conserva.—Argentina pref.	1 1/2	2 1/2	2 1/2	1 1/2	2 1/4	1 1/2
— 46.300	2 Enero.	"	5 0/0	Refinería.—Argentina obligac. hipot.	98	100	100	96	103	102 1/2
Aguas.										
— 195.000	28 Junio.	4 4	4 0/0	De Rosario.	85	87	89 1/2	85	90 1/2	88 1/2
— 13.556	28 Junio 1899.	"	8/-	De Sevilla.	8	10	11	9	10 1/16	9 5/8
— 20.000	28 Marzo.	"	10/-	Montevideo.	16	17	17 1/2	15 1/2	17	15 1/4
— 200.000	38 Junio.	5 5	"	— 1. ^a Obligaciones.	100	105	109 1/2	102	108 1/2	106
— 150.000	"	5 5	"	— 2. ^a —.	95	100	104	97	103	100 3/4

Ramero, impresor.—Libertad, 31.